

JUVENIL

ANISSA B. DAMOM

SOMOS POLVO DE ESTRELLAS

P. SOMARRIBA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, marzo 2018

Copyright © 2018 Pilar Somarriba González
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Elena Hernández
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
    Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
TRES MESES DESPUÉS
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Tres meses más tarde…
Agradecimientos

«A veces, las personas no llegan para quedarse. A veces, simplemente, aparecen para pasar de largo con la única intención de incendiar tu vida. Sin embargo, en algunas ocasiones, solo eso es capaz de conseguir que de un corazón seco pueda brotar vida nueva…
No sabes lo fuerte que eres hasta que ser fuerte es la única opción que tienes».

Bob Marley

«No diré «no llores» porque no todas las lágrimas son malas».

J. R. R. Tolkien

A todas las estrellas que han iluminado mis noches más oscuras.

Y a ti, papá, que aún te busco entre las que más brillan.

Prólogo

—No me puedo creer que sigamos viendo estas películas —le dije a Eleonor, mi mejor amiga, a la salida de los multicines. Acabábamos de tragarnos la decimotercera adaptación cinematográfica del año.

—¿Qué dices? —Me dio un pequeño empujoncito a modo de protesta. Mis botas crujieron sobre la nieve y mis pies patinaron peligrosamente—. Te ha encantado. Sonreías como una idiota.

Reí, consciente de que era cierto. No pensaba decírselo, claro, porque darle la razón a Eleonor suponía hacerle entrega de una peligrosa arma que dominaría a la perfección con el fin de torturarte. La peli no había sido tan mala, la verdad. Reconozco que a una parte de mí incluso le había gustado. A esa hormonada y fantasiosa que solía ignorar por miedo a distraerme. Yo era una chica extremadamente centrada y, en ese momento, me creía invencible. Soñaba sin miedo, a sabiendas de que el mundo podía darme aquello por lo que luchara de verdad. Consciente de que todo lo que quisiera conseguir dependía de la pasión y el esfuerzo que empleara en ello. Mi yo de dieciséis años anterior a la última primavera estaba lista para comerse el mundo y todo lo que se pusiera por delante…

—Eso ha pasado solo una vez —argumenté mientras le daba la tercera vuelta a la bufanda. Hacía un frío cortante y húmedo—, y solo porque la frase ha sido buena, pero reconoce que ya hemos visto esta historia media docena de veces.

—¡No es así de simple! —protestó ella, con fingida indignación—. Matices, amiga mía. Si te leyeras los libros…

Eleonor era más que una mejor amiga, era mi otro yo. El lado irresponsable y alocado que me había enseñado a no tener miedo a nada. Ese invencible, divertido y dispuesto a ser eternamente joven. Nos conocimos a los seis años y ya entonces me atrapó su extraordinaria capacidad de soñar. He deseado millones de veces poder ser así y sentir a su manera… A ella le debía, sin ninguna duda, el sentimiento de invencibilidad que me embargaba en aquella época.

—Algunas estudiamos a tiempo completo —le recordé—. Aún sigo intentando encontrar el momento de leer los tuyos.

—Decimoséptima edición —apuntó, orgullosa y repentinamente seria, con un larguísimo dedo acusador señalando en mi dirección—. Si no te das prisa, serás la última en el planeta en leerlos.

—Sin presiones, ¿eh? —exclamé—. Sería más fácil si no fueran tantos libros. La próxima vez ten compasión de mí y condénsala en uno, por favor.

—Puede que lo haga si eso consigue que abras la tapa de alguno de ellos para algo más que para buscarte en la dedicatoria —sonrió.

Hice una mueca exagerada de dolor.

—Sácame ese puñal…

—Para tu tremenda satisfacción, solo queda uno. Llevo demasiado tiempo hablando de

Emma y Gabriel. —Dio una vuelta teatral con su bufanda en alto, como un velo—. Es hora de explorar nuevos horizontes.

—¿En serio? ¿Ya lo has escrito? Hace solo unas semanas que entregaste la tercera parte. —No podía dejar de sorprenderme la increíble capacidad que tenía de encontrar tiempo de debajo de las piedras.

—No. —Se detuvo y entornó los párpados con expresión traviesa—. Pero está todo aquí. —Señaló su sien—. Y va a ser increíble, te lo juro. El otro día me hinché a llorar imaginándomelo. Gabriel y Emma son… ah —suspiró—, los quiero… —Entonces, sonrió—. Así que léetelos, por Dios, pedazo de pesada. ¿Sí?

Hizo un mohín y yo puse los ojos en blanco.

—Lo haré, te lo prometo… Dormir está sobrevalorado, ¿no?

—¡Sí! —De la emoción, pegó un salto y se montó sobre mi espalda, pero mis piernas fallaron y ambas caímos hacia atrás. Mi codo se raspó un poco bajo la mullida capa del abrigo y mi rabadilla frenó el golpe contra mi propio tobillo, pero me eché a reír. Ella rodó hacia un lado y, por un momento, nos quedamos ahí tendidas, en mitad de la calle, partiéndonos las costillas de la risa mientras la gente continuaba pasando a nuestro alrededor.

—Dios. Deberías medirte esa sobreexcitación —le dije.

—Es una reacción proporcionada a algo que llevaba deseando mucho tiempo.

—Solo prométeme que el día que hagan la película no permitirás que el chico lleve más brillo de labios que la chica.

—Seguro —rio. Acto seguido, sacó su brillo, untándose una generosa capa y luego se arrojó sobre mí—. Dame un besito, bonita…

—¡Quita! —grité riendo—. ¡Qué asco! ¡Ay, no! ¡Socorro!

Leo se retorcía de la risa, hincando sus codos huesudos entre mis costillas. Yo no podía dejar de llorar entre gritos y carcajadas.

En ese momento, un señor pasó refunfuñando algo.

Ambas contuvimos la respiración durante unos segundos. Sentía mis ojos llorosos y la cara congestionada, igual que la de Leo. Sin embargo, el silencio apenas duró un par de segundos porque, de pronto, volvimos a estallar en risas tremendamente escandalosas.

Eleonor se dejó caer hacia un lado, boca arriba, mientras pataleaba la nieve.

Un minuto después me dolían tanto los abdominales que tuve que parar de reír. Las lágrimas de risa comenzaban a congelarse sobre mi piel. Entonces, me arrastré un poco para juntar mi cabeza con la suya y le susurré.

—Igual nos estamos pasando, ¿no?

Pero ella ya no reía. Se había quedado como ausente, mirando el infinito.

—Vaya… —susurró con un diminuto hilo de voz—. Es increíble lo claro que está el cielo.

Dirigí la vista hacia allí y encontré un firmamento enorme, oscuro y limpio. Ni una pequeña nube lo surcaba. En su lugar todo el espacio lucía plagado de estrellas.

—¿Vas a ponerte romántica? —me burlé.

—Ya he intentado darte un beso —sonrió de nuevo, sin apartar la vista del enorme telón estrellado.

Chasqué la lengua.

—No lo metas en tu libro. Lo del cielo y las estrellas es un grandísimo cliché.

Me observó con interés.

—¿Y qué no es un cliché para ti? Es increíble que seas tan exigente.

Suspiré, despacio.

—No lo sé. —Extendí mis manos enguantadas sobre la nieve y hundí las manoplas en el frío suelo para cerrar el puño—. A lo mejor es que soy fría… —Le lancé el puñado de nieve—. ¡Como esto!

Ella gritó, se incorporó con un solo movimiento y me la devolvió con un espectacular acto reflejo.

—¡Puerca asquerosa! —rio—. ¡Te vas a enterar!

Eleonor se tiró contra mí, aprisionándome contra el suelo, incluso mi gorro quedó atrás y aprovechó su ventaja para utilizar toda su artillería pesada, que consistió en una lluvia incesante de puñados de hielo. Aún se partía de risa cuando se sentó y me miró desde arriba. Su gigantesco gorro de lana rojo también había volado en mitad del combate y en sus enormes ondas de color ceniza se habían quedado enredados varios copos de nieve.

—Voy a decirte una cosa, Olivia… —De pronto, metió su mano en mi chaqueta y sacó algo —. ¡Conduzco yo!

Cuando quise darme cuenta de que me había robado las llaves, ella ya había echado a correr hacia mi moto.

—¡Ey! —grité, persiguiéndola.

Se adelantó veloz para coger el primer casco.

—Los caracoles van detrás, lo siento —dijo recuperando la respiración por la carrera.

Lanzó el segundo casco, que cogí al vuelo, y le dio gas al motor para meterme prisa.

Yo cedí. Ella siempre ganaba. No iba a consentir que no la dejara conducir, aunque no tuviera carnet. Diez minutos más tarde, llegamos a su casa. Ella se bajó de la Vespa, me devolvió el casco mientras se aireaba el larguísimo pelo rubio y, justo antes de cruzar la carretera, se volvió hacia mí con una sonrisa.

—El día que te enamores, Olivia Green —gritó—, los Polos se derretirán. —Alzó un dedo con el que apuntó a mi cara—. Acuérdate de lo que te digo.

En ese momento, reí, sin saber que esas palabras se quedarían clavadas para siempre en mi corazón…

Catorce horas y cincuenta y nueve minutos más tarde, la misma puerta por la que la había visto desaparecer, estaba precintada por la policía…

He repasado aquella noche una y otra vez en mi cabeza, intentando encontrar un signo, una señal o algo diferente en ella que me alertara de que su reloj estaba a punto de llegar al cero, a la cuenta definitiva… A veces creo que mi mente imagina un tono más pálido en su rostro, o un pequeño vaivén en su andar. Sin embargo, por más que lo intento, por más que me esfuerzo en encontrarlo, solo recuerdo su sonrisa y el sonido de su risa alocada. Nada, absolutamente nada, podría haberme hecho pensar que mi mejor amiga moriría ese día, o eso prefiero pensar…

Sin embargo, aquel otro yo, mi otra mitad, murió junto a ella, en el número 48 de la calle 14.

Y mi mundo, con ella…

Capítulo 1

¿Alguna vez ha ocurrido algo que te ha cambiado hasta el punto de no reconocerte? ¿Has deseado ser la persona que eras antes? Yo sí, todos y cada uno de los días desde entonces.

El tiempo se vuelve extraño cuando pierdes a alguien. Pasa de eterno a fugaz sin que te des cuenta.

Por alguna inexplicable razón el mundo no se había detenido con la muerte de Eleonor. De hecho, había continuado girando a una velocidad que aún hoy me parece exagerada. Yo todavía sentía que había sido ayer cuando la había visto por última vez, pero de eso hacía ya cuatro meses y, a pesar de no haber notado ese paso del tiempo, sentía mi vida anterior tremendamente lejana.

Ya ni siquiera recodaba cómo era todo antes de aquella noche. Cómo era levantarme sin sentir el péndulo que tiraba de mi corazón de un lado para otro sin cesar ni un minuto, llevándome del dolor a la incredulidad y de ahí al miedo y a la impotencia. Pensar que hubo un pasado en que no tenía que preguntarme por qué ocurrían ciertas cosas o en el que no tenía que forzarme a recordar que todo era diferente casi parecía una broma macabra o un extraño sueño…

Vi la pantalla del móvil encenderse al otro lado de la sala. Lo había dejado cargando en el suelo a primera hora y se me había olvidado guardarlo. ¿Cómo había podido ser tan idiota?

—*Jeté*, *jeté* —indicaba Filippa, dando vueltas por la sala. Aparté los ojos de mi teléfono antes de que ella dirigiera su atención al punto que yo miraba. Por suerte, estaba en silencio…—, *andanté*, más *ligegas*, déjense *llevag* por la música. *Plié*, *plié*, y *grand plié*. Eso es, eso es.

Los acordes del piano terminaron con una nota sutil y recuperé la posición inicial junto a la barra.

Mi vida se había confinado en torno a los cuatro espejos que cubrían cada centímetro de pared de la sala de *ballet*.

—*Bgavo*, *señogitas*. Pueden *estigag*. —Dio otra vuelta a la sala y añadió—: Mañana *segá* la última clase. *Guecogdag vaciag* las taquillas. *Gasias*…

Me pasé una mano por la frente, agotada. Harry, a mi lado, me devolvió la misma expresión. De hecho, parecía más acelerado de lo normal, empezó a estirar deprisa, como impaciente.

—Tengo que irme ahora, ¿vale? —susurró.

Levanté una pierna sobre la barra para comenzar a estirar los músculos, mucho más relajada que él. El resto de la clase hacía lo mismo en silencio.

—¿Va todo bien?

—Más que bien —sonrió—. Luego te cuento.

En ese momento, se soltó el pequeño moño y su pelo anaranjado cayó en cascada sobre sus hombros, algo prohibido en esa sala. Filippa lo consideraba una falta de respeto. El *ballet* es exigente y la conducta se toma muy en serio. Así nos lo había recordado día tras día durante años. Sin embargo, en ese momento, Filippa daba vueltas por la clase y no parecía haber reparado en él.

—De acuerdo. —Forcé una sonrisa.

Harry era mi mejor amigo. De hecho, lo sigue siendo. Ya lo era cuando Leo estaba allí, pero, después de todo lo que había ocurrido, se había convertido en el único amigo de verdad que me quedaba. Nos conocimos en la escuela hace años y hemos practicado tantísimas horas el uno con el otro que juraría que le he visto a él más tiempo que a mi familia.

—Hasta mañana, *señogitas* —le dijo Filippa a un pequeño grupo que se disponía a salir de la sala.

Harry se escabulló veloz tras ellas.

Sonreí al comprender la razón de su prisa. La historia de Harry es dura, bastante dura, de hecho. Es un superviviente en muchas de las formas en que podría serlo, pero, a pesar de ello, ha conseguido desarrollar una seguridad en sí mismo que nunca deja de sorprenderme y, últimamente, cosechaba muchos éxitos entre las chicas de la escuela. Si le preguntaras, él te diría que triunfa por su pelo, que es tan poco común que le hace destacar, para bien o para mal, entre la multitud. Misma razón por la cual lo llevaba tan largo. Pero yo no creo que sea solo eso. No conozco a ningún chico al que tener la cara plagada de pecas le quede tan bien. Supongo que tiene algo que ver la naturaleza que le ha agraciado con unos pómulos altos, una nariz recta y unos labios superblanditos que, juntos, consiguen que todo tenga una armonía perfecta. De raro, es guapo. Esa es la conclusión, aunque mi rasgo favorito de él siempre han sido sus ojos. Son tan azules que, aún hoy, consiguen que me quede embobada mirándolos.

Poco a poco, la sala se fue vaciando de gente. Cuando salió el último, yo seguía sentada en el suelo. No me importaba quedarme sola, porque adoraba ese lugar. Junté las piernas, bajé el abdomen sobre ellas, sujetando los tobillos con mis manos, y apoyé con facilidad la cabeza en mis rodillas, respirando de forma acompasada.

—¿Aún aquí, Olivia? —preguntó la mujer unos minutos más tarde. Llevaba ya la mochila al hombro y las llaves tintineaban en su mano.

—Ya he terminado —respondí.

No la he presentado aún, pero Filippa, con ese nombre tan singular, era la profesora de *ballet*. Debía rondar los setenta y cinco. Sin embargo, era de ese tipo de personas inagotables que sienten auténtica pasión por su trabajo. Supongo que precisamente por eso llegó a ser una de las bailarinas más reconocidas del país y, desde luego, un ejemplo para todos los que hemos conseguido estar bajo su tutela. No conozco a nadie que no le tenga una enorme admiración. A su edad, conservaba la gracia y la delicadeza de movimientos que toda una carrera le habían brindado. Todo lo que sé, cuanto he aprendido del *ballet* hasta la fecha, se lo debo por completo a ella.

Me puse en pie para dirigirme hacia mis cosas, que había dejado en un banquito junto a la entrada de la clase.

—Está bien, Olivia. En *cualquieg* caso, *quegía hablag* contigo *sobge* el intensivo de *vegano*.

Estaba pasando la cabeza por mi camiseta y me detuve en seco al escuchar eso. Llevaba semanas esperando averiguar si había conseguido colarme en el grupo. No había accedido a la matriculación porque perdí totalmente la noción del tiempo con la pérdida de Eleonor.

—¿Qué le han dicho? —pregunté.

El corazón iba a mil por hora. Aquello era importante, muy importante, para mí.

—Le expliqué tu situación a *secgetagía*. Sin *embago, alegagon* no *haceg* excepciones. No *seguía* justo *paga otgos bailaguines*. Les dije que estaba *seguga* de que lo *entendeguías*.

—Pero… ¿y las audiciones?

—El estudio *estagá abiegto* todo el *vegano, pego* yo *cgreo* que debes *descansag*.

—¿Des… descansar? —Sonó, exactamente, como si me hubiera insultado—. Tengo que mejorar, si no… ¿cómo voy a…?

Ella cogió aire y me dirigió una mirada extraña, quizás maternal.

—Olivia, tu técnica es *coguecta, pego* no *cgeo* que sea tiempo de *lanzagte* a nivel *pgofesional*.

—¿Cómo dice? —musité.

—*Eges* disciplinada y muy *coguecta, pego* debes *cuidag* tu *entegeza*. *Bailag* a nivel *pgofesional gequiege* de mucha *fuegza* mental y no siento que estés *pgepagada paga* eso. No después de lo que ha pasado.

—¿Va a impedirme participar?

—Es una *guecomendación*. *Pgueba* a *centgagte* en ti un tiempo. Te he enseñado bien. No *pegderás* talento ni técnica *pogque* dediques unas semanas al luto. —Colocó una mano en mi hombro, intentado reconfortarme—. No tengo ninguna duda de que *llegagás* lejos, *pego* a veces hay que *invegtig* antes en uno mismo. Ten. —Me entregó un pequeño taquito de folletos—. Son *repgesentaciones pgogramadas* para este *vegano* de todo el país. No *quiego* que desconectes. *Ahoga* descansa. Nos vemos en un *gato*.

Bajé la mirada. Ningún ruido salió de mi boca. Nunca se le rebatía nada a Filippa, aunque tampoco habría podido hacerlo. En ese momento, tenía un nudo enorme en la garganta.

—*Paguece* que está lloviendo. Ten cuidado ahí *fuega*.

Ella me dirigió una sonrisa cortés y sostuvo la puerta para que saliera.

Capítulo 2

«La vida cambia en segundos». La primera vez que escuché esa frase tenía siete años, pintaba la acera de mi calle con tizas de colores mientras un par de vecinas comentaban algo sobre un cruel marido que había engañado a su cándida esposa. Recuerdo que, en aquella ocasión, me quedé pensando en ello. No mucho, he de decir. El tiempo justo hasta que mi padre apareció con una bicicleta nueva. A esa edad ya tenía claras mis prioridades y hacer equilibrismos con mi primera bici sin ruedines era, sin duda, la más importante de todas. Después de ese día, esa frase ya no me sorprendió. Pasé numerosas veces junto a esas palabras sin pena ni gloria hasta que años más tarde, «en cuestión de segundos» me abofetearon en la cara…

De la noche a la mañana dejé de ser una adolescente normal para convertirme en una persona que, sin quererlo, había visto el lado feo del mundo. Uno inseguro y cruel que nunca volvería a ser el de antes.

Sin embargo, ese día estaba a punto de descubrir que existen otro tipo de «segundos», aunque no tan evidentes. Hay mañanas que despiertas sin saber que harás algo, por pequeño que sea, que cambiará el rumbo de tu vida. Y no, no hablo de cosas como presentarte a una audición de *Gran Hermano* o del último *reality show* de turno… Me refiero a pequeñas acciones de las que apenas nos damos cuenta. Como la sonrisa que le has dedicado a ese chico que te ha cedido el asiento en el autobús, por ejemplo, y que, aunque aún no lo sepas, se convertirá en la persona que te abrirá los botes de mermelada el resto de tu vida o que te cogerá la mano en los momentos difíciles… Cada instante tiene ese poder y esa magia. Le otorga misterio y a la vez una gran responsabilidad.

Nunca sabemos cuánto de rutina y cuánto de extraordinario habrá tenido el día al acostarnos.

Muy pronto todo iba a dar un giro, pero yo, claro, aún no tenía ni idea…

Salí del edificio como un huracán. ¿Por qué el mundo entero parecía insistir en que debía venirme abajo? ¿Acaso tenían la más remota idea de cómo me sentía? ¿Les importaba, acaso? ¡Era injusto! Como si pretendieran gestionar mi dolor o de qué manera repararlo. ¡No tenían ningún derecho!

Tal y como había anunciado Filippa, al salir, la gran urbe me recibió con una tremenda tormenta de verano, enmarcada por los pitidos de varios centenares de coches atascados. Aquello no era agua, sino el mismísimo diluvio universal, lo juro. Era casi verano, pero el país entero se hallaba sumido en una inmensa borrasca que llevaba empeñada en inundarnos desde hacía tres días.

Corrí hacia mi moto, salpicando con las sandalias en los charcos. Habían dicho que ese día regresaría el sol y en un alarde de optimismo había dejado las botas de agua en la puerta de entrada. Un error, evidentemente, que a esas alturas no tenía solución. Aun así, la lluvia que me estaba calando no tenía ni punto de comparación con la tormenta que se había desatado dentro de mí. Una mezcla explosiva de rabia, decepción e impotencia…

¡Necesitaba ese curso! Tenía dieciséis años, debía entrenar y pasar la audición para entrar en una compañía. El *ballet* ya no era solo mi sueño, ahora también era mi obsesión. El eje principal de mi desorbitada necesidad por mantener ocupado cada pequeño instante del día. Lo único que mantenía el dolor a raya cada mañana. Si bailaba, me cansaba. Si me cansaba, no le permitía a mi cabeza pensar. Prefería desviar ese dolor a un plano físico. A mis pies, a la extenuación de mis músculos…, al agotamiento hasta caer rendida. Esa era mi medicina. Levantarme, entrenar, seguir entrenando, regresar, dormir y volver a empezar. Así, un día, tras otro… Si perdía el *ballet,* ¿cómo narices iba a sobrevivir?

Pasé por la puerta de Correos, de la sucursal bancaria y de una enorme zapatería. Entonces, me detuve en seco. Llevaba dinero encima así que, sorprendentemente, aquello parecía un pequeño e inesperado giro de suerte. No podía permitirme el lujo de que mis pies se resintieran con tanta agua. Sin embargo, justo cuando ponía una mano en el picaporte, la dependienta dio la vuelta al cartel deleitándome con un gigantesco CERRADO.

—Por favor —le dije.

No sirvió de nada. Ella se limitó a gesticular un «lo siento» desde el otro lado y se alejó hacia el fondo de la tienda. Genial… Saqué el móvil. Tenía una llamada perdida de un número que no conocía, pero me centré en el reloj: era la hora de comer. Sin duda, todo estaría cerrado por allí cerca. Eché a andar de nuevo, deprisa. Si me daba prisa, podría llegar hasta mi moto e ir a casa a por las botas o…

Iba tan enfrascada en mis pensamientos que, de pronto, choqué contra un par de chicas un par de años más jóvenes que yo.

Una de ellas soltó una risita nerviosa. Fui a pasar de largo, pero…

—¡Espera! —me dijo la otra—. ¿Te importa hacernos una foto?

Vacilé.

—Claro. —¿Por qué no? Una excusa más para calarme…

La chica se acercó con una cámara y una enorme sonrisa y volvió junto a su amiga para colocarse al otro lado de un chico alto, moreno y joven.

Hice la foto lo más rápido que pude para no seguir empapándome, pensando a la vez que su cara me sonaba.

—¿Quieres una con la tuya? —le pregunté al chico, que llevaba colgada una cámara blanca y grande al cuello.

—No. No hace falta, gracias. ¿Está todo bien, chicas? —les preguntó con una sonrisa más propia de un anuncio de champú.

Ellas rieron, nerviosas, mientras buscaban a toda prisa algo en la mochila de una.

La verdad es que sentí que sobraba. Él parecía conocido y no quería parecer la típica cotilla que intenta averiguar quién es el famosillo de turno, así que me deslicé sin que se dieran cuenta para camuflarme de nuevo con la corriente humana que se movía veloz calle abajo.

Aun así, no pude evitar ladear la cabeza una última vez para ver al chico. Él firmaba un cuaderno. Debió sentirse observado porque, justo en ese momento, alzó su rostro y sus ojos, por un instante, se cruzaron con los míos.

Algo me golpeó con fuerza, como una mole.

—Tenga cuidado —se quejó un señor.

—Lo siento —me apresuré a decir, una vez más. El hombre ni siquiera se molestó en escuchar la disculpa.

Decidí olvidar al extraño y seguí mi camino.

El edificio de al lado era la librería más grande de la ciudad. Era realmente gigantesca, una antigua casona colonial convertida en un templo literario de cuatro plantas. Llevaba ahí por lo menos cien años. Leo y yo habíamos visto cambiar su escaparate en infinidad de ocasiones, no solo por los libros (que para ella tenían el efecto de un impresionante castillo de fuegos artificiales), sino porque era un auténtico espectáculo de atrezo, luz y color. De hecho, ella solía esperarme allí mientras yo terminaba los ensayos. Ya no recuerdo cuántos centenares de veces tuve que rescatarla de ese cristal o de los enormes pasillos del interior.

Entonces, me detuve en seco, no por los recuerdos, sino por una gigantesca pila de libros en el escaparate. Seguía lloviendo a cántaros. El agua corría a placer por todo mi cuerpo mientras acortaba la distancia que me separaba del cristal. Sin embargo, el aguacero había pasado de inmediato a un segundo o tercer plano porque, de pronto, ahí estaba ella, con esa pose que había ensayado tantas veces delante del espejo. Su cara sonriente me miraba sobre la pila de libros del tercer volumen de *Bellarina (Bella, Ballerina),* la historia que había conseguido que su nombre diera la vuelta al mundo. Acababan de publicarlo. No hacía ni cuatro meses desde que Eleonor me había confesado que lo había terminado y, de pronto, ahí lo tenía. Aquello me destrozó.

Llevaba todo ese tiempo huyendo de la verdad. Negándolo. Me obligaba a creer que ella estaba de gira, firmando su último libro por el país. Viviendo una cantidad estrambótica de anécdotas con las que protagonizar las conversaciones de varios meses. Esa o cualquier otra historia antes que enfrentarme a la horrible y apestosa realidad. Y, aunque el dolor tintineante que vibraba de forma constante en el fondo de mi pecho intentaba tirar por tierra aquella mentira, lo cierto es que durante un tiempo eso, unido al *ballet,* funcionó, y yo me había acomodado a vivir una vida muy lejos de la aceptación. Lo sabía, claro que lo sabía, pero utilizaba esa fantasía para golpear el dolor cada vez que amenazaba con atravesarme de nuevo. En cambio, en ese preciso microsegundo, esa torre me desarmó. Lo que yo me había obligado a creer y lo que mi corazón sentía chocaron contra mi razón y fue como si entrara en *shock*. Ella no podía estar ahí. Lo sabía.

Y yo no estaba preparada para aquel golpe…

Quería huir. Correr lejos de esa dolorosa verdad. Guarecerme en mi pequeña y protegida rutina que a duras penas conseguía controlar, pero, en lugar de eso, abrí la puerta y planté un pie en el interior, seguido del otro. Hiperventilaba. Los ojos me ardían como si hubiesen estallado en una combustión espontánea y un pesado nudo rodeaba mi garganta con fuerza. Dejé de ser dueña de mis propios actos cuando avancé hacia la pila en un alarde de masoquismo integral. El olor a libro nuevo me invadió al instante y el aire acondicionado enfrió el agua que me empapaba, pero yo solo podía centrarme esa fotografía. Dios, era ella, e imponía tanto… Era casi cruel verla sonreír así.

Intenté coger uno de los libros. Los dos primeros volúmenes, firmados y dedicados, ocupaban un lugar de honor en mi habitación, pero lo último que había sabido de esa tercera

parte era que acababa de terminarlo poco antes de que ocurriera todo… Tragué saliva, sin éxito. El nudo seguía ahí, ahogándome.

La verdad es que tener una amiga que a sus diecisiete años había alcanzado el *top* ventas de medio mundo había tenido muchas ventajas cuando vivía, como tener entradas para eventos superimportantes, conocer actores famosos o cenar tacos gratis en el restaurante mexicano que había en el centro, cuyo dueño, además de su mujer y sus hijas, era seguidor incondicional de cada palabra que escribía. Sin embargo, ahora que ella no estaba era una tortura constante. Su muerte aún era noticia y había conmocionado a medio mundo. La mayoría de las noticias las esperaba, de modo que tenía cuidado de evitarlas y, así, no hacer peligrar la enorme mentira que me esforzaba por seguir creyendo. Esto, en cambio, no lo había previsto.

Cogí aire para disipar el nudo de la garganta. No cogí su libro. No me sentía capaz de tocarlo, así que elegí otro al azar, con la esperanza de reunir el valor suficiente para acercarme a la foto de mi amiga.

Bajé la vista hacia ese otro ejemplar y su portada me horrorizó al instante, así que volví a dejarlo en su sitio. Siempre he oído esa frase que dice «No hay que juzgar a un libro por su portada», pero en ese caso era imposible no hacerlo.

—Yo también dejaría ese. Es demasiado… intenso.

Alcé la mirada hacia la voz y justo al otro lado de la mesa encontré al chico que unos minutos antes se hacía la foto con las chicas.

—¿Intenso? —pregunté por decir algo, aunque no tenía ninguna gana de hablar con nadie.

—Látigos, mordazas… A menos que estés buscando precisamente eso, claro. —Clavó sus pupilas en las mías con una mirada pícara, pero supe de inmediato que él se había percatado de mis ojos irritados. No quería dar pena. Lo odiaba. Así que fingí una sonrisa para intentar recomponerme.

—¿Típico empresario sadomasoquista? —sugerí.

Él arrugó un poco la nariz.

—Más bien duendes y hadas tremendamente cachondos —rio.

Para mi sorpresa, se me escapó una pequeña risa. Aquello no lo esperaba.

—Vaya… —Fingí meditarlo—. Así que, ¿eso es lo que me estoy perdiendo?

—Bueno… —Se posó ligeramente sobre la pila de libros y pronunció la sonrisa—. Es muy educativo.

Arqueé las cejas.

—Parece que lo has leído.

—Yo lo leo todo.

—¿Eres escritor? —Aventuré.

Él soltó una carcajada.

—Para nada. Solo un voraz lector.

—Jamás lo habría adivinado —respondí, fijándome mejor en él. Tenía algo que llamaba la atención, aunque no podría decir qué era. Quizá los ojos rasgados, que eran de color pardo y parecían tener un brillo extraño, aunque no pude averiguar si era eso porque prácticamente los ocultaba tras un flequillo largo y castaño. También destacaban sus pómulos, altos y

perfectamente esculpidos por la amplia sonrisa que cubría gran parte de su rostro. Llevaba una camiseta estampada y una cazadora vaquera, y de su cuello colgaban, además de la cámara blanca, unos enormes auriculares. No me gustaba poner etiquetas a las personas, pero no parecía alguien que frecuentara una librería, sino el típico chico guay.

—Oh. —Fingió sorpresa—. No serás de esas que creen que la gente que lee es friki o un bicho raro, ¿verdad?

—Pues no, la verdad es que no. Y tú, ¿eres de esos que utilizan las hadas y los duendes para ligar? —Mi tono fue irónico aunque me preocupaba sonar cínica o borde. No estaba acostumbrada a los chicos.

—Hasta ahora me ha funcionado bastante bien.

Aparté la vista, incómoda. Siempre he pensado que los chicos son más complicados que la física o las matemáticas y esas apenas conseguía aprobarlas. Cogí aire, un poco incómoda.

—Dices que lo lees todo —comenté, cambiando el rumbo de la conversación—, ¿qué opinas de estos? —Señalé el primer título de *Bellarina*.

—La torre habla por sí sola, ¿no es así? Se trata de un libro para chicas y pareces una chica así que… puedes probar. Creo que una bailarina se identificará con Emma.

Mi vista se clavó de inmediato en él.

—No te he dicho que lo sea.

—¿Eso crees? —Me tendió una mano—. Encantado, Olivia. Soy Marcus Fitzpatrick.

Fruncí el ceño. Toda la diversión acababa de esfumarse de un plumazo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Cómo es que tú no sabes el mío?

¿Qué?

—¿Debería?

—¿No vas a darme la mano?

Le miré exactamente como si de pronto le hubiera nacido una segunda cabeza.

—Nadie da la mano ni se presenta con su apellido a menos que pase de los treinta.

—En esta mesa, es lo habitual. Algunos personajes hacen una reverencia, incluso, pero creo que eso está fuera de contexto en este lugar —susurró.

¿Qué era exactamente lo que le resultaba tan divertido?

—¿Cómo sabes quién soy? —Insistí. Empezaba a impacientarme—. ¿Te conozco?

—¿Cuánto deseas esas respuestas? —preguntó, aún con la misma mueca en la cara—. ¿Lo suficiente como para que vayamos a tomar algo?

No, desde luego que no. ¿De verdad esperaba que me fuera con el primer extraño que supiera mi nombre?

—Mira, no importa. Creo… creo que debo irme. Se me hace tarde.

—¿Tan pronto? —dijo él.

No le respondí. Salí de allí de forma precipitada. Sí, claro que quería averiguar cómo narices sabía mi nombre, pero a la vez era demasiado raro y mis padres se habían esforzado mucho en inculcar el instinto de la prudencia en mi cabecita. Algo en él me ponía nerviosa y, en ese momento, no quería más complicaciones.

La calle me recibió con un vendaval húmedo. Los folletos que llevaba en el regazo salieron volando calle abajo. Los vi desaparecer entre la gente sin remedio.

—¡Eh! ¡Señorita Green! —Oí, de pronto.

Me giré de inmediato, pero no me detuve. ¿Señorita Green? ¿En serio? A través de la calle avanzaba aquel chico con algo entre las manos. ¿Qué quería ahora?

—Déjame, ¿vale?

—Te olvidabas esto. —Ignoró por completo mi comentario. Paré en seco para enfrentarle y vi que me tendía una bolsa—. No soportaría la idea de haberte estropeado la elección.

Cedí, no tengo ni idea de por qué. Abrí un poco la bolsa y, en el fondo, divisé los colores rosas llamativos del primer libro de *Bellarina*. Lo saqué y, cuando alcé la vista, el chico llamado Marcus había desaparecido…

Del libro sobresalía uno de los folletos que había perdido. Abrí la tapa para verlo y, justo en la página del libro que marcaba, había escrito: «Por si quieres darme las gracias» y, a continuación, había un número de teléfono.

Vacilé, pero, tras un par de segundos, cerré la tapa y metí el libro de nuevo en la bolsa.

Por fin, llegué de nuevo a la escuela. Ir a casa había sido imposible. Estaba empapada de pies a cabeza y seguía diluviando. Aun así, me detuve antes de entrar y ladeé la vista hacia la librería. Aquello había sido raro. Muy raro…

Capítulo 3

Aún era pronto cuando llegué a la escuela. Entre la lluvia y el encuentro con el chico raro no había tenido tiempo para comer, de modo que pasé por la cafetería del edificio para pedir algo rápido y me senté en una mesa con el móvil.

Buscar un intensivo era mi prioridad número uno. Hice una búsqueda de las academias cercanas que ofrecían cursos de verano, pero en casi todos aparecía en rojo el anuncio «Inscripciones cerradas» o «Plazas cubiertas». Luego lo intenté con profesores particulares, aunque no tuve mucha más suerte.

Escribí varios *emails* solicitando alguna plaza que hubiera podido quedarse disponible a última hora hasta que no me quedaron direcciones a las que suplicar. Luego, empecé a actualizar mi correo electrónico cada tres minutos, con la esperanza de que entrara alguna respuesta. Sin embargo, las que llegaron fueron respuestas automáticas. Parecía que ya no me escribían personas, sino máquinas. En mi *email,* entre todos los avisos de notificaciones de las redes sociales que ya no abría, solo quedaba un único *email.* Lo enviaba una tal Joanne Grey.

En ese momento, sonó mi chat.

Harry dice:
Sorry, he tenido que salir pitando.

Cerré el email y abrí la conversación.

Sin problema. He visto que era un caso de urgencia mayor. Espero que haya ido bien.

Harry dice:
Tengo cita para el sábado, así que no me quejo.

Si te dura hasta el lunes, tendrás mi respeto.

Harry dice:
Habló la Jedi del amor.

Por cierto, he estado hablando con Filippa sobre el intensivo. Me quedo colgada… :(

Al instante, respondió.

Harry dice:
Putada… Lo siento, Livi, sé que querías practicar este verano.

He escrito a medio centenar de academias suplicando una plaza.

Harry dice:
¿Les has dicho que ocupas poco, no hablas mucho y cierras la escuela?

Algo por el estilo.

Harry dice:
Pues estarán locos si no te aceptan, ja, ja, ja. Serías un gran conserje.

Me preocupa… :(

Harry dice:
Tranqui. Podemos seguir practicando los dos. Doblar las horas. Yo no tengo pasta, para variar. Pensaba ensayar en una plaza de aparcamiento que tiene un colega en un garaje, pero, si vamos los dos, podemos reservar una sala en la escuela. ¿Qué te parece?

Tamborileé distraídamente los dedos contra el móvil, pensando.

Pues… Me parece guay, la verdad.

Harry dice:
Visto. Hacemos buen equipo :)

Suena bien. Espero que aguantes el ritmo.

Harry dice:
Trátame con cariño…

Ja, ja, ja. Te veo mañana, Harry. Un beso.

Harry dice:
:)

Me eché hacia atrás en la silla. La ventana y el sonido de la lluvia me arrastraron sin remedio hacia las profundidades de mis pensamientos. No era mala idea, al fin y al cabo, que Harry y yo practicáramos juntos ese verano. Ya lo hacíamos habitualmente así que si aumentábamos las horas y nos centrábamos en las audiciones, quizá funcionaría. Harry es tan perfeccionista como yo, pero además es muy bueno, aplicado y tiene muchísima más paciencia de la que yo podría presumir jamás. Sin embargo, no tenía muy claro si su intención era preparar las audiciones o tenerme en su punto de mira para asegurarse de que no me viniera abajo. Harry había reaccionado así durante todo ese tiempo. Siempre ha sido muy protector conmigo. A veces me miraba como si estuviese preparado para cogerme en el instante en que decidiera derrumbarme. Algo dentro de mí también pensaba que eso ocurriría de manera inminente…

Sea como fuere, me alegraba que él se empeñara en seguir a mi lado. Todo mi grupo de amigos se había volatilizado con la pérdida de Eleonor. Ambas compartíamos el mismo grupo y me recordaban demasiado a ella. Había sido un modo de autoprotegerme, supongo. Los quería, pero lo de Eleonor era totalmente diferente, y no podía soportarlo. Harry era callado en ese sentido y muy intuitivo. Sabía cuándo estaba mal con solo mirarme, con la diferencia de que no solía insistir si yo no quería hablar de ello y eso lo convertía en una infinita fuente de tranquilidad. No podía dejar de dar gracias al universo por tenerlo. ¿Cómo podría seguir sin él?

—Gracias, Helena —le dije a la camarera después de comer, entregándole un billete.

—Te veo mejor, Olivia.

Forcé una sonrisa cortés.

—Sí, supongo que sí.

—Aquí tienes.

Me entregó el cambio y emprendí el camino hacia el aula con un vaso de té calentando mis manos. No importa si es invierno o verano, mis manos siempre están frías. Me coloqué un auricular en el oído y empecé a escuchar canciones. A pesar de lo que había dicho Filippa, estaba decidida a presentarme a las audiciones y a conseguir una plaza.

Aún pensaba en eso mientras me cambiaba, incluso cuando envolvía mis dedos de los pies, uno a uno, en tiras de esparadrapo y los acomodaba en las zapatillas de punta. Las canciones pasaban de una a otra.

Empecé a calentar, sola, en el aula. Aún me turbaban las palabras de Filippa, es más, me aterraban, pero las puntas y el sonido del piano tenían el efecto de un bálsamo en mí. Es raro encontrar un lugar en el mundo en el que te sientas más cómoda que en tu propia casa, más tranquila y en paz contigo misma. Para mí, esas cuatro paredes eran ese lugar. Era mi mundo. Lo que había entre esos espejos representaba todo lo que yo era. De hecho, no sabría cómo ser otra cosa. No solía ser así cuando Eleonor estaba allí. Mi vida era más normal, entonces. Pero en ese momento, ya no. Ya no podía salir con mis amigos, ni ver una película con mis padres en casa. No sabía cómo hacer esas cosas que hacía cuando ella vivía… Solo sabía bailar. Era mi vida, mi todo… El único lugar en que no sentía que debía mentir ni esconder lo que sentía.

Bailar es y siempre ha sido mi sueño y me había volcado en él como quien se lanza por un precipicio sin paracaídas.

—¿Señorita Green?

Alcé la vista hacia la voz. Ahí arriba, estaba Filippa, acompañada de una mujer que no había visto nunca. La extraña llevaba unos vaqueros, una blusa holgada y una americana negra bastante elegante. El pelo rubio le llegaba por los hombros, liso, enmarcando un rostro amable, aunque serio, en el que destacaban unos enormes ojos castaños (con unas incipientes patas de gallo) muy delineados por un intenso color negro. Debía tener unos treinta y tantos y me sonreía de forma cordial.

—Hola. —Arranqué los auriculares de mis orejas de un tirón mientras me ponía en pie apresuradamente. Aquel no parecía lugar para alguien vestido así. A no ser… que se tratara de una representante de alguna compañía de danza o algo así. Filippa acababa de aconsejarme que no me presentara, no tenía sentido. Aun así, mi estómago se contrajo con violencia y extendí la mano como impulsada por una repentina descarga.

—Vaya. —Me recorrió con la mirada, aún con los labios curvados, ahora de forma un poco más pronunciada—. Sí que eres tú, Olivia. He oído hablar mucho sobre ti. ¿Cómo estás?

—Sudada. —Fue lo único que alcancé a decir. Estaba muy nerviosa y cuando estoy nerviosa, digo tonterías. Muchas…

—Me ha costado mucho encontrarte. No es que seas muy accesible. —Su voz era suave y parecía amable. Supongo que intentaba que sus palabras no parecieran un reproche—. En cualquier caso, he decidido que era mejor venir directamente.

Fruncí el ceño. Aquello empezaba a no encajar con la posibilidad de que esa mujer representase a una compañía de *ballet* profesional. Hacía un año que había enviado vídeos a todas las compañías que había encontrado. Dudaba de que, después de meses de silencio, de pronto se presentasen allí para decirme que llevaban tiempo intentando contactar conmigo.

—Perdone, pero creo que no la entiendo. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella volvió a sonreír, aunque esta vez de forma un poco forzada.

—Si me acompañas fuera un momento…

Miré a Filippa, en busca de aprobación. Su rostro no era alegre, como si guardase en secreto una hipotética buena noticia traída por esa mujer, sino más bien molesta. Tuve un mal presentimiento… Aun así, asintió con la cabeza. La sala se estaba empezando a llenar de bailarinas curiosas. La mujer extendió un brazo hacia la puerta. Yo salí, dudosa, hacia el pasillo. Al fondo, había una pequeña zona para las visitas. De camino, me crucé con Harry, que me lanzó una mirada inquisitiva. Encogí los hombros con disimulo y la seguí hasta llegar al pequeño sofá marrón de estilo colonial, también conocido por ser más duro que una piedra, que cubría casi la totalidad de esa área. Ella tomó asiento antes de empezar a hablar:

—Soy Joanne Grey, aunque puedes llamarme Jo, claro. —Señaló a su lado con los ojos para que yo también me sentara. Sin embargo, me quedé ahí plantada, como un pasmarote. ¿Se suponía que ese nombre debía significar algo para mí? Ella pareció entender que iba a quedarme ahí, así que continuó—: Como te decía, he intentado ponerme en contacto contigo varias veces, pero hoy estaba por aquí y…

—Disculpe, pero ¿nos conocemos?

—¿Eleonor llegó a hablarte de mí alguna vez?

Ese nombre fue como un latigazo en carne viva. Durante un par de segundos, me quedé en

blanco, totalmente inmóvil frente a ella. Mis dedos comenzaron a temblar.

—¿Eleonor? —balbuceé.

Ella volvió a señalar el sofá a su lado e hice un esfuerzo sobrenatural por reaccionar. Me senté solo porque pronunció el nombre de mi mejor amiga. Todo lo que tuviese algo que ver con ella tenía el suficiente interés para mí como para espantarme a la vez que obsesionarme.

—No pasa nada. Es bastante habitual que no lo hagan. —Cogió aire, entrelazó las manos por encima de sus piernas cruzadas y clavó sus ojos en mí—. Verás, Olivia, llevo trabajando con Eleonor los últimos años. Soy… su editora.

Tardé varios segundos en procesar esa revelación.

—Entiendo… —No, qué va. No estaba entendiendo absolutamente nada. Ahora que lo decía, sí recordaba a Leo hablando de ella, pero no tenía sentido, ¿no? ¿Qué hacía su editora sentada a mi lado en la escuela de *ballet*? ¿Qué tenía que ver esa parte de su mundo conmigo?

—Te aseguro que lamento lo que ha pasado —siguió ella. Yo continuaba dando vueltas al hecho de que esa mujer hubiera pronunciado el nombre de mi amiga. ¿Cuánto tiempo hacía que no se lo oía decir a alguien? Por un segundo, fue como si ella aún estuviera ahí—. Sé que estabais muy unidas y…

Me abracé los codos. Una repentina sensación de frío había erizado el vello de mi cuerpo.

—He visto que han lanzado el último —interrumpí.

—Sí —admitió—, es lo que ella habría querido.

—Ya. —Aparté la mirada, omitiendo la risa sarcástica que había intentado aflorar de mi interior. Sabía que el mundo seguía girando y que esa parte de la vida de Leo era un negocio para muchas personas, pero eso no me valía—. Oí que las ventas fueron bien con la noticia.

Eleonor decía que las obras se revalorizan cuando el artista muere, más aún si es de algún modo misterioso o escandaloso y ella era un clarísimo ejemplo de ello. Oí en el telediario que el primer mes posterior a que ocurriera, las ventas de su saga se habían triplicado y que incluso una importante productora cinematográfica se había hecho con los derechos para llevar no solo sus libros al cine, sino también la historia de su corta existencia. Ella era para el mundo una especie de superheroína adolescente y generó un interés bestial en los medios.

—Sí —repitió—, esas cosas pasan. Es habitual, desgraciadamente.

Aquello no me gustaba. ¿Por qué narices estaba ahí hablando sobre cómo lo sucedido había impulsado una campaña de *marketing*? Me revolvía el estómago…

—Lo siento, pero no entiendo en qué puedo ayudarla.

—Verás, Olivia, en realidad tiene mucho que ver con eso. ¿Sabías que el libro que acabamos de publicar no es el último, verdad?

—Sí.

Recordaba como si hubiera sido ayer esa conversación con Eleonor. Fue la última que tuvimos.

—No lo dejó escrito.

También lo sabía…

—¿Y qué van a hacer?

—Aún no lo sabemos. Quería hablar contigo antes.

Me eché ligeramente hacia atrás. Por fin entendía lo que había ido a buscar allí.

—Lo siento —le dije—. A mí no me dio nada. Aún no había empezado a escribirlo.

Ella guardó silencio, volvió a alzar sus ojos hacia mí y pronunció muy despacio:

—Por sorprendente que parezca, es algo habitual que ciertos autores dejen constancia de su deseo sobre el final de sus historias, por si ellos no pueden escribirlas. Es cierto que no es tan habitual en autores tan jóvenes, aunque resulta muy recomendable.

—Entonces, ¿tienen el final? —De nuevo, no entendía nada—. Ella era muy reservada con eso. Decía que si lo contaba se gafaba.

Hice una mueca extraña, para mí misma, al darme cuenta de que había utilizado el pasado del verbo. «Era», pasado…

—No, no fue eso lo que dejó.

—¿Entonces?

Me crucé de brazos, incómoda.

—Verás, Olivia. Ella quiso que fueras tú quien lo terminara.

El silencio se materializó en el ambiente de tal forma que casi se podía tocar. El eco de la noticia vibraba contra mis tímpanos, intentando calar en mi cabeza hasta que, de pronto, rompí a reír.

—Venga ya. No, claro que no. —Reí—. Ella jamás haría eso. Ella sabe, sabía… que yo no…

Mi voz se apagó y amenazó con quebrarse. Aún me chocaba tener que recordar que ya no podía hacerlo…

—¿Nunca has escrito?

Negué con la cabeza. Mi risa se había esfumado por completo con aquel pensamiento.

—No. Apenas tengo tiempo para leer.

La mujer pareció contrariada.

—Ya veo —carraspeó.

Entonces, la miré. Su rostro parecía preocupado. Aquello provocó algo dentro de mi pecho.

—Es… ¿es en serio? —balbuceé.

No… No lo era… No podía serlo… ¿verdad? Ella torció el gesto y adelantó un poco la cabeza hacia mí.

—Quiero que seas totalmente sincera en esto. Olivia, ¿te crees capaz?

Me aparté hacia atrás.

—¿Qué…?

—¿Quieres intentarlo?

Iba a vomitar. El aire no era suficiente para llenar mis pulmones… Me levanté de ese sofá como si quemara. Todo comenzó a dar vueltas a mí alrededor.

—Perdone… —Tartamudeé—. Lo siento. Yo… Tengo que irme.

—Olivia…

—Que… tenga un buen día.

Salí de allí antes de que ella tuviera tiempo de detenerme. Corrí al vestuario tan rápido como me permitieron mis zapatillas de punta, entré en el primer retrete y mi cuerpo entero se dobló para vomitar hasta la última gota de mi estómago. Caí de rodillas. El mundo entero giraba como

loco a mi alrededor. Cogía aire a bocanadas sin dejar de sentir que me asfixiaba. Necesitaba salir de allí… Cambié las zapatillas por las deportivas, cubrí la ropa de *ballet* con las mallas y la chaqueta y me precipité a la calle.

Aquello no había ocurrido. No podía ser cierto…

Capítulo 4

Las lágrimas aún resbalaban por mi cara a causa del viento mientras regresaba a casa. Ahora que había empezado a llorar, era imposible frenarlo. Dolía, como si una fuerza invisible estuviera retorciendo lo que quedaba de mí, con saña. No importaba lo que esa mujer había dicho, sino algo mucho peor. Algo que se sobreentendía de esa absurda petición. Eleonor sabía que se estaba muriendo. ¡Lo sabía, maldita sea!

Un coche pitó para que me hiciera a un lado. Mis ojos no dejaban de llorar, apenas veía la carretera, pero ¿qué importaba eso en comparación con lo que acababa de descubrir? Mis padres me habían dicho que había sido repentino, que habían descubierto una enfermedad en su corazón en la autopsia, pero esto… Esto era muy diferente. Totalmente diferente. ¿Cómo había sido capaz de ocultar algo así? ¡Joder! Quería gritarle, explotar y decirle lo cruel y lo injusto que me parecía. ¡Maldita impotencia!

Entonces, pegué un frenazo para cambiar de dirección. Necesitaba respuestas y solo había un sitio donde podía conseguirlas.

Quince minutos más tarde, apagué el motor delante de la casa de Eleonor. No regresaba allí desde aquel día y de pronto recordé. Un peso se acababa de posar con fuerza sobre mi pecho.

Dejé el casco sobre el asiento y recorrí el camino de adoquines que serpenteaba hasta las escaleras de la entrada. La casa parecía alegre, como siempre que había estado ahí, inmune y ajena a la sombra que se cernía sobre ella.

Recordaba perfectamente las veces que habíamos jugado en esas escaleras. Con tizas, con Barbies y, más tarde, cotilleando en Facebook e Instagram. Casi podía escuchar su risa chillona y explosiva, tan escandalosa, que tendía a rebotar por toda la calle. Sacudí la cabeza para enviar lejos esos recuerdos.

Una vez frente a la puerta, me obligué a coger aire y reunir el valor suficiente para acercar mi dedo índice hasta el timbre.

El tintineo se apoderó de mis pensamientos durante un instante y, poco después, fue sustituido por el sonido de unos pasos suaves, acercándose.

La madre de Eleonor, Marta, abrió la puerta y su rostro extremadamente envejecido los últimos meses palideció de inmediato.

—Olivia —tartamudeó—. Oh, cielo.

Abrió la contrapuerta y me abrazó con fuerza. Aquello fue un hachazo a mi fuerza de voluntad, a la poca entereza que fingía sentir. Sus brazos alrededor de mi cuerpo derrumbaron de un mazazo la barrera que tanto esfuerzo me había costado construir y, en cuestión de segundos, mis ojos se empañaron y el nudo se retorció en mi garganta.

Le devolví el abrazo porque, en realidad, en ese momento no había nada en el mundo que deseara más, pero conseguí que mis ojos aguantaran las lágrimas. Debía ser fuerte. Ella podía llorar, yo no, ¿qué derecho tenía yo?

Poco después, se separó de mí y me hizo pasar. Me sobrecogió descubrir lo desmejorada que

estaba. Ella solía ser una mujer elegante. Así la recordaba. Alta, siempre bien vestida, con el pelo perfectamente peinado y un maquillaje sutil pero favorecedor. De hecho, no aparentaba los más de sesenta años que tenía. Sin embargo, en ese momento, me pareció escuálida, enjuta y extremadamente frágil. Llevaba el cabello en una coleta, la cara lavada y un par de vaqueros y una camiseta que solo hacían más evidente la cantidad de peso que había perdido…

—Pasa —invitó—. Estaba deseando que volvieras por aquí.

—Lo siento, Marta. Yo…

Me condujo primero hacia el vestíbulo de entrada y luego hacia la salita.

—No digas nada, cariño. No hace falta. Sé cómo te sientes.

Culpable, así me sentía. Más aún por ese comentario. Ni siquiera pude mirarla a la cara. No había ido a verla ni un solo día desde que Eleonor se había ido. Ni siquiera me había puesto las veces que Marta me había llamado a casa. Dios, si a mí era doloroso haber perdido a Eleonor, no podía ni imaginar lo que estaba pasando ella y yo no había estado ahí para ella.

Me senté en el sillón, a su lado. Ella cogía mis manos entre las suyas y no dejaba de apretarlas, como con un tic.

—¿Cómo…? —Sorbí aire por la nariz—. ¿Cómo estáis?

—Tirando hacia delante, como no puede ser de otra manera.

Alzó un brazo y colocó un mechón de mi pelo que se había escapado del moño por el abrazo.

Marta era tremendamente maternal. No podía imaginármela dejando de ser madre. Era sencillamente injusto.

Entonces, descubrí que, en realidad, todo estaba muy diferente. Miré a mi alrededor. La casa había cambiado por completo desde la última vez que había estado ahí. Por todo el lugar se apilaban cajas, papel de embalar, de burbujas… Las paredes y estanterías parecían desnudas sin todas las cosas que solían decorarlas.

Ella siguió la dirección de mis ojos.

—No podemos seguir aquí —musitó con voz ahogada. Era evidente que estaba conteniendo las lágrimas.

—¿Cuándo? —pregunté.

No era suficiente perder a Eleonor. Ahora también iba a perder todo rastro de ella…

—Pondremos la casa en venta la semana que viene. Estamos empaquetando todo porque la mujer de la inmobiliaria nos ha dicho que no tardará mucho en venderse. Prácticamente, la estamos regalando.

—¿Os iréis lejos?

—A la costa. Con la familia que tenemos allí. Al estar jubilados los dos, es más sencillo.

La madre de Eleonor tenía casi cuarenta y cinco años cuando ella nació. Eleonor siempre se burlaba de que la tuvieran tan tarde. Decía que era su niña milagro y que le consentían todo.

—Olivia, tengo muchas cosas de Leo. Aún no he sido capaz de tocar su habitación, pero si quieres algo de allí… Bueno, puedes coger lo que quieras. ¿Vale?

—No creo que yo pueda entrar ahí aún, tampoco.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y posó algo en mi palma.

—Esta es la copia de su llave. —Me entregó el llavero lleno de figuras de pececitos y cascabeles que Eleonor llevaba desde primaria—. Puedes venir cuando quieras. Aunque no estemos.

—Gracias —accedí y, a continuación, cogí aire para armarme de valor—. Marta, acaba de pasarme algo raro. Una mujer de la editorial ha venido a hablar conmigo para decirme algo que había pedido ella.

—¿Qué escribas el último libro? —sonrió con tristeza—. Sí. Nos lo contó. Me alegro de que al final lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque eres lo más parecido a ella que queda por aquí. De hecho… —Volvió a levantarse, cogió algo de un cajón, y se sentó de nuevo frente a mí—. Dejó esto para ti.

Entre sus dedos, había un pequeño sobre.

—¿Es el final?

—No. Solo te cuenta por qué hizo eso, pero no lo he abierto. Es lo que ella me dijo.

Agaché la mirada. Mis ojos se empañaban de nuevo. Me aclaré un poco la garganta para intentar recomponerme y pregunté:

—¿Desde cuándo sabía que estaba enferma?

Ella aspiró con fuerza, como si necesitara una enorme bocanada.

—Eleonor vivió con esa enfermedad desde los seis años. Dos meses antes de que nos dejara empeoró y la metieron en la lista de trasplantes. Fue cuando me pidió que guardara esta carta, pero ya sabes cómo era. No quería que nada cambiara, que nadie la tratara de otra manera.

—Eso es ridículo. —Me puse en pie de un salto—. Habría prestado más atención. Habríamos tenido más cuidado. Yo…

Ella cogió mis manos desde su sitio y tiró un poco de mí para que volviera a sentarme.

—Cielo. —Acarició mis dedos con sus pulgares—. Eras la única que no la trataba como si fuera frágil. Contigo se sentía normal…

Apreté los labios con fuerza. Habían empezado a temblar.

—Pero no es justo. Yo… —Tuve que cubrirme la cara porque iba a romper a llorar.

—Lo sé, cariño. —La voz de Marta se había quebrado por completo. Alcé la vista y vi que había empezado a llorar también. Eso hizo que me sintiera aún peor—. Pero era feliz. Lo fue hasta el final. Los médicos dijeron que no se enteró.

Me puse en pie, incapaz de soportarlo. No era justo, no podía ir allí para hacerla sentir aún peor.

—Perdona, Marta.

Ella se levantó y me abrazó con fuerza. Apreté la mandíbula para intentar contener con todas mis fuerzas la enorme presión que luchaba por escapar de mi pecho.

—Debería irme —musité con un hilo de voz.

Ella tardó varios segundos en aflojar el abrazo, pero asintió con tristeza y me condujo hacia la entrada.

Antes de salir, volvió a estrecharme y colocó la carta en mi mano.

—Te quería mucho, Olivia.

La estreché entre mis brazos una vez más y me alejé veloz hacia la moto sin pronunciar palabra y con las mejillas empapadas en lágrimas. Si abría la boca, no podría contener el dolor dentro de mí…

Justo al final del caminito de piedras que serpenteaba entre el césped, choqué de frente con alguien que se dirigía hacia la entrada. No importaba. Nada tenía importancia en ese momento, pero sentí que se giraba hacia mí. Llegué hasta la moto, me puse el casco y me alejé de allí. Una horrible sensación me pesaba por dentro como una losa, ardiendo en mi pecho y tan grande que no podía procesarla en mi cabeza.

El trayecto de regreso fue eterno. Solo deseaba encerrarme en la habitación y lanzarme al consuelo de mis almohadas. Quería gritar, berrear hasta que mis pulmones se quedaran sin aire o mi garganta sin voz y a ser posible romper todo en busca de un pequeño alivio que frenase el dolor, la rabia y la impotencia que hervían dentro de mi cuerpo como una llama incandescente e imparable.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Mi madre me interceptó en la entrada—. ¿Por qué no estás en clase?

—¡Déjame!

Sé que mi madre intentó seguirme, pero se detuvo. Su instinto le advirtió de que necesitaba estar sola, y yo me sentí infinitamente agradecida por ello. No entendía nada, absolutamente nada y solo deseaba huir del mundo. Subí corriendo las escaleras y entré en mi habitación como un huracán.

Cuando por fin estuve dentro, empecé a dar vueltas de un lado a otro. No tenía ni idea de qué hacer. Iba a una esquina, pensando a toda velocidad, luego a otra… Las palabras de Marta se repetían en mi cabeza una y otra vez. Una y otra y otra y otra vez… Pero era imposible. Conozco a Leo, o, la conocía… Ella nunca, jamás, JAMÁS en la vida habría hecho eso. Me lo habría contado. ¡Me habría dejado despedirme, joder! No habría sido tan cruel. Ella… ella…

Me lancé sobre la cama y hundí la cara entre la montaña de cojines. Mi corazón latía a toda velocidad, lo oía retumbar en mis oídos y lo sentía bombear contra mi cuerpo. Saber que ella era consciente de que se estaba muriendo y no haber hecho nada me mataba. Era como si me pellizcaran el corazón y lo retorcieran entre los dedos.

—Livi… —Escuché susurrar a mi madre. Al parecer, había decidido arriesgarse a intentar consolarme. Sentí cómo se sentaba en la cama y acariciaba mi espalda—. ¿Qué sucede, cariño?

—¡Ella lo sabía!—exclamé contra un cojín—. Sabía que iba a morir y no me lo contó. ¡La odio!

—A lo mejor no pensaba que fuera tan grave.

Me giré hacia ella.

—Escribió una carta, mamá. —Alcé el papel que me había dado Marta y lo hice bailar delante de su cara—. ¡Claro que lo sabía! Se aseguró de atar su libro, pero no de mí. ¡No de mí!

Volví a lanzarme contra la almohada, llorando desconsoladamente.

—En ese caso, fue su decisión y debes respetarla.

—¡La odio! —repetí entre sollozos, retorciendo la almohada con los puños—. ¡Debía confiar en mí! ¿Por qué no lo hizo?

De pronto era como si no la conociera.

—Eso no es justo, cariño. Sé que no lo dices en serio.

Intentó abrazarme, pero yo me separé y me volví hacia ella, con los ojos enrojecidos.

—¿Vosotros lo sabíais? —increpé.

—Cielo…

—¡Dímelo! ¿Lo sabíais?

—¿Cómo íbamos a saberlo, hija?

De nuevo, intentó acercarse, pero me levanté y me senté en el alféizar de la ventana, me rodeé las piernas con los brazos y hundí la cabeza entre las rodillas.

—Necesito estar sola —gemí.

—No puedo dejarte así.

—¡Déjame! —insistí—. De verdad…

Mi madre me miró en silencio y la oí coger aire, preocupada. Era consciente de que a mis padres se les escapaba esa situación de las manos. Sentía su impotencia, a veces también su desesperación… Sin embargo, en aquel momento, era como si una parte de mí quisiera que todo el mundo sufriera lo mismo que estaba soportando yo… No era justo. Era cruel y no me siento orgullosa de ello…

—¿Y la carta?—preguntó ella en voz baja, con el sobre en la mano.

—Guárdala, tú, mamá. Yo, ahora mismo, no…

—La colocaré aquí. —Vi cómo abría el cajón de mi mesilla y la guardaba dentro—. Voy a dejarte para que puedas desahogarte. Si me necesitas, vendré corriendo.

—Vale —musité, sorbiendo de nuevo por la nariz.

En cuanto oí que cerraba la puerta, regresé a la cama, miré a mi alrededor y, en un arrebato, me levanté, abrí mi armario, saqué una caja enorme y la volqué sobre la cama. Acto seguido, empecé a guardar dentro todo lo que tenía que ver con ella, empezando por el mural de fotos que decoraba la pared por encima de mi cabecero, rodeado de luces de colores, y terminando por la última falda que le había cogido prestada. Cuando quité todo, fue como si un huracán hubiera arrasado toda la habitación que, de pronto, parecía fría y desangelada. Entonces, me tiré de nuevo en la cama, estreché la almohada con fuerza entre los brazos y ahí lloré como hacía semanas que no hacía.

Capítulo 5

He pensado en la muerte y en el dolor cada día desde aquella noche. Supongo que la obsesión es una de las fases no oficiales de la aceptación. Obsesión por entenderlo, obsesión por creer que de verdad hay «otro lado»… Obsesión por aferrarte a algo para no hundirte en el abismo. El dolor es un larguísimo túnel sin luz y sin final, un lugar desértico y oscuro que se cierne sobre ti y te aísla de todo, incluso de ti mismo. La gente dice que hay que avanzar por él, aprender a orientarse para llegar al otro lado. Insisten en que siempre hay un final. La mayor parte de las veces es gente que nunca ha estado en él, personas que se mantienen al otro lado, ese en el que hay esperanza, pero en el que tampoco están a salvo, inconscientes aún de su propia vulnerabilidad. Sin embargo, yo sentía tanto miedo que me había quedado ahí, en medio de la oscuridad, agazapada, esperando sin éxito a que la luz regresara o con la esperanza de acostumbrarme a esas tinieblas y volver a vislumbrar algo entre las sombras.

Creo sinceramente que tenemos un sistema de defensa natural contra el sufrimiento que nos impide sentir el dolor o incluso recordarlo cuando llegamos al límite. Exactamente igual que cuando uno se desmaya porque tiene una fractura abierta o demasiada fiebre. El cuerpo, que es sabio, en su afán por sobrevivir, desconecta.

No tengo ni idea de cómo se mide el dolor. Supongo que cuando sientes que una mole de cemento te aprisiona el pecho sin dejarte respirar o cuando por mucho que gritas no sientes ningún alivio.

No, no tengo ni idea, pero, sea como sea, el corazón sabe cuándo llega al límite y, entonces, se endurece. Desconecta de la única manera que le permite seguir latiendo. Yo creía que lo de las corazas era algo que quedaba bien en los chicos malos de las películas o los libros, pero no se trata de algo poético, sino de supervivencia. Te vuelves insensible para protegerte. Aprendes a vivir en la oscuridad del túnel. Y ese estado catatónico en que solo eres un espectro que no vive, ni disfruta, es mucho peor. Al fin y al cabo, somos lo que sentimos.

Cuando llegas a la fase en la que tu corazón no siente, una parte de ti muere, se apaga… Y eso es peor que el dolor en sí. El dolor, al menos, te recuerda que estás vivo. Yo recuerdo perfectamente cuándo llegué a ese límite y fue la mañana siguiente a descubrir que mi mejor amiga había muerto, de repente. No fue al ver la calle cortada, la cinta amarilla de la policía, cuando vi su pelo y su mano inerte y grisácea asomando por el marco de la puerta de su casa bajo la sábana blanca, o cuando el sanitario me impidió pasar y sus labios pronunciaron esas dos palabras: «Ha muerto»… Ni siquiera cuando mi propio grito partió mi pecho. No. Fue el horrible día posterior, cuando desperté y me di cuenta de que todo aquello era real y no una terrible pesadilla y la verdad cayó a plomo sobre mí. La terrorífica certeza de que no había esperanza, de que ella nunca regresaría…

Ese día mi mundo se hizo añicos desparramando los pedazos por toda mi realidad, y mi desgarro se transformó en granadas que destrozaron todo alrededor. Aquel día, y muchos otros después, deseé arrancarme la piel a tiras, literalmente, pedazo a pedazo, segura de que ese dolor

aliviaría el de la llama que me atravesaba, feroz e inagotable. Quise golpear todo, incluso a mí misma, para despertar de ese sueño… Pero no lo hice. No desperté… Entonces, la impotencia amenazó con volverme loca, la impotencia por encima de todo por no entenderlo y no poder cambiarlo… Ese fue mi máximo. Pasé por casi todas las fases, hasta que, finalmente, mi corazón entró en hibernación o en coma autoinfligido y, desde entonces, aunque yo no era consciente de ello totalmente, me convertí en un espectro. En un *dementor* que pululaba por ahí absorbiendo la energía de mi familia que, desesperada, ya no tenía ni idea de qué hacer para ayudarme…

—¿Qué te ocurrió ayer? —me preguntó Harry al día siguiente, después de varias horas practicando, mientras metíamos «a la de tres» los pies en sendos cubos de agua con hielo. Llevaba evitándole todo el día, pero en ese momento no había forma de huir de aquella conversación.

—No me encontraba bien —respondí con una mueca. En ese instante, el frío envolvía mis pies rojos, doloridos y algo hinchados. Había sido una mañana muy intensa física y emocionalmente. Habíamos dedicado horas a la técnica y esa misma tarde empezaríamos con los primeros intentos de una coreografía.

—Estás horrible.

Me restregué la cara con las manos y pasé la mirada por el espejo que cubría la pared a mi derecha. Tenía razón. Estaba muy pálida. En mis ojos había claras muestras del insomnio y de las largas horas que había pasado llorando la última noche. La sudadera negra tampoco es que ayudaba mucho…

—No he dormido bien —respondí.

Él frunció los labios, en silencio. Se frotó un poco las rodillas y añadió:

—Podemos empezar mañana si no te encuentras bien.

—No, no. Estoy perfecta —aseguré. Era cierto que me faltaban fuerzas en ese momento. Sin embargo, la alternativa suponía volver a mi cuarto y llorar. No, definitivamente ese era el único lugar en el que deseaba estar.

Estiré los pies en todas direcciones dentro del cubo. Poco a poco empezaba a sentir el alivio.

Harry no se dio por vencido. Ladeó el rostro hacia mí con una expresión preocupada.

—Pues no pareces estar bien.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Te vi hablar con una mujer. ¿Quién era?

—Nadie.

—Te fuiste justo después de hablar con «nadie», y no volviste.

Le lancé una de esas miradas que él sabía interpretar a la perfección.

—Estaba preocupado. Ni siquiera has respondido al teléfono.

—Perdona. No vi tu llamada.

—Fueron tres, Olivia.

—Ya he dicho que lo siento, ¿vale?

Soné desagradable y odiaba que fuera así, pero no estaba lista para contarle nada de lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas.

—De acuerdo. Volvamos al trabajo.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté a Harry tres horas más tarde.

Era el primer intento de coreografía juntos. El sonido de la música de nuestro reproductor MP3 aún recorría los pasillos vacíos de toda la escuela. Llevábamos horas bailando sin descanso. Danza moderna, *ballet*… Tenía los músculos doloridos y los pies ardiendo. Por las enormes ventanas de la sala la noche había ido robándonos casi toda luz. Las lámparas del techo y su color frío acentuaban la sensación de cansancio que recorría mi cuerpo. No quedaba nadie ya en el edificio, a excepción del conserje y de nosotros mismos.

—Hay algo que no va bien.

—¿Qué quieres decir? No me he equivocado y tú tampoco.

—No, ya sé que no. Tus movimientos están bien.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Harry se acercó al MP3 y paró la música.

—Que solo son eso, Livi —dijo al silencio de la sala—. Estás ejecutando, sin más. No hay sentimiento. No hay… corazón.

Abrí los ojos de par en par, ofendida.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir, Livi? —repitió, cansado—. Que no hay rabia, ni amor, ni nada. Es como si te hubiesen programado.

Retrocedí un paso, dolida.

—Eso ha sido duro —respondí.

—Sí, y perdona, pero tengo que decirlo. Sé que estás bloqueada y lo entiendo. Es solo que… Mira, podemos ensayar todo el tiempo que quieras, pero creo que presentarnos este año no es buena idea.

—Estamos empezando con esto. ¿No crees que es un poco pronto para ser tremendistas?

—Es que… La verdad, no sé si esto ha sido buena idea.

—Vuelve a empezar —pedí, intentando ignorar su comentario.

—No. Ha sido suficiente por hoy. Debemos descansar. Nos vemos mañana.

—¿En serio? —Solté indignada—. Si no ibas en serio con esto, ¿por qué narices me has hecho perder el tiempo? —le grité.

—¿Perder el tiempo? Venga ya, Livi…

Él retrocedió hasta la esquina, cogió su bolsa, se la echó al hombro y salió de la sala sin mirarme.

Yo me llevé las manos a la cintura. Respiraba a toda velocidad por el esfuerzo.

De un manotazo, barrí las lágrimas que resbalaban por mis mejillas. Fui hacia el final de la habitación y volví a poner la música. Sacudí la cabeza, respiré hondo y volví a empezar…

Cuatro meses antes vivía en el internado de la escuela. Allí siempre estaba rodeada de gente, riendo, estudiando o haciendo planes… Sin embargo, una visita de mis padres al psicólogo después de lo ocurrido fue todo lo que necesitaron para arrancarme de allí y obligarme a regresar a casa bajo su atenta mirada.

Desde entonces, solía hacer más de treinta kilómetros cada mañana y cada noche para ir y volver de la escuela. No me importaba porque adoraba mi Vespa amarilla, pero ese día lo único

que deseaba era teletransportarme. Estaba agotada, física y emocionalmente.

Tardé casi cuarenta minutos en llegar a casa. Ahora vivía en el típico barrio residencial cuajado de casitas blancas con porches, entradas tapizadas de césped y monovolúmenes aparcados frente a la variedad más impresionante de buzones que uno pueda imaginar.

Debían ser cerca de las once de la noche. Nunca llegaba a esa hora, pero las palabras de Harry habían calado dentro de mí, en mis miedos, en mi obsesión por alcanzar la perfección… y no había tenido el valor para salir de la sala de ensayo. No podía perder esa oportunidad, ni tampoco a él.

Le llamé cuando llegué frente a la puerta, mientras sacaba las llaves. Necesitaba hablar con él, pero enseguida saltó el buzón de voz. No podía enfadarse conmigo, ¿no? Le dedicaba todas mis horas a ensayar, sabía mejor que nadie lo implicada que estaba en ello.

—Ya estoy en casa —anuncié, desganada.

—¿Olivia? —soltó mi madre, apareciendo por la esquina. Llevaba las gafas puestas y el pelo rizado muy desordenado. Seguramente estaba empollando un nuevo máster. Había perdido ya la cuenta de cuántos cursos había hecho en sus horas libres. Para ella nunca es suficiente. La culpo totalmente de mi obsesión por el perfeccionismo, pero reconozco que me ha venido bien, muy bien—. ¿Dónde narices estabas?

Su tono de voz encendió todas mis alarmas.

—Ensayando —le recordé—. Me he entretenido, lo siento.

—¿Te haces una idea de lo preocupados que estábamos? ¿Para qué quieres el móvil si no vas a contestar?

—Estaba ocupada, y ya he pedido perdón. —No quería discutir. Estaba demasiado agotada. Lo último que quería era un enfrentamiento abierto.

—Una llamada. Solo pedimos eso —siguió ella.

—Vale, mamá. Lo siento —repetí—, ¿de acuerdo? No volverá a ocurrir. —Avancé hacia las escaleras—. Estoy cansada. Me voy a dormir.

—¿Acaso no vas a cenar?

Paré en seco y resoplé. Mi madre y su obsesión porque no cayera en la anorexia… Barajé mis posibilidades en una fracción de segundo. Si me iba a la cama sin cenar, mi madre me seguiría hasta la habitación gritando y sacando de nuevo ese tema… No. No estaba de humor para eso…

Solté mis cosas, bajé los dos escalones que había subido y entré en la cocina para ponerme un vaso de leche con un bol de fruta ya cortada.

Ella entró detrás de mí, aún enfurruñada, pero, para mi sorpresa, mi padre apareció a continuación. Aún llevaba el traje del trabajo, aunque había cambiado los zapatos por las mullidas y desgastadas zapatillas marrones de andar por casa. Supe de inmediato que algo no iba bien. Mi padre y yo teníamos una especie de ritual. Cuando yo llegaba a casa, le daba un beso en la coronilla casi calva que sobresalía por encima del sofá e intercambiábamos un pequeño: «¿Todo bien?», «sí», ¿y tú?», «todo bien». Esa era nuestra forma de decirnos que si queríamos hablar, solo teníamos que romperlo. Había funcionado durante años, cuando vivía en casa, pero no tanto desde que había regresado. Últimamente todo se había vuelto diferente. Ni yo, ni mi

relación con mis padres eran ya como solía ser. Supongo que, en parte, no tenían ni idea de cómo manejar esa situación. Siempre han pensado que soy frágil y me miraban como si de un momento a otro me fuera a romper en mil pedazos. No puedo culparlos, yo también esperaba ese momento…

El caso es que intuía que se avecinaba una charla muy a mi pesar. El día había sido una mierda y lo último que quería era hablar.

Me senté despacio en la mesa y empecé a comer, sin ganas y sin quitarles los ojos de encima. Les conocía. Aquello no iba a ser bueno.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Mi padre se sentó frente a mí, cruzó las manos sobre la mesa y miró a mi madre, que se mantuvo en pie.

—Tenemos que hablar contigo —dijo ella.

—¿Sobre qué?

—Mañana vamos a pedirte cita con la doctora Chang —anunció mi padre—. Hemos estado hablando tu madre y yo y creemos que es lo mejor.

La doctora Chang… Llevaba oyendo hablar de esa mujer los últimos tres meses.

—¿Un loquero? —Me puse en pie de un salto—. ¿Queréis llevarme a un loquero? ¿En serio?

—Un psicólogo no es un loquero, hija. Es alguien que te puede ayudar más que nosotros. Tu padre y yo ya no sabemos qué hacer.

—No estoy loca, mamá.

—Nadie ha dicho eso, por favor, no conviertas esto en un drama. Nos preocupa que no lo quieras aceptar.

—Soy perfectamente consciente de lo que ha ocurrido, ¿vale? Joder, ¿por qué no podéis entender que necesito tiempo?

—Porque has dejado de vivir —habló, por fin, mi padre.

—Eso no es cierto, ¡pero si estoy todo el día fuera de casa!

—Bailando. Clase tras clase y peleando para que te den más y más clases en verano. Tu cuerpo tiene un límite, ¿acaso quieres acabar en el hospital?

—¿Y yo soy la melodramática? —solté, indignada—. Voy a *ballet* porque ahora mismo eso es lo único que me hace seguir hacia adelante. Me da estabilidad y algo a lo que aferrarme, ¿por qué no podéis entender eso?

—Tu familia está para apoyarte.

—¿Y para llevarme al loquero? ¿Cómo esperáis que confíe en vosotros si hacéis esto? ¿Por qué no me encerráis de paso y os libráis de mí?

—Eso no es justo.

—¿Eso crees?

—Te paseas como alma en pena por toda la casa y ya es suficiente, hija. También tienes que pensar en tu familia. No queremos verte así.

Negué con la cabeza. Las lágrimas inundaban mis ojos.

—Esto es increíble…

—¿A dónde vas? —preguntó mi madre cuando me giré hacia la escalera.

—¡A un lugar donde no tenga que escuchar cómo me juzgan!

Subí corriendo y cerré de un portazo la puerta de mi habitación. Era injusto, tremendamente injusto…

Capítulo 6

No podía dormir. Mi mente iba como una moto de un problema a otro. Leo, los ensayos, la editora pidiendo que escribiera el final de una historia que ni siquiera había leído, mis padres amenazando con el psicólogo… ¿Qué estaba pasando con mi vida? ¿En qué momento había perdido tanto el control? Se suponía que esos debían ser los mejores años, pero me sentía desbordada, absoluta y totalmente abrumada por todo el mundo. Como si llevara algo encadenado a la pierna y una fuerza invisible se empeñara en ponerle más y más lastre para impedirme escapar… ¿Por qué nada podía ser normal?

Ese día, encontré cerca de siete llamadas y cinco *emails* de Joanne Grey. No había respondido a ninguno, pero, por más que fingía ignorarlo, ese tema seguía ahí. Sería injusto decir que lo tenía claro. No soy una persona horrible. Si tu mejor amiga te pide algo, lo haces.

Si ella me hubiera sugerido que saltara por un puente, seguramente lo habría hecho. Paracaidismo, *puenting*… Dios, ¡cualquier cosa! Sin embargo, ¿aquello? No, eso era muy diferente. Lo que me estaba pidiendo era el equivalente a lanzarse de un precipicio y batir los brazos para echar a volar. Es decir, algo que de lejos ya sabes que no va a salir bien porque sencillamente N-O P-U-E-D-E salir bien. Era un imposible. ¿En qué clase de universo esperaba que funcionase? Sería mil veces más probable que consiguiera convencer a la mismísima J. K. Rowling para que escribiera ese final… Dios, ¡eso lo habría hecho! Esto, en cambio, era absurdo. Punto. Por más que lo pensara, por más que me lo planteara, no había forma alguna de que pudiera conseguirlo. No se trataba solo de querer, ni siquiera de poder, sino de hacerlo bien. Esos libros eran su legado, lo que había dejado al mundo. Cualquier resultado que no estuviera a su altura sería un desastre de magnitudes épicas. Uno no aprende a escribir de la noche a la mañana. Para nada. Joder, ni siquiera escribía un diario. Todos los años alguien me regalaba alguno y nunca había sentido la necesidad de utilizarlos. Llámame simple, no sé. Prefería dormir antes que perder una hora relatando mi día porque el siguiente sería exactamente igual. Es cierto que ahora me arrepiento un poco. Me habría gustado echar un vistazo a la Olivia inocente y despreocupada de antes más de una vez, pero ya es tarde para eso. Lo que me hacía vacilar era, ¿cómo narices niegas la última voluntad de alguien a quien quieres? ¿No es eso… cruel?

Cansada de dar vueltas en la cama, hui a la ducha. Dejé que el agua recorriera mi piel en un intento desesperado porque arrastrara alguno de los problemas consigo. Debía centrarme, volver a recuperar las riendas y tomar decisiones. Ella se había ido y no iba a volver. Eso era lo que más pesaba. Habría podido con todo lo demás, pero perderla había desbordado mi mundo. Estaba cabreada y dolida. Me sentía impotente. Necesitaba respuestas y ya nadie podría dármelas. ¿Tenía sentido que siguiera apalancada en eso? No me contó que estaba enferma, ni lo de su libro, y ninguna de las dos cosas me gustaba, pero esas fueron sus decisiones. Todo cuanto podía hacer yo se reducía a tomar la mía, y debía hacerlo ya porque estaba afectando a todo a mi alrededor. En realidad, tampoco sabía dónde estaba la duda. Cada célula de mi cuerpo suplicaba que fuera honesta y dijera en voz alta lo que sabía desde el primer momento: que no podía cumplir el deseo

Eleonor. La única razón que me impedía ser sincera era algo que se clavaba con fuerza en mi corazón; la necesidad desesperada de perdonarme a mí misma. La culpabilidad… No había descubierto que estaba enferma cuando la tenía frente a mis narices, ni siquiera aquella noche. Si me hubiera quedado un par de minutos más frente a su puerta quizás incluso podría haber llamado a alguien y salvarla. Quizás había muerto por mi culpa… Eso superaba todo, por encima de cualquier otra cosa y en mi fuero interno creía que la única manera de perdonarme era cumpliendo su deseo. ¿Era absurdo? Ni idea. Dudo que nadie pueda pensar de manera coherente cuando se encuentra bajo el yugo del dolor y de la desesperación, pero ese pensamiento era el resultado de mi carga y de mi propio sufrimiento. Aunque, bueno, quizá sí que me estuviera volviendo loca… ¿no? Al fin y al cabo me lo estaba planteando y, ¿cómo iba yo a escribir un libro?

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. El despertador sonó justo cuando entré en la habitación. Lo apagué y mis ojos se quedaron clavados en la estantería… Solo había una cosa ahí que había sobrevivido en su lugar después del arrebato de furia la pasada noche; sus libros. Tal vez solo hubiese un sitio donde pudiese encontrar esas respuestas.

—¡Olivia, es hora de levantarse! —Escuché a mi madre desde la cocina.

Cogí aire. Últimamente me obligaba a hacerlo todo el tiempo.

Cuando salí a la calle, vi un coche aparcado frente al porche de la entrada. Era un viejo Ford Focus blanco de más de veinte años. Al instante, Harry me pitó desde el asiento del conductor. Él es un año mayor que yo, así que tenía carnet de conducir, aunque no el dinero para permitirse un coche nuevo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendida. Harry vivía justo en el lado opuesto de la ciudad.

Él sacó su cabeza pelirroja y su codo izquierdo por la ventanilla y con una mueca dijo:

—Me siento fatal por lo de ayer —respondió—. Lo siento.

Miré hacia otro lado, algo incómoda.

—En realidad, creo que tenías razón.

—¿Por qué no subes? Te llevo y prometo traerte luego.

Alcé una comisura de la boca.

—De acuerdo.

Quiero a Harry una barbaridad. Él es mi muro de apoyo. Me ha visto en mis momentos buenos y en todos los malos y resulta realmente difícil ocultarle algo, aunque aún no le hubiera dicho lo que estaba ocurriendo. Es matemáticamente imposible enfadarse con él.

Me acomodé en el destartalado asiento del copiloto y Harry se incorporó a la carretera.

—Así que le has robado el coche a tu madre —observé para intentar que no se notara el dolor y la angustia que bullían dentro de mí—. ¿Puedo saber quién es tu ligue hoy?

La verdad es que no hacía mucho tiempo que se le podría considerar un ligón sin remedio. Un par de años antes, cuando conocía a una chica, pasaba automáticamente a la *friend zone*. A la gente, en general, le cuesta creer que a los bailarines les gusten las chicas por el simple hecho de embutirse en unas mayas y ser capaces de levantar su pierna muy por encima de la media femenina. Sin embargo, dentro del estudio ha tenido varios *affaires* y eso que le encanta quejarse

de las crueles, estiradas y pérfidas bailarinas. Nunca, jamás, le ha dicho que no a ninguna… Como novio tengo la sensación de que era un caso perdido, pero como amigo valía su peso en oro.

—No, tonta. Lo he traído por ti.

Sonreí un poco y bajé un momento el parasol para comprobar cómo de graves eran mis ojeras y volví a subirlo un instante después. Tal y como esperaba, unos enormes discos rodeaban a placer mis ojos con un prominente color violáceo. Sentí que Harry desviaba una mirada hacia mí.

—¿Va todo bien?

Apoyé el codo contra la ventanilla y pasé mi mano por la frente. No, aún no había llegado el momento de decírselo.

—Duermo mal —resumí—, y mis padres quieren que vaya a la psicóloga.

Él dirigió sus ojos hacia mí, de nuevo, serio.

—Quizá sea buena idea…

—No me estoy volviendo loca, Harry. Al menos, aún. Tengo mil cosas en la cabeza, pero achacar todo a lo que ocurrió es injusto. Además, paso de que parezca que soy incapaz de tolerar el estrés, ¿quién me contrataría, entonces?

—¿A qué, exactamente, no quieres que achaquen todo eso?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, pero nunca lo dices. Te conozco y hasta que no empieces a decirlo en voz alta, no vas a asimilarlo. Eleonor murió.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—No vuelvas a decir eso —le advertí.

—Murió, y tú tienes que aceptarlo.

Apreté los labios con impaciencia.

—Vale, ¿sabes qué? Para el coche. Iré en el autobús.

—Pero ¿qué dices? Claro que no. Solo quiero ayudarte.

—Si quieres ayudarme no vuelvas a hacer eso —respondí, mirando por la ventanilla.

—De acuerdo —cedió—. Se acabó el tema.

Crucé los brazos, aún incómoda.

—Gracias —musité.

Acto seguido el silencio cayó a plomo en el interior del coche. Yo me mordí el labio, rumiando aún todo lo que sentía y pensaba.

—Es que no es solo eso, ¿sabes? —solté, como si de pronto me quemara en la garganta.

Harry volvió a mirarme. Mis ojos empezaban a encharcarse.

—Filippa no quiere que me presente a estas audiciones y tú ayer me dijiste justo lo mismo. ¿Qué… qué se supone que estoy haciendo mal? Es como si últimamente estropeara todo lo que toco. Hace solo unos meses yo era su primera bailarina y ahora… ¿qué ha pasado? ¡No entiendo nada!

Llegamos a un semáforo en rojo y él se giró para mirarme.

—Lo que ha pasado es que eres humana, Livi.

Harry era solo un año mayor que yo, pero a veces parecía muchísimo más.

—A nadie le importa eso. A mi futuro le importa una mierda que sea humana o no. ¿A qué edad se supone que vamos a entrar en una compañía? ¿ A los treinta?

En ese momento, el semáforo se puso en verde, pero Harry giró el volante y frenó a un lado de la carretera.

—Livi, tienes dieciséis años —dijo despacio—. No eres mayor, ni yo tampoco. Que otros entraran a los doce o catorce no significa que nosotros no vayamos a tener una carrera. Las cosas se han presentado así. —Puso una mano sobre la mía—. Lo conseguiremos, ¿vale? Seguiremos entrenando. Si estás mejor para la audición, nos presentaremos, y, si no, lo haremos en la siguiente o en las que haga falta hasta lograrlo, ¿de acuerdo?

—Tú no puedes seguir esperando, Harry. No puedo hacerte eso.

—Llevamos juntos desde los diez años, no pienso hacerlo sin ti. No me interesa entrar en una compañía en la que no vean tu talento.

Intenté mirarle a los ojos, pero las lágrimas empañaban totalmente mi visión. Me pasé una mano, temblorosa y cogí aire.

—Queda muy poco tiempo, ¿crees que podremos?

Entonces, sonrió.

—Creo que hemos estado bajo mucha más presión que eso. —Ensanchó aún más su sonrisa y tiró un poco de mí para darme un beso en la sien.

—Vale —cedí.

—Pero si no lo conseguimos, tienes que prometer que no será el fin del mundo.

Solté una risa sarcástica.

—Arranca de una vez —le dije—, no perdamos más tiempo…

El ensayo transcurrió con normalidad. Harry trajo otra canción y empezamos a planear de nuevo la coreografía. Él no hizo ningún comentario más, aunque yo empecé a obsesionarme con la posibilidad de que tuviera razón y que mi baile estuviera vacío. ¿Y si de verdad arruinaba la oportunidad de entrar?

Terminamos antes de lo que esperaba. Harry me dijo que tenía que hacer unas cosas y que le esperara en la entrada. En realidad, sabía que «esas cosas» tenían todo que ver con Helena, la chica de la cafetería, que era preciosa. Así que yo, obediente, le di su espacio y salí a la calle.

Fuera no llovía, y a diferencia del día anterior todavía había luz en la calle. El cielo, aun así, seguía encapotado por unas nubes amarillentas que parecían teñir todo el ambiente. Sin embargo, la ausencia de lluvia consiguió que el día pareciese menos triste, o, quizás, se debiera a que me sentía aliviada por haber compartido parte de la carga con Harry. Aún guardaba en secreto la petición de Eleonor y prefería que siguiera siendo así hasta tomar una decisión. Sabía que él insistiría en que lo intentara y esa era una decisión que debía tomar sola. Ahora debía concentrarme en las audiciones. Dos semanas. Solo eso. Después, haría frente a todo lo demás.

—Menuda casualidad, señorita Green.

Me quité el auricular que acababa de colocar en mi oreja y me giré de inmediato. Entonces, vi a un chico apoyado tranquilamente en la pared de la entrada. Lo primero que llamó mi atención fue su pelo alborotado. Llevaba unas gafas de sol de aviador, unos vaqueros anchos y la

última camiseta de moda. De su cuello colgaba otra vez esa cámara de fotos enorme y blanca.

Cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro. Me había olvidado por completo de él. Con el disgusto por las palabras de Harry y la bronca con mis padres, lo último en lo que se me habría ocurrido pensar era en aquel extraño.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí?

—He quedado con alguien.

Sentí que mi ceja se arqueaba, escéptica.

—¿En una escuela de *ballet*?

—Bueno, es un edificio bonito… y está lleno de chicas.

Me crucé de brazos, un poco molesta e incómoda. Él torció una sonrisa y apartó la mirada.

—No, la verdad es que no. Pasaba por delante y pensé que sería interesante contemplar cómo transcurre la ciudad desde este portal.

Recoloqué la mochila sobre mi hombro.

—Esa es una excusa horrible.

Pasé por su lado para marcharme.

—Verás… —Continuó, siguiéndome—. Hace mucho calor y va a llover. —Miró hacia el cielo. Yo también. Las nubes amarillentas se movían con rapidez y el olor era húmedo—. Me apetece mucho un granizado, pero pienso en lo triste que sería estar sentado allí solo, así que, ¿te apetece uno? Justo aquí en la esquina sirven los mejores granizados del país.

Me giré hacia él.

—¿Insinúas que soy tu plan?

—Solo uno. —Alzó una mano—. Palabra.

Vacilé. En realidad, no quería. Quizás me estuviera volviendo antisocial sin darme cuenta, pero no le conocía, no tenía tiempo y, sobre todo, prefería evitar todo ese misterio que aquel chico proyectaba a su alrededor. Ya acumulaba suficientes cosas en las que pensar. Mucha gente se había acercado a mí en infinidad de ocasiones solo para preguntar cosas de Eleonor y algo en él me hacía pensar que escondía algo relacionado con eso, aunque él también fuera muy conocido. ¿Cómo si no sabía mi nombre y dónde encontrarme? No, definitivamente, no estaba de humor para eso, aunque debía reconocer que había algo diferente respecto a las otras personas que me habían abordado. Por un momento, me pregunté a mí misma si sentía la suficiente curiosidad como para querer descubrir qué era. Ladeé la vista hacia el edificio y a través de la puerta giratoria de cristal vi a Harry muy entretenido con Helena, así que cogí aire y, finalmente, mis labios pronunciaron:

—Uno…

Capítulo 7

—Así que bailarina, ¿no? —comentó cinco minutos más tarde mientras me entregaba un té verde con hielo. Hacía por lo menos diez años que no me permitía tomar un granizado. Él, en cambio, llevaba uno de color púrpura tamaño XXL.

—¿Cómo sabes eso sobre mí? —pregunté mientras cogíamos asiento junto a la ventana. En los escasos cinco minutos que habíamos tardado en pedir, el cielo se había vuelto a poner gris y ahora los grandes ventanales del local empezaban a mancharse con gotitas de lluvia.

Él se sentó frente a mí, dando un sorbo a su bebida.

—Me gusta observar a la gente —respondió—. No como un acosador —se apresuró a decir —, sino con curiosidad. Tienes el nombre escrito en la mochila que llevabas en la librería y, bueno, hay un millón de detalles, ¿no? Es decir, ese moño, tu forma de caminar…

—¿Mi forma de caminar? —repetí.

—Sí. Tus pies miran un poco hacia fuera. —Juntó las manos formando un ángulo de noventa grados con los dedos—. Pero de un modo tan… ligero. No sé. Una vez conocí a una chica que lo hacía igual y ella era bailarina. Es como si flotaras en lugar de andar, y es alucinante, de verdad. —Sentí un cierto calor en mis mejillas—. Aunque, en realidad, lo más importante es que es la primera vez que alguien rechaza uno de estos. —Alzó un poco su vaso.

—Pensaba que ibas a decir que era el hecho de habernos encontrado en la escuela —apunté.

—No, eso es un detalle menor. Lo del granizado, eso sí que me ha vuelto loco.

Miré su bebida.

—No parece muy natural, ¿no?

—¿Qué importa? Este granizado de arándanos es lo más increíble del mundo. Podría beber mi peso en él. Pruébalo.

—No, gracias. Te creo, pero el té está bien.

—Un té con pajita —rio—. Creo que es la primera vez que conozco a alguien que lo bebe así.

Miré mi bebida y mi pajita. Sí. Era una manía personal…

—El caso… —Dejé mi vaso a un lado y me fijé en él, un poco incómoda. Mi espalda se mantenía demasiado erguida y mi garganta un poco seca—. El caso es que estoy casi segura de que no te he visto nunca, pero tengo la sensación de que tú sí que me conoces, y perdona pero no me trago eso de la capacidad de observación. —Carraspeé un poco—. No nos hemos encontrado por casualidad, ni hoy ni el otro día, ¿verdad?

Él me clavó una larga mirada directa e intensa con esos ojos rasgados y misteriosos.

—No es una ciudad grande —pronunció sin apartar sus pupilas ni un milímetro—. Podría haber pasado a tu lado en cualquier otro sitio.

Entorné ligeramente los párpados.

—Sigue sin convencerme.

—Haces bien —sonrió y parpadeó, adoptando su postura inicial—. Me gusta cómo piensas, aunque la realidad es que llevo aquí solo tres días.

—¿Y qué has venido a hacer?

—Una biografía. Iba a comprar varios ejemplares de grandes autores cuando te vi en la sección de juvenil. —Se encogió de hombros con aire despreocupado—. Voy a quedarme todo el verano y pensé que necesitaba amigos.

Fruncí el ceño, contrariada.

—Dijiste que no eras escritor.

—Y no lo soy. Yo solo leo, no escribo. Sin embargo, hay alguien que piensa que lanzar el gran libro biográfico de Mik Row puede reventar el *top* ventas, así que…

Le miré sin reaccionar de ninguna manera. Como si en lugar de eso me hubiese dado el parte meteorológico.

—¿Quién es Mik Row?

—Yo soy Mik Row —respondió él, con una pequeña risa—. Es un nombre artístico.

—Oh. —Vale, sabía que era conocido por aquellas fotos con las chicas, pero la verdad es que no estaba al día de nada en absoluto. No había escuchado ese nombre jamás. Me aclaré un poco la garganta y empecé a jugar con la pajita para intentar quitarle hierro al asunto—. ¿Entonces… a qué se dedica exactamente Mik Row? ¿Eres actor? —Él negó la cabeza con una sonrisa. Yo dudé —. ¿Cantante? —sugerí.

Bebí un pequeño sorbo porque sentía que estaba quedando como una idiota.

—*Youtuber* —sonrió.

De pronto, reí, de manera explosiva y nerviosa. Casi se me sale el té por la nariz. De hecho, le habría duchado de no ser porque cubrí mi cara entera con las manos.

Tosí un poco.

—¿En serio?

—Sí, quiero decir —corrigió—. Hago muchas otras cosas, pero se me conoce de eso. —Se aclaró un poco la garganta y se encogió de hombros—. Allí hablo de todo y de nada y, no sé, me ha ido bien. Parece que a la gente le gusta.

¿Por qué se estaba poniendo rojo?

—¿Quieres decir que un día te dio por decir tonterías delante de tu ordenador y ahora te dedicas a eso?

Se mordió el labio inferior, como si estuviera nervioso, y rio por lo bajo, echándose hacia atrás para apoyar la espalda contra el respaldo.

—Qué simpática eres —sonrió.

—No, no. Es solo que me ha sorprendido. No estoy muy metida en eso y eres el primero que conozco.

—Al menos has sonreído. Creía que no sabías hacerlo.

Al instante, mi sonrisa se congeló y fue desapareciendo poco a poco.

—¿Qué es lo que te extraña de ser *youtuber*? —siguió—. Es algo muy común.

—No lo sé —reconocí—, quizá que esa sea la forma de identificarte. Tu rasgo más destacado, ¿sabes lo que quiero decir?

—A mí me gusta —dijo—. Es diferente cada día. Está tremendamente vivo. Puedo planear algo y terminar improvisando otra cosa mucho mejor. Eso es genial.

Torcí el gesto.

—¿Sí? A mí me costaría hacer eso. Necesito tener las cosas planificadas. Es lo único que garantiza que puedan salir bien.

—Pero eso es como hacerte un *spoiler*, ¿no? Quiero decir, odio que me cuenten lo que va a pasar en un libro o en una película, así que aún más en mi propia vida. Planificar todo es hacerte un inmenso *spoiler* a ti mismo. ¿No crees?

—Bueno. —Cogí mi pajita y la mordí, un poco nerviosa—. Yo no suelo tener mucho tiempo para leer, así que soy de esas horribles personas que antes de empezar un libro leen el final.

Me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Por qué narices haces eso? ¿Para qué lees, entonces?

—¿Por el camino? —sugerí, convencida—. Si sé que el final no me va a gustar el camino solo será una enorme decepción.

—¡No! Dios, ¡no! —Echó un poco el cuerpo hacia delante—. ¡No puedes hacer eso! Eso… eso es un crimen literario. Deberían prohibirte acercarte a cualquier libro.

Alcé las cejas y clavé la vista en él, con los brazos cruzados.

—¿Soy una delincuente lectora?

—¡Pues sí! Por supuesto que lo eres. —De pronto, se echó a reír—. Has debido partirle el corazón a centenares de escritores.

Le miré, divertida. Ese chico tenía un punto exagerado que me parecía gracioso.

—En cualquier caso, hablábamos de la vida real, de lo que hace la gente normal —puntualicé —, no es lo mismo.

—La gente normal es aburrida, Olivia.

—El aburrimiento es un concepto abstracto, además de totalmente subjetivo.

Él entrelazó sus dedos sobre la mesa e inclinó un poco el cuerpo sobre sus manos para prestarme toda la atención.

—Te gustan las respuestas resabidas para fingir que tienes el control, ¿verdad? —apuntó—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por primera vez?

Le miré con el ceño ligeramente fruncido.

—Ahora. Estoy tomando algo con un extraño.

—En realidad me he presentado dos veces…

—Entonces, puedo decir que es la primera vez que lo hago con una estrella de Internet. — Alcé un poco una ceja—. ¿Eso cuenta?

Su sonrisa se apagó un poco y volvió a dejarse caer hacia atrás.

Al instante, se extendió un pequeño silencio.

—Bueno, ¿has empezado a leer *Bellarina*?

Me revolví y bajé la visa hacia mis dedos, que hacían girar el vaso de cartón de colorines de Juice Avenue.

—No, aún no…

—Si me permites un consejo, léelos. Todos ellos.

—¿De verdad tú lo has hecho?

—Por supuesto —sonrió—. Por eso sé que te gustarán, siempre que prometas no empezar

por el final.

—El final es el problema —murmuré para mí.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Son varios libros con varios finales… —dije—. Si sumamos conversaciones no hace ni treinta minutos que te conozco. ¿Por qué debería hacerte semejante promesa, con ese enorme sacrificio?

Él se echó un poco hacia delante para mirarme con atención.

—Porque puedo prometerte a ti, Olivia Green, que esta no es la última vez que me verás. Y agradecerás haberme hecho caso.

Arqueé una ceja.

—¿Ser famoso te da esa seguridad?

En ese momento, mi móvil comenzó a vibrar. Bajé la mirada. Era Harry. Desvié la vista hacia la ventana y le vi junto a su coche.

—Tengo que irme —dije.

—Un segundo.

Marcus cogió la cámara que llevaba colgada al cuello y la plantó delante de su cara un instante. El *flash* iluminó sus rasgos y, antes de que pudiera reaccionar, un papelito rectangular salía de su interior mientras rebuscaba algo en sus bolsillos.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté.

En ese momento, vi que aireaba la foto y la giraba para escribir detrás. Alcé una ceja, algo indignada. ¿Un autógrafo? ¿En serio iba a darme un autógrafo?

—Para ti —dijo, entregándomela.

Mantuve la misma mirada. Él me instó con los ojos para que la cogiera y, efectivamente, cuando bajé la vista, encontré su rostro sonriente y seguro. Sin embargo, al girarla, no descubrí su autógrafo, sino una dirección.

—Con la cantidad de gente que conocemos día a día, quiero asegurarme de que recuerdas quién soy.

—¿Y tu dirección?

—Cuando termines de leer, búscame. No me siento muy cómodo jugándomela otra vez después de haberte dado mi teléfono. No importa. Imagino que te lo di mal, pero, por favor, no la cuelgues en Internet. Ya he tenido que mudarme una vez.

—Eso te pasa por ir dando tu dirección a desconocidos. Apenas me conoces. ¿Podrían pagarme mucho por esto?

—Lo bastante como para que sea un riesgo serio.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—Por la adrenalina. —Alzó un poco las cejas—. Ha sido un placer, Olivia. Esperaré impaciente.

Me levanté, dispuesta a salir de allí, pero cuando llegué a la puerta recordé algo y me giré.

—Sigo sin saber por qué has venido a buscarme hoy.

—Quizás no haya ningún motivo.

—Estoy segura de que sí.

Él se encogió de hombros.

—Tienes mi dirección. Termina el libro, ven a buscarme y tal vez lo descubras.

—¿Por qué quieres que lo lea?

Él alzó ligeramente la comisura derecha de su boca, aunque no me pareció una sonrisa.

—Solo hazlo. Hasta la última página. Será interesante discutir sobre él.

Harry volvió a hacer sonar el claxon. Bufé, indignada por la tremenda seguridad que emanaba aquel desconocido llamado Marcus. Ya en el coche, me giré hacia la cafetería. ¿Era de verdad posible que hubiera acabado en esa cafetería con un *youtuber* conocido gracias al libro de Eleonor? ¿Qué clase de humor tenía el cosmos?

Capítulo 8

No iba a ir a su casa, ni de casualidad. Ese chico era raro, además de un poco creído y bastante vacilón. Que tuviera su propio club de fans no lo hacía más atractivo, tan solo potencialmente creído, ¿no? ¿Cuánta gente podría decir que le han hecho una autobiografía antes de los veinte y seguir manteniéndose cuerda? Ni siquiera Leo tenía una y estaba segura de que se lo merecía mil veces más… No, no me interesaba para nada. Solo le había visto en un par de ocasiones y ya había descubierto que tenía la habilidad de ponerme nerviosa de un modo que no entendía. Quizá por la transparencia con la que hablaba o por esa manía de clavarme los ojos como si tuviera el poder oculto de leer mis pensamientos. Me había bastado un pequeño puñado de minutos para descubrir que tenía algo que sabía utilizar a la perfección. No sabría decir qué era exactamente, quizás un tipo de magnetismo que no te permitía dejar de mirarle o escucharle cuando le tenías cerca. La gente «famosa» suele dominar ese don. Con Leo era exactamente igual. Un atractivo extraño y una personalidad electrizante que llamaban la atención de todo el mundo. Y eso no me gustaba. Con Leo era diferente porque era una chica y la conocía desde pequeña, pero con un chico era peor. Era peligroso. Los chicos eran zona prohibida. Todos los años Filippa nos recordaba que el *ballet* es un compromiso y una carrera llena de sacrificios. He crecido con eso en la cabeza y la verdad es que, después de haber sido testigo de todos los líos, los lloros y las peleas que habían sufrido Eleonor y muchas de nuestras amigas por culpa de varios individuos de ese sexo, no puedo decir que me arrepienta. Yo solo tenía tiempo para el *ballet* y los estudios.

Mi relación con el género masculino se reducía a Harry. Él era el que siempre me decía que estaba guapa si un día me ponía un poco de *eyeliner* o si decidía dejar mi pelo suelto; el que me acompañaba a reuniones familiares incómodas, el hombro en el que lloraba… Más ahora que Leo nos había dejado. Era casi como un novio sin todas las complicaciones de tenerlo y, sobre todo, sin la implicación emocional y hormonal. Harry aportaba la cantidad justa de testosterona en mi vida y así estaba bien. Leo solía decir que yo estaba secretamente enamorada de él, pero solo porque le obsesionada que yo me enamorara.

La atracción entre ambos era mucho más que inexistente. Hacía mucho tiempo que habíamos atravesado la frontera de «solo amistad» y ya no había vuelta atrás. Tampoco es que fuera a enamorarme de ese chico *youtuber*. De hecho, no tenía ninguna intención de volver a verle, pero ¿para qué tentar?

Sin embargo, aunque no estaba interesada en Marcus, sentía mucha curiosidad por él y no pude evitar que mis dedos juguetearan con el teclado en la página de Google y que «sin querer» teclearan «Mik Row» en el buscador de forma muy consciente.

El primer resultado era su canal que se llamaba, ¡oh, sorpresa!, «Mik Row». La cantidad de suscriptores que había junto a la descripción me pareció antinatural. Tuve que acercarme para poner mentalmente los puntitos cada tres números para averiguar hasta qué niveles desorbitados llegaba esa cifra. Digamos que eran varios millones. Varios… Yo tenía suerte si cien personas iban a verme bailar en un teatro después de meses de preparación y ensayos y, en cambio, él

conseguía que millones de personas le miraran solo a él en cada vídeo. Mi dedo bailó sobre la tecla varias veces, sin saber qué hacer; ceder y darle a reproducir o soportar la presión de esa reciente y tentadora curiosidad…

Le di. Concretamente 43 veces, un vídeo detrás de otro. Su rostro sonriente y atractivo se expresaba con gracia y entusiasmo hablándome directamente a la cara sobre trivialidades, anécdotas o, incluso, algún producto que otro. Sin embargo, el grueso de sus publicaciones lo formaban vídeos de bromas. Hubo un par de ellas que me hicieron gracia, pero, en general, me parecieron algo infantiles. No es que yo fuera una ameba sosa sin ningún ápice de gracia ni humor, pero, más que ingeniosas, parecían bromas pesadas. Eso consiguió que una especie de contradicción se revelara dentro de mí. Hacía poco que le conocía, sí, y aún no había decidido si terminaba de caerme bien o no, pero el chico que se había presentado en la librería no terminaba de encajar con ese otro que gastaba bromas pesadas a gente que, desde luego, no las había pedido. Cuando por fin cerré la tapa del portátil, estaba aún más confundida, aunque decidí dejar ese dilema para otro día; el sol asomaba ya por el horizonte y el cansancio tiró de mí sin remedio hacia las alas de Morfeo. Un último pensamiento se formó en mi cabeza antes de rendirme a la profundidad del sueño: ¿Y si yo era otra de sus bromas pesadas?

Seis horas más tarde, cuando desperté y recordé que le había estado buscando en Internet, me apresuré a cerrar todo y borrar el historial. En realidad era absurdo porque nadie iba a entrar en mi ordenador, pero me sentía un poco avergonzada por haber caído en la tentación de interesarme en él. Era algo así como una cuestión de honor. Había sido débil. Había caído en su juego misterioso… Cuantas menos pruebas existieran, mejor.

Era viernes y el horario de verano había empezado. Harry y yo habíamos acordado darnos los viernes por la mañana libres, de modo que decidí hacer algo que tenía pendiente. Aunque hubiera decidido no pensar en ello hasta después de las audiciones, era imposible que me concentrara sabiendo que estaba «ignorando» un «problema» tan grande. No estaba lista para tomar ninguna decisión, pero sí podía empezar a preparar el terreno, y el primer paso lógico pasaba por leer los libros. Siempre había querido hacerlo y se lo había prometido… No iba a dejar que pasara más tiempo. Se lo debía…

Aún en la cama, extendí un brazo hacia la mesilla que tenía justo al lado, y alcancé el primer tomo.

Lo cogí como si fuera algo tan frágil y delicado que pudiera partir con solo el roce de mis dedos. En silencio. No el tipo de silencio normal porque no había nadie con quien pudiera hablar en la habitación, sino ese tipo de ausencia, de respeto…, de duelo… Exactamente igual de pesado y doloroso que el de un velatorio.

Ver ese libro sobre mis rodillas me dejó sin aire, como todo lo que tenía que ver con mi amiga desde que se había ido. Pasé la yema de mis dedos con cuidado por su portada, ligeramente en relieve, sintiendo un pequeño cosquilleo. Era suave, muy suave y delicada. Sonreí al recordar lo nerviosa que se puso la primera vez que lo vio. Le temblaba la mano, exactamente igual que me estaba ocurriendo a mí, aunque ella no lo trató con tanto cuidado. Cuando recibió la caja con los primeros ejemplares, la abrió de golpe y fue abrazando un tomo detrás de otro mientras los iba repartiendo entre todas las personas que estábamos allí. Recuerdo que lloró, de un modo que no

la había visto llorar jamás. Ella guardó en secreto la noticia de la publicación hasta aquel día. En ese momento también me sentí extraña por no haberlo sabido. Ahora esa sensación era mucho mayor. ¿Quién sabe cuántas cosas más pudo esconder? ¿Y por qué? ¿Por miedo a que la trataran diferente? ¿A que la dejaran de lado? No. Ella no era el tipo de personas que sienten miedo, y yo no la habría dejado sola nunca. Lo sabía. Era como mi hermana… Respiré hondo. No. Nunca sabré por qué no compartió conmigo cosas tan importantes, pero en aquel momento, con su libro sobre las rodillas, comprendí lo afortunada que era por haber sido testigo de aquel instante, uno de los más especiales de su vida.

Cogí aire profundamente por la nariz. Pensar en ella me encogía el estómago. Varias lágrimas corrían libres por mis mejillas. Las quité enseguida y me obligué a espabilarme. Debía cumplir una promesa y estaba decidida a hacerlo, por fin.

Comencé a leer la primera frase: «Haz el amor y no la guerra» y, diez minutos más tarde, el mundo real se desmaterializó absorbiéndome irremediablemente hacia las profundidades de una realidad ficticia, regida por unos ejes que, por unas horas, se volvieron más reales que el universo que yo conocía…

—Livi, ¿no vas a ir a entrenar? —preguntó mi madre asomándose por la puerta de mi habitación.

Aparté el libro, me froté los ojos y miré el reloj.

—¡Mierda!

¡Llegaba tarde!

Fue un milagro que no me chocara. Entre la velocidad a la que iba y el hecho de que mi mente abandonaba la carretera cada dos por tres para pensar en Emma y en Gabriel, tuve que creer que hay algo más ahí fuera, protegiéndonos.

—Vaya cara —soltó Harry nada más verme—. Ponte algo de color, muchacha, y cubre esas ojeras.

—Sí, sí, lo sé. Se me ha ido de las manos.

Solté mis cosas en una esquina y me apresuré a reunirme con él en el centro de la sala.

—¿Qué has estado haciendo?

—Leer el libro de Leo…

—¿En serio? —rio—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Nunca he dicho que no me guste, es solo que no tenemos tiempo.

—Habla por ti. Yo los he leído —sonrió.

—Vale, es cierto…

—¿Por qué ahora?

Alcé la mirada. Tenía la verdad en la punta de la lengua, deseando ser liberada, pero, en lugar de soltarla, decidí confesar parte de ella.

—La echo de menos. No imaginaba lo presente que estaba ella en este libro.

—Salió de ella. Supongo que es normal, ¿no?

—Sí, lo sé, pero es como si aún estuviera aquí. —Mi ceño se contrajo—. Tengo la sensación de haber estado hablando horas con ella.

Él intentó sonreír, pero terminó rodeándome con sus larguísimos y fueres brazos en un

abrazo tremendamente reconfortante.

Me aclaré la garganta y me aparté de él.

—¿Empezamos?

En cuanto terminó el ensayo, salí despedida hacia el vestuario, abrí mi bolsa y saqué el libro para continuar leyendo. Apenas había estirado por regresar a Emma y Gabriel. Aquello me costaría unas buenas agujetas, pero en aquel momento estaba tan obsesionada que no me importaba. Lo único importante era saber qué pasaba con ellos.

—Prométeme que no leerás en la moto. —La voz de Harry me sacó súbitamente del libro.

Parpadeé y alcé la mirada hacia él.

—¿Qué haces en el vestuario de las chicas? —le pregunté.

—Ya se ha ido todo el mundo. Solo faltas tú y como tu moto sigue en el aparcamiento, imaginé que estabas aún aquí.

Me mordí el labio, cerré el libro y le miré.

—Tú te los has leído. ¿Qué crees que pasará?

—¿Que qué pasará? Pues que ella dejará el *ballet*, ¿qué si no?

—¿De verdad lo piensas? —Supongo que eso no era precisamente lo que esperaba oír.

—¿No es lo que pasa siempre?

Me quedé pensativa un momento.

—Imposible —sentencié, totalmente convencida—. Tú también la conocías. Dudo mucho que pensara hacer eso. Ella era una romántica empedernida, sí, pero era fuerte y decidida. Jamás dejaría que su protagonista renunciara a una parte de ella, ¿verdad?

—Dímelo tú. —Se encogió de hombros—. Tú eres Emma, ¿no?

Me detuve en seco y alcé los ojos hacia él.

—¿Qué?

—Venga ya, Livi —rio—. Por eso venía aquí siempre. Espera. —Su expresión se contrajo, repentinamente serio—. Lo sabías, ¿verdad?

Bajé la mirada hacia el libro, confundida.

—No, claro que no… Yo solo sabía lo del *ballet,* pero…

Mis palabras se perdieron en el aire…

—De todas maneras, lo que pensara hacer ya nadie lo sabrá —sentenció él, pasando la mochila de un brazo a otro—. Supongo que ahora todo el mundo tendrá que imaginarse un final.

Me mordí el labio, pensando… Él era mi mejor amigo y me había apoyado todo ese tiempo. Merecía saberlo, ¿no? Seguro que incluso tenía una idea bestial para terminar esa historia o una razón irrevocable para dejar patente que era una locura o tal vez que debía intentarlo o…

—Nos vemos el lunes, ¿vale? —Me dio ligeramente en el brazo y se giró para marcharse.

No lo hice, no se lo dije… Supongo que el miedo al fracaso y a que alguien más fuera testigo de ello era suficiente razón como para mantenerlo en secreto.

Si iba a fracasar, cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Capítulo 9

Lo reconozco. Era increíble. ¿La chica despreocupada y un poco alocada que nunca parecía tomarse nada en serio había escrito eso? No era que no lo creyese, sino que en mi cabeza era inconcebible. Resultaba alucinante, bestial y totalmente insólito lo que había sido capaz de crear. ¿Cómo todo ese sentimiento, todo ese mundo había podido salir de una sola mente? ¿Cómo había podido crearlo de la nada, sin más? Por unas horas, había sentido que ella volvía a estar ahí, conmigo y, a la vez, había accedido a un rincón secreto de su corazón. Reconocía muchas de sus expresiones, incluso había sido testigo de algunas de las anécdotas que adjudicaba al pasado de sus personajes y que, en realidad, pertenecían a su propia experiencia o a la de alguno de nuestros amigos. Sin embargo, donde de verdad la sentía era en las reflexiones o cuando hablaba sobre los sentimientos. Ahí era donde la encontraba, donde parecía que me hablaba directamente, como hacíamos en la calle, en mi casa o por teléfono. Solo que, expresando una manera de ver y una forma de sentir que no había llegado a conocer de ella. Y era extraño…

Hacía cuatro horas que había regresado a casa. Las tres primeras, las había pasado tirada en la cama con la cara metida por completo entre las tapas del libro, aún con las medias debajo de las mallas. No me había apartado de la historia hasta que por fin llegué a la última línea. Sin embargo, el sentimiento fue raro. Todo dentro de mí vibraba de forma sorprendente. Una mezcla de lástima, nostalgia con… unas ganas voraces de más. No quería que terminase, deseaba seguir leyendo sobre Emma y Gabriel. Tenía que continuar conociéndolos para aliviar el vacío que sentía por haberlo terminado. Necesitaba de un modo totalmente irracional y obsesivo pensar en él sin descanso, así que llevaba la última media hora sentada en el alféizar de mi ventana, con la luz tenue de mi mesilla encendida iluminando la habitación mientras yo permanecía ensimismada mirando la noche, extrañamente despejada y cálida. Gabriel, el apuesto teniente, Emma, la centrada bailarina, y su extraordinaria e imposible relación de amor me habían dejado un agujero en el pecho.

También pensaba en las palabras de Harry. Emma y yo nos parecíamos mucho, demasiado. No solo por el ballet. También por la manera de pensar sobre el amor, la firme intención de luchar por nuestros sueños o, incluso, en cosas tan pequeñas como que el naranja fuera nuestro color preferido. Compartía muchísimas cosas con ella y Leo lo había convertido en algo tan… bonito, que me sentí contrariada. Quizá me estaba volviendo algo egocéntrica, pero era cierto que me veía reflejada en ese personaje. Había incluso frases que ella misma me había dicho a mí durante años. Y, la verdad, dolía averiguar que así era como ella me veía, porque yo nunca me había visto del modo en que ella mostraba a Emma. Era chocante y sobrecogedor… Ahora entendía por qué había insistido tanto en que lo leyera. Me sentí culpable. Tremendamente culpable. Era el mejor regalo del mundo. Ojalá le hubiera hecho caso. Habría estado a tiempo de poder darle las gracias, de compartir con ella cómo me sentía en ese momento… Era tan injusto sentirla ahí y no poder abrazarla…

—Qué interesante…

Una voz apagó de forma brusca mis pensamientos, como cuando alguien desenchufa una tele tirando con fuerza del cable. Es más, tuve que sujetarme a la ventana para no caer del susto. Era *esa* voz y no otra la que había conseguido que mis pensamientos cortocircuitaran. Bajé la vista y, ahí, en la calle, cerca de la farola más próxima, mis ojos se clavaron en la figura de *ese* chico. Iba andando con el brazo en alto, apuntando su cara y hablando a su mano. Ya le había reconocido sin necesidad de que el halo de luz blanquecina que proyectaba su teléfono resaltara sus rasgos.

—¿Tú? —le dije a la noche—. Voy a tener que llamar a la policía.

Él volvió a decirle algo a su móvil y, acto seguido, lo bajó para volverse hacia mí.

—¿Olivia Green?

Saqué un poco más el cuerpo por la ventana.

—Deja de fingir, ¿quieres? No me creo tus casualidades. ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

Lo de la escuela podría haber tenido un pase, pero ¿esto? ¿En mi casa?

Él miró a ambos lados.

—Mierda… —Se pasó una mano por el cuello—. Creo que prefería que pensaras que soy un acosador a tu indiferencia. Has herido mi orgullo.

—¿De qué estás hablando?

Él me miró, suspiró mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón y, a continuación, señaló con la cabeza hacia la carretera.

—No has visto la dirección que te di, ¿verdad? Vivo al final de esta calle…

—¿Qué? —respondí confundida. Abrí el libro y saqué de entre las páginas la foto en la que había garabateado la dirección. En efecto, ahí estaba el nombre de la calle paralela a la mía—. Es imposible. No te he visto nunca por aquí.

—Ya te dije que solo estoy de paso —respondió él. ¿Era cosa mía o por la noche parecía más serio?—. Estoy en casa de una amiga de la familia. Me siento verdaderamente ofendido, que conste.

Volví a cerrar el libro.

—¿De dónde eres, en realidad?

—Solía ser de aquí. —Se encogió de hombros—. Pero ya no. Ahora soy ciudadano del mundo.

Apoyé la espalda contra el alféizar.

—Oh… Qué misterioso…

—Intento estar a tu altura. —Entonces, por fin, sonrió. De algún modo me sorprendió haber estado esperando el momento en que lo hiciera—. Hablando de altura… ¿Puedo subir?

Torcí el gesto, dudando.

—No creo que mi madre aprobase eso.

Él chascó la lengua, con cierta teatralidad.

—Una gran mujer, tu madre, estoy seguro, aunque no tiene por qué enterarse… ¿Verdad?

—Tampoco creo que yo lo aprobara. Quiero decir, no puedo dejarte entrar en mi habitación. Podrías ser un psicópata o un asesino o… ¿Quién sabe? ¿Eres uno de esos pirados de Internet? —Sonreí—. No, definitivamente, yo tampoco lo apruebo.

Él volvió a chascar la lengua y se balanceó con suavidad sobre las puntas de sus deportivas.

—Comprensible… Aunque claro, eso sí es un problema. En fin…

Suspiró, soltó su cámara y su mochila junto a la valla y se arremangó las mangas mientras se dirigía al árbol.

—Espero que valores esto —dijo alzando sus ojos hacia mí antes de pegar un salto y empezar a trepar.

Le miré extrañada y me aparté un poco de la ventana.

—¿Qué estás haciendo?

—Técnicamente —jadeó mientras trepaba—, este árbol está al otro lado de la valla de tu jardín, así que… —Trepó un poco más—. Técnicamente… —repitió y con un último impulso, consiguió alzar una de sus piernas, engancharse a la rama más próxima a mi habitación y volverse hacia mí—, está fuera de tu jurisdicción. Creo que soy libre de subirme a él si quiero, ¿no crees, señorita Green?

Me crucé de brazos y arqueé una ceja.

—Reitero lo de psicópata, salido…

—Lo de salido no lo habías mencionado antes —apuntó, sonriendo de nuevo.

—Sigo pensando que eres algún tipo de acosador.

—Podrías cerrar tu ventana y evitar mi molesta presencia, pero aún no lo has hecho.

Le analicé con la mirada unos instantes, intentando averiguar cómo de en serio iba ese comentario. No. Dos segundos fueron suficientes para decidir que prefería no arriesgarme. Ese chico era tan espontáneo que resultaba imposible predecir lo que podría hacer.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Yo? Yo no tenía ni idea de que vivías aquí. Deberías estar leyendo en lugar de mirar a los extraños por la ventana. Quedamos en que vendrías a mi casa cuando terminases el libro. Me desconcierta que sigas en ello.

—Oh —sonreí—. Pues, «técnicamente», te diré que hace unos veinte minutos que he terminado el primero.

Su rostro pareció relajarse un poco, como si de pronto hubiera entendido una adivinanza.

—Bueno, vale. Así que eres lenta. De acuerdo, eso lo explica, ¿no? Entonces, menos mal que nos hemos encontrado. No tenía pensado regresar a casa pronto, así que habrías tenido que esperar y eso no es… elegante.

—¿Qué? —Sonreí. Me divertía esa tremenda seguridad en sí mismo, casi era tierno que fuera tan inocente—. ¿En serio? Marcus, no pensaba ir.

—¿Y eso por qué?

Me encogí de hombros. Era obvio, ¿verdad?

—Porque te acabo de conocer y, aunque te cueste creerlo, no voy corriendo a la casa de los chicos cuando ellos me lo piden. Por muy *youtubers* que sean.

—Ríete de un pobre artista incomprendido, pero estoy seguro de que has visto mi canal.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que eres un artista y de que he visto tu canal?

—Tengo una magnífica aplicación que rastrea las IP de las reproducciones.

—¿Qué? Estás enfermo —reí. *¿Se podía hacer eso? Es más, ¿acaso era… legal?*—. ¿Quieres

decir que te has metido a mirar si alguna IP coincidía conmigo o es que siempre miras las IP de los millones de visualizaciones?

—¿Y tú cómo sabes cuántas reproducciones tengo? —Alzó las dos cejas, divertido—. Lamento decepcionarte, señorita Green, pero no te buscaba a ti. Ya te he dicho que no sabía dónde vivías. Solo encontré una dirección tan cercana que sentí curiosidad. Se le llama tener interés, por cierto. —Se defendió—. Un ligerísimo interés como el que esperaba por tu parte, aunque parece que me equivoqué. En fin —suspiró con dramatismo—, ya estoy a un adecuado y casto metro y medio de distancia de tu ventana, así que dime, ¿hasta dónde has leído? Y lo más importante, ¿qué opinas?

Dudé.

Quizás las cadenas de casualidades existieran de verdad. Quizás ese chico, que había leído los libros de Eleonor, fuera la ayuda que el cosmos me enviaba para poder tomar una decisión. ¿Era posible?

—Solo he leído el primero, claro, hasta ese misterioso «Continuará…» y estoy desconcertada. Sé que va a sonar mal, pero creía que era el típico cliché de la bailarina débil y el tío duro y valiente que arriesga todo por su país. Como si lo más impresionante que hiciera ella fuera colocar el peso de su cuerpo sobre un dedo… ¿Sabes lo que quiero decir?

—A mí me parece increíble poner todo el peso en un dedo —sonrió, divertido.

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé, lo sé. ¿Y sigues de acuerdo con eso?

—No, claro que no. ¿Cómo podría? Ella no me dijo que lo había escrito de esta… manera. Es tan bonito que…

—Bueno, he de decir que yo ya lo sabía, pero siempre es agradable incitar a otros a que se iluminen. Ahora lo importante es, ¿te ha gustado?

—Sí. —Me coloqué mejor en el alféizar—. Demasiado. Esa chica tiene una historia increíble. Ahora mi vida parece aburrida, estricta…

—Lo parece porque seguramente lo es —interrumpió él—, y, en ese caso, deberías hacer algo por cambiarla.

Solté una pequeña risa sarcástica. Tampoco esperaba que él, que parecía ser un espíritu libre, entendiera por qué la disciplina era importante para mí.

—¿Cómo conociste tú los libros? No pareces el tipo de público para esta historia.

—¿Ya estamos con los clichés otra vez, señorita Green? —vaciló.

—Para nada —sonreí—. Es pura curiosidad.

Pero, entonces, me percaté de algo. Es más, mi sonrisa se congeló y me metí en la habitación.

—¿Por qué no te ha sorprendido que te hablara de ella? —increpé, tiesa, desde el otro lado de la ventana.

Su rostro palideció ligeramente.

—¿Qué quieres decir?

—Hace un momento he dicho que ella no me había contado cómo lo había escrito. —Me crucé de brazos—. Sabías que era mi amiga… Eres otro de esos cotillas que solo quieren

información de ella, ¿verdad?

—¿Qué? No, para nada.

—¿Sabes qué? Olvídalo. No importa. —Extendí un brazo hacia la calle—. Vete.

—A ver. —Colocó sus manos delante a modo de barrera—. Espera. No quería decirlo así, pero no, no soy ningún cotilla, ¿vale? La editorial que va a sacar mi biografía es la misma que la de *Bellarina*, solo eso. Además, con el lanzamiento que acaban de hacer querían que compusiese una canción basada en la novela, así que he estado bastante involucrado con la historia.

—¿Una canción? Dijiste que no eras músico.

—No lo soy, aún, pero estoy en proceso de serlo. Grabaré un disco este otoño.

—¿Qué?

—Muy fuerte, ¿verdad? —sonrió.

¿Por qué narices sonreía? Estaba cabreada.

—Así que, ¿por eso hemos coincidido? ¿Te envía Joanne?

Marcus negó ligeramente con la cabeza.

—Ella no tiene ni idea y tampoco sabe que te he conocido. Esto es cosa mía. Vi el anexo del contrato sobre su mesa y no pude evitarlo. Ahí estaba la petición sobre el final. Ya te dije que yo leo todo y… yo que sé. Supongo que pensé que podía ayudar. —Alzó sus ojos hacia mí y, entonces, se puso más serio—. ¿Vas a hacerlo? ¿Vas a tirarme por la ventana o ya puedo bajar la guardia?

Vacilé y retrocedí hasta mi cama.

—Gracias…

Me senté en el colchón y crucé las piernas sobre la colcha.

—Éramos muy amigas… —le dije, desinflada—, pero ahora todo lo que tiene que ver con ella es… —dudé— frustrante, supongo… —Me froté la cara con las manos y le miré—. ¿En ese anexo decía que yo no los había leído?

—Qué va. —Alzó un poco la comisura derecha de sus labios, como si la pregunta le divirtiera—. Tu aspecto en la librería lo dejaba bastante claro. —Guardó silencio un par de segundos—. ¿Vas a escribir el final?

Dudé, aún desconfiaba de él.

—Ni idea —reconocí.

—Bueno, supongo que puedo ayudarte.

Le miré a través de mis dedos.

—¿También escribes?

—No —rio—. A tomar una decisión, si quieres.

Cogí aire y aparté las manos de mi cara.

—¿Por qué?

—Porque es un buen marrón y empatizo contigo.

—Debes apreciar mucho a Joanne.

Él soltó una pequeña risa.

—Ella confía en mí, que es más de lo que han hecho muchos en mi vida. Sin ella, yo solo sería otro tío más diciendo gilipolleces por una pantalla.

El silencio flotó entre ambos durante unos segundos, solo adornado por el sonido de algunos grillos más abajo. Entonces, miró su reloj y se estiró un poco.

—Tengo que irme, Olivia.

—Marcus —llamé, y él se dio la vuelta para mirarme—. Pasa y utiliza la escalera —le pedí—. Puedes caerte.

—¿Y qué pasa con la adrenalina?

—Pasar por delante de mi padre también tiene que ser un subidón, te lo garantizo.

Él torció una sonrisa.

—Es solo un árbol.

Acto seguido, le vi descolgarse hacia una rama inferior. Yo me asomé, *solo* para comprobar que estaba bien.

Capítulo 10

¿Alguna vez te has enamorado? No me refiero a ponerte colorada cuando el chico que te gusta pasa por tu lado. Me refiero a ese otro amor, al verdadero. Al amor del que se habla en las películas, en los libros o en las canciones. Ese por el que cayeron ciudades como Troya, por el que se arriesga todo como en *Romeo y Julieta* o como el de los abuelos a los que después de toda una vida juntos, aún se les ilumina la mirada al verse el uno al otro. Amores de los que te cambian, de los que dejan huella…

Yo no. Yo ni siquiera había pasado de una sonrisa nerviosa y una mirada coqueta con algún compañero de clase. No tenía ni idea de cómo era sentir eso de lo que hablaban. Las famosas mariposas, el corazón hinchado o el temblor de rodillas… ¿Era así en la realidad? ¿Surgía de repente? ¿Duele? He oído que muchísimas veces duele y que cuando te rompen el corazón sientes que te desgarras por dentro, desesperada… Pero… ¿Cómo sabe alguien que lo está? ¿Hay diferentes fases? ¿Diferentes tipos?

En realidad, toda esa retahíla de preguntas podía resumirla en una sola, ¿qué narices es el amor? ¿Y qué hace que sea verdadero?

Hacía por los menos tres horas que me había despertado. La historia de Emma y Gabriel cosquilleaba por mi cuerpo, bajo mi piel. *Bellarina* había revuelto algo dentro de mí que ni siquiera sabía que existía y ahora no podía pensar en otra cosa. No, no sabía qué era el amor y, en realidad, esa era la clave de todo. ¿Cómo iba a escribir sobre algo que no conocía?

Me senté en la cama y miré alrededor. Esa iba a ser mi misión principal para aquel sábado. Si tenía que escribir sobre eso, debía resolver la incógnita, y, como yo no tenía ni idea, decidí que la solución más lógica era recurrir a los expertos: Hollywood. Me puse en pie decidida, abrí el armario y bajé de la parte más alta una caja de zapatos con un montón de películas. O eso creía porque, al abrirla, encontré apenas un par de DVD y los dos eran documentales de *ballet*. Me senté en la cama, abatida. Los tenía Leo, de la última sesión *vintage* que habíamos hecho en su habitación. Sus padres limitaban el acceso al WiFi, igual que los míos, así que aún utilizábamos los DVD para las sesiones de cine y palomitas.

Solo había una manera de recuperarlos…

Llegué a su casa veinte minutos más tarde. La sensación al aparcar fue la misma que la última vez. Nada había cambiado…

—Olivia —saludó Marta, con un nuevo abrazo en cuanto me abrió la puerta—. Qué alegría verte otra vez.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Ajetreada con la mudanza, como te puedes imaginar.

Eché un vistazo alrededor. Habían pasado solo unos días desde que había estado ahí, pero la mayor parte de los muebles ya habían desaparecido y decenas de cajas se amontonaban en peligrosas pilas junto a las puertas.

Solté mis cosas y corrí a ayudarla con una maleta que acababa de coger.

—Tranquila, cariño. Ya está casi todo.

—No sabía que era tan… inminente. —Miré la pila de cosas y luego a ella. Le cogí la maleta de las manos y la posé junto a la entrada—. ¿Has hecho tú sola todo esto? ¿Por qué no me has llamado?

—No hacía falta. Hemos tenido ayuda.

—La cocina está lista, Marta —dijo de pronto una voz apareciendo por la puerta del salón. De no ser porque acababa de dejar el pesado bulto en el suelo, se me habría caído por la sorpresa.

—¿Tú? —solté. Mitad confundida, mitad enfadada.

—Olivia, qué sorpresa —sonrió él.

Pasé la mirada de Marcus a Marta, sin entender absolutamente nada.

—Qué… —intenté pronunciar—. ¿Qué haces tú aquí?

—La principal característica de un escritor es la observación —recitó—. ¿Lo sabías, no?

—¡Ya está bien! Sé lo que estás haciendo, pero no por qué.

—Marcus ha venido a casa, aprovechando que está en la ciudad y se ha ofrecido a ayudarnos.

Miré a Marta.

—Pero… ¿os conocíais?

Ella me devolvió una mirada extraña.

—¿Qué quieres decir?

—No te preocupes, Marta. Olivia y yo acabamos de conocernos. Ya me encargo yo.

¿Ya me encargo yo? ¿Perdón?

Ella torció el gesto, repentinamente confundida.

—No importa —dije, molesta—. Necesito una cosa de la habitación de Leo. Marta, ¿te importa si…?

—Claro que no, cielo —me dijo—. De hecho, ¿crees que podrías… hacer algunas cajas? Aún no puedo entrar y los de la inmobiliaria quieren que la vacíe para no llamar la atención de curiosos.

Se agachó para coger un cartón plegado y me lo tendió. Mi respiración se cortó de golpe, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No estaba preparada. Por supuesto que no.

—Claro… —musité con un hilo de voz.

Ella sonrió de forma triste y me dio un apretón en el brazo al pasar por mi lado rumbo a la cocina.

Miré la caja, mi mano había comenzado a temblar ligeramente, así que me obligué a coger todo el aire que albergaron mis pulmones y a soltarlo despacio para serenarme. Era un golpe bajo, pero no quería que Marta tuviera que hacerlo. Se desharía de dolor.

Entonces, alcé la mirada hacia Marcus, que seguía exactamente en el mismo lugar, mirándome.

Mi enfado consiguió deshacer el nudo de mi garganta. Le fulminé con la mirada, pasé de largo por su lado y subí a la habitación. Quería decirle un millón de cosas. Gritarle, enfadarme o montar una escena. Cualquier cosa que dejara libre la indignación que me carcomía. Se había

estado riendo de mí y yo había sido la idiota que le había permitido hacerlo. No había sido divertido, desde luego que no. Punto.

Sin embargo, decidí ignorarle, por Marta, y subí veloz a la habitación, pero al llegar frente a la puerta y abrirla, me quedé clavada en la entrada. Al instante, ese odioso nudo regresó a mi garganta. Era cierto: todo estaba tal y como ella lo había dejado. Tal y como yo misma lo había visto la noche en que murió. Había estado ahí, esperando a que se arreglara para ir al cine juntas mientras me enseñaba los últimos vestidos que se había comprado. De nuevo, mi respiración se quedó helada. Aún estaban ahí… Algunos extendidos y otros arrugados, pero esparcidos por toda la cama. El cargador, aún enchufado a la pared, la toalla del pelo tirada sobre la silla… Lo único que faltaba era el portátil. Supuse que su madre se lo había dado a Joanne, con la esperanza de que encontraran en él alguna pista del final. Todo lo demás, en cambio, era un calco idéntico de uno de los últimos momentos divertidos con ella. La única diferencia era que su ventana estaba cerrada. Leo siempre la mantenía abierta, aunque lloviese o nevase, porque se sentía atrapada en lugares cerrados.

Apreté los puños con fuerza y cogí aire. Debía hacerlo. Debía ser valiente. Sin embargo, al dar un paso adelante, percibí algo pesado. No era material, sino una sensación presente en el ambiente. Quizá se trataba del dolor del que habían sido testigos esas cuatro paredes. De pronto, imaginé a mi mejor amiga allí, llorando, sabiendo que tenía los días contados. Ese pensamiento fue como una bola de demolición golpeando contra mi pecho.

Avancé para abrir la ventana y me quedé mirando la habitación. ¿Por dónde debía empezar? En realidad, no quería quitar nada. Si por mí fuera, la dejaría siempre así, como recuerdo de todas las cosas que la caracterizaban. Los pósters de películas como *Titanic*, los colgantes que pendían de una esquina del espejo de pie entero, la funda nórdica que abarcaba todas las combinaciones posibles de colores… Todo lo que ella era, cada pequeño detalle, estaba ahí, ¿cómo iba a hacerlos desaparecer?

Entonces, algo se movió en la puerta, captando mi atención. Era él. Acababa de aparecer ahí y miraba todo alrededor, también con una expresión extraña. Automáticamente, avancé un paso en su dirección, molesta.

—Explícamelo —le dije.

—¿Tengo que explicarte algo?

—Sí. ¿Quién eres? Dime la verdad. No, mejor no, porque no es que seas misterioso, sino un mentiroso compulsivo que…

—Marcus Fitzpatrick. —Volvió a extender su mano hacia mí.

—No me refiero a eso —bufé—. ¿De qué la conocías? Sé que no tenía novio, así que…

—¿Sabes? Yo podría hacerte esa misma pregunta.

—Yo era su mejor amiga.

—Yo también. Amiga no…, amigo, quiero decir.

—¡Ja! Otra mentira…

Él se encogió de hombros y se sentó en la cama.

—Si la palabra de Marta no es suficiente, pregúntale a Google.

Solté una risa sarcástica.

—Bonita carta de presentación.

—Yo ya me presenté.

—Sí, claro. Mentiras, mentiras y más mentiras… ¿Qué es esto? ¿Otra de tus bromas pesadas? Porque te juro que no me hace ni una pizca de gracia. Es rastrero, es cruel, es…

—Eso lo dices tú, no yo.

—¡Me mentiste! —exclamé en voz baja—. ¡La conocías!

Él imitó mi gesto de brazos cruzados.

—Técnicamente, yo nunca dije que no la conociera.

—¿Y por qué narices no me lo contaste?

Él alzó las manos en un gesto de desesperación.

—Quizás porque se me ocurrían un millón de formas mejores de presentarme que: «Hola, me llamo Marcus, era amigo de tu amiga muerta».

—Oh, cállate.

Me giré hacia el armario. Era ridículo. Había tenido más de una ocasión para mencionarlo.

—Pensé que lo sabías —le oí decir desde atrás, con un tono más suave—. Que te lo habría contado ella.

—Pues no lo hizo.

—¿Y qué culpa tengo yo?

Me volví hacia él de nuevo. Me faltaba el aire por culpa de la impotencia y el enfado.

—Mira, olvídalo. Solo quiero hacer esto y salir de aquí cuanto antes.

—Puedo hacerlo yo —respondió con un deje irritado en la voz—. No hace falta que te quedes.

Lejos de agradecerlo, me sentí ofendida.

—Soy perfectamente capaz de hacer esto por Marta.

¿Acababa de llegar y ya iba a ser Míster Perfecto?

Entonces, encontré la caja que iba buscando. La cogí y la dejé junto a una puerta.

—¿Eso es lo que buscabas?

—Sí.

—¿Qué es? —Guardé silencio. Él bufó, molesto—. De acuerdo. No me lo digas. Joder. Qué intensa… Traeré más cartones.

Yo me senté en la cama y revisé la caja. Ahí dentro había decenas de tardes tiradas en esa misma cama, riendo como histéricas o suspirando como niñas pequeñas. Nuestra pequeña colección de príncipes azules y charlas despreocupadas. También estaba la peli que vimos cuando un chico le partió el corazón por primera vez, también la que vimos cuando llegó Albert, un niño supereducado y guapo que irrumpió en nuestra pequeña rutina escolar en sexto de primaria y nos tenía loquitas a las dos. También…

—Ya estoy de vuelta —anunció Marcus, interrumpiendo mis pensamientos—. Marta dice que las estanterías no las recojamos. Vendrá una chica de la biblioteca a llevarse todos los libros.

—Libros y ropa. Es lo que tenía —susurré para mí. Luego, alcé la mirada hacia él, que parecía expectante y me aclaré la garganta para recobrar mi posición defensiva—. Será mejor que empecemos por el armario, entonces.

Marcus montó los cartones y, poco a poco, fuimos guardando la ropa dentro. Ninguno de los dos pronunció palabra. Noté un par de miradas furtivas en mi dirección, como si estuviese haciendo una evaluación del terreno antes de volver a hablar, pero yo le ignoré. No quería tener que dar vueltas a más cosas de las que ya tenía encima, así que me centré en lo que estaba haciendo con la esperanza de salir de allí cuanto antes. Sin embargo, estaba resultando mucho peor de lo que esperaba. El armario olía a ella, a su colonia *Cool Water* de Davidoff. Eran sus cosas, su vida, incluso su olor. Los enclenques cimientos que sostenían mi fuerza de voluntad y contenían mis ganas de salir corriendo flaqueaban a punto de partirse. Tuve que darme la vuelta varias veces para que Marcus no se diera cuenta de que se me habían empañado los ojos.

—¿Qué es esto? —Le oí, entonces. Volví a girarme hacia él. Estaba de rodillas en el suelo, inclinado sobre un saco enorme—. Joder…

Me acerqué a él y me quedé helada.

—Vaya… —Fue todo lo que pude decir.

Me arrodillé a su lado para inspeccionar la inmensa cantidad de cartas, dibujos y postales que había entre él y yo.

—¿Cuántas crees que habrá? —musité, sin poder salir de mi asombro—. Yo creía que la gente ya no enviaba cartas.

—Sí que lo hacen… —gruñí para mí misma. Por un momento se me había olvidado que él también tenía un montón de gente que le seguía—, pero estas son… muchísimas. No tengo ni idea de cuántas debe haber. ¿Qué hacemos?

Me miró, yo alcé los ojos hacia él.

—Creo que deberían llevárselo sus padres. Seguro que querrán tenerlo.

—De acuerdo. Voy a etiquetarla.

Le observé por el rabillo del ojo mientras lo hacía. Había cogido el saco y se lo había llevado a la luz de la ventana. En ese momento estaba de espaldas, así que no podía verme. No entendía de dónde había salido ese chico, pero me hacía sentir incómoda. Para mí, era como un intruso que se empeñaba a entrar en mi vida y en mi recuerdo de Leo como quien intenta enfundarse unos carísimos vaqueros dos tallas más pequeños.

—¿Cómo la conociste? —pregunté.

Él ladeó la cara hacia mí.

—Fue aquí mismo. Ahí abajo. —Señaló con la cabeza hacia la ventana.

—¿Saliste en busca de IP? —intenté sonar sarcástica, pero él se lo tomó como una broma.

El sarcasmo nunca ha sido lo mío…

—Prendí fuego a su contenedor de basura —reveló. Sonrió. Casi como si le pareciera divertido.

—¿Eras un delincuente callejero?

—Todos tenemos un pasado.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo de nuevo?

—No era un delincuente callejero, pero tenía muy mal pronto. ¿Eso te suena mejor? Se supone que hacía algo por la comunidad, pero se me cruzaron los cables y ella lo vio.

—¿Qué te pasó para que se te cruzaran?

—Quizás te lo cuente el día que no creas que soy un aprovechado oportunista.

Aparté la mirada. Estaba repentinamente incómoda. Quizás fuera algo demasiado personal para cómo le había tratado.

—Ella no me preguntó. Solo bajó por las escaleras de la entrada y soltó en el fuego un taco enorme de papeles. Se quedó mirando cómo ardía conmigo. Ella soltó un: «Al fin he creado algo bonito» e instantáneamente hablamos de ello como auténticos pirómanos.

—¿Por qué iba a quemarlo si pensara eso?

—Porque se refería al fuego. —Aparté la mirada, sintiéndome un poco idiota—. Y de eso hace mucho tiempo, así que no puedo ser un oportunista porque ella no era nadie entonces. ¿Más tranquila?

Eso eran por lo menos cuatro años. Me quedé callada un momento, dudando.

—¿Tú no tienes ninguna pregunta sobre mí?

Cogió una caja y la montó sobre la cama.

—No me hace falta. No soy un amigo celoso.

—Yo tampoco.

Soltó una risita sarcástica.

—Seguro que no…

Noté la ironía de su voz y me indigné aún más. No lo era. Sabía que ella conocía a un montón de gente a diario, pero ese chico estaba en su casa, ayudando a su madre como si fuera un miembro más de su familia y no me molestaba que ella no me hubiera hablado de él. Era raro, sí, pero lo que realmente me cabreara no era que no me hubiese hablado de un tal Marcus Fitzpatrick, *youtuber*. ¡Yo qué sé! Quizá lo había hecho y yo no me acordaba… Lo que me enfadaba era que él no lo hubiese dicho de entrada y haberlo descubierto de aquella manera.

Aparté la mirada y seguí guardando la ropa, en silencio, aunque apenas duré un minuto más.

—¿Sabes? Creo que sí que voy a dejar que lo hagas tú. No me encuentro bien.

Él dejó las cosas y se volvió hacia mí.

—¿Hablas en serio?

Me levanté, cogí la caja y me dirigí hacia el pasillo.

—Totalmente en serio.

Bajé las escaleras hacia la entrada. No tardé ni medio segundo en sentir que me seguía.

—Oye, espera.

—¿Qué quieres? —Me volví hacia él de mala manera.

Él se detuvo y alzó las manos, en posición de paz.

—Solo saber si estás bien —dijo, pero, por su tono de voz, me di cuenta de que parecía molesto por mi reacción—. Oye, esto no tiene que ser así. No nos conocíamos, de acuerdo, pero estamos en esta casa por lo mismo. Podemos llevarnos bien.

—¿Cómo? Has conseguido que me sienta como una idiota. Podrías haber sido sincero desde el principio, ¿era mucho pedir? ¿O es que hay algo más? Tiene que haberlo para que ella nunca me hablara de ti o a ti de mí.

Él hizo una mueca extraña con la cara.

—Bueno, yo sí que había oído hablar de ti. Es de mí de quien no habló y no me siento ofendido. ¿Acaso ella conocía a todos tus amigos?

Recoloqué la caja en mis brazos.

—Sí.

Él se echó ligeramente hacia atrás.

—Entonces, quizás sea porque no tienes muchos.

—¿Qué has dicho? —Di un paso hacia él, ofendida.

—Es una posibilidad —sugirió, intentando parecer inocente.

—¿Sabes? De acuerdo. Termina tú con su habitación o con lo que haya que hacer. Por mí, perfecto.

—Pero ¿qué…?

No dejé que terminara la frase. Cargué la caja hasta mi moto y la coloqué entre mis piernas, arrancando a toda velocidad. Imbécil… Si ese era de verdad amigo de Eleonor, no me extrañaba que no me hubiera hablado de él…

Capítulo 11

Pasé el resto de la mañana enfurruñada. No sabía si se debía al hecho de haber descubierto que no lo sabía todo de mi mejor amiga o de que él hubiera estado rondando a mi alrededor sin decir absolutamente nada del tema para, de repente, presentarse casi como el hermano perfecto que ella nunca había tenido.

El caso es que me había encerrado en la habitación, con la música a todo volumen, para intentar apartar a ese chico de mi cabeza, pero llevaba así casi dos horas ya, contemplando el techo desde la comodidad de mi cama y nada había cambiado. No podía dejar de pensar, así que llegué a la conclusión de que debía retomar mi plan inicial.

Apagué la música, cogí la caja que había traído de casa de Leo y justo cuando iba a salir de la habitación escuché a mi madre que me llamaba desde el *hall*.

—¡Olivia! Tienes visita.

Me giré extrañada y asomé la cabeza por las escaleras aún con el paquete bajo el brazo, cuidadosamente apoyado contra mi cadera. No esperaba a nadie, estaba segura. Eso me hizo detenerme y mirar hacia abajo para comprobar lo que llevaba puesto. Era una camiseta vieja y unos *leggins* con calcetines altos y mullidos. Me encogí de hombros. De todas maneras, la única persona que me visitaba era Harry y él me había visto mucho peor. No iba a asustarse…

—Vaya pintas, hija —refunfuñó mi madre al verme.

Me detuve al final de las escaleras.

—Genial… —refunfuñé al ver de quién se trataba.

—Mira lo que te he traído —respondió Marcus, alzando un poco los brazos, que cargaban una caja mucho más grande que la mía.

—¿Quieres que te ayude? —Se ofreció mi madre.

—Para nada, señora Green. Muchas gracias.

—De acuerdo. —Cogió su bolso del perchero y me dio un beso en la mejilla—. Voy a salir un momento. Volveré en cinco minutos.

Sentí su mirada de advertencia. Sabía perfectamente que no le gustaba meter a extraños en casa, más aún si se trataba de chicos adolescentes.

—Sí, mamá.

Mi madre salió y, en ese momento, caí en que Marcus seguía plantado en medio del *hall* con la enorme caja entre las manos.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a hacer las paces.

Me crucé de brazos.

—¿Las paces?

—Sí, quiero decir. No nos conocíamos, pero eso no significa que tengamos que llevarnos mal, ¿no es así?

—Entonces, dime por qué no me lo contaste —repetí, una vez más.

—Yo que sé. No me parecía buena idea soltarlo sin más. Quería conocerte, sin que todo girara en torno a ella. ¿No te ha pasado eso nunca?

Le evalué un momento con la mirada. Sí, claro que me había pasado, pero había tenido más de una ocasión para decirlo, así que no me terminaba de convencer. Sin embargo, finalmente, dije:

—Pasa. —Señalé la cocina para que se adentrara en ella.

—¿Estamos solos? —Alzó las cejas un par de veces.

—Eso parece.

Plantó la caja sobre la mesa y se volvió hacia mí. Parecía entusiasmado. Yo dejé la mía a un lado y saqué del frigorífico una botella de zumo. Iba a beber directamente a morro cuando recordé que no conocía tanto a Marcus y me giré para coger un vaso.

—¿Quieres uno? —Ofrecí.

—He comido ya unas tres veces —respondió. Algo en él parecía impaciente.

Sonreí y llené el vaso.

—¿Y bien? —le dije, inclinándome hacia atrás para sentarme sobre la encimera. Luego me acerqué el cristal a la boca y bebí un trago—. ¿No vas a abrirlo?

Él sonrió y sacó lo que parecía un viejo maletín. A continuación, abrió la tapa y lo giró hacia mí para mostrarme una antigua máquina de escribir.

—Era de mi abuelo —anunció—. Él la utilizaba para escribir las tarjetas de felicitación en Navidad, pero creo que puede servirte.

Le miré un momento, sorprendida. No podía hablar en serio.

—Sabes que tengo un portátil, ¿verdad?

—Sí, pero anoche vi una película que hablaba de todo el proceso de escribir. —Hablaba con una pasión que me arrancó una sonrisa—. En ella aparecía un escritor que le decía a un estudiante que si quería escribir un buen libro debía olvidarse del ordenador y hacerlo a máquina. Me pareció una idea bestial.

—¿Por qué iba a sugerir eso? Hacen un montón de ruido.

—Sí, sí, lo sé, pero él decía que no eliges las palabras adecuadas cuando escribes en tu ordenador porque sabes que puedes borrarlas o editarlas en cualquier momento. Con esta máquina, te fuerzas a que cada frase sea perfecta y que refleje exactamente lo que quieres expresar. ¿No es genial?

Su sobreexcitación era de admirar, eso seguro. Alcé tanto las cejas que sentí cómo me tiraba la piel de los párpados.

—Te estás tomando esto muy en serio.

Él frunció un poco el ceño.

—¿Acaso tú no?

Torcí un poco la boca y dejé el vaso a un lado.

—Yo no soy escritora, Marcus. Nunca he querido serlo. Sé que ella lo pidió pero… Honestamente, no creo que lo hiciera en serio. Me conocía. Ni siquiera sé por qué me lo estoy planteando.

—No puedes abandonar sin intentarlo, al menos.

Me bajé de la repisa y solté una risa sarcástica.

—¿Acaso te verías a ti mismo pintando un Rembrandt?

—Esto no es lo mismo, Olivia. Todo el mundo tiene algo que contar.

—Lo único que yo tengo es una rutina.

Volví a abrir un armario y saqué un paquete rectangular.

—Todas las cosas tienen una historia. —Miró a su alrededor y cogió una figura salero—. ¿Cuál es la historia de este… muñeco? ¿De dónde es?

Cogí aire de forma lenta y pesada.

—Me lo trajo Harry de…

—No, no —se apresuró a decir—. Prueba a escribir la respuesta. No pierdes nada por intentarlo.

Suspiré.

—Hay una alta probabilidad de que no llegue a escribir ni una sola línea. ¿Lo sabes, no?

—No creo en probabilidades, señorita Green. Creo en las acciones, e intentarlo es un gran avance. Dicho esto, ¿cuál es tu plan de hoy? ¿Por qué brillante escena vas a empezar? ¿Por el principio? ¿Por el final? ¿Aleatoriamente?

En ese momento, metí el paquete en el microondas e hice girar la ruedecita. Al instante, se encendió la luz y el paquete empezó a dar vueltas.

—Hago palomitas —sonreí.

—Haces palomitas —repitió—. Vale, eso… también es genial. Sin duda.

Dudé un poco antes de añadir:

—¿Hacías lo mismo con Leo? —Solté sin más.

Él dejó que el silencio se apoderara del ambiente un par de segundos antes de decir:

—¿Qué tal si, solo por hoy, no hablamos de ella? ¿Qué tal si solo nos conocemos, como si no tuviésemos su pérdida en común?

Dudé, de verdad que quería saberlo, aunque algo dentro de mí también suplicaba por dejar el tema a un lado. Estaba agotada, de todas las maneras en que pueda estarlo una persona. En ese momento, sonó el «*ping*» del microondas. Yo señalé el aparato con los ojos y, finalmente, añadí:

—¿Quieres apuntarte?

Él sonrió.

—¿Tu plan es solo comer palomitas? Quiero decir, suena apetecible, más aún si llevan mantequilla, pero ¿hay una segunda parte? ¿Vas a describir cómo las haces? ¿Su sabor?

—Las palomitas no llevan mantequilla, pero sí que hay una segunda parte —le dije, divertida —. He traído el repertorio de cine romántico de emergencia que Leo y yo estábamos coleccionando. Voy a verlas y a apuntar todas las escenas moñas que aparezcan.

Su rostro se contorsionó en una mueca de confusión.

—¿En serio vas a hacer eso?

—¿Qué? No me juzgues, se le llama documentación.

—No me imagino a J. R. R. Martin haciendo algo así.

Me encogí de hombros.

—Por algo hay que empezar, ¿no?

Me dirigí hacia el salón con la caja de nuevo en el regazo y el paquete de palomitas encima. Marcus me siguió y ambos nos tiramos en el suelo frente al televisor de plasma.

—Sujeta. —Le di las palomitas y me acerqué al aparato.

—¿Os permiten tomar palomitas? —Marcus ya se lanzaba a sí mismo un par de ellas en el aire—. Apostaría a que son más peligrosas que un inofensivo granizado…

—Me siento un poco rebelde hoy. —Vacilé.

Cogí la primera cajita y la abrí con cuidado. Sin embargo, me quedé un poco parada antes de meter el disco en el aparato.

—¿Qué ocurre?

Guardé silencio un momento. Se me había puesto un repentino nudo en la garganta.

—Nada —dije al fin. Había visto la mayoría de esas películas con ella y aquello me hizo tambalear, pero eso no significaba que quisiera que él lo supiera…, así que me aclaré la garganta con fuerza, intentando que el temblor de mi voz desapareciera y añadí—. Todo está bien…

La sesión de películas empezó por *Titanic*, como no podía ser de otra manera. Era la favorita de Leo desde el mismo día que nos llevaron a verla a unos cines de reposición tremendamente cutres. Luego, continuamos por *El Diario de Noah* y *Memorias de África*. Marcus comentó algunas cosas y yo me reí con otras. Por un momento, fue como si ambos hubiésemos olvidado por qué estábamos haciendo eso. Reconozco que fue divertido porque él tenía un sentido del humor muy desarrollado, excepto en las escenas en las que los protagonistas daban rienda suelta a su pasión. Al fin y al cabo, apenas le conocía, así que cada vez que aparecían frases como «Acaríciame, Jack», me ponía roja de vergüenza, al contrario que él, que demostró ser mucho más maduro.

Cuando los créditos de la última película, *Sentido y sensibilidad,* ascendían por la pantalla, encendí las luces. Ya era de noche. Mi madre nos había traído unos sándwiches para comer, así que habíamos encadenado una película detrás de otra.

—Bueno. —Se estiró con ganas—. Creo que tengo suficiente dulzor en vena para transformarme en un tierno algodón de azúcar.

Apagué la tele con el mando y me agaché de nuevo a su lado.

—Has aguantado muy bien. Creo que te has ganado mi respeto.

—¿Vas a poner alguna más?

—No. Creo que ya te he torturado bastante por hoy.

Alzó un codo para apoyarse en el sofá y mirarme al mismo tiempo.

—Prométeme que no volverás a hacerle esto a nadie, nunca.

—Te tenía por un tío duro…

—Lo que no entiendo es, ¿por qué tienes que ver esto? Eleonor no lo hacía.

—Bueno, ella tenía un gran historial de romances. Era una auténtica *drama queen*.

Él sonrió.

—¿Y tú no?

—¿Yo qué?

—¿No has salido con nadie?

La pregunta me pilló desprevenida. Aparté la mirada y empecé a recoger.

Él se acercó un poco más a mí y buscó mis ojos.

—¿Te han besado alguna vez?—insistió.

—Oye, no puedes preguntarme eso.

—Joder… —respondió él—. ¿Nunca, nunca? ¿Ni siquiera un beso de campamento?

—Mis campamentos siempre han sido de baile —defendí—. No solía haber muchos chicos allí y bueno, tampoco es que tenga mucho tiempo.

—Pues, Olivia, debo decirte que definitivamente este —señaló la caja de películas— no es el camino.

—Entonces, dímelo tú. ¿Cómo es eso? Enamorarse, digo.

Se inclinó aún más hacia mí, con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Quieres una respuesta práctica? —susurró.

Carraspeé y me aparté un poco.

—No, claro que no.

Creído…

Él pronunció la sonrisa, divertido.

—Bueno, si prefieres la teoría, te diré que yo creo que el amor real es bastante diferente al de las películas o los libros. Platón tiene un mito muy bueno para explicar todo el tema de la media naranja, ¿lo conoces? —Negué con la cabeza—. Según él, cuando Zeus creó al ser humano, lo hizo redondo, con cuatro brazos y cuatro piernas de modo que fuera perfecto. Sin embargo, descubrió que eran tan perfectos que planeaban encontrar el modo de trepar hasta el cielo y desafiarle. Así que, para impedirlo, Zeus los partió por la mitad, obligándolos a buscar durante toda la vida la segunda mitad que los completase.

—Pero eso sería como decir que una persona que está o decide estar sola es menos persona o menos feliz, ¿no?

—No puedes interpretar los mitos literalmente. Para mí, en la vida real todos somos perfectos y enteros, pero al enamorarnos decidimos ser mitad de algo que puede ser mejor. Y creo que buscar a esa otra mitad significa encontrar a la persona que te hace ser mejor, que te complementa. No solo alguien que te dice cosas bonitas o te echa un polvo que te cagas. Aunque eso es importante —aseguró—, creo que también lo es mantener el misterio, saber que, por más que sepas de la otra persona, aún te queda mucho por conocer.

—Suena como si hubieses meditado mucho sobre ello.

—¿Tú, no?

—Creo que no —reconocí—. Hasta ahora, al menos. Pero me sorprende que alguien como tú… No sé. Eres un chico.

—Eso no importa. No voy por ahí hablando del amor, pero tienes que escribir un final bestial para una historia bestial y al parecer no tienes ni puñetera idea de lo que es enamorarse de alguien, así que necesitas toda la ayuda que te puedan proporcionar. Sobre todo con la documentación. Puedes preguntarle a tu madre o a tu abuela o a quien quieras, pero creo que deberíamos trabajar eso de la documentación de otra manera.

—¿Deberíamos?

—Después de la sesión de hoy, estoy demasiado involucrado como para dejarte esa labor a ti

sola. Es como un deber moral.

Solté una carcajada sarcástica y seguí recogiendo.

—¿Y qué forma conoces mejor que recurrir a Leonardo DiCaprio?

—Voy a besarte, Olivia, no hay alternativa.

Mi sonrisa titubeó.

—¿Qué vas a hacer qué? —Me aparté un poco para incorporarme, repentinamente incómoda—. Oye, a lo mejor yo no quiero que nadie lo haga. No necesito que me besen por compasión.

—Oh, sí. Voy a besarte, te lo aseguro, pero no aquí ni ahora —rio—. Si tengo que inspirar el final de un *bestseller*, me aseguraré de que ese beso merezca la pena y no, señorita Green —se acercó un poco—, no será por compasión. Besar a una chica nunca lo es.

Me dirigió una mirada pícara y se puso en pie. ¿Estaba coqueteando conmigo o es que le daba pena? Sacudió sus manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros anchos, cogió sus llaves y el móvil de la mesilla y se alejó hacia la entrada.

—¿Y qué dirá tu novia? —le pregunté, repentinamente nerviosa por su estúpida sugerencia.

Él se volvió hacia mí, con la comisura derecha de su boca ligeramente alzada.

—Nos vemos. —Se despidió.

Le oí abrir la puerta de la calle. Iba a irse, pero entonces…

—¡Marcus! —Le llamé justo cuando llegaba al final de las escaleras.

Él se dio la vuelta con tranquilidad.

—¿Olivia? —respondió.

—¿Tienes algún plan para mañana?

—Nada tan emocionante como lo que vas a proponer tú —sonrió.

Descendí un par de escalones hacia él.

—Creo que te debo una por lo de hoy, así que me gustaría llevarte a un sitio. ¿Te apetece?

—¿Por lo del beso? No me debes nada, pero siento curiosidad.

—No voy a dejar que me beses, idiota —solté, aguantando una sonrisa—. ¿Quedamos para comer? Puedo preparar algo.

—Ni de coña. De la comida me encargo yo. No quiero que una bailarina me mate de hambre —rio—. Es mi condición.

Reí.

—No te pases, ¿vale?

—Buenas noches, señorita Green —repitió.

Aún no entiendo muy bien por qué, pero me quedé ahí, en la entrada, hasta que le vi doblar la esquina de la calle. Entonces, mis ojos se giraron hacia el enorme espejo que teníamos en el recibidor y, sin darme cuenta, pasé un dedo por mis labios. Tenía la mirada perdida y la mente en blanco, pero de pronto parpadeé y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Confundida, cerré, despacio. ¿Qué había sido eso?

Regresé al salón sin poder quitarme a Marcus de la cabeza y me dejé caer con dramatismo sobre el sofá. El gotelé del techo captó mi atención mientras mi mente se enredaba en el recuerdo de las películas, aunque no recordaba haber cogido ningún apunte… Más bien, repasé en mi

cabeza cada comentario, cada chiste pronunciado por Marcus y, sobre todo, esa última conversación. Bufé, casi desesperada y cogí el libro. Lo abrí por detrás y, entonces, me quedé clavada en la única página que no había leído. Una sola frase resaltó por encima de todas las demás cuando mis ojos pasearon entre las líneas. Era la página de agradecimientos y, ahí, bien clarito decía:

«*A Mik Row, por compartir fuerza y sueños y a Marcus, por los miedos y la esperanza…*».

Capítulo 12

Él llegó a mi casa a la hora que habíamos acordado por teléfono. Apareció con una cesta, como en las películas y con el pelo ligeramente más peinado. Yo me había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Temía arreglarme demasiado y que pensara que lo hacía para él…, en especial después de la promesa que había dejado en el aire después de nuestra última conversación. No necesitaba que me besara. Esperaría el tiempo que hiciera falta a la persona adecuada. Era una de esas cosas en las que la Olivia adolescente y hormonada aún creía.

—¿Dónde tienes el coche? —me preguntó nada más verme.

—¿El coche? —sonreí—. Tengo dieciséis, no puedo tener un coche.

—Entonces, ¿vamos en el autobús?

—¿Crees que voy a mezclarte con la plebe como yo? ¿Al gran *youtuber*? —vacilé—. No, vamos en moto.

Señalé mi querida Vespa amarilla.

—¿En moto? —Su rostro palideció de pronto varios tonos.

—Te gustará —le aseguré—. Vamos.

—Lo del autobús me parece muy buena idea. Yo voy en bus a diario. Podemos ir hablando —sugirió.

—¿Y si llueve?

—No va a llover —me dijo—. Y, si llueve, ¿qué importa? La lluvia es sana.

Entonces, lo entendí. La idea me pareció tan divertida que incluso sonreí.

—¿Mik Row tiene miedo de montar en moto? —Él miró hacia otro lado, incómodo—. ¡Lo tienes! —exclamé.

—Técnicamente, yo no lo definiría como miedo, ¿sabes? Solo como un sentido proporcionado de la responsabilidad y un aprecio considerable hacia mi integridad física y la tuya, ya que lo dices.

—Miedo… —insistí—. ¿Cómo es posible?

—¿Acaso tú eres Terminator?

En el fondo, era tierno saber eso de él. Le hacía vulnerable y accesible. Le di un casco y le miré a los ojos para tranquilizarle.

—Confía en mí. Prometo portarme bien.

Él hizo una mueca, pero, finalmente, accedió. Dejó que montara y luego sentí que se acoplaba detrás de mí.

Al arrancar, sentí que me agarraba con fuerza, no como si quisiera aprovechar para tocar carne, sino con auténtico miedo.

Continué conduciendo con una sonrisa en los labios y sus dedos apretándose contra mi cintura. Reconozco que disfruté con la situación. Me alegraba haber encontrado su talón de Aquiles. Parecía tan seguro…, casi resultaba justo romper esa confianza, al menos por una vez. Más aún si podía ser yo quien la rompía.

Cuando aparcamos, no se veían coches cerca. Eso era bueno. Aquel lugar era infinitamente mejor cuando no había nadie alrededor. Me giré hacia Marcus, pero no tenía buena cara. Se levantaba, despacio, e intentaba mantener el equilibrio.

—¿Estás bien? —reí.

—¿Era realmente necesario conducir como una loca? —soltó.

Le miré sin entender.

—Estaba dentro de los límites.

—Podrías haberte pegado al límite inferior, ¿no crees?

Se inclinó un poco hacia abajo.

—¿Vas a vomitar? —Me alarmé un poco.

—No, voy a besar el suelo. Quiero dar gracias por seguir vivo.

Rodé los ojos.

—¿También forma parte de ser artista ser tan exagerado y melodramático?

—¿Lo pregunta la bailarina? Tú que eres, ¿funcionaria?

—Los artistas del *ballet* no somos tan blandengues como los de la canción, según parece.

Volvió a ponerse en pie, despacio.

—Muy graciosa…

Pasó por mi lado y avanzó por delante de mí.

—Pensaba que a los roqueros os gustaba la adrenalina y esas cosas.

—Hay muchos tipos de adrenalina y muchos tipos de músicos. Nunca he dicho que fuera un roquero.

—¿Entonces? ¿Baladas? —reí—. Eso lo explicaría todo…

—¿Qué interés tienes, Olivia Green? Pensaba que te resultaba indiferente.

Me encogí de hombros.

—Solo es curiosidad.

Se volvió hacia mí.

—Déjame leer ese final y yo te dejaré oír una canción.

—Eso no es justo.

—Igual que el que tú tengas un carnet.

Resoplé, paciente.

—Sígueme. Es ahí.

Señalé hacia delante, hacia mi lugar preferido en el mundo. No se trataba de un lugar espectacular, ni siquiera era el más bonito en el que había estado. Tan solo un diminuto parque, con un banquito de madera casi podrido por el salitre y un enorme mirador en lo alto de un acantilado que coronaba una diminuta playa de rocas. Seguramente pasaba desapercibido para la mayoría de la gente, pero para mí tenía algo, algo especial que hacía que lo sintiera mío. No era muy alto, aunque sí lo suficiente como para evitar descenderlo sin cuerdas, como habíamos hecho Leo y yo en centenares de ocasiones. Esa playa de rocas de ahí abajo era nuestro escondite secreto y el rincón preferido de ambas.

Me apoyé contra la barandilla de madera desgastada, contemplando la inmensidad del horizonte y esperé a que Marcus llegara a mi lado.

—No está mal —reconoció él un instante más tarde, apoyándose junto a mí.

El aire le daba en la cara, apartando su pelo y dejando al descubierto sus facciones. El sol las iluminaba con una claridad hermosa resaltando las líneas de su rostro. No sonreía y eso dejaba más patente que nunca la armonía de sus rasgos. La nariz perfecta, la curvatura de los pómulos, el ángulo de su mandíbula… No me había dado cuenta hasta ese momento de que era realmente guapo, el tipo de belleza que encontrarías en un anuncio de colonia. Supongo que había pasado desapercibido por culpa de su sonrisa, que eclipsaba todo lo demás, o por el enorme flequillo que llevaba mucho más largo de lo que debería ser legal.

—Te debía una, después de lo de ayer —dije, intentando centrarme de nuevo. Me había perturbado descubrir cuánto me gustaba su perfil…

—No me debes nada.

Torcí el gesto.

—Entonces, por lo de la moto. No sabía que te dieran miedo.

Él bufó.

—Mientes. Has disfrutado como una enana, así que no intentes ocultarlo.

Yo ladeé una sonrisa.

—Puede ser. —Clavé mis ojos en él un instante y me aparté de la barandilla para sentarme sobre la pequeña colina que se extendía detrás de nosotros, en el pequeño y destartalado banquito de madera.

Él se giró, y sentí el sonido de un *flash.* Alcé la vista y vi que de la cámara salía un papelito blanco. Pensé que me lo daría, pero, en lugar de eso, se lo guardó en el bolsillo trasero y se reunió a mi lado, así que fingí que no me había dado cuenta—. Pero ha merecido la pena, ¿no crees?

—Siempre que no sigas burlándote de mí, porque, en ese caso, me obligarás a descubrir tu miedo y a torturarte con él.

Guardé silencio y volví a mirar hacia el horizonte.

—Yo tengo miedo a muchas cosas, así que lo tienes fácil —reconocí.

—Eso debería haber hecho que condujeras mejor, o con más cuidado —bromeó él.

Rodé los ojos.

—Eres extremadamente exagerado —reí.

Él acercó su mochila y la abrió para sacar una pequeña manta. A continuación, fue repartiendo entre ambos varios paquetitos.

—¿Un granizado? —sugirió.

Reí.

—Debí haberlo imaginado.

—Era mi única oportunidad de conseguir que lo probaras y te puedo asegurar que merecerá la pena.

Me acercó el vaso y, con dos dedos, colocó la pajita sobre mis labios. El plástico acarició con cuidado mi piel. Él se me quedó mirando fijamente. Sonreí, repentinamente nerviosa, bajé la mirada hacia el granizado y bebí.

—Oh, Dios —dije, totalmente impresionada, después de dar un trago, cogiendo la pajita con cuidado para apartarla de mi boca—. Está buenísimo.

—Ese adjetivo no le hace justicia, pequeña aspirante a *dominatrix* de las letras. «tremendo», «extraordinario» o «exquisito» serían mucho más apropiados —aseguró.

—Es increíble —reconocí, dando otro sorbo.

—Ya te avisé. —Me entregó el vaso para sacar el suyo y hacerlos chocar el uno contra el otro —. Feliz adicción.

Entonces, me lo quedé mirando. Había algo que me rondaba la cabeza desde hacía unos días.

—¿Sabes? —le dije—. Es ridículo, pero tengo la sensación de que te he visto antes. Quizá sí que te conociera de Internet y no lo recuerdo.

Él rio y sentí que se ponía ligeramente colorado.

—Eso no lo sé, pero chocaste contra mí en casa de Eleonor hace unos días. Puede que sea eso.

Le miré, sin comprender.

—¿Eras tú?

—Sí. Había quedado con Jo, pero me dio plantón después de hablar contigo, así que decidí ir a ver a sus padres.

Aparté la mirada para fijar la vista en el horizonte.

—Anoche leí los agradecimientos. Parecías importante para ella.

—Lo era. Tanto como ella para mí.

Volví a mirarle. En realidad, supongo que podía entender que no hablara de todos sus amigos. Lo que realmente me preocupaba era otra cosa.

—¿Te dijo que estaba enferma? —musité. Pronunciar aquella pregunta fue como si alguien cogiera mis tripas y las estrujara con fuerza.

—¿Te lo contó a ti? —respondió él, devolviéndome la mirada.

Me eché hacia atrás en el banquito, hasta apoyar la espalda contra la madera.

—Siempre respondes con otra pregunta —señalé.

Él guardó silencio y apartó el vaso.

—No eres la primera persona que me lo dice.

—Si ella te habló de mí, ¿por qué has esperado hasta ahora para conocerme?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que no pensé en ti hasta que vi lo que había pedido. Sabía lo importante que era para ella todo el tema de sus libros y que iba a ser un enorme marrón.

Aparté la vista de él, cogí aire y me abracé a mí misma. La brisa del mar me daba en la cara, transportando el olor del salitre y consiguiendo que me envolviera en cuestión de segundos. Los ojos me picaban, pero sabía que no era solo por la sal. Era duro estar ahí. Mucho.

—Solíamos venir aquí para que se inspirara —le dije—. Cuando se bloqueaba, bajaba a las rocas con una libreta y «esperaba a las musas», aunque también pasábamos mucho tiempo haciendo el idiota. Sus padres lo odiaban, porque pensaban que esas rocas eran muy peligrosas, pero a nosotras no nos importaba. Estar ahí abajo, con el mar rompiendo a tu alrededor es algo realmente increíble. Te sientes invencible y pequeño a la vez. —Le miré—. ¿Tiene sentido?

—¿Ya no te sientes invencible? Porque si es así, baja ahí abajo y vuelve a sentirlo.

—¿Intentas retarme?

—No, entiendo que tu instinto de supervivencia te mantenga a distancia.

Sentí que mi ceño se contraía, extrañada.

—¿Crees que le tengo miedo? Apenas me conoces…

—Solo digo que si así fuera, creería que es normal.

Clavé un instante la mirada en la suya.

—Eso crees, ¿eh? —Alcé un poco la comisura de mis labios y me deshice con un par de movimientos de mis zapatillas.

—¿Qué estás haciendo?

—Tú espera ahí —le dije mientras me acercaba a la barandilla. Coloqué un pie sobre ella y, con un impulso, me subí en lo alto.

—¡Olivia! —exclamó él.

El viento azotó mi cara sin delicadeza. Fuerte y muy cálido, como se podría esperar de un mes de julio habitual. Calentaba la raíz de mi pelo y la punta de mis orejas con un ardor punzante. El olor a tierra mojada fue camuflado por completo por el picante aroma salado de las olas a mis pies.

Me giré un poco hacia él y le miré.

—¡Tú no te muevas y observa!

—Olivia…

Él miró a ambos lados, impaciente. No había nadie alrededor.

—Lo digo en serio —grité por encima del ruido de las olas—. Ninguno de los dos queremos que me caiga.

La verdad es que una vez arriba, estaba alto, realmente alto. Mis pies asomaban por ambos lados de la baranda, pero alcé la barbilla para mirar al increíble horizonte que se desplegaba frente a mí y cogí aire.

Alcé los brazos, estiré un pie, di un paso al frente e hice un giro perfecto.

—¿Ves? No tengo miedo. Puedo hacer esto incluso aquí. —Di otro giro—. Todas las veces que quiera.

—Vale, ya me lo has demostrado. Ahora, bájate.

Pero, en lugar de eso, alcé la pierna trasera hasta colocarla en un ángulo de noventa grados, bajé el tronco con los brazos estirados a ambos lados de mi cuerpo, como si fuera un pájaro y volara y elevé la pierna hasta los ciento ochenta grados. El aire ahí era bastante fuerte. Mi pie temblaba bajo mi peso, pero confiaba en mí. El *ballet* era lo único que resultaba tal y como debía ser.

—Olivia, esto ya no tiene gracia. ¿Qué pretendes? —gritó de nuevo sobre el sonido del viento.

Volví a la posición original, con los dos pies sobre la barandilla y le miré. Mi sonrisa, en ese momento, la había borrado el peso que repentinamente se había apostado en mi corazón. Quizás no fuese buena idea haber ido ahí. El peso en el pecho era cada vez mayor.

—No tengo miedo a morir, Marcus —solté—. Morir es fácil. Lo difícil es todo lo demás. Cómo vivir para justificar el hecho de que yo siga aquí y que personas como Leo ya no estén…

Vivir sabiendo que ningún día volverá a ser totalmente feliz y que siempre será así. Que cada momento feliz será triste a la vez. —Me faltaba el aire—. Miedo a vivir en un mundo que golpea y te arrebata sin piedad cualquier cosa o persona, sin que puedas hacer nada por impedirlo. Miedo a no saber cuándo volverá a ocurrir. Miedo a aprender a vivir con el dolor. A despertarme un día y haber olvidado su voz o su manera de hablar… Y odiarme por ello… —Guardé silencio y aspiré con fuerza—. No bajo ahí porque tenga miedo, sino porque no puedo. Ella está ahí. Todo lo que queda de ella está esparcido en esas rocas y yo… No puedo… —Parpadeé y varias lágrimas cayeron de mis ojos—. Ella tenía miles de cosas que aportar a este mundo. Tenía una misión. Hacía feliz a la gente. —Le miré, suplicante—. Lo único que yo hago es bailar. ¿Qué puede eso aportar al mundo para que yo siga aquí? ¿Qué impide que tropiece y caiga ahí abajo?

Él me miró. El viento le daba de frente, despejando su rostro y revelando una expresión triste. Por primera vez, triste. Me sentí culpable por haber provocado que su sonrisa desapareciera, así que aparté la mirada y me senté en la barandilla. Ahí, fingí quitarme el pelo de la cara para secar las lágrimas que inundaban mis ojos.

—Nadie lo sabe, Olivia, y es mejor así. Como has dicho, tú estás aquí, y descubrir la razón y lo que puedes hacer es un gran motivo para seguir adelante.

—Esa es la típica frase. —Reí mientras nuevas lágrimas salían de mis ojos—. Incluso yo la he leído en algún libro.

Él se acercó a mí, aún con expresión seria, y con los ojos directamente clavados en los míos de un modo sobrecogedor.

—Tú solo bailas y yo solo tengo un canal de YouTube… ¿Y qué? Estos somos tú y yo y en este instante este pequeño trozo del universo nos pertenece solo a nosotros y, poseerlo, Olivia, nos hace tener un motivo para existir.

Crucé mis ojos con los suyos y me quedé perdida en su mirada.

—Deberías ser tú quien escribiera el libro —susurré con un hilo de voz.

Pero él no rio, como esperaba que hiciera.

—Ven —me dijo, y me tendió una mano.

Le miré extrañada, pero lo hice. Mi mano rozó la suya y entrelazó sus dedos con los míos para tirar delicadamente de mí. Sentí una especie de descarga al sentir su piel. Era sorprendentemente suave y cálida. Las puntas de mis pies chocaron contra las suyas y, al alzar la mirada, me encontré frente a frente con él, más cerca de lo que nunca había estado con ningún chico, ni siquiera con Harry.

Él no soltó mi mano, pero alzó la otra y con su enorme palma cubrió toda mi mejilla para barrer mis lágrimas. No fue delicado, sino más bien algo torpe, porque su palma era muy grande, pero el gesto me conmovió. Le miré sin entender por qué me estaba abriendo con él. Por qué estaba dejando salir lo que sentía con un extraño al que apenas conocía.

—Nadie es tan fuerte ni tan frágil como cree, Olivia. A veces no hay motivos o respuestas.

—¿Por qué estás aquí? —musité.

—Ojalá nos hubiésemos conocido por otro motivo y no porque ambos sepamos lo que el mundo ha perdido. Significabas tanto para ella que para mí es suficiente. Creo que somos bastante diferentes, pero me gustaría aprender de ti y que tú aprendas de mí. Quiero, de verdad,

pero no a la amiga de Eleonor, sino a Olivia Green. —Ensanchó sus labios en una sonrisa—. La chica que solo baila.

Alcé la mirada hacia las nubes con un enorme nudo en la garganta.

—¿Por qué? —Las lágrimas habían vuelto a correr por mis mejillas. No lo entendía…

—Porque estamos aquí, tú y yo. Somos los restos que ella ha dejado. Este momento se ha creado por algún buen motivo y no sé tú, pero a mí me encantaría averiguarlo.

Capítulo 13

El momento había sido intenso, demasiado para dos personas que prácticamente acababan de conocerse, así que supongo que él se sentía igual de raro y desubicado que yo. En el camino de regreso ninguno pronunció palabra. Ni siquiera se quejó por la velocidad a la que conducía, tal y como había hecho a la ida. No. Algo raro revoloteaba dentro mí. Una sensación incómoda y vulnerable por haber dejado mis sentimientos tan expuestos. No es agradable sentirte tan transparente cuando te esfuerzas cada día en ocultar lo que sientes. En mi cabeza no hacía más que preguntarme por qué. ¿Por qué ese chico? No me había abierto así con nadie en todo ese tiempo, ni siquiera con Harry, y Marcus, en un par de días, había conseguido penetrar en mi interior como si yo hubiese estado esperándole con las puertas abiertas. Eso era extraño, y me hacía sentir insegura, la misma inseguridad que te provoca no controlar algo. Sentía curiosidad por Marcus, mucha, pero a la vez empecé a temer esa inesperada habilidad que tenía de mirar dentro de mí. Las personas así suponen un riesgo, uno muy grande…

No habíamos llegado aún cuando decidí que había algo que quería hacer. Necesitaba romper el hielo y dejar de pensar en lo que había ocurrido. Estacioné la moto a un lado de la carretera y me bajé con una pequeña una sonrisa.

—¿Cómo de valiente te sientes ahora?

Los coches pasaban por nuestro lado a toda velocidad, uno detrás de otro. El sol se estaba poniendo y las luces de las farolas comenzaban a iluminar las calles. Él se quitó el casco y me miró sin entender.

—¿Por qué?

—Porque te toca a ti.

—¿Qué dices?

Tiré de su camiseta para obligarle a colocarse delante.

—No puedes ser un roquero miedica.

Me subí detrás de él y rodeé su cintura con mis brazos.

—Es peligroso.

—Creo que correré el riesgo. ¿Quién crees que enseñó a Leo? Arranca, vaquero.

Marcus conducía mal. Muy mal, en serio. Pasé los escasos cinco minutos que nos separaban de mi casa alternando la risa y el miedo. Yo solía hacer ese trayecto en la mitad de tiempo, pero él aceleraba y cuando parecía que la moto empezaba a correr, frenaba bruscamente, e iba de un lado a otro haciendo unas eses tan exageradas que estaba segura de que nos detendrían por embriaguez. Sin embargo, cuando se detuvo frente a mi casa, después de haber conseguido hacer la recta de la calle de un modo más o menos decente, se giró hacia mí con una sonrisa tan grande y una cara de orgullo tan evidente que consiguió que algo se encogiera dentro de mí.

—Gracias por venir —le dije guardando el casco en el compartimento trasero.

—¿Estás mejor?

—Sí, aún tengo muchas ganas de golpear algo, pero creo que podré mantenerlas a raya.

—Eso tiene fácil solución. Adelante, pégame.

—¿Qué? —reí.

—Venga, libérate. No creo vayas a hacerme mucho daño con esos minimusculitos.

—No, Marcus. Hablo en serio. Quiero golpear de verdad. Muy muy fuerte.

—Vaya… ¿es eso una declaración de intenciones? —bromeó—. ¿Estás insinuando que no estoy a la altura de soportar tu tremendo gancho derecho?

—Tal vez.

—Demuéstralo, dame todo lo fuerte que quieras, aunque no me hago responsable si cambias los zapatitos de *ballet* por un *ring*. Esto genera adicción, te aviso.

Miré a ambos lados, ¿qué iban a pensar mis vecinos?

—Creo que la adrenalina se te ha subido a la cabeza…

—¿Por qué no? Vamos, enséñame cómo lo hacen los de tu clase.

—¿Los de mi clase? —reí.

—Lo estás deseando. Me paso el día dándote la lata. Soy un puñetero grano en el culo en ese perfecto, blanquito y apretado culo de bailarina. Así que, venga, cóbrate tu venganza.

—Sí, eres un grano en el culo, pero no te mereces que te pegue. Podría hacerte daño.

—Uhhh. ¿Así que podrías hacerme daño? ¿Con esas delicadas manitas?

—¿Delicadas manitas? ¿Quieres traer una cámara? Podrías subirlo a YouTube para saciar a esos que desean que te den un buen leñazo.

—Y tú tienes el privilegio de hacerlo… Aunque empiezo a dudar. La charla es un método de evasión. Puede que no seas tan valiente, después de todo.

Reí y le di un golpe en el hombro. Él hizo una mueca de indignación.

—Sabes que eso no ha sido un golpe, ¿verdad? —vaciló.

—¿Cómo estás tan seguro?

Le di otro golpe, esta vez en el brazo.

—Eso es, nena. Dame un poco más de eso.

Intentó devolvérmela en broma. Sin embargo, conseguí esquivarle y le di un puñetazo, más fuerte de lo que pretendía…

—Ey, esa ha estado bien. ¿Qué más sabes hacer, preciosa?

—Eres un blandengue —le dije.

—Oye, tampoco hay que ofender, ¿eh?

Le ataqué de nuevo, aunque él debió adivinar mi siguiente movimiento porque lo esquivó a la perfección.

—Bueno, no está nada mal —sonrió.

—¿Crees que he terminado?

Retrocedí para mejorar mi posición, pero, entonces, tropecé con algo y de pronto sentí el mundo a cámara lenta. Noté a la perfección el ligero pero rotundo *crac*, acompañado del soplo que se escapaba de mi garganta en un grito ahogado y la sensación de romper el aire bajo mi cuerpo mientras caía en el vacío justo un segundo antes de chocar contra el suelo.

Marcus se reía.

—¿Estás bien?

Traté de incorporarme, pero un dolor punzante atravesó mi tobillo derecho.

—Me lo he torcido —jadeé.

Mis mejillas ardían y un calor agobiante se apoderó de mí en cuestión de segundos. El rostro de Marcus se volvió preocupado.

—¿En serio?

Se agachó a mi lado y me tendió el brazo, pero yo lo rechacé con un movimiento brusco.

—Déjame.

Levantó las manos en el aire.

—Está bien.

Intenté pisar de nuevo, sin éxito.

—¿No puedes caminar?

—¿Acaso no es evidente? —solté de mala gana. El dolor era muy punzante y el repentino calor recorría mi cuerpo como una ola. Mis ojos se habían encharcado y empezaba a marearme.

—Venga, Olivia. Estábamos de coña. Déjame ayudarte. —Quise esquivarle, pero consiguió pasar los brazos por debajo de mis brazos y piernas y me alzó en el aire con facilidad. Lo que me faltaba… —. Te llevaré a casa.

A pesar del enfado que sentía no rechisté. Dolía, dolía tanto que solo quería llegar. Había sido una idea absurda, una gilipollez. ¿Y si me había lesionado de verdad?

—Ahora no, por favor, ahora no… —decía yo para mí misma.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi madre cuando entramos en casa.

—Un pequeño traspié, señora —explicó él mientras pasaba al salón.

—*Pequeño traspié* —refunfuñé.

—Seguro que no es nada. —Intentó consolar cuando me depositó en el sofá.

—Vete… Déjame.

—Te traeré hielo. Espera.

—¡No! —exclamé—. He dicho que te vayas.

—Solo es una torcedura. Intento ayudarte.

Bufé con indignación.

—No lo entiendes, ¿no? Aunque solo sea un esguince, ¿sabes lo que eso significa para mí? Necesito entrenar.

—Bueno, Olivia, nadie quería esto, pero seguro que tampoco te vendrá mal descansar.

—¿Descansar? —Intenté incorporarme con la fuerza de mis brazos y le miré atónita, como si me hubiera insultado—. No tienes ni idea.

—Creo que estás exagerando un poco —dijo—. No puede ser para tanto.

Con un arrebato, le lancé un cojín, que pasó rozando su brazo derecho.

—¿Qué sabrás tú?

El silencio se apoderó del espacio entre él y yo, cubriéndolo todo con una quietud tensa e incómoda.

—Creo que es mejor que me vaya —susurró por fin.

—Sí, hazlo —respondí sin mirarle.

Él no añadió nada, aunque aún le sentí cerca un par de segundos más hasta que, finalmente,

se incorporó y oí sus pasos alejarse hasta la puerta de la entrada.

—No te preocupes, se le pasará. —Oí que le decía mi madre.

Volví a lanzar otro cojín, con lágrimas en los ojos. Era increíble. ¿Mi madre consolándole a él? ¿Por qué el mundo me odiaba tanto?

Capítulo 14

Era el primer día de la semana que había amanecido sin llover. La gente se disponía a comenzar su actividad diaria y a mí se me hacía raro y desesperante seguir en la cama. Bajé la mirada hacia el pie escayolado. Mis dedos sobresalían entre las vendas a tres cojines de altura. Mis ojos volvieron a empañarse. Llevaba cinco días tirada en esa cama y mi ánimo no parecía haber mejorado. Había cabreado al karma, no existía ninguna otra manera de explicarlo. Debía haber hecho algo tan horrible que ahora el mundo se empeñaba en hundirme. Sin embargo, tras varios días llorando, ahora me encontraba más cerca que nunca de la resignación. Si había albergado alguna esperanza de poder hacer la audición, se había ido al garete con aquel cutre y ridículo traspié. Gruñí. ¿Qué narices iba a hacer tres semanas así?

Me revolví en la cama, incómoda, no solo por la pierna. Había algo más… No sabía si eran las palabras de mis padres o mis propios pensamientos. Era consciente de que mi reacción con Marcus había sido exagerada. Él solo había intentado ayudar y yo la había tomado con él, como si fuera el culpable. Lo de los puñetazos había sido una idea horrible. De no haber sido por eso no tendría que perder tres semanas de ensayos, pero sabía que su intención había sido buena, mientras que mi reacción no. Eso no había estado bien. Lo sabía y picaba por dentro mucho más que la planta de mi pie. La verdad es que no sabía por qué, pero era como si algo dentro de mí se empeñara en mantenerlo alejado. Él me había escrito y llamado varias veces y me consta que también había tocado el timbre en mi casa en tres ocasiones, pero algo dentro de mí no estaba preparada para él. No estaba lista para esa tremenda energía que emanaba y que conseguía que mi vida pareciera aún más triste a su lado.

En el fondo, envidiaba la simplicidad con la que juzgaba todo. Su baremo simple, sin complicaciones y esa exagerada obsesión por ver solo el lado bueno. No estoy en contra de las personas positivas, pero tenía la sensación de que escondía algo, aunque eso no justificaba haberle tratado así. Yo no era de esa manera. En algún momento tendría que pedirle perdón. No soy la bruja amargada que debía haber imaginado. Le agradecía sus intentos, ridículos en ocasiones, de hacerme sonreír y, definitivamente, quería saber más de él. Deseaba averiguar si su formar de ver el mundo era real o si solo se trataba de una fachada. Quizás, si descubría su lado oscuro podría verificar que ser feliz no depende de las cosas que sucedan y que aún había esperanza…

Parpadeé, alguien había de llamado a la puerta.

—Buenos días, preciosa.

Mi madre entró en la habitación con una bandeja tintineante entre las manos. Me incorporé un poco mientras ella llegaba hasta la cama y posaba el desayuno sobre el colchón. El zumo de naranja amenazaba seriamente con regar mis sábanas.

—¿Cómo has dormido?

—No muy bien. Ha estado doliendo toda la noche.

—El doctor dijo que los primeros días dolería, así que deberías tomarte algo.

Volví a mirar la ventana, taciturna.

—Luego lo tomaré.

Sentí que ella se revolvía.

—Creo que podríamos pedirle a la doctora Chang que viniera a verte a casa.

—No creo que traer a la psicóloga vaya a conseguir que me sienta mejor, mamá, pero gracias. Es una lesión, no voy a darme a las drogas ni nada por el estilo. Solo quiero leer.

Ella mantuvo la misma expresión un momento, nada convencida hasta que, finalmente, cedió:

—De acuerdo, cielo. Lee un poco. Seguro que te viene bien.

Se inclinó hacia mí y, después de besar mi frente, desapareció de la habitación.

Cogí aire, cargué los tres libros y bajé al jardín. El médico me había recomendado tener el tobillo en alto y no había podido hacer mucho más que leer. A esas alturas, estaba a unas escasas cincuenta páginas de terminar el tercer libro de *Bellarina*. Sin embargo, la habitación me agobiaba. Prefería estar ahí fuera a las siete y media de la mañana que encerrada entre esas cuatro paredes.

Estar fuera me relajaba. Deseaba seguir leyendo y, unos minutos más tarde, ya había desaparecido de la humanidad. Minutos, eso fue todo cuanto necesité para meterme de lleno una vez más en la historia y evadirme del mundo. Estuve en aquel limbo infinito de emociones cerca de dos horas con el corazón galopando frenéticamente. Quedaban pocas páginas y muchas cosas por resolver. Ni siquiera hice caso a mi madre —que se había llevado el trabajo a casa esos días—, cuando se asomó por la puerta solo para comprobar que no me había fugado o que estaba bien. Tampoco solté el libro para comer. De hecho, no tengo ni idea de qué fue lo que comí en ninguna de las comidas de esos días. La historia de Emma y Gabriel me había robado, casi literalmente, hasta el aliento.

—¿Qué? —Di la vuelta a la hoja, pero ahí no había más páginas—. No puede ser… Venga ya. Es imposible. —Pasé varias veces las páginas, segura de que a mi ejemplar le faltaba al menos una, ¡una! Pero no encontré absolutamente nada—. La odio…

¿Cómo había podido dejar así el libro? ¿En semejante punto? Era cruel, desesperante y totalmente inesperado. Ese final… Tan abierto, tan necesitado de respuestas… Dios, ¡tenía un puñetero agujero en el pecho! Una tristeza profunda y un vacío demoledor…

Suspiré hacia el infinito y me dejé caer contra la hierba. ¿Y ahora qué? ¿Qué iba a pasar con ellos? Era injusto y aterrador dejar una historia tan increíble y preciosa en ese punto en que parecía que nada podría salvarlo.

Estuve ahí tirada una media hora, mirando al cielo y dando una y mil vueltas a lo que acababa de leer. Bufé, necesitaba compartirlo casi con vehemencia y me había peleado con la persona con la que deseaba hacerlo… Traté de resistir la tentación. Aguantar, en un intento desesperado de que esas ansias se desvanecieran y no tuviera que machacar mi orgullo, pero la necesidad era demasiado fuerte y parecía deseosa por atacarme. No era solo por el libro, algo dentro de mí tenía ganas de verle. No puedo decir que le echara de menos, porque no había pasado tanto tiempo para eso y le conocía poco, pero… Esa conversación en el acantilado… Me había removido algo, así, sin más. Había sentido una conexión inconsciente que le había

permitido penetrar en mi corazón y, de algún modo, seguía ahí dentro, removiéndolo todo.

Finalmente, la tentación pudo conmigo y cogí el teléfono. Al encenderlo, vi varias llamadas de Harry y un mensaje que decía:

Harry dice:
Livi, ¿qué pasa? ¿Por qué no has venido al ensayo? ¿Todo OK?

Mierda… No le había dicho a Harry nada sobre mi pequeño accidente… Debía responderle. Iba a hacerlo, lo juro. Sin embargo, mis dedos no escucharon esa instrucción. En lugar de eso, teclearon veloces un pequeño mensaje:

SOS. He llegado al final…

Esperé, pellizcando con ansia mi labio inferior con dos dedos. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Entonces, le vi conectarse y, un instante más tarde, apareció la nota: «Marcus está escribiendo». Algo bajo mi piel dio un vuelco y me tumbé en el césped, inquieta, esperando a que por fin apareciera el mensaje.

Marcus dice:
Sabía que tarde o temprano este día llegaría…

Mis dedos volvieron a teclear deprisa…

Necesito hablar. Sería genial si treparas por mi ventana ahora.

Esta vez, tardó un par de minutos en responder.

Marcus dice:
Si lo hiciera parecería un poco desesperado.

Dudé, pensando a toda velocidad.

No, si te digo que hablar del libro es una excusa para poder decirte que lo siento a la cara.

Esperé, pero no escribió nada más. Volví a morderme el labio, cada vez más nerviosa. Sin embargo, tras varios minutos sin respuesta, desistí. ¿Acaso era algún tipo de tortura? ¿Sabría cómo de ansiosa estaba? Dios, esperaba que no… Me moriría de vergüenza, pero, entonces, ¿por qué narices no respondía?

En ese momento, escuché el timbre de mi casa. Con un movimiento más propio de películas como *Matrix* me incorporé y me giré hacia la puerta. No había visto a nadie acercarse. ¿Era posible que hubiese llegado ya? ¿Tan pronto?

No. La melena pelirroja de Harry desveló la realidad. No era Marcus.

—¡Harry! ¡Aquí! —le llamé.

Él se giró, buscando el origen de la voz hasta que sus ojos se toparon conmigo.

—¡Livi! ¡Por fin! ¿Dónde est…? —De pronto, se detuvo—. ¿Qué te ha pasado?

Me incorporé del todo para sentarme sobre el césped fresco.

—Intenté probar algo nuevo y… La cagué, básicamente. No podré entrenar durante un tiempo. —Él llegó hasta mí—. Creo que he arruinado cualquier opción de pasar la audición.

—Bueno, no es el final del mundo. Lo arreglaremos, tranquila, pero debiste avisarme. Estaba preocupado.

—Se me ha ido la cabeza leyendo. Ayúdame a estirar, por favor. Estoy agarrotada.

—Claro… —Tomó asiento delante de mí y tiró con suavidad de mis brazos. Bajé el tronco hasta el suelo y al instante sentí un increíble alivio al estirar las piernas. Luego estiré la cadera y fue como si volviera a nacer…

—Nos presentaremos cuando estés bien. Ya han salido las nuevas convocatorias. Lo importante es que no lo fuerces ahora.

Le miré.

—Ni hablar, no quiero arriesgarme a algo peor, pero tú debes presentarte.

—Ya hemos hablado de eso. Tú solo preocúpate por recuperarte. ¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

Señalé el libro a un lado con los ojos.

—Leer —sonreí—. Y releer. ¿Cómo narices lo has hecho? ¿Cómo has seguido con tu vida después de cómo dejó el libro?

Él se echó a reír con ganas.

—Te pasarás un par de semanas con resaca, pero después cogerás otro y seguirás adelante hasta volver a indignarte. Es un ciclo interminable —sonrió—. Pasaré por aquí más a menudo para hacer tu agonía un poco más llevadera. ¡Oh! Eso me recuerda… ¿Sabes que ya hay fecha de reinauguración del teatro?

Le miré, sorprendida.

—¿Reinauguración? —Arqueé una ceja—. ¿Ya está terminado?

—Después de dos años ya era hora, ¿no? —rio él.

—Deben de haberlo hecho a mano. ¿Cuándo es?

—En tres semanas. Ya no tendrás escayola, ¿no?

—Espero que no.

En ese momento, pitó mi móvil. Lo abrí deprisa pensando en Marcus, pero solo era un anuncio de propaganda. Algo dentro de mí se desinfló.

—¿Es ese tío de YouTube?

—¿Qué? —Aparté la mirada, incómoda.

—Te he visto con Mik Row. ¿Qué les das? —Le miré sin comprender—. A la gente vip. Primero Eleonor, ahora Mik…

—Oh, eso… Ni idea, la verdad. A ella la conocía de mucho antes de que se hiciera famosa, igual que tú, pero a él le acabo de conocer. ¿Cómo te has enterado?

—Os vi en la tienda de zumos. Ya no cuentas nada…

—Es una larga historia… —Arranqué un poco de césped con los dedos, sin mirarle, incómoda—. Era amigo de Leo…

—¿Amigo? —Arqueó una ceja.

—Eso dice. No creo que fueran novios. No le veo de su estilo.

—Bueno. —Se estiró ligeramente—. Debes ser algún tipo de talismán del éxito, así que pienso mantenerme muy cerca de ti.

Intenté sonreír, aunque no conseguí que quedara alegre.

—¿Estás esperando que te escriba? —Intentó adivinar, con una sonrisa juguetona. Fruncí los labios, pensando a toda velocidad.

—¿Qué? No, ni hablar. Es solo un amigo, pero… no sé, me hace sentir bien. Como si fuera especial en el buen sentido. ¿Sabes lo que quiero decir?

—La verdad es que no, Livi, pero si me permites un consejo, suéltate el pelo. Te queda mucho mejor.

Iba a responderle algo, pero, en ese momento, mi teléfono sonó con un mensaje. El nombre de Marcus se iluminó en la pantalla como respuesta a mis más escondidas ansias.

—Léelo —instó.

Sentí que mis mejillas se incendiaban, pero le hice caso. Encendí la pantalla y después de mi último mensaje, leí:

Marcus dice:
Voy para allá.

—De acuerdo —rio Harry, leyendo por encima—. Hora de desaparecer. —Se levantó y se inclinó sobre mí—. Llámame cuando quieras hablar.

—Espera, necesito llegar a la puerta. Se supone que debe trepar por mi ventana.

—¿Qué? —rio.

—Una tontería, pero tengo que subir a mi cuarto.

—Voy a empezar a preocuparme por lo que bebes. —Se volvió a inclinar y tendió su brazo hacia mí para que me sujetara. Creo que le agarré con demasiada fuerza, pero no me soltó hasta que llegué a la pata coja a la entrada de mi casa—. Nos vemos. —Se despidió.

Capítulo 15

Subí tan deprisa como pude, armando un buen escándalo al saltar a la pata coja por las escaleras como si algo me persiguiese. Una vez en mi cuarto, me planté delante del espejo y me puse un poco de colonia. Pensé en soltar mi pelo, pero, por algún motivo, me pareció demasiado evidente. Marcus no me gustaba, para nada. Solo quería adecentarme un poco para pedirle disculpas…

En ese momento, oí unas pisadas en el jardín. Solté el peine y la colonia. Mi pelo se había quedado bien sujeto en la coleta, como debía ser, pero me lancé a la cama con la intención de parecer lo más casual posible. Entonces, sus ojos afilados hicieron acto de presencia por el marco de mi ventana.

—Señorita Green… —saludó.

—Hola, Marcus. —Fueron mis magníficas primeras palabras.

Él se acomodó en el alféizar. Estaba guapo. De hecho, me sorprendió pensar eso, en especial porque solo llevaba unos pantalones cortos de deporte y una camiseta cualquiera, como si hubiese venido con lo que llevaba puesto en casa.

—Te veo mejor —me dijo.

—Resignación, supongo.

Subió los pies al marco de la ventana y miró los libros esparcidos sobre la colcha.

—Has estado haciendo los deberes.

Asentí mirándolos.

—Supongo que ahora tengo mucho tiempo libre.

—¿Y cuál es la situación? ¿En qué punto estás?

Él había centrado la atención directamente en la historia, como si no hubiera pasado nada. Creí que estaría enfadado o tenso, pero en lugar de eso me sorprendió que fuera el de siempre de manera tan natural. Creo que yo no habría sido capaz de hacerlo, pero lo agradecí. Lo hacía todo más fácil.

—El apuesto teniente ahora es capitán y ha sido enviado a la guerra —empecé—, ella está sola y el director de la compañía está ganando posiciones. He llegado al final, básicamente.

—No me puedo creer que al final metiera un triángulo amoroso —bufó, serio.

—¿No te gustan? Pensaba que a la gente le encantaban.

—Las relaciones ya son lo bastante complicadas por sí mismas como para meterse en líos con terceras personas.

—Dijo la voz de la experiencia —me burlé con una sonrisa—. Yo entiendo que lo hiciera. Mira las telenovelas, allí no hay triángulos sino octógonos y la gente se queda pegada a la televisión.

Él alzó la vista hacia mí, muy serio, y mantuvo sus ojos en los míos con las cejas arqueadas.

—¿Ese va a ser tu argumento? ¿En serio?

Alcé la comisura de mis labios.

—Tan válido como otro cualquiera.

¿Esa era yo… coqueteando?

—De acuerdo, por el momento centrémonos solo en esa impresionante colección audiovisual con la que nos torturaste el otro día. ¿A qué conclusión has llegado?

—Que el drama es lo que mejor funciona. Las conversaciones profundas y desesperadas bajo la lluvia y, a ser posible, algún pasaje de alguien corriendo. Ostras, les ponen esas bandas sonoras y hacen que…

—Tú no vas a tener una banda sonora, pequeña *padawan*. Solo tus dedos.

Me quedé pensativa un momento…

—¿Y qué crees que ocurriría en la historia, entonces? ¿Qué final le pondrías?

Él se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la ventana.

—No pienso decírtelo, te influenciaría. ¿Qué crees tú?

Arrugué la nariz, meditando la respuesta.

—¿La verdad? Creo que están abocados al fracaso. Tarde o temprano tendrán que dejarlo. Él volverá a irse a quién sabe dónde y ella empezará la gira por medio mundo. ¿Cómo van a hacer que funcione? —Le miré—. Estarían condenados a una eterna relación a distancia, a menos que uno de los dos abandonase lo que hace.

—¿Y crees que eso es malo?

—El amor no debería significar renunciar a tus metas.

—Puede que solo signifique cambiarlas —sugirió él.

Clavé los ojos en él, con el ceño fruncido.

—No, eso es tremendamente egoísta. ¿Ves? Por eso decidí no enamorarme hasta tener mi carrera centrada.

Él se echó un poco hacia atrás y sentí que me analizaba con sus ojos entornados.

—Apuesto a que tienes un calendario vital. Uno de esos con todos los pasos que vas a dar y las fechas exactas para darlos.

—No exactamente así, pero me gusta saber que tengo un plan.

Él entró en la habitación y se sentó a mi lado, en la cama.

—Los planes son aburridos. La espontaneidad es lo que te hace sentir, lo que consigue que un momento cutre cobre sentido.

Ladeé la cabeza hacia él, un poco incómoda. Estaba tan cerca…

—Depende de para quién, ¿no?

—¿Y la diversión?

—No todo el mundo busca diversión. —Vacilé un segundo, pensando a toda velocidad para elegir las palabras—. Entiendo a Emma. Entiendo perfectamente que se sienta tentada. Supongo que hay momentos en los que pierde la emoción, pero bailar no es una profesión, Marcus, es una forma de vida. No puedes dejarlo sin más. ¿Tienes idea de cuántos años me costó convencer a mis padres de que quería ser esto y no abogado, como la mayor parte de mi familia? No sé si ella basó a Emma en mí o no, pero pidió que escribiera el final y creo que lo hizo porque sabía que si lo dejaba en mis manos yo nunca permitiría que ella renunciara.

—¿Y qué hay de lo que te pierdes? ¿Nunca lo has pensado?

—Sí —afirmé—. Desde luego que sí. Alguna vez he dudado si quería dedicarme toda la vida a ello. Soy humana. Es imposible no hacerlo, pero no me arrepiento. —Fijé la vista en mis dedos, que se retorcían sobre mis rodillas—. Es lo que soy y a veces eso significa sacrificar ciertas cosas.

—Pero si solo tienes eso es como jugar todo a una única carta.

Le miré de nuevo, fijamente.

—Si piensas en un plan B cedes la posibilidad de que suceda, y eso no va a pasar.

Él alzó las cejas y apartó la mirada.

—De acuerdo…

Era evidente que se sentía repentinamente incómodo, pero no me importó. Yo era así, y punto. No podía cambiarlo… Además, no tenía nada que demostrarle, ¿verdad?

—Así que creo que su historia está en un punto que es difícil de salvar —dije, para regresar a la conversación original—. Si yo fuera Emma, pensaría que tal vez no es el momento, o no es la persona o…

—No. Ella sabe que es la persona —insistió—. Cuando lo sabes, lo sabes.

—Si yo fuera Emma —repetí—, esperaría los ocho años que le falta por cumplir de servicio y desearía que nos reencontráramos. Ocho años no son tantos.

Él abrió la boca, indignado.

—Dime por favor que no vas a escribir ese final.

—¿Por qué no?

—¡Porque nadie quiere eso! En una historia como esta la gente necesita ver que el amor puede con todo. Para historias tristes está la realidad. Todos necesitamos esperanza, y eso es lo que dan estos libros. La esperanza de que todo pueda cambiar algún día. Ni siquiera en la realidad alguien decidiría esperar ocho años.

Sus palabras me molestaron. Es más, me puse en pie y salté sobre la pierna buena hasta llegar a la ventana.

—Ya te dije que no sé hacer esto. Me has preguntado y yo te he respondido. Ni siquiera sé por qué lo estoy pensando. Intentar hacerlo solo es un ridículo intento de imitarla o de ser ella y dudo que Eleonor quisiera eso.

Él se unió a mí en el alféizar. Ahí, clavó sus ojos en mí, meditando algo. Luego, subió una rodilla al bordillo y ladeó la mirada hacia el infinito.

—¿Sabes? El día que la conocí le pregunté por qué escribía. Para mí era lo más aburrido del mundo. —Hizo una pequeña mueca con la cara—. En ese momento yo apenas leía, así que no lo entendía. Con todo lo que hay por hacer ahí fuera, ¿por qué iba alguien a preferir encerrarse delante de un ordenador y vivir otras vidas en lugar de la suya?

—Puedo imaginar su respuesta.

Me miró con intensidad, arrugando el entrecejo, como si lo que iba a decir fuera algo profundo y conmovedor para él.

—Ella me dijo con toda la naturalidad del mundo que escribir le daba libertad y que el hecho de compartirlo con el mundo, la inmortalidad. Decía que en el momento en que sus historias se volvieran algo físico y palpable, como un libro, ocuparían un lugar en el mundo…

—Y que le encantaba pensar que dentro de cien años, cuando ella no estuviese, aún quedaría

algún ejemplar amarillento y, así, una parte de lo que ella era y sentía seguiría en el mundo. —Terminé yo—. Inmortalidad. Sí, ella era así de profunda.

—Pues, si te soy sincero, creo que tenía mucha razón. Aunque no hubiese toda esa indecente cantidad de libros ahí fuera con su nombre en él, aunque no hubiese tenido el éxito que tiene, aunque solo fuese una pequeña parte, creo que es cierto que nada impide que dentro de doscientos años alguien se tropiece con esa historia y vuelva a leerla y a revivirla como si ella siguiera aquí. Como si no hubiese pasado el tiempo. Los libros son inmortales y creo que la parte de ella que se quedó plasmada en ellos también lo es. Es una gran responsabilidad, pero puedes formar parte de ello, Olivia, y creo que es un regalo bestial.

Vacilé.

—Sí… Marcus, soy consciente de lo importante que es esto, de verdad, pero precisamente por eso me da miedo intentarlo. Esto es ella. Quizá debería quedarse como está. —Mi voz perdió varios tonos—. Yo solo conseguiría estropearlo todo.

—Ella no pensaba eso. Te ha cedido a ti el poder de encontrar el final feliz que ella deseaba y creo que lo hizo, precisamente, para que empezaras a decidir con algo más que con la cabeza.

—Sigues sin entenderlo… ¿Por qué crees que ella no elegiría el *ballet* con el corazón? Quizás ese es su final feliz. Puede que no sea la historia de Gabriel y Emma, sino la historia de cómo Emma decide quererse a sí misma. —Cogí aire con fuerza—. Da igual. No puedo pensar de ese modo. Un final feliz, de los de película… Ya no, después de cómo nos dejó. Estoy… demasiado enfadada.

—¿Qué es lo que te cabrea?

Aparté la mirada de él.

—No saberlo, no poder prepararme, despedirme… —Encogí los hombros—. Sé que es egoísta, pero no lo entiendo. Y sé que a ti sí te lo contó porque no lo niegas, y perdona, pero…

Él soltó aire, molesto.

—¿Por qué te obsesiona tanto eso? —interrumpió.

—No lo sé —reconocí—. Supongo que porque no lo entiendo. Hace que me plantee un millón de cosas.

Él se concedió un momento. Como si intentara decidir si debía decir algo o no.

—Lo hizo, Olivia, me lo dijo, pero nuestra relación era extraña y friki. Creo que te frustra porque quieres centrar en eso toda esa ira e incomprensión que guardas por lo que ha pasado.

Regresé a la cama y centré mi atención en alisar una arruga del edredón junto a mi rodilla.

—Si confió en ti para eso, ¿por qué no te pidió a ti que escribieras el final?

—Porque no quería a alguien que conociera la historia, sino a alguien que de verdad entendiera a Emma.

—¿Te dijo lo que quería pedir?

—No.

Le miré, con los párpados ligeramente entornados.

—¿Puedo saber qué te contó de mí?

—Lo que ella pensaba de ti está en el libro, Olivia. —Bajé la vista, pensando—. Me contó que eres bailarina, que te obsesiona tener el control de cada paso que das… También me contó que

no te habías leído los libros. Eso me extrañó, siendo tan amigas.

Me encogí de hombros, incómoda, centrada ahora en retorcer el edredón entre los dedos.

—Supongo que, al principio, fue por el tiempo —dije—. Tengo que aprobar todo si quiero que mis padres me permitan dedicarme al *ballet*. —Alcé los ojos un segundo hacia él, pero volvía a bajarlo de inmediato—. Luego, cuando se volvió tan popular, para protegerme.

—¿Protegerte?

Hice una mueca para mí misma.

—Todo fue tan rápido… Fue difícil adaptarse a esa popularidad. Nuestro día a día cambió. La relación con otros amigos también cambió. Supongo que es normal y lo entiendo, porque, de pronto, empecé a sentirme pequeña. Muy pequeña, ¿sabes? —Le miré—. Como si nada de lo que hiciera pudiera llegar a estar a esa altura. Por supuesto que me alegraba por ella. Era fantástico y se lo merecía, pero supongo que siempre me he exigido mucho. Es una tontería, lo sé. Ahora lo sé, pero en ese momento toda esa presión pudo conmigo. —Me detuve para hinchar los pulmones—. Pero ahora entiendo muchas cosas. Cuando leo la forma en que escribió sobre Emma, los ojos con los que la miraba… Ahora entiendo por qué quería que lo leyera y… Dios, me siento tan culpable…

—Lo escribió con admiración, con admiración de verdad hacia ti.

Torcí el gesto, dejé el libro a un lado y suspiré. Había algo que debía hacer.

—Oye, Marcus, siento lo que te dije. A veces puedo ser una auténtica idiota.

Él soltó una pequeña carcajada.

—Sé lo que duele. Yo te habría mandado a la mierda.

—Sí, pero solo querías ayudarme y yo… Me siento fatal. Yo no soy así.

—Bueno, si te soy sincero, nadie dijo que no fuera a contratacar…

—¿Qué quieres decir?

Entonces, curvó sus labios en una sonrisa maliciosa.

Capítulo 16

—¡No! —grité mientras Marcus bajaba a toda velocidad por las escaleras de mi casa cargando conmigo sobre un hombro—. ¡No!

—¡Adiós, señora Green! —saludó al pasar junto a mi madre, que tenía la cara contorsionada en una mueca que se balanceaba entre la sorpresa y la preocupación.

—¡No! —grité, con la cabeza muy cerca del suelo—. ¡Mamá!

—Que lo paséis bien —respondió ella, aún confundida, despidiéndose con la mano.

—¡No! ¡Mamá, no!

Marcus salió a la entrada y descendió con facilidad los escaloncillos que conducían a la calle. La verdad es que no era muy musculoso, pero me sorprendió que no le costara esfuerzo cargarme.

—¡Suéltame! Lo digo en serio.

—Sujétate.

Siguió corriendo conmigo en brazos hasta llegar a una bici, una de esas antiguas bicicletas que quedan tan bien en los cuadros de los baños.

—¿Qué estás haciendo? —insistí en cuanto advertí que me estaba soltando en la cesta delantera—. ¡Se va a romper!

—Claro que no —repuso él—. No seas quejica. —Le oí montarse detrás de mí. De pronto, su aliento cerca de mi cuello me sobresaltó—. ¿Sabes eso de que la venganza se sirve fría? Ahora te toca a ti pasar miedo. Sujétate bien.

—No…, por favor. —Cerré los ojos con fuerza.

Al instante, sentí el bamboleo.

—¡Allá vamos!

—¡Te odio! —le grité mientras acelerábamos en la recta rumbo a la cuesta abajo—. ¡Vamos a morir!

Él solo rio.

—¡Ódiame bien fuerte, Olivia! —Acto seguido pegó un grito, como un indio en guerra. Yo también grité con todas mis fuerzas, de auténtico miedo, pero, un segundo más tarde, cuando la adrenalina se apoderó de mi sangre, empecé a reír.

El aire me daba con fuerza en la cara. Marcus iba más rápido de lo que habría imaginado, pero después del grito inicial, y cuando me atreví a abrir los ojos, empecé a sentir un cosquilleo de emoción en el estómago.

—¿ESTÁS BIEN? —preguntó por encima del sonido del viento, supongo que extrañado porque ya no gritaba.

—¡SÍ! —respondí—. ¿A DÓNDE VAMOS?

—¡YA LO VERÁS!

Marcus circulaba por medio de la carretera. Era verano y aquella zona se quedaba vacía en comparación con la ciudad. Hizo eses y algún que otro intento de caballito solo por el mero

placer de hacerme gritar o carcajear. La gente nos miraba. Los escasos coches nos pitaban cosas del tipo «¡insensatos!» y a mí me dolía la tripa de tanto reír…

Poco después, no más de quince minutos más tarde y tras una ardua cuesta arriba campo a través, Marcus se detuvo.

—¿Aquí? ¿En serio?

Debo reconocer que debía tener muy buenos gemelos para ser capaz de subir aquel monte sin quejarse y sin detenerse a descansar. Supongo que, en ausencia de una moto o de otro medio de transporte motorizado, se había visto obligado a desarrollar al máximo lo que tenía que, en este caso, eran sus músculos.

—No es exactamente aquí —respondió él, colocando la patilla de la bici para ayudarme a bajar—, hay que avanzar un poco más, pero no puedo meter la bici entre los matorrales.

Se plantó delante de mí y me dio la espalda, agachándose un poco para que pudiera rodear su cuello con mis brazos. Sentí sus manos sujetando con firmeza mis piernas y me impulsó hacia él.

—¿Vas bien? No pareces… muy fuerte —reí.

—Esto solo lo hago con bailarinas de peso pluma, así puedo disimular la auténtica carencia de masa muscular.

—No es para tanto. Tienes unas buenas… piernas —solté.

—Gracias —musitó—. Ha sido un buen intento, pero no te acostumbres a este cuerpo delgaducho. Estoy entrenando duro.

—Ah, ¿sí? —le dije muy cerca—. ¿Vas a ponerte cachitas? —le vacilé.

Él hizo un movimiento extraño, como si fuera a mirarme o a decir algo y decidiera callarse en el último segundo.

—Hemos llegado —anunció tras un par de minutos en silencio.

Me bajó y yo miré alrededor. Ahí solo había una enorme pared de montaña, sin ningún tipo de atractivo. Me di la vuelta, confundida y un poco decepcionada, pero, entonces, me topé con unas vistas increíbles de todo: la ciudad, enana desde ahí arriba, el campo aterciopelado, la carretera que serpenteaba hasta llegar a la ciudad…

—Oh, vaya. Es precioso, Marcus —sonreí.

—No está mal, pero no te he traído por estas vistas. Es por aquí. —Me giré y le vi en el suelo, entre unos arbustos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Ven, agáchate —indicó, alzando sus brazos hacia mí para ayudarme—. Yo te cojo.

Cojeé dos pasos y con ayuda de sus manos me incliné con la escayola por delante hasta quedar sentada sobre el suelo de barro seco. Marcus aún estaba más abajo que yo y volvió a ofrecerme la espalda. Acepté y, en ese momento, descubrí un pequeño agujero casi a la altura del suelo. Apenas llegaba al metro de altura, aunque sí que doblaba el espacio a lo ancho.

Nos arrastramos un poco para poder pasar al interior. No soy especialmente claustrofóbica, pero sí prudente. Estaba entrando en una cueva, alejada de la civilización, sin saber si había algún animal salvaje en el interior, con un chico al que apenas conocía y con una pierna escayolada. Si mi madre me viera en ese momento, puedo asegurar que no se sentiría orgullosa de mí…

—Marcus… —musité. El eco de mi voz chocó contra la oscuridad que empezaba a envolvernos en ese momento—. ¿Estás… seguro de que…?

—¿La chica que baila sobre una barandilla a orillas de un acantilado de pronto tiene miedo? —rio—. ¿He encontrado tu talón de Aquiles, señorita Green, o es que la escayola por fin te ha inspirado un poco de cordura?

—No te rías de mí. Estoy hablando en serio. Odio la oscuridad.

—Tranquila. No puedo acabar contigo. Si lo hiciera, tendría que enfrentarme a Joanne.

—Seguro que no eres un psicópata, ¿verdad?

—¿Un psicópata? —rio—. ¿Otra vez con eso? Antes solo era un acosador salido.

—Lo digo por mi madre. Se ha pasado los últimos dieciséis años poniendo todo tipo de filtros a mi ordenador para protegerme de pervertidos y pirados de Internet. Sería un duro golpe que uno me conociera en plena calle… y…

—¿No te cansas nunca de pensar tanto?

—¿Qué puedo decir?

—Deja la mente en blanco por un rato. Ya estamos.

Se deslizó una última vez y le vi desaparecer en la oscuridad. Acto seguido, sus manos cogieron las mías para ayudarme a descender con cuidado hasta que posé el pie bueno en suelo firme.

Ahí, ya no estábamos encogidos, sino totalmente rectos. La altura del lugar había alcanzado de pronto unos tres metros y una enorme galería se extendía ante nosotros. No estaba oscuro porque de algún lugar más arriba caían varios chorros de luz que aterrizaban reflejados sobre la superficie cristalina y en calma de una gran charca subterránea.

Me obligué a cerrar la boca. Él avanzó un poco más hasta encontrar una zona lisa casi a orillas del agua y me posó con delicadeza.

—Pisa ahí, cuidado… —indicaba.

Sin embargo, yo no podía prestarle atención.

—De acuerdo, ha sido un poco temerario, pero me encanta. Marcus, es increíble.

No podía dejar de sonreír. Era como estar en una de esas películas de aventuras, investigando el centro de la Tierra.

—Lo descubrí en una acampada hace años con mi padre. La charca está caliente porque se supone que una de estas montañas es un antiguo volcán, y mira. —Señaló una estalactita justo en medio—. ¿Ves la piedra que casi roza el agua desde el techo? Dicen que concede deseos.

Alcé las cejas, un poco escéptica, y le miré con recelo.

—¿Eso es lo que le dices a todas las chicas a las que traes aquí?

—Hace tiempo, puede ser, aunque ahora con YouTube no me hace falta, ¿no? —dijo mientras me ayudaba a sentarme—. Es coña. —Soltó una pequeña risa jovial—. En realidad, no tengo mucho éxito.

—Venga ya. Te vi con aquellas chicas en la librería.

—Sí, pero no pasa de eso. Supongo que Leo te lo contó alguna vez. La gente cree que te conoce cuando estás tan expuesto y la verdad es que no se esfuerzan en hacerlo. Mik es un personaje, no soy yo. Es la persona que he creado que me gustaría ser porque hace que la gente se

ría, que le escuchen.

Torcí un poco el gesto.

—Supongo que conseguir lo que tienes tiene un mérito increíble, pero, Marcus, yo te prefiero a ti mil veces antes que a Mik.

Alzó las cejas, divertido.

—¿Ah, sí?

Fruncí el ceño, más segura de lo que creía.

—Contigo siento que podría pasarme las horas hablando.

Él me dirigió una mirada intensa.

—Me alegro, porque tú eres la persona más increíble que conozco ahora mismo. —Me sorprendió la profundidad de su voz.

Agaché la vista.

—Apenas me conoces.

—No importa. Me gusta la manera en que me miras.

Sentí que me ponía colorada, así que me aclaré la garganta y volví a centrarme en la charca.

—¿Funciona? —Vacilé, incómoda por lo que había dicho—. La piedra, digo.

—No, no lo creo. Supongo que mi padre me lo contó para impresionarme, pero me gusta hacer creer a la gente que es verdad.

—¿Qué pediste? —sonreí—. ¿Qué fue eso tan imposible que le pediste a la piedra para estar tan seguro?

Todo atisbo de alegría desapareció de su cara de un plumazo. Alzó las cejas con la mirada perdida en algún punto del agua e intentó sonreír, pero el gesto no llegó a formarse en sus labios.

—Eso es muy personal.

Mi sonrisa también desapareció.

—Puedes confiar en mí —susurré.

—¿Qué pedirías tú? ¿Pasar esas terribles audiciones?

Me quedé callada un par de segundos.

—No. Eso depende de mi esfuerzo. No sé… ¿Qué todo volviera a ser como antes? —sugerí con una pequeña risa sarcástica.

—Eso es bastante imposible.

Asentí, con la mirada perdida en la superficie cristalina de la charca.

—Será que sueño demasiado grande. —Él me miró durante unos instantes en silencio—. ¿Y el tuyo?

—¿No vamos a darnos un baño? —Soltó de pronto, sin venir a cuento.

—¿Un baño?

Se levantó, se deshizo de la camiseta y empezó a desatarse las zapatillas.

—¿Qué… qué haces? —Aparté la mirada para no ver cómo se desnudaba.

Entonces, escuché un chapuzón. Un instante después, su cabeza sobresalió del agua con un grito.

—¡Oh, mierda! ¡Joder! —gritó—. Está helada.

Reí con ganas.

—No te rías —exclamó, tiritando, mientras salía corriendo y chorreando—. Tienes suerte de llevar una escayola. —Corrió a enfundarse la camiseta, jadeando de frío. En ese momento, me sorprendí a mí misma observando la tela pegada a su cuerpo. Era cierto que ahí comenzaban a marcarse unos abdominales. Ignoraba si los tenía o no antes de ese momento, pero lo que no espera era el modo en que me alteró descubrirlos. Aparté la vista de inmediato, avergonzada de mí misma y repentinamente incómoda.

Él se dejó caer a mi lado, con las piernas cruzadas delante de él. El eco de la cueva se apoderó del silencio. Las gotas contra el agua, la corriente sutil que entraba por las chimeneas de piedra del techo…, la respiración de Marcus… Supe que él estaba pensando en algo porque tenía todo el rostro concentrado y muy serio.

—La verdad es que yo también soy especialista en sueños imposibles —susurró, entonces, mirando la estalactita.

—¿Por qué?

Marcus se revolvió un poco en silencio, y meditó durante varios segundos si hablar o no. Finalmente, respiró profundamente y dijo:

—Por la piedra. —Le miré con atención—. ¿Recuerdas el otro día cuando te subiste a la barandilla para bailar? —Asentí—. Bueno, pues digamos que las motos no son mi mayor miedo, para nada.

—Entonces…

—Mi cerebro —soltó de golpe. Desvió un segundo la vista hacia mí y volvió a apartarla de inmediato—. Olvidarme de las cosas que he hecho o de las personas que he conocido.

—¿Por qué ibas a olvidarte? —susurré.

Frunció ligeramente el ceño.

—Mi padre tiene alzhéimer, igual que su padre antes que él. —Se encogió para abrazar sus rodillas—. A mí a veces se me olvida dónde he puesto las llaves y me vuelvo loco solo de pensar que pueda ser el principio. —Cogió aire con pesadez—. No sé, ahora soy un paranoico, pero supongo que todos tenemos nuestros demonios.

—No creo que seas un paranoico. Es normal que te preocupe.

Él ladeó su rostro hacia mí y sonrió.

—Sí que lo soy. Es el motivo de prácticamente todo lo que hago —rio de forma amarga—. ¿Ves esa cámara? —Señaló la enorme Polaroid que llevaba siempre al cuello—. Odio pensar que hay un momento perfecto del que no estoy dejando ninguna prueba. Hago fotos, las etiqueto… Hace un par de años decidí que eso tampoco era suficiente, así que empecé a grabarme hablando sobre las cosas que pienso y siento. Así empecé en YouTube. Un día subí un vídeo llamado «Todo sobre Marcus», para que quedase en algún sitio cómo soy y, desde entonces, no pude dejar de hacerlo. —Vaciló—. Sé que a ti todo lo relacionado con Internet te parece algo superficial, pero…

—No es cierto —le aseguré—. Reconozco que creía que eras un poco creído y egocéntrico, pero tienes la capacidad de llegar a las personas y eso no es superficial. Pero no lo entiendo. He visto tu canal y no hay nada de eso…

—No, esos vídeos no los veía nadie. Una vez subí una broma que le hice a Eleonor y se hizo

viral, así que decidí hacer otra y luego otra y… Hasta ahora. Pero mi sueño siempre ha sido dejar una huella. Si voy a perderlo todo, quiero que la gente me recuerde como soy en realidad, por eso cuando me dieron la opción de grabar unas canciones… —Miró hacia el techo y pude comprobar que los ojos le brillaban—. ¿Sabes? Nadie recordará a Glen Campbell por su enfermedad, sino por haber sido una leyenda de la música *country*. Yo quiero eso…

Me estaba abriendo su corazón, ahí mismo. Por primera vez mostraba su lado verdaderamente vulnerable. Sus entrañas, y no podía hacer nada más que escucharle.

—¿Por eso os fuisteis de la ciudad?

Él forzó una sonrisa.

—No. Lo del disco es muy reciente. Yo me fui de aquí hace varios años. Vivo con mis abuelos en la otra punta del país, por eso hablaba con Eleonor por teléfono de madrugada. Mis padres siguen aquí. Mi madre se niega a llevar a mi padre a una residencia y quiere que yo viva allí para que no vea cómo está. De hecho, no quiere que nadie lo vea, ni siquiera yo.

—Pero ahora estás aquí.

Él arrugó la nariz.

—Mi familia no lo sabe y es mejor así.

Mi cara se contrajo por la sorpresa.

—¿Cómo va a ser mejor, Marcus? ¿Por qué?

—Es… raro. Mi padre se pone muy nervioso si no me reconoce y mi madre sufre mucho. Es… menos difícil así. —Apartó la mirada. Tenía todo el cuerpo en tensión—. Antes decías que no entendías por qué Eleonor me contó que estaba enferma. Supongo que pensó que podía entenderla. Pasábamos el día hablando de eternidad y mortalidad.

Alcé ligeramente las cejas.

—¿Eternidad y mortalidad? —Esos temas parecían demasiado serios e intensos para la Eleonor despreocupada y alocada que yo conocía.

Él, en cambio, asintió.

—Ella estaba obsesionada con todo eso. Temía desaparecer, era lo que más miedo le daba. Temía que el mundo la olvidara y yo temía olvidarme del mundo. —Soltó una risita sarcástica—. Supongo que es normal porque desde pequeña sabía lo que podía ocurrir, igual que yo. —Se detuvo y noté que cogía un poco de aire—. Así que solo hablábamos. Ni cine, ni juergas. Solo el teléfono y largas noches en las escaleras de su casa. Creo que ni siquiera su familia sabía cómo se sentía. Lo único que le daba más miedo era parecer frágil y decepcionar a la gente, así que, no, no me extraña nada que no te lo contara porque supongo que, sobre todo, quería parecer fuerte frente a ti. Le importabas mucho.

Apreté los labios con fuerza y el silencio se interpuso entre ambos.

—Es como si… No sé. —Coloqué un mechón de pelo que se había escapado detrás de mi oreja, para ganar tiempo—. Me siento muy culpable. No sé cómo no pude notar que estaba enferma. Estuve con ella esa noche. Debía haberlo sabido, haber advertido que algo iba mal.

—¿Cómo?

—Yo que sé, pero pasábamos casi todo el tiempo juntas. ¿Cómo pude no haber notado ninguna diferencia? Tal vez estaba tan centrada en mí misma que no le presté suficiente atención,

y ahora solo pienso que si lo hubiera sabido podría haber estado atenta y… No sé. —Le miré, en busca de apoyo, pero él no dijo nada. Solo se limitó a devolverme la mirada—. Y luego estás tú, si eras tan importante para ella, ¿cómo es posible que nunca me hablara de ti? Siento que me apartó de las cosas importantes o que yo no lo era.

—Querría eliminar a la competencia —rio—. O no. No lo sé. Era rara y punto. Los artistas están pirados.

—Tú y yo aspiramos a serlo —le recordé.

—Sinceramente, creo que ambos representamos lados muy diferentes de ella que no quería que se mezclaran. Quizá por miedo a cambiar algo o quién sabe… Conmigo era la amiga enferma y se desahogaba. Contigo, la chica loca y despreocupada, la adolescente feliz que deseaba ser. Si te digo la verdad, no puedo culparla por eso. Yo también lo hacía con ella. Le hablaba de mi padre y de mi miedo, pero luego iba con mis amigos o con mi familia y fingía que todo iba bien, pero eso no significa que no sean importantes para mí. Solo que la relación es… diferente.

Le miré y me quedé sumida en el silencio.

—No sé si lo entiendo —respondí, al cabo de unos segundos—. O si lo entenderé algún día, pero me alegra que tuviera a alguien con quien poder consolarse.

—Yo también la echo de menos. Mucho. —Fue su respuesta y, la verdad, es que me descolocó por completo—. Y creo que, en tu situación, mi cabeza también explotaría, pero también creo que lo importante no somos ni tú ni yo. Era su vida y su muerte, y ella decidió cómo vivirlas.

Le miré y me mordí el labio, pensando en algo.

—Era… importante para ti, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Estabas… enamorado de ella?

Aparté la mirada de nuevo, un poco incómoda.

—Supongo —respondió con una pequeña sonrisa—, pero no del modo pasional y obsesivo, sino más bien platónico. Ya sabes, de su espíritu y su forma de pensar, pero no. Jamás habría podido tener algo con ella. Ahora nos acordamos de lo bueno y era genial, pero también tenía defectos. Era tremendamente caótica y visceral. Me habría vuelto loco —rio con tristeza—, aunque es cierto que conectábamos muy bien. Es probable que si no hubiese estado tan loca me hubiera enamorado de verdad de ella.

—¿Sabes lo que creo? —le dije—. Creo que si hubiese sabido lo que iba a ocurrir habría hecho algunas cosas de otra manera. Marcus, tu padre aún no se ha ido. Él sigue aquí. Si va a tener un solo momento de lucidez, deberías luchar por estar ahí. Si te quedan pocos momentos así con él, es mejor que los aproveches todos.

Él se puso en pie de sopetón.

—Creo que es hora de marcharnos.

Le imité, apoyándome contra la piedra. Estaba igual de confundida que cuando habíamos llegado, solo que ahora, además, temía haber dicho algo que no debía. Haber penetrado un terreno demasiado personal…

Marcus me dejó en la puerta de casa justo una hora más tarde. El viaje de regreso fue mucho

más tranquilo y, desde luego, bastante más silencioso. Hablamos de algunas trivialidades, pero mi mente seguía puesta en las cosas que me había contado. Lo de su padre, sus miedos… Creo que en aquel rato en la cueva le había conocido más que en todos los días que llevábamos viéndonos.

—¿Estás segura de que no quieres que te suba a la habitación? —preguntó por segunda vez. Su ropa se había secado en el trayecto, pero el pelo, por primera vez, no lo llevaba perfectamente desordenado, sino de un modo natural y rebelde que me pareció incluso tierno.

—Creo que podré luchar contra esas escaleras —sonreí—. Gracias por compartir ese lugar conmigo. Me ha gustado mucho.

—A mí también me ha gustado volver —sonrió de nuevo—. Espero que te haya hecho pensar.

—Pensar es todo lo que puedo hacer ahora que he terminado de leer.

—Inténtalo. Escribir, quiero decir. Intenta encontrar esa magia de la que hablaba Eleonor.

Sonreí.

—Gracias, Marcus. —Salté un paso hacia él y le di un beso en la mejilla—. Buenas noches.

No tengo ni idea de por qué hice eso. Tampoco recordaba si ya lo había hecho antes, solo que ese beso en particular había significado algo. Fue impulsivo. Es más, reconozco que me pilló por sorpresa, igual que a él. Quizá porque me había abierto su corazón o por las conversaciones que habíamos tenido. Quizá porque había conocido algo nuevo en él que me había gustado. El caso es que algo revoloteó en mis entrañas y, confundida, me volví de inmediato hacia la puerta para evitar ver su expresión. Tenía la cara suave y fría y su roce consiguió que algo saltara dentro de mí.

Entré y cerré con cuidado, evitando mirarle, aunque, justo antes de que la puerta tocara con el marco, alcé la vista y, durante una fracción de segundo antes de cerrar mis ojos se cruzaron con los suyos…

Capítulo 17

De nuevo, el tiempo tiró de mí como con un lazo invisible, conduciéndome a través de las horas y de los días sin darme apenas cuenta. Sin embargo, por primera vez, ese ritmo imparable me agarraba las entrañas con la misma emoción y vértigo que una increíble montaña rusa.

Durante las dos semanas siguientes, Marcus se convirtió en un miembro más de mi familia. Pasaba en mi casa la mayor parte de las mañanas y, para ser justos, también de las tardes. Cuando no era él, aparecía Harry para ayudarme a estirar o para entrenar a duras penas. Esos entrenamientos servían de poco para las audiciones, pero muchísimo para distraerme y, al final, entre ambos llenaron mi tiempo de tal manera que apenas tenía ocasión de lidiar con mis pensamientos a solas y, poco a poco, empecé a dejar de tenerles tanto miedo. Esos días, releí los libros de Eleonor y empecé a hacer esquemas, con ayuda de Marcus, sobre lo que él llamaba «picos emocionales», «puntos de giro», «puntos de acción», «clímax», «tramas» y «subtramas», intentando empaparme de todas las cosas que había aprendido él tras años de lectura compulsiva. Y, así, poco a poco, Marcus comenzó a convertirse en una parte indispensable en mi rutina. Su eterna sonrisa y su personalidad arrolladora llenaban de optimismo mi día. Él reía, siempre lo hacía, y esa cualidad me tenía total y absolutamente intrigada a la vez que irremediablemente enganchada. No quiero decir que fuera como una droga, pero lo cierto es que empecé a sentir una dependencia emocional de tenerle cerca, aunque solo estuviera tirado junto a mí, en silencio, leyendo un libro cualquiera mientras yo chapurreaba y maldecía sin descanso intentando intimar con la máquina de escribir. Marcus me había enseñado que igual que los *dementores* de Harry Potter absorbían tu alma, también hay gente que te llena de energía positiva. Aún no tenía claro qué hacía que él se mostrara siempre tan feliz, pero me encantaba. Conseguía que creyese que de verdad era posible.

Sí. Marcus Fitzpatrick ocupaba buena parte de mis pensamientos. De hecho, había algo más a lo que no dejaba de darle vueltas. Muchas, muchísimas veces, cuando él me dejaba de nuevo a solas, me preguntaba si ese era realmente él. Era una duda extraña, pero no terminaba de sentirle real. Quizás me estuviera volviendo paranoica o simplemente mi lógica me impedía asimilar que alguien pudiera reír con tanta facilidad después de haber perdido algo tan grande. Al fin y al cabo, no era solo Leo, él había perdido su vida como un adolescente real. Era demasiado popular, con toda la presión que eso suponía y, además, su familia le había apartado lejos y solo… Yo no habría sido capaz. Apenas conseguía sobrevivir a la pérdida de mi mejor amiga. Eso tenía que afectarle, ¿verdad? ¿O es que yo era demasiado débil? Sin embargo, al día siguiente, volvía a aparecer y la duda se esfumaba. Marcus era muy divertido. Reconozco que no me gustaba verlo en vídeo, pero en persona siempre conseguía que acabara con agujetas en los abdominales. Creaba situaciones de las cosas más raras. Se marcaba unos monólogos tremendos sobre las cosas más absurdas como, por ejemplo, la auténtica finalidad de las tapas de los bolígrafos BIC o la tremenda necesidad de implantar los vasos XXXL en los establecimientos de comida para llevar. Tenía una capacidad para crear e improvisar digna de su popularidad, así que no tardé en

comprobar por qué lo era.

Aunque había algo raro cuando pensaba en él. El beso en la mejilla me había perturbado. Ignoraba qué extraña fuerza invisible me había empujado a hacerlo. Era mi amigo, sí, y no me gustaba. Los amigos hacen esas cosas sin que signifique nada más que una muestra de cariño, lo que no entendía era por qué me había afectado… Quizás por el modo en que me miró después, como si fuera capaz de atravesar mi alma, como si yo fuera algo que quisiera inmortalizar… No tenía ni la más remota idea de qué era, pero había algo, algo más a lo que aún no había conseguido poner nombre…

Esa tarde era soleada. A pesar de que el pico de calor parecía haber pasado y de que una suave brisa corría, la temperatura seguía siendo muy alta, el sol aún brillaba con fuerza y el ambiente era seco. La gente regresaba a sus casas después de haber pasado el día trabajando o la tarde en la piscina. Eran cerca de las siete y yo seguía en el porche de la entrada, releyendo.

Alcé la mirada y mi vista se quedó clavada en la acera de enfrente. Allí, varios niños jugaban al fútbol, improvisando porterías con buzones. Yo les miraba, pero en realidad mi mente estaba lejos. Muy muy lejos. Pensaba en Emma y en Gabriel, lo diferentes que eran tanto ellos como sus vidas. ¿Cómo podía el cosmos haberles puesto en un mismo lugar, en un mismo momento y pretender que ambos encajaran? Parecía sencillamente imposible, una broma cruel… ¿De verdad Eleonor tenía un modo de salvar esa situación? Por más que lo intentaba no podía encontrar ningún final feliz. Entonces, lo pensé: ¿y si, realmente, no lo había? Eleonor era una persona alegre y feliz, pero vivió los últimos años bajo la sombra de una posible muerte. ¿Y si eso la había afectado? ¿Y si había querido, precisamente, dotarlo de realismo? Tal vez su misión no era que fueran felices, sino que aprendieran algo, ¿no? ¿No podía ser eso posible?

—Señorita Green…

Parpadeé y regresé a la realidad.

—¡Marcus! —sonreí.

El chico de amplia sonrisa avanzaba con andar tranquilo hacia mí atravesando el jardín delantero.

—A mi padre no le gustará que pises el césped. Se siente muy orgulloso de él.

Se detuvo de inmediato y miró sus pies.

—Un poco tarde, me temo. Tendré que venir a arreglárselo, si descubre que he sido yo. —Volvió a avanzar y se sentó junto a mí en la escalera.

—Guardaré tu secreto.

—¿Qué haces? —preguntó y, entonces, su vista descendió hasta el libro, cerrado sobre mis dedos, que marcaban el punto exacto en el que me había quedado—. Haciendo progresos, por lo que veo.

Torcí el gesto.

—Para nada.

—¿Y eso por qué? ¿Qué ocurre?

—Bueno, Leo se esforzó en que la historia pareciera muy real y creo que el final también debe serlo. Ya sabes lo que opino…

Le miré, rogando por que se le ocurriera la respuesta a todas las incógnitas que me

sobrecogían por dentro.

—Si te soy sincero, creo que eres excesivamente racional.

Aparté la mirada y sonreí. No me molestó. Era cierto y no me parecía nada malo en absoluto.

—Y tú demasiado visceral.

—Muchas gracias —asintió—. Me esfuerzo mucho en ello.

Se extendió un pequeño silencio en el que ambos nos mantuvimos la mirada.

—¿Olivia? —Oí de pronto.

—Aquí, Harry.

Un par de segundos más tarde, el rostro pecoso y atractivo de Harry se manifestó delante de nosotros.

—Vaya —soltó él, sorprendido, al ver a Marcus—. Ey, Mik, ¿qué pasa, tío?

Se inclinó y le dio la típica palmada de tío en el brazo, a modo de saludo.

—En realidad, se llama Marcus.

—Genial… ¿Qué hacéis?

Me coloqué una mano a modo de visera para poder verle mejor a través del sol.

—Intentar no entrar en combustión espontánea con este calor.

—¿Por qué no pasáis dentro de la casa?

—Porque esta chica necesita unos rayos de sol —respondió Marcus.

—Siéntate —le dije.

—No, qué va. Tengo que irme. He venido porque Filippa me ha dado esto para ti. —Me entregó un sobre—. Son las invitaciones para la apertura del teatro.

—Oh, mierda. —Se me había olvidado—. ¿En serio?

—Sí. Sé que no te gusta, pero ha insistido que es importante. Al parecer, van a asistir un par de compañías muy grandes y se rumorea que la Royal va a abrir audiciones para cuerpo de bailarines y solistas en pocos meses.

—¿La Royal? ¿En serio?

—Deduzco que eso es bueno —comentó Marcus, intentando participar en la conversación.

—Es una compañía buenísima —le expliqué—. No es la mejor, pero es una lanzadera de bailarines que empiezan a ser profesionales.

—Oh. Eso es genial. Deberías invitarme.

Me volví hacia él, divertida por la sugerencia.

—Qué va. Esto no es un baile de instituto. Será increíblemente aburrido, créeme.

—Eres adorable.

—Si lo que quieres es fiesta —aventuró Harry—, mañana va a reunirse la residencia de la escuela en el bosque. Viene un montón de gente.

—Yo mañana tengo que ir a que me quiten esto. —Señalé la escayola.

—Esa es una excusa perfecta, ¿qué mejor manera de celebrarlo? —Sonrió—. Creo que en esa te lo pasarías bien, Mik.

—Marcus… —le recordé.

—Lo que he dicho.

—Claro, tío. Tengo que hacer un par de cosas importantes por la tarde pero me pasaré seguro. Gracias.

—Genial. Pues nos vemos mañana, entonces.

Hizo un gesto con la mano y giró los talones hacia el caminito que conducía de nuevo a la carretera.

—¿Qué es eso que tienes que hacer? —le pregunté.

—¿Ya no puedo tener secretos?

—¿Es un secreto?

—No. En realidad, no. He estado pensando en lo que me dijiste en la cueva y voy a ir a casa.

—¿En serio? —sonreí—. Eso es genial, Marcus.

—Veremos qué pasa. Voy a comprarles algo indecentemente grande con el cheque que me dieron por anunciar esa pasta de dientes.

—Creo que les bastará con verte, pero es una gran idea.

—Tanto como que me invites a esa fiesta.

Solté una pequeña carcajada.

—¿Que qué?—pregunté.

—Hazlo —rio.

—¿Quieres que te lleve a una cita?

—Soy un chico respetable con honradas intenciones. Es solo un favor para un amigo.

—Un favor, ¿eh?

—Por el momento, ya tienes la primera tarea para cuando te quiten esa escayola: búscate un vestido.

—Qué va. Lo primero que pienso hacer es ir a entrenar.

—No estás hablando en serio…

Puso una cara extraña, como de indignación.

—¿Qué? ¿Qué esperabas?

—Dios. Eres el tipo de influencia que mi madre querría para mí.

Aparté un poco el libro.

—¿Y por qué eso ha sonado mal?

—¿Qué clase de influencia quieren tus padres para ti?

—¿Alguien que no me aparte del buen camino? —sugerí.

—Sí, alguien aburrido y responsable, aunque en tu caso apuesto a que están deseando que te diviertas un poco.

—Sí, claro que sí, y también que consiga pasar la audición, y ambas no son muy compatibles.

—Cielos… Qué triste… —De pronto, se puso en pie.

Antes de que pudiera reaccionar me cogió de la cintura, y, al instante, mi cabeza y mi cuerpo colgaban boca abajo tras él.

—¡Ey! ¡Suéltame!

—¡Eso! ¡Suéltala! ¡Oh, horrible responsabilidad! ¡Libérala! —gritaba dando vueltas sobre sí mismo y haciéndome girar a mí, bocabajo—. ¡Libera a esta pobre e inocente joven de tu cruel y

castrante yugo!

Grité.

—¡Marcus! —Volví a gritar y a reír—. Dios, ¡voy a morir!

Una pareja de vecinos se detuvo al otro lado de la calle, alertada.

—¡De aburrimiento, señorita Green!

—¡Marcus! —reí—. ¡Se me está subiendo la sangre a la cabeza!

Él rio y, con un último salto, me irguió y ambos caímos al suelo. Temí por mi pierna, pero Marcus se llevó todo el golpe, haciendo de colchón para que yo cayera sobre él.

Ambos nos partíamos de risa en ese momento. Marcus se quedó planchado sobre el césped, totalmente abierto de piernas y brazos, cual estrella de mar. Su tripa aún vibraba por la risa.

—Para ser un peso pluma, estoy realmente agotado.

Me incorporé un poco, clavando intencionadamente los codos sobre su abdomen.

—Pues ya sabes, a ponerse en forma.

Me giré hacia un lado y tiré de mi coleta, casi desecha por el zarandeo. Estiré la goma hasta que mi pelo cayó en cascada por completo sobre mi espalda, como una cortina. Tenía una larga cabellera y el moño y las coletas de años de entrenamiento le habían dado la forma de suaves hondas. No lo hice a propósito, pero entonces sentí sus ojos en mí y recordé las palabras de Harry. Marcus ya no reía. Solo me miraba de un modo extraño que me puso nerviosa. Con una mano, llevé la melena sobre el hombro, el contrario a Marcus y le miré.

—Así que Harry te ha pedido que me convenzas para ir a la inauguración —comenté, cambiando de tema—, ¿no es así?

Apartó la vista hacia sus pies, uno encima del otro, que se balanceaban hacia los lados con un suave bailoteo.

—Dijo que era importante.

—Siempre se sale con la suya —sonreí para mí.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¿Harry? ¿En serio? ¡Qué va!

—He visto cómo os miráis.

—No. Esa mirada solo es el resultado de un montón de años de complicidad. Pero creo que podría darte muy buenas lecciones. Eso de ligar se le da demasiado bien.

Él alzó las cejas, divertido.

—¡Oh! ¿Insinúas que las necesito?

—Fuiste tú el que empezó todo esto con una conversación sobre duendes cachondos —le recordé.

—¿Empezar todo esto? ¿Qué es «todo esto», señorita Green?

Me detuve y, poco a poco, mi sonrisa fue desapareciendo. Intenté ponerme en pie, con cierta dificultad.

—Yo que sé —respondí—. Vale ya. Deja de hacer eso.

Él se incorporó, a mi lado.

—¿El qué?

—Intentar confundirme.

—Ah, ¿eso hago? ¿Y exactamente respecto a qué?
Negué enérgicamente con la cabeza y me llevé las manos a los ojos.
—No importa. Estoy muy centrada.
—Centradísima —se burló él, con una enorme sonrisa.
—¡Vete de una vez!
Él rio con ganas.
—Adiós, señorita Green…

Capítulo 18

«La luz entra tenue por la ventana. Es pronto. Ni siquiera el calor parece haber despertado del duro día de ayer. Se nota que se acostó tarde…».

—Vaya mierda de descripción —farfullé para mí.

Bufé y dejé la máquina a un lado. Llevaba desde que me había despertado tratando de describir la ventana, sin éxito, en un intento desesperado por encontrar mi yo creativo, que, si es que existía, había permanecido oculto toda mi vida.

—¿Estás lista, Livi? —preguntó mi madre, apareciendo en la habitación.

Me di por vencida y asentí.

—Desde luego.

—Vamos, o llegaremos tarde.

Cogí las muletas y la seguí en dirección al coche. Por fin iban a quitarme la escayola y la emoción amenazaba con hacerme gritar. Creo que no estaba tan contenta desde la primera vez que fui consciente de que en Navidad llovían los regalos… ¡Habría ido volando de haber podido!

Sin embargo, como no volaba, tuve que conformarme con los cuarenta minutos de trayecto en coche.

Ella me observaba por el rabillo del ojo. Al principio pensé que me estaba volviendo paranoica, pero no. Me miraba y tamborileaba los dedos contra el volante como si estuviera luchando contra ella misma dentro de su cabeza. Casi podía oír los gritos de su mente, aunque no de enfado, de hecho, parecía excesivamente alegre. Tengo que reconocer que en ausencia del ejercicio al que me había acostumbrado desde que era pequeña, había empezado a prestar muchísima atención a todo lo que me rodeaba.

—¿Me lo vas a decir?

—¿El qué?

—Lo que te estás callando.

—No me callo nada, hija. Solo estoy contenta.

—¿Por qué?

—Porque sí. —Me miró de forma tierna. No me miraba así desde que era pequeña—. Solo porque sí.

Arqueé ligeramente una ceja, observándola.

—Me ha llamado Harry —dijo ella—. Quiere asegurarse de que te compras un vestido.

Rodé los ojos y eché la cabeza hacia el asiento.

—Sabe que iré, no tiene que recurrir a la artillería pesada…

—Vaya, hombre. Gracias, hija. —El semáforo se puso en verde y mi madre aceleró suavemente para entrar en el *parking* del hospital—. Iremos en cuanto salgamos de aquí. Conozco una tienda que te va a encantar.

De pronto, lo entendí. Abrí la boca con indignación y la miré con los ojos entornados en diminutas rendijas.

—Por eso estás tan contenta… ¡Por el vestido! —sonreí.

—¿Acaso una madre no puede ilusionarse por ir de compras con su única hija?

—Eres más teatrera que yo.

Ella sonrió y aparcó en un sitio libre. Apagó el motor, sacó la llave y justo cuando yo cogía las muletas y me disponía a abrir la puerta añadió:

—Lo que me hace feliz es volver a verte sonreír, hija.

Esa respuesta me dejó sin palabras. Fruncí el ceño, confundida. ¿Sonreía? Quiero decir, sí, lo hacía pero no me había dado cuenta hasta ese momento. ¿No es extraño? Me quedé un poco tiesa, sin saber qué contestar a eso. Aún le debía muchas disculpas por el modo en que me había apartado de ellos, pero no pude reaccionar. Ella, en cambio, estiró sus brazos hacia mí y me dio un abrazo que me conmovió. Mis ojos se encharcaron. No había sido justa para ellos. Desde luego que no.

—Bueno —dijo ella, apartándose y limpiando disimuladamente con su mano unas lágrimas que no me pudo ocultar—. Vayamos a quitarte esa escayola…

—Ten precauciones —me advirtió el médico media hora más tarde—. La lesión no fue grave y parece que ha curado bien. Puedes volver a tus entrenamientos, pero tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

Miré a mi madre, extasiada. Ella tenía las manos juntas, entrelazadas contra el pecho, como si rezase, pero en un gesto de emoción. Asentí varias veces. ¡Podía apoyarlo a la perfección! ¡Ni siquiera cojeaba! Eso fue un auténtico chute de adrenalina que corrió por mi torrente sanguíneo desperezando cada célula de mi cuerpo y embriagándolas de una renovada y febril energía. Dios, ¡solo quería saltar! Volvía a sentir cierta libertad y fuerza, me devolvía la posibilidad de seguir luchando por mis sueños… Juro que un par de lágrimas se escaparon de mis ojos.

Al salir de nuevo a la calle fui moviéndolo, poniéndome de puntillas e intentando dar pequeños saltitos de camino al coche.

—Te ha dicho que te lo tomes con calma —me instó mi madre.

—Está todo controlado —le aseguré.

Tal y como había prometido, mi madre me llevó a la calle principal a comprar el vestido. Estaba tan contenta que incluso lo disfruté.

Para ser sincera, debo reconocer que el momento no fue como en las películas. No le hice un pase de modelos ni me probé una infinidad de vestidos ridículos. No, solo metí un único vestido en el probador. Era sencillo, de color coral y muy vaporoso, como de tul de seda. Llevaba un pequeño corpiño palabra de honor, tremendamente suave al tacto, y la falda caía desde la cintura, marcada en varias capas de tono degradado. Era realmente precioso y me quedaba tan bonito… que no necesité más. Parecía guapa y no pude evitar sorprenderme por ello…

Una hora más tarde, llegamos a casa. Mi madre cogió el vestido y sacó las llaves del bolso mientras yo rodeaba el coche. Justo en ese momento, oí un silbido. Me giré, consciente de que no está bien volverse ante un pitido. Era Marcus, que se acercaba pedaleando con fuerza en su bici.

—Marcus —saludó mi madre, sonriendo.

Él se detuvo junto al vehículo y se quitó el casco.

—Hola, señora Green.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó ella.

Él me miró.

—En realidad, sí, señora. Aquí —sonrió—. Venía a ver a Olivia.

Le dedicó una sonrisa irresistible a mi madre y ella cedió sin ningún reparo.

—Te veo en casa, entonces, hija.

—Hasta ahora.

Dicho esto, mi madre se alejó en dirección a casa.

—Creo que le caigo bien —me dijo.

—No creas. Eres un chico —le recordé.

—Sí, eso es cierto. En fin… ¿Cómo estás? —preguntó, entonces—. Te veo más… ¿estable?

—Sí, eso es porque ahora apoyo las dos piernas. —Vacilé—. Muy agudo.

—¿Qué tal ha ido?

—Bueno, me han quitado la escayola y me he comprado un vestido. La mañana ha sido productiva —reí.

—Enséñamelo.

—No. —Me dirigí hacia el porche—. Mejor no.

Él chascó la lengua.

—No me puedo creer que vaya a perderme esa fiesta —suspiró dramático—. En fin. ¿Cómo llevas lo de escribir?

Bufé…

—Tengo una línea.

—Suena prometedor. ¿Cómo es?

—No creo que…

—Venga ya. Enséñamela —insistió.

Rodeé los ojos y, finalmente, accedí.

—De acuerdo. Espera aquí.

Subí deprisa a mi habitación para coger la inmaculada hoja blanca en la que solo destacaba aquella triste línea y, cuando bajé de nuevo, Marcus estaba apoyado contra la valla delantera.

—Aquí lo tienes —dije, entregándosela. Sus ojos recorrieron las palabras en una fracción de segundo—. Ni siquiera es buena —insistí.

—¿Qué haces esta tarde? —preguntó, alzando sus ojos del papel hacia mí. Le cogí la página de las manos y la dejé a un lado. Era evidente que no le había gustado…

—Esa es una pregunta con demasiada antelación para mí. ¿Quieres hacer algo?

—¿Vas a ir a la fiesta del bosque?

—Es posible. ¿Quieres venir?

—Puede ser…, pero te veo directamente allí, ¿vale? Tengo que hacer algo y no quiero tener que sufrir de nuevo tu temeraria conducción.

Me crucé de brazos.

—No es temeraria.

—Tienes que admitirlo para poder ponerle remedio.

Suspiré con dramatismo y volví a mirarle, más seria ahora.

—¿Quieres que te acompañe? No se me ha olvidado que vas a ir a casa de tus padres.

Él jugueteaba distraídamente con un alambre de la valla.

—Prefiero contártelo después.

—De acuerdo…, chico misterioso.

Él sonrió.

—Bueno. —Dejó el alambre a un lado y sacudió las manos contra sus vaqueros con un par de palmaditas—. Solo he venido para comprobar que ya eres una mujer libre, así que ahora me iré. Nos vemos en la fiesta.

—Marcus —llamé.

Él se giró hacia mí.

—Aunque nos estemos viendo mucho… No estamos saliendo. Lo sabes…, ¿verdad? No tienes que preocuparte tanto.

De pronto, rompió a reír.

—¡Vaya! Supongo que lo aclaras por si ese sexo salvaje que tenemos me confunde, ¿verdad?

—Precisamente por eso, sí. —Mis mejillas se incendiaron, pero reí.

—¿Estás suponiendo que yo quiero salir contigo? ¿Que tengo otro tipo de interés, más allá de la inocente labor de muso literario?

—O eso o te estás tomando demasiado en serio esa labor.

—Soy un tío entregado.

Volví a reír, me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—Olivia —me llamó esta vez él. Yo me giré—. ¿Significa eso… que te estás enamorando?

—¡Por supuesto que no! —Me apresuré a decir—. Solo… Solo quería dejar las cosas claras.

—Transparentes —rio él.

—Pues eso…

Giré sobre mis talones una vez más.

—Estúpida, estúpida, estúpida… —me decía a mí misma—. ¿Por qué has dicho eso?

—Puedo oírte —rio él.

—Adiós, Marcus.

Entré todo lo deprisa que pude, fingiendo tranquilidad y cerré la puerta detrás de mí. Me quedé un instante ahí, apoyada contra la madera maciza y con los ojos cerrados con fuerza. El corazón me iba a mil y mis manos sudaban a chorros. Volví a mirar la tímida línea que tenía en la hoja delante de mí y resoplé, abatida. Ahora sí que no iba a poner ni una sola frase…

—Ya estoy en casa —anuncié.

Avancé hacia el salón y cogí la funda con el vestido que había dejado mi madre en el salón.

—¿Qué es eso? —preguntó mi padre, desde la cocina.

—El vestido para la inauguración del teatro.

—Vaya —exclamó—. ¿Mi hija va a divertirse?

Torcí el gesto y me dirigí a la cocina. Mi padre cenaba judías verdes en la mesa mientras leía las noticias en la tableta.

—No sé si se le podrá llamar diversión, pero… sí, creo que sí.

Mi madre se acercó y me abrazó con fuerza.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso. —De pronto, se apartó—. Venga, pruébatelo de nuevo. Quiero que tu padre vea lo precioso que te queda.

—No —respondí—. Prefiero que sea una sorpresa.

Mi padre alzó sus enormes cejas e inclinó un poco la cabeza para poder mirarme por encima de la montura de sus gafas.

—¿No vas a dejar que tu padre lo apruebe?

—Claro que no —reí—. Además, ya está comprado, ¿no? Pero no ha sido caro. Lo prometo.

—No te he dicho nada del dinero.

—Bueno, pero tampoco es tan importante. Solo voy a llevarlo unas horas.

—Hay muchas cosas que no tienen sentido en este mundo, hija, pero ahora mismo ese vestido que te has comprado lo tiene, y mucho, para mí. Para nosotros —corrigió. A continuación, se levantó y me dio un beso en la mejilla—. Me alegro mucho.

Su reacción me pareció extraña, aunque de algún modo lo entendí. Por primera vez sentía mariposillas en el estómago por algo bueno y supongo que también había sido evidente para ellos. Cada vez me resultaba más difícil aguantar la sonrisa y mi madre había vuelto a mirarme del mismo modo que en el coche mientras me comía las judías a toda velocidad.

Sabía que quería decirme algo. La conocía perfectamente, aunque no lo soltó hasta que me dirigí a la pila con mi plato vacío y empecé a limpiarlo.

—Me gusta ese chico.

—¿Harry? —disimulé.

—No, hija, el otro —respondió ella, paciente—. ¿Estáis saliendo?

—No, claro que no, mamá.

—Qué lástima.

Dejé de fregar los platos y la miré.

—¿No vas a decirme que es una distracción? ¿Que debería centrarme en entrenar y practicar?

—Lo único que sé, hija, es que ha vuelto un poco la alegría de esta casa.

Se acercó a mí y depositó un beso en mi frente.

—Parece un buen chico.

Dicho esto, volvió a colocarse las gafas y se sentó una vez más frente a su portátil.

Yo me quedé ahí plantada un momento, sin saber qué decir. Aquello era raro. Mi madre solo hablaba bien de Harry y únicamente porque había crecido con él. Estaba radicalmente en contra de los chicos, les había puesto una enorme equis desde que había cumplido los trece años por temor a que me dejaran embarazada o me desviaran del buen camino. En cambio, Marcus llevaba en mi vida tan solo unas semanas y, además de abrirle de par en par las puertas de mi casa, de pronto, me animaba a salir con él. ¿Acaso tenía sentido?

Capítulo 19

Me había arreglado. En mi caso, eso significaba abrir el baúl que tenía escondido en la parte de atrás del armario del baño. Ese en el que guardaba como un tesoro las tres únicas herramientas de ingeniería con las que contaba para esculpir en mi cara algún que otro realce femenino. Yo solo me maquillaba para las funciones. Para salir con mis amigos, era Eleonor la que se empeñaba en pintarme. Aún recuerdo todas esas tardes que me había tenido sentada sobre la tapa del WC con la cabeza apoyada contra la pared mientras practicaba los vídeo-tutoriales que veía en YouTube… Yo era el borrador con el que perfeccionaba su técnica y nunca me había importado excepto en ese momento en que me di cuenta de que yo no tenía ni idea de cómo hacerlo. Sin embargo, tampoco era la ocasión de experimentar o de atreverme a improvisar, así que opté por lo básico: brillo de labios, pseudoraya en el ojo y uñas pintadas. También decidí dejar mi pelo suelto, algo que hacía en contadas ocasiones. Mi pelo era tan largo y grueso que me resultaba mucho más cómodo tenerlo bien sujeto en un moño o una coleta. Soy una chica práctica, es todo el argumento que tengo a mi favor. El caso es que, tratándose de mí, me había esforzado por estar guapa y quería que él me viera. No sabía exactamente por qué, pero lo había hecho por él, y pensar en ello solo conseguía que una extraña sensación tirara de mi estómago.

—¡Has venido! —Nada más verme, Harry se acercó a mí, atrapó mis brazos con los suyos y utilizó su altura para hacer que mis pies se separaran del suelo y giraran a su alrededor con una vuelta de emoción—. No sabes cómo me alegro.

Sonreí cuando me puso de nuevo en tierra y me aparté el pelo de la cara, que había quedado desordenado.

—Guau, hay muchísima gente.

—Toda la residencia. Vas a ver, les va a encantar que hayas vuelto.

Supongo que sí que se alegraron porque no recordaba haber abrazado a tanta gente, ni haber escuchado tantos gritos agudos como aquel día. Por un levísimo instante, me recordó a una ocasión en la que acompañé a Leo a una firma de libros y un montón de gente la rodeó para abrazarla y mostrarle cariño.

Esa emoción, en cambio, se fue disipando un poco en esta ocasión. Me esforcé muchísimo en hablar con los que hasta hacía unos meses eran mi segunda familia, de verdad. Intenté interesarme por la vida de los que habían sido mis mejores amigos, pero hubo un momento en que, de pronto, me vi a mí misma fuera de ese rompecabezas. No me sentía cómoda. Yo ya no parecía parte de él. Me había perdido demasiado. Yo misma había cambiado demasiado…

Al final, terminé sentada sobre los restos de un antiguo muro de ladrillo. En otra época debió pertenecer a una casa, pero en ese momento solo quedaba poco más de un metro de altura. Había ido allí para averiguar si podía recuperar parte de mi antigua vida, pero no había sido así y en ese momento solo quería que Marcus apareciera. Sin embargo, Marcus se estaba retrasando…

Resignada, me centré en observar el ambiente. Apoyaba el peso con mis manos y tamborileaba con los talones en la pared de ladrillo. No había mucho que ver. De hecho, tenía la

sensación de que ya había visto esa película: chicos y chicas flirteando, vasos que se desparramaban, risas escandalosas y alguna que otra mirada furtiva en mi dirección seguida de, estaba segura, algún comentario compasivo de los que me ponían de mala leche. Harry reapareció un minuto más tarde. Me trajo un vaso y se sentó a mi lado, aunque sus pies no colgaban como los míos.

—Tiene pinta de que vamos a calarnos. —Dio un sorbo, mientras miraba el horizonte.

Seguí la dirección de sus ojos y, en ese momento, el cielo se iluminó con un enorme relámpago.

—Sería raro que no lloviese, ¿no? Es el verano más extraño de la historia.

—Apuesto a que intenta empatizar con el ambiente.

Sonreí para mí misma.

—Seguro…

En ese momento, comenzó a levantarse algo de corriente.

—Te veo mejor. Estás muy guapa.

No pude evitar reír un poco.

—¿Por qué te ríes? Lo digo en serio.

—Por un momento creo que me he sentido como una de tus conquistas.

—Qué tonta eres. —Me dio un golpecito con su brazo contra el mío. Luego, se quedó en silencio antes de añadir con voz suave—: ¿No ha venido?

Torcí un poco el gesto.

—No…

—Le habrá surgido algo.

Encogí ligeramente los hombros, volví a mirar el móvil, sin poder evitar un pequeño suspiro.

—Supongo que sí, pero no me ha dicho nada. Es raro en él. Espero que sea porque le ha ido bien con su familia.

—Aún queda mucha fiesta… Tiene tiempo de venir.

Estiré un poco la espalda. Estaba incómoda, no físicamente, pero sí por dentro.

Él intentaba quitarle importancia al asunto, pero yo sentía un runrún que no me gustaba nada.

—¿Te estás aburriendo?

Me concedí tiempo para llenar mis pulmones de aire por la nariz. Lo contuve dentro un instante y respondí:

—No, no. La fiesta es genial, Harry. Es solo que creo que ya no soy la persona que ellos conocían. —Le miré—. ¿Tiene sentido o es que me he vuelto antisocial?

—Lo tiene, Livi. Nadie dijo que regresar a tu vida fuera a ser fácil. Lleva tiempo.

—¿Por qué es diferente contigo? Quiero decir, no tengo esa sensación cuando somos tú y yo. También he crecido con ellos. Debería ser más… fácil. —Alcé la mirada hacia sus ojos, buscando apoyo—. ¿No?

—Ellos no han cambiado.

—Y tú sí.

—Yo ya era raro de antes.

Ambos nos quedamos en silencio. Era cierto. Harry tenía un pasado detrás que ninguno de nosotros podríamos llegar ni a imaginar. No lo he mencionado antes porque es demasiado personal, demasiado duro, aunque también es la base que sostiene el enorme pilar de su personalidad, de su madurez y de su necesidad de cuidar a todo el mundo, en especial a mí.

Él empezó en el *ballet* tarde, casi a los diez años. Su madre le había apuntado a espaldas de todo el mundo después de dos años en los que él no había dejado de pedirlo. Durante un tiempo, lo guardó en secreto. En casa, en el colegio… Él no vivía en la residencia ni salía con nosotros. Sin embargo, a los catorce, su padre lo descubrió y le dio una paliza tan grande que acabó una semana en el hospital. Le grabó la palabra «maricón» en un costado con una cajetilla entera de cigarros y tras varios días de intensas reuniones en el hospital infantil con psicólogos y servicios sociales, su madre y él se atrevieron a denunciarlo. Harry nunca habla de ello, jamás, pero sé que antes de aquel día había sufrido infinidad de palizas en casa. Sin embargo, recuperar la seguridad en su hogar le ayudó a abrirse y, poco a poco, empezó a mostrarle al mundo la increíble persona que era. Hace más de medio año que en lugar de las cicatrices de los cigarros, tiene tatuado un precioso *Stay strong* que le hizo su hermano mayor en un chiringuito cutre del centro. Aún me acuerdo de su sonrisa cuando nos lo enseñó. Leo y yo le acompañamos y ella quiso hacérselo también. En ese momento creí que era un modo de apoyarle… Ahora, estoy segura de que intentaba darse un mensaje para sí misma ella también.

—Creo que voy a irme —le dije a Harry, que seguía mirando al horizonte—. ¿Te importa?

—Para nada. Algo me dice que la noche no va a aguantar mucho más antes de que el cielo vuelva a romperse sobre nuestras cabezas.

No sé si llegaron a mojarse o no, pero la intensidad y frecuencia con la que el cielo se iluminaba fue creciendo cada vez más en mi camino de regreso a casa. No llovía, solo era el preludio de lo que prometía ser la tormenta definitiva, el mismísimo día del juicio final, así que aceleré la moto. Me encantan las tormentas y los relámpagos me parecen cosa de ciencia ficción. Sin embargo, el cielo era tan negro y el silencio en que todo parecía sumido tan inquietante que no pude evitar sentir el miedo corriendo por mi torrente sanguíneo e invadiendo cada pequeño milímetro de mi cuerpo.

Para regresar a casa cogí el camino de todos los días. La carretera estaba desierta y apenas había luces que indicaran el camino. Si empezaba a llover, se volvería realmente peligroso, así que aceleré más de lo normal. El tiempo era tan extraño como yo misma me sentía por dentro. Sin embargo, al llegar al precipicio, tuve que parar en seco. Era el acantilado sobre la playa de rocas, el mismo al que consideraba mi rincón preferido en el mundo. Ahí, en lo alto, había una silueta recortada contra el horizonte, exactamente en el mismo lugar en el que yo escapaba del mundo, en esa grieta entre la realidad y la fuga. Estaba quieto, como una estatua, mirando a la infinidad del horizonte inalcanzable. Ahí arriba subía poca gente. Alguna vez me habían interceptado, pensando que intentaba precipitarme al vacío al más puro estilo de *El último mohicano,* pero en ese momento todo estaba desierto.

No sé por qué me acerqué. A veces hago cosas que ni yo misma entiendo y que mi propio instinto me sugiere evitar, pero necesitaba hacerlo. Una fuerza invisible tiraba de mí en esa

dirección y una pieza, como la más rara de un intrincado puzzle, por fin parecía tener su lugar dentro del cuadro. Ni siquiera tuve que acercarme para reconocerle, pero lo hice.

—Hola… —musité.

Él no respondió. Ni siquiera hizo ademán de mirarme. Algo había ido tremendamente mal.

Miré a ambos lados y subí a la barandilla para quedar a su altura. Entonces, pude verle la cara. No llovía, pero su rostro estaba empapado por las lágrimas y sus puños se mantenían cerrados y tiesos a ambos lados de su cuerpo. Él no se inmutó cuando avancé hasta quedar justo a su lado.

El horizonte lucía un misterioso color ocre que se iba intensificando cuanto más se acercaba a nosotros hasta fundirse en un tono violáceo. Todo el ambiente se había impregnado de esa atmósfera. La luz era parda y opaca. Las sombras más oscuras y borrosas. Ningún color parecía vivo. Las copas de los árboles gemían al unísono, víctimas del repentino viento, cada vez más vigoroso, coreadas por los truenos que aún sonaban sordos a lo lejos mientras que el olor del ozono descendió hasta la tierra cubriéndolo todo de un aroma húmedo, predecesor de la lluvia que el cielo prometía.

El aire azotaba mi pelo y el mar y las olas rugían bajo nuestros pies, pero nada era tan arrollador como su silencio y su quietud, que intentaban contener algo que rugía con demencia dentro de él.

Hinché los pulmones con fuerza. Solo podía intuir lo que había pasado, pero no tuve valor para pronunciar ni una sola palabra. No sabía qué podía aportar, qué frase formar para ayudarle a sentirse mejor. Lo mío no eran las palabras, sino los movimientos, así que hice el único que pudo salir de lo más profundo de mi corazón. Con cuidado, deslicé mis dedos contra los suyos, deshaciendo el puño y entrelazándolos con cuidado. Luego, ladeé la vista al horizonte, como él, pero él no lo aguantó. Se soltó sin mirarme, dio media vuelta para saltar de nuevo a tierra firme y avanzó hacia la carretera. Yo le imité y corrí tras él.

—Marcus —intenté detenerle por el brazo.

—Ahora no, Olivia —murmuró soltándose.

Se ajustó con prisa la capucha sobre la cabeza y salió corriendo.

—¡MARCUS!

Cuando llegué hasta la carretera, solo pude alcanzar a ver su silueta oscura fundiéndose contra la noche.

No sabía cómo ayudarle. Solo sentía impotencia y miedo… y esa horrible sensación había provocado que mis ojos empezaran a inundarse sin remedio. Dolía. Algo dentro de mí ardía como con un hierro al rojo vivo. Cogí mi moto y aceleré con la mandíbula apretada con fuerza. Fue una curva, ligeramente más cerrada, la que me pegó el bofetón que me sacó de ese estado. Tan solo el vaivén de una rueda y un único segundo en el que sentí que perdía el control, pero fue todo cuanto necesité para asustarme, para hacerme reaccionar y recordar que no podía hacer eso. Abatida, llegué hasta casa, solté el casco sobre la entrada y me dejé caer en las escaleras del porche, esperando que el aire y la lluvia aplacaran el fuego y el repentino dolor que sentía. En ese momento, el ocre y morado del cielo se habían fundido para formar un rosa extraño, triste y sucio. El horizonte se iluminaba con repentinos destellos blanquecinos. Sin embargo, la lluvia no

llegó a la escalera de mi casa aquella noche y, abatida, con los primeros rayos del sol, me retiré a la resignación de mi cama.

Capítulo 20

Al día siguiente, desperté deseando tener noticias de Marcus, pero él no había dado señales de vida. Le dejé varios mensajes por chat y por el contestador del teléfono, pero las horas fueron pasando y él no se pronunciaba.

Por la tarde, me quedé anclada en el sillón del salón. No podía dejar de mirar a mi padre. Le tenía delante de mí, sentado en el borde del sofá, a mi derecha, con los codos apoyados sobre sus rodillas, muy concentrado en su maqueta de la Sección del Victory; un barco que le encantaba y que llevaba haciendo en sus ratos libres desde hacía cuatro años. Él observaba sus miniaturas, prácticamente pegadas a sus gafas, pero yo no podía dejar de contemplarle a él. Las profundas patas de gallo caían bajo la montura dorada a ambos lados de su cara hacia sus pómulos tatuando una extraña tela de araña en su piel, mientras que, por encima, sobresalían unas enormes y pobladas cejas, casi canas, que terminaban con un pequeño ricito hacia arriba, exactamente igual que el bigote de Dalí. Solía decirle que eran las típicas cejas de malo de película. Antes, se molestaba cuando me burlaba de él por eso, pero ya ni siquiera nos enfadábamos por cosas absurdas.

En ese momento, lijaba con extrema delicadeza uno de los mástiles. Tenía el barniz listo y el polvillo caía contra la luz de la ventana dejando un pequeño rastro en el periódico que cubría esa parte de la mesa de cristal. De vez en cuando me miraba, juraría que extrañado por tenerme ahí. No era algo normal que me sentara junto a él, pero necesitaba verle, observarle…

La verdad es que no me di cuenta hasta ese instante de que ya no pasaba tiempo con mi familia, al menos desde que tenía doce años. A los trece me mudé al internado y, aunque comía en casa los domingos, dedicaba cada minuto libre a pasar el rato con mis amigos o a seguir entrenando. Ahora, mi propio padre sentía como algo anormal el hecho de que yo estuviera ahí con él… No podía culparle, pero era triste. Mucho. Al menos para mí. Supongo que no me había parado a pensarlo. Había vuelto a casa, sí, pero les había apartado de mi lado como quien evade una molesta carga, segura de que no eran capaces de comprenderme y ahí, a mi lado, mi padre parecía haberlo asumido.

Abracé mis rodillas, sintiéndome realmente culpable. Cuando era pequeña estábamos muy unidos. Me enviaron al internado por recomendación de Filippa. Ella les había dicho que era lo mejor para mi carrera. Fue la única vez que no quise hacer caso a la mujer que admiraba tanto. Tenía razón, porque mejoré una barbaridad, pero les había echado muchísimo de menos, aunque en ese momento caí en la cuenta de que nunca se lo había dicho.

La tele se oía de fondo con el programa de Supermonstruos de río que tanto le gustaba. Mi padre era carne de cañón de programas a los que, por más que lo intentaba, yo no conseguía encontrarles atractivo alguno. Aunque tampoco es que importase. La televisión estaba, para mí, a dos o tres planos astrales de distancia. Mis ojos solo le observaban a él. Intentaba preguntarme cómo sería todo si un día dejara de ser él, si de pronto se olvidara de lo que le gustaban esos pequeños barcos o qué programa ponía siempre a las tres. Me pregunté cómo me sentiría si un

día me viera de otra forma, como a una extraña, incapaz de reconocerme o si esa respiración acompasada que tanta tranquilidad me transmitía en ese momento fuera más bien de ausencia. Cómo sería verle cada día sin las cosas que le hacían ser él. Cómo sería llegar un día a casa y que él faltara… ¿Y si les perdía a ellos igual que a ella?

Dios… Ese pensamiento rebosó un sentimiento de desesperación dentro de mí. Me puse en pie de un salto, como empujada por una fuerza invisible y le abracé con fuerza.

Yo misma me sorprendí. Me quedé ahí, inmóvil y tan pasmada como él. No recordaba la última vez que le había abrazado. Olía al típico desodorante masculino y al tabaco que fumaba a escondidas. Su barba, más larga de lo que le gustaba a mi madre, pinchaba ligeramente contra la piel de mi brazo. No tenía ni idea de lo que había ocurrido, solo que sentía una irrefrenable necesidad de abrazarle y decirle:

—Te quiero, papá.

Él soltó su pincel y me rodeó con los brazos. No preguntó nada, ni mostró su sorpresa. Tan solo añadió:

—Yo también, bruja. —Guardó silencio un segundo y, al comprobar que no me movía, añadió—: ¿Qué te pasa cielo?

Él siempre usaba ese tipo de palabras y solían parecerme cursis, pero ese día no. Ese día solo quería abrazarle.

—Nada. —Parpadeé y cogí aire para incorporarme un poco—. ¿Puedo ayudarte a pintar?

Él bajó un poco la cabeza para poder observarme por encima de la montura dorada de sus gafas.

—Claro, hija. Toma. —Me pasó un plato de plástico blanco, un pincel que no debía tener más de tres pelos y unos minibarriles—. Dales un par de capas. Luego puedes hacer las vetas de la madera con ese otro color.

—Vale.

Me agaché hasta quedar sentada en el suelo. Doblé las piernas bajo la mesa y subí los codos en ella para poder tener mejor visibilidad.

—¿Hoy no sales?

Bajé la mirada hacia mi teléfono. Tenía el móvil a un lado, encima del posabrazos del sofá.

—Hace mucho calor. —Mojé el pincel en el puntito de pintura para empaparlo—. Y estoy cansada.

—¿No te llama?

—No —me apresuré a decir—. No estoy esperando ninguna llamada.

Él sonrió y siguió pintando.

—Papá —le dije, y aparté la vista del barril para mirarle a él—, lo digo en serio. Te quiero.

Él se subió las gafas por el puente de la nariz con dos dedos.

—Y yo a ti, hija.

Juraría que vi la sombra de una sonrisa en su cara y me sentí la persona más afortunada del mundo.

La gente tiene problemas, montones de problemas, muchos más de los que se ven a simple vista. A mi alrededor había historias realmente trágicas. Pensaba que Leo era la persona más feliz

y llena de vida que podría conocer nunca y, en realidad, ocultaba el secreto de que se moría. Harry había crecido sobreviviendo a su padre y Marcus…

Pensar en Marcus y en el problema que también él tenía con su padre me hacía perder la fe en el mundo. Eran las mejores personas que habría podido conocer, pero sus vidas estaban hechas pedazos de algún modo. Y yo, en cambio, era la única que lo mostraba por fuera… Ellos tres siempre tenían un mensaje positivo que aportar, yo no. Ese descubrimiento consiguió que me sintiera terriblemente culpable.

Pasaron dos días hasta que volví a verle. Eran cerca de las ocho. Yo me debatía entre hacer girar los cereales hacia la derecha o hacia la izquierda para luego removerlos tan rápido que pudiera ver el vórtice del remolino lácteo en el fondo de la taza. Entonces, reconocí su silueta acercándose hacia la entrada de mi casa. Me levanté de la mesa tan deprisa que fue un milagro que no volcara mi tazón, aunque si lo hubiera hecho tampoco me habría dado cuenta. Corrí hasta la entrada y salí antes de que él llegara a llamar.

—Hola —solté, quizá demasiado ansiosa.

Él se detuvo, con las manos en los bolsillos. Tenía aspecto cansado y triste, pero se esforzaba por esbozar una pequeña sonrisa.

—Hola…

Terminé de cerrar la puerta tras de mí y descendí un par de pasos. Estiré las mangas de mi camiseta, ridículamente nerviosa.

—¿Cómo… cómo estás?

—Bueno —sonrió—. Estoy bien, aunque creo que tengo que pedirte perdón.

—No, qué va. No tienes que…

—Sí, sí que tengo. Te dejé plantada y… fui un gilipollas —me cortó.

—Yo también lo fui cuando me torcí el pie. —Intenté animarle—. Ahora estamos en paz.

Él frunció los labios hacia un lado y se balanceó ligeramente sobre sus tobillos.

—¿Tienes algún plan?

Me giré un instante hacia la puerta de mi casa.

—La verdad es que tengo un bol de puré de cereales que está intentando intimar conmigo en la cocina…

Él soltó una pequeña carcajada por la nariz.

—Joder, qué malo, Olivia.

Sonreí.

—Te has reído…

—Cierto.

—¿Qué vas a proponerme?

—En realidad, nada tan apasionante como tus cereales, pero si quieres descubrirlo…

Me tendió una mano tras hacer una reverencia teatral y ridícula que consiguió que me echara a reír. Marcus también sonrió y, por un momento, pensé que su sonrisa era la más increíble del mundo.

Capítulo 21

—¿Un autocine? —sonreí cuando Marcus aparcó la bici a un lado de la verja de entrada—. Marcus, pero si no tenemos coche.

—Ni tampoco la intención de pagar —rio él—. Es mejor así. Tú, sígueme.

Sin preguntar siquiera, me tomó de la mano y me sacó de la carretera hacia la arboleda que rodeaba al recinto. El autocine estaba en las afueras. Tan alejado que podría prenderse fuego y nadie de la ciudad se daría cuenta. Yo solo había ido allí una vez hacía un año cuando una chica con carnet nos llevó a unas cuantas chicas más jóvenes del internado a ver la última película de Ian Hemsworth. Un año no era mucho, pero parecía que había pasado una eternidad desde entonces…

Marcus me hizo seguirle unos quinientos metros antes de llegar a la cerca de alambre y ladrillo que delimitaba la zona y anduvimos un poco más hasta que, por fin, pareció encontrar lo que buscaba: un agujero, oculto tras algunas zarzas.

—Deduzco que ya has hecho esto antes…

—Claro. No siempre he estado forrado. Este agujero lleva aquí más de siete años y nunca se molestan en arreglarlo.

Quitó las plantas y se cercioró de que ningún alambre pinchara antes de pasar. Desde el otro lado, miró alrededor y se agachó para ofrecerme la mano de nuevo.

—No hay perros. Vamos.

¿Perros? Vacilé.

—¿Y si nos pillan?

—Si nos pillan, tendrás una historia para ese libro que estás escribiendo.

Acepté su mano y él me ayudó a pasar por la malla metálica y luego a subir hasta el tejadillo de un bar en desuso. Reconozco que temí hacerme daño. Acababan de quitarme las vendas, no era lo más prudente, pero, aun así, no dije nada. Estaba tan contenta de tenerle cerca otra vez… Dejé que él me guiara por el tejado hasta un par de enormes ruedas de tractor tumbadas a modo de butacas.

—Sé que no lo creerás hasta que lo pruebes —me dijo—, pero son bastante cómodas.

Se tumbó con agilidad sobre una y señaló la otra con un gesto de la cabeza, así que le imité, pero me quedé sentada en el borde, observando el lugar. El autocine era pequeño y, a esas alturas, ya estaba casi completo. Debía haber veinte coches, como mucho. Todo estaba oscuro, a excepción de la pantalla, que ya mostraba algunos anuncios mientras un centenar de polillas acudían extasiadas a sobrevolar o estrellarse contra las luces. El tejado en el que estábamos nosotros quedaba prácticamente oculto por la vegetación, pero tenía un ángulo perfectamente frontal y centrado respecto a la pantalla. Debía reconocer que eran asientos de primera.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté, mirando por encima del canalón para cotillear cómo algunos espectadores correteaban entre los coches, deprisa, para comprar alguna bebida en los últimos minutos antes de que la peli empezara. El olor a palomitas recién hechas invadía el

ambiente y consiguió dibujar una sonrisa en mi cara.

—Si te digo la verdad —se incorporó en el neumático para quedar sentado como yo—, no tengo ni la más remota idea. He improvisado un poco sobre la marcha.

—Seguro que es buena —sonreí.

Media hora más tarde, descubrí que me había equivocado. En realidad, bastaron los primeros diez minutos para imaginar lo que resultó ser un auténtico desastre de magnitudes épicas. Era horriblemente aburrida, sosa y o carecía totalmente de argumento o yo no era lo bastante inteligente para entenderlo. Durante la primera hora intenté ser fuerte y mantener la atención en la pantalla, pero poco después mis párpados comenzaron una heroica cruzada contra mi cerebro para no cerrarse.

—Joder, no puedo seguir fingiendo…

Rompí a reír, aliviada.

—Gracias por decirlo.

—Parece un arma de tortura medieval. —Se frotó la cara con insistencia, como si quisiera despertarse—. Bueno, ahora ya sabes que elegir películas no es mi fuerte.

—Barajaba la posibilidad de que te estuvieras vengando por haberte hecho ver todas esas películas de amor.

—No soy tan cruel, señorita Green.

Se echó hacia atrás, con los dedos enlazados tras la nuca y cogió aire mirando al cielo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, me gusta buscar meteoritos. Es mejor que seguir intentando enterarme de qué va esa peli.

Me recoloqué sobre el neumático. Era tan grande que resultaba imposible para mí tumbarme del modo en que él lo había hecho. Yo solo podía colarme dentro, con el trasero apoyado en el suelo, y utilizarlo como respaldo y alzador de piernas. No era cómodo, estaba sucio y olía demasiado a goma, pero no se lo dije. Estar ahí tirada, con Marcus, oteando el infinito o soportando ese horrible *thriller* hacía que mereciera la pena.

—¿Cómo diferencias un satélite de un meteorito?

—No tengo ni idea. Supongo que los satélites son más lentos y se ven más tiempo, pero es una teoría personal.

La película pasó de la acción a una escena tranquila, de modo que el sonido me permitía escucharle a la perfección.

—¿Sabías que seguramente más de la mitad de esas estrellas ya ni siquiera existen?

—Sí —sonreí—. Aquí también damos clases de ciencias.

—Si lo que vemos ahí arriba, que es lo que verdaderamente nos rodea y, para muchos, lo que rige nuestras vidas, no es real, entonces, ¿qué lo es?

Su voz se había vuelto profunda y grave. Le observé con atención y descubrí que la expresión de su cara también se había ensombrecido.

—No es que no lo sea. —Miré al cielo. La noche era limpia y oscura. No había ni rastro de las nubes de tormenta que habíamos sufrido—. Vemos la huella, aunque no sepamos si aún existen o no. Seguro que ahora mismo también hay nuevas estrellas que están ahí, pero cuya luz

aún no ha llegado.

—Es el pasado. Todo lo que hay ahí arriba existe en el pasado. Incluso la luz de la Luna que vemos no es real, sino antigua. Una vez leí que tardaba 1,3 segundos en llegar a nosotros, o algo así. No lo sé, pero hace que te sientas la mierda más insignificante.

—A mí me gusta pensar que sea el pasado porque la Luna y las estrellas marcan muchas cosas de las que nos ocurren. Es como una metáfora, ¿no?

Cogió aire y pareció meditar algo.

—Supongo que tiene algo de poético. Muchos de los grandes no fueron reconocidos hasta desaparecer. Su estela llegó cuando ya no estaban… Cuando miro ahí arriba, me convenzo de que tenemos ambiciones y sueños ridículos y que en realidad somos mucho más simples y a la vez sorprendentes de lo que pensamos.

—¿Y quién eres tú? —susurré, descendiendo los ojos hacia él.

Él me devolvió la mirada, con el rostro serio y sin ningún titubeo.

—Solo polvo de estrellas, igual que tú. —La profundidad de su voz me conmovió. No intentaba ser gracioso ni sentimental. Lo dijo como si fuera lo más simple del mundo—. Igual que todos. O eso es lo que dijo un científico muy famoso hace tiempo.

—Bueno —sonreí son timidez—. Es mejor que decir que somos los restos de enormes bolas de gas.

—Vaya. —Alzó levemente la comisura derecha de su boca—. Al final va a resultar que bromeas.

—Solo a veces. —Mantuvo mi mirada, sin vacilar—. Pero te lo preguntaba en serio, Marcus. Quiero conocerte de verdad.

Rio, claramente incómodo y volvió a contemplar al cielo, algo molesto.

—¿Crees que no me conoces solo porque no me has visto llorar?

—No es por eso, sino porque a veces creo que tienes una máscara y me pregunto cómo eres en realidad. Me tienes confundida.

—Dime, ¿qué es lo que quieres saber? ¿Por qué sonrío o por qué no lloro?

Torcí la boca, pensando.

—Déjalo. —Me incorporé y miré de nuevo al frente, hacia la pantalla—. No importa. No tienes que contarme nada.

Él guardó silencio. Un par de segundos más tarde le oí respirar hondo.

—Que sonría no significa que no me duela, pero yo decido lo que quiero que el mundo vea de mí. —Volví la vista hacia él—. Es más fácil que te vean sonreír, ¿no? Aunque tú has visto ambos.

Apartó la vista, incómodo. No me gustó, no me gustó nada que sintiera vergüenza por haber mostrado cómo se sentía, aunque supongo que una parte de mí podía entenderle. No es fácil dejar que vean que no estás bien, más aún si te fuerzas constantemente a fingir lo contrario.

—Me asustaste…

—No iba a saltar.

—Sé que no ibas a hacerlo, lo que me asusta es lo que callas.

Él alzó la comisura de su boca, pero el gesto no llegó a sus ojos y el resultado fue triste, muy

triste.

—¿Sabes eso que dicen sobre rascar la superficie de las personas malas para descubrir las cosas buenas que esconde? Digamos que en mi caso es al revés. No soy como crees. Conmigo, cuanto más rascas más mierda sacas. La pintura la pongo yo para convencerme a mí mismo de que, si pinto una y otra vez sobre el horrible garabato que he hecho de mí, podré camuflarlo y hacer que la gente vea algo que le guste más… y a mí también.

Me giré por completo hacia él, confundida.

—No puedo creer que digas eso. Marcus, eres una de las mejores personas que he conocido nunca.

—Pues no lo soy, Olivia. —Se incorporó para sentarse y centró la vista en sus manos, que recorrían el relieve del neumático—. No fue mi madre la que me envió fuera de casa para no ver a mi padre. Yo me largué. Les abandoné a ambos, me aislé y lo único que conseguí, además de hacer una tanda de vídeos ridículos, fue perder el tiempo que me quedaba con mi padre y también con Eleonor. Ni siquiera regresé por él. La última vez vine porque Eleonor me dijo que había perdido el único corazón que habían encontrado en los últimos meses y eso fue dos semanas antes de morir. —Cogió aire de forma pesada, con esfuerzo—. Ni siquiera eso me hizo reaccionar. No aprendí. —Entonces, alzó de nuevo sus ojos hacia mí—. Volví a largarme, Olivia. Siempre huyo y la cago.

—Pero has vuelto…

—Sí, porque pensé que ayudarte a hacer realidad la voluntad de una amiga podría enmendar en algo el hecho de haberla dejado sola, pero nada ha cambiado. Solo fui a ver a mi familia porque revolviste algo en mi conciencia. No me ves llorar por Eleonor porque intento recordarme que no creo en la muerte. La echo muchísimo de menos. Muchísimo, de verdad, pero ahí arriba. —Desvió los ojos hacia las estrellas—. Nada se destruye, nada desaparece. Toda esa energía se transforma de una cosa en otra, por eso soy incapaz de pensar que todo lo que ella era haya desaparecido… —Se encogió de hombros y volvió a mirarme a mí—. Pero aquí las personas sí se destruyen y eso es lo que me hace polvo. Mi padre desaparece cada día un poco más frente a la gente que le quiere sin poder hacer nada. Ayer ni siquiera parpadeó al verme… Me mata y soy lo bastante egoísta como para decidir no estar con ellos para ser testigo de cómo se va… Así que sí, yo también he llorado, y aún lo hago, pero no me gusta hacerlo delante de nadie porque no creo que merezca joderle el día a nadie.

—No creo que dejar que otros vean lo que sientes vaya a molestarle nadie. A mí no, al menos. No soy tan frágil como crees, Marcus.

Él esbozó una sonrisa que no llegó a su mirada.

—Tú aún tienes miedo de sonreír, Olivia. Necesitas arreglar eso antes que a nadie más.

Había tensión entre ambos, pero también una extraña intimidad. Un pequeño mundo que se había materializado de pronto entre los dos sin nada más que nuestras palabras y todos esos sentimientos que flotaban alrededor.

Yo clavé mis ojos en los suyos antes de decir:

—Entonces, enséñame —susurré—. Que tú lo hicieras a mí me ha ayudado, así que enséñame a sonreír para que pueda hacer lo mismo contigo.

Él me devolvió la mirada, de un modo tan intenso que me sobrecogió.

—No necesitas que te enseñe. Ya lo haces.

Me perdí durante un tiempo infinito en sus enormes pupilas. Algo estaba martilleando con fuerza dentro de mi pecho.

—¿Te lo puedes crees? —De pronto parpadeó y sonrió mientras desviaba la mirada hacia algún lugar detrás de mí—. La peli ha terminado.

Confundida, me giré hacia la pantalla y, efectivamente, ahí mostraba los títulos de crédito.

No sé si fue por la conversación o por la ligera brisa que nos rodeó ondeando mi pelo, pero, de pronto, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tuve que frotarme los brazos con las manos, que se habían quedado repentinamente frías.

—Toma mi chaqueta. —Ofreció él, entregándome la prenda que había utilizado a modo de cojín sobre el neumático.

—Gracias —susurré. No sé si estaba incómoda o si era el peso de las palabras que acabábamos de pronunciar lo que flotaba de manera tan evidente en el ambiente.

Me puse la chaqueta y, al instante, su olor envolvió como un mato invisible y penetró con delicadeza en mi mente.

—¿Y ahora? —pregunté.

Marcus fue a decir algo, pero, de pronto, sentí que la luz de una linterna me cegaba.

—¡Eh! ¡Los de ahí arriba! —gritó una voz.

—Oh, oh.

—¿Qué?

—Nos vamos.

—¡Bajad de ahí!

Tiró de mi brazo mientras yo aún me protegía de la luz.

—¡Agáchate! —me susurró.

Saltó hacia la parte trasera y me cogió de la cintura para ayudarme a bajar.

Miré hacia atrás, preocupada.

—¡Deteneos!

Marcus soltó una risita y volvió a tirar de mí.

—Venga.

Corrimos por el pequeño bosque, pero yo no podía seguir su ritmo.

—Marcus, espera. No puedo correr.

—¡Ven! —Se inclinó y me ofreció su espalda—. ¡Corre!

Sin pensarlo dos veces, me lancé sobre su espalda. Marcus me sujetó con fuerza y echó a correr calle abajo.

—¿Cómo se siente burlando la ley, señorita Green? —me gritaba.

—¡Es mi primera vez!

En ese momento, soltó un aullido, como el de un lobo y yo rompí a reír instantes antes de imitarle. Fue extraño porque debería haber estado asustada por si nos alcanzaran, pero por algún estúpido motivo no podía dejar de reír. Cuando estaba con él, perdía el miedo…

—¡Corre! —Reía, dándole con las piernas en los costados, como si fuera un caballo—. ¡Corre

más, Marcus, que nos alcanzan!

—¡Tengo una idea!

Giró hacia un lado y saltó, conmigo aún aferrada a su cintura, detrás de unos setos. Se acercó a una camioneta descapotable que estaba cubierta por una lona y me hizo pasar.

—¿Estás seguro…?

—¿No querías un coche?

Antes de que respondiera, me había alzado en el aire por la cintura para obligarme a subir.

—Shhhh. —Rio, subiendo a continuación y rodando hacia un lado. Se llevó los dedos a los labios, pero ninguno de los dos podía dejar de reír. Él levantó un poco la lona para mirar al exterior.

—¿Sigue ahí? —susurré.

—Creo que ha seguido calle abajo —susurró.

—No puede ser. Con el ruido que hemos hecho…

—Le conozco. Ya está mayor.

Me miró, y yo le miré a él.

—Olivia Green, la increíble quebrantadora de leyes.

—Si lo dices así parezco importante y todo —reí.

—He creado un monstruo…

—No tanto… —Me asomé por debajo de la lona y eché un vistazo alrededor—. Tienes razón, parece que le hemos despistado. Ya podemos irnos.

Él cogió aire.

—Deberíamos. —Se incorporó, pero en lugar de bajar retiró la lona y volvió a tumbarse, esta vez por completo, y extendió un brazo hacia mí.

Sonreí, algo cohibida y me tumbé, pero no sobre su brazo, sino a un lado y me quedé mirando el cielo. Él colocó las manos detrás de su cabeza y guardó silencio. Podía oír con claridad el ritmo de su respiración y, sin darme cuenta, acompasé la mía al unísono. Ese gesto me hizo sentir bien, llena, segura… como si esa inspiración y expiración construyeran una pequeña zona donde me sentía protegida y a salvo del dolor.

—Olivia —dijo de pronto. Su voz fue apenas un susurro, pero estaba tan ensimismada que pegué un pequeño salto por el susto—. Quiero verte bailar.

Ladeé la cara hacia él y fruncí el ceño, extrañada.

—No hay funciones hasta que empiece el curso, pero puedes venir a un ensayo, supongo. No creo que a Harry le importe.

Él giró también su rostro hacia mí, de modo que apenas nos separaba el grosor de un dedo entre su nariz y la mía.

—No quiero ver a Harry ni al resto de las chicas. Solo quiero verte a ti.

Pronunció esas palabras sin vacilar ni un ápice y desarmándome por completo.

—¿Solo a mí? —El calor fue ascendiendo de mi pecho a mis mejillas. Sentí la necesidad de apartarme un poco de él para que no notara el modo en que se había incendiado mi piel.

—¿Te parece bien?

—Claro —vacilé.

Sonrió.

—Genial.

Estuvimos así unos pocos minutos más. Yo no podía dejar de darle vueltas a la cabeza a la posibilidad de que él me viera bailar. Normalmente no me habría importado, estaba acostumbrada. De hecho, me encantaba hacerlo, pero de pronto me sentí nerviosa e insegura. ¿Por qué con él era diferente?

Capítulo 22

—Ha estado bien —le dije cuando regresábamos a casa, una hora más tarde—. Nunca había ido a un autocine sin coche.

El aire era fresco y olía un poco a los pinos de la montaña. Solo el ligero murmullo de algún búho a lo lejos rompía la calma y el silencio. Cogí aire, intentando absorber toda esa paz. Me sentía tranquila, a gusto y, por primera vez, mi mente también parecía liberarse, o, al menos, reducir el peso de la carga que llevaba desde que todo había comenzado. Miré a Marcus, preguntándome si quizás fuera él el origen de esa calma.

—Tampoco habías huido de la ley.

Reí.

—Definitivamente, eso tampoco.

—Me alegra saber que he cambiado tu vida en algo. Un justo final para tus vacaciones forzosas.

—Sí…

Suspiré. Continuamos avanzando a través de las calles silenciosas y desérticas. Empecé a temblar y Marcus me cedió su sudadera. Eran cerca de las tres de la mañana. La bicicleta se había quedado en el autocine, así que ahora regresábamos a pie, a través de las calles desérticas. Las luces de los porches y las farolas rompían la oscuridad de las sombras y nos acompañaban en nuestro camino. Todo estaba tan silencioso que cada susurro parecía un tremendo grito y nuestros pasos rebotaban en cada esquina con un eco seco. La temperatura también había bajado, pero Marcus no mostraba estar pasando frío en absoluto.

—¿Y ahora qué? ¿Qué pasará con las audiciones?

—Tendré que esperar a las siguientes. —Fruncí los labios—. En tres meses, más o menos.

—No es mucho tiempo.

—Sí, lo sé.

—Anímate. ¿Qué es lo peor que puede pasar si no te cogen?

Bufé.

—Tú no lo entiendes.

—Sé que es importante para ti, pero hay un millón de otras cosas en las que puedes brillar.

—No, no las hay Marcus. No tengo un plan B. Yo soy esto. Llevo preparándome para ello desde que puedo recordar. Es fácil verlo desde fuera. Leo y tú… Vosotros dos habéis triunfado, pero yo me he quedado anclada. Siento que todo el mundo avanza a mi alrededor, que todo el mundo consigue sus sueños, excepto yo. Y eso me agobia porque me estoy dejando la piel en ello y no dejo de pensar, «ya te llegará el momento», pero nunca llega.

Él se detuvo. Ladeó la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos, y sonrió, incómodo.

—¿Quieres saber una cosa? Nadie sabía quién era yo hace menos de un año. —Fruncí el ceño, sin entender—. Apenas llegaba a las cien visualizaciones en mis vídeos.

—No te creo.

Él esbozó una pequeña sonrisa y apartó la vista para centrarla en sus pies.

—Yo ya no vivía aquí cuando se desató toda la locura por Eleonor. —Frunció el ceño ligeramente, haciendo que su cara pareciera de pronto mucho más adulta y, de algún modo, también más atractiva—. Ella era tan… especial. No puedo culpar a la gente por querer imitarla. El caso es que vine a verla un día y fuimos a la hamburguesería Tommy´s, que me encanta. —Rio un poco para sí—. Me soltó que necesitaba un corazón nuevo de golpe. Yo tenía la boca llena de carne de vacuno y vomité, en *shock*. Fue tan repentino que no pude decir nada, tan solo abrazarla. —Dio un puntapié a una piedrecilla del camino que rodó varios metros por delante de nosotros—. Un par de semanas más tarde, empecé a notar que mis vídeos aumentaban en visitas. De pronto, todo comenzó a subir como la espuma. Mis vídeos cada vez eran más vistos, pero se desató a otro nivel. Cuando se lo conté a ella, me enseñó una foto en la que nos abrazábamos que había aparecido en Internet, seguida de una entrevista en la que ella reconocía que estábamos saliendo.

—¿Saliendo? Dijiste que…

—Me enfadé mucho porque no era cierto. Pero ella me dijo que si tenía la opción de ayudarme a cumplir mi sueño debía hacerlo. Y funcionó, la niña prodigio con un gilipollas de YouTube fue un bombazo, en especial porque mi primera broma fue precisamente a ella. —Frunció el ceño—. Creo que a la gente le daba morbo… A ella no le gustaban mis vídeos, odiaba mi canal, pero lo hizo porque quería que utilizara esa atención extra para conseguir mi sueño. Que plasmara las cosas que decía en mis primeros vídeos en canciones y los volviera inmortales, como hacía ella con los libros. Funcionó en parte porque conseguí atención de publicistas y de editores, pero nada relacionado con eso.

—¿Entonces, cómo…?

—¿No fuiste a su funeral, verdad?

Aparté la mirada, incómoda.

—No. No pude…

Me había pasado ese día llorando a pleno pulmón.

—Toqué una canción en la iglesia y un montón de gente la subió a Internet. —Echó a andar de nuevo, con la vista clavada en la carretera—. Me convertí en el idiota que había perdido a su novia. En el chico triste que cantaba bien… y se interesaron en mí. —Ladeó su cabeza hacia mí—. Yo no quiero volver a tocar esa canción nunca, Olivia. Para mí fue lo más desgarrador que hacía en toda mi vida. Aquí es más fácil porque paso desapercibido, pero donde yo vivo la escucho constantemente. El día antes de venir apareció incluso en las noticias… Ya no sé si el interés es por la canción o porque saben que es por ella, pero siento que toda esa gente y los que han invertido en mi espera precisamente a ese chico triste con el corazón roto y me parece injusto. —Una vez más, apartó la mirada para fijarla en el fondo de la calle—. Así que no sé si esto significa triunfar. Ella lo consiguió pronto y con esfuerzo y yo casi de la noche a la mañana, pero las cosas buenas se hacen poco a poco. Aunque a ella le funcionara, supongo que es la única manera de sentir que realmente lo mereces.

—Eso es una tontería. —Sonreí para intentar animarle—. Mucha gente muere cada día sin conseguir hacer realidad sus sueños. Y tú puedes.

—Lo sé, pero yo lo he conseguido porque ella murió. No sé si quiero tener esa presión para el resto de mi vida.

—Eso depende del modo en que utilices ese sueño. No creo que debas transformarte en el chico triste que canta canciones de amor porque no lo eres, Marcus. Les vas a gustar. No debes ser otra persona. Y si no les gustas, no importa. Puedes llegar a gente que no te conocía de antes. Yo nunca había visto tu canal, ni te conocía, y… —Vacilé ligeramente—. Me gustas.

Las palabras flotaron en el aire varios segundos entre los dos. Él esbozó una pequeña sonrisa y se detuvo para volverse hacia mí.

—Hemos llegado. Creo que tus padres te van a matar.

—A lo mejor necesito un plan de fuga.

—Si es así, avísame.

—Gracias. —Sonreí. Quería agradecerle tantas cosas… Haber aparecido, haberme abierto su corazón, haber hecho que mis días cambiaran… Alcé un poco la mirada—. Gracias por todo.

Eso lo resumía todo. Él rio para sí mismo.

—Ha sido un placer.

—Marcus.

—Olivia…

Quería decirle un montón de cosas, los pensamientos se agolpaban listos para salir, pero cuando abrí la boca solté:

—¿Me la prestas?

Me acerqué a él y cogí la cámara que colgaba de su cuello. Entonces, le apunté y disparé. Él no sonreía, parecía confundido. Esperé un segundo a que saliera la foto y le devolví ambas cosas.

—Para tu álbum. Si quieres recordar cómo eres, deberías inmortalizar este momento. A Marcus, no a Mik. Hoy le he conocido y es genial.

Él me dirigió una mirada extraña que no supe interpretar y, simplemente, inclinó la cabeza a modo de despedida y se alejó con paso tranquilo por el medio de la carretera.

Esa noche soñé con Marcus. No recuerdo exactamente qué ocurría en el sueño, tan solo que desperté con la sensación de haber pasado toda una vida con él. Su olor aún me invadía gracias a su sudadera. Mi pelo se había impregnado de su olor y eso había afectado a mi subconsciente. De hecho, no fue solo al subconsciente. Descubrir que aún llevaba en mi piel su olor me puso nerviosa, de un modo ansioso y reconfortante que ni yo misma sabía que podía ocurrir. Cuando desperté del sueño en mitad de la madrugada, mis mejillas se contraían en una enorme sonrisa…

Al día siguiente, cerca de las siete de la tarde, cuando pensaba que Marcus se había olvidado de venir, oí un motor detenerse frente a la entrada, seguido de un pitido. No había vuelto a dormir en toda la noche por culpa de su olor, que se había quedado pegado a mi piel y había penetrado en mi cabeza. Había pasado toda la mañana esperándole hasta que, un poco desesperada ya, había decidido salir a correr para despejar la mente y aliviar de alguna manera el nerviosismo que, por algún motivo, se había instalado a fuego en todo mi cuerpo. Pero ahí estaba, por fin.

Al abrir la ventana, le vi ahí plantado, en la acera. Pero no iba en bici, ni en coche. No, se había presentado, ni más ni menos, que con una moto nueva y reluciente.

—Vaya… ¿Así que ya has encontrado un uso para ese cheque que te quemaba en los pantalones?—le dije, sonriendo.

—¿Has visto? —Se quitó el casco y su pelo cayó sobre su frente, desordenado—. Pensé en lo que dijiste sobre los roqueros y las motos y le he estado dedicando mucho tiempo. —Señaló la parte trasera del asiento, dando unas palmaditas sobre él—. ¿No tendrás miedo ahora, no?

Sonreí y me ajusté la mochila a los hombros.

—¿Miedo?

Avancé hacia él, le cogí de las manos el casco que me tendía y me senté, obediente, en la parte trasera.

—Adelante, deléitame.

Él, aún con una pierna en el suelo, le dio gas a la moto para que hiciera «rum-rum» y ladeó un poco la cara hacia atrás.

—No digas que esto no es sexi, señorita Green. —No pude evitar reírme—. Sujétate bien y prepárate para deleitarte con un perfecto viaje sin infracciones de la ley.

Lo hice, rodeé su cintura con los brazos y añadí:

—No quiero volver a lesionarme, ¿eh?

Él rio y se colocó el casco. Luego, volvió a darle gas, subió la pierna a la moto y arrancó.

Debo reconocer que tenía razón. Nadie diría que hacía apenas dos semanas ese chico era incapaz de hacer circular una moto cien metros seguidos en la misma dirección, pero la verdad es que así era y aquel Marcus temeroso no tenía absolutamente nada que ver con el que me estaba llevando. Bueno, aún le quedaban cosas por aprender, por supuesto. Todavía notaba su cuerpo excesivamente tenso y la moto seguía balanceándose un poco al hacer curvas muy cerradas, pero no podía poner ninguna pega, teniendo en cuenta los pocos días que habían pasado desde aquella metamorfosis.

Estaba atardeciendo cuando salimos a la carretera principal. Apenas había coches. Respiré hondo y, por primera vez, me dediqué a contemplar el precioso paisaje. Solía ir tan atenta a la carretera que no me detenía a contemplarlo. En ese momento circulábamos atravesando el puerto de montaña. No había nubes, tampoco hacía calor. El sol se ponía con suavidad sobre el horizonte con un perfecto tono casi rojizo que salpicaba de reflejos todo el paisaje a su alrededor. Me abracé más a la chaqueta fría que llevaba y me apoyé contra su espalda un poco más para poder contemplar con mayor tranquilidad aquel increíble escenario. Marcus lo notó porque sentí cómo su cabeza se ladeaba un poco hacia atrás y sus músculos se contraían. Reconozco que me encantó saber que la causa era yo.

Sin embargo, lo que de verdad me gustó fue volver a sentir ese olor. El mismo que me había envuelto por la noche al ponerme su chaqueta y que no me había dejado pegar ojo. Me encantaba. Era sencillamente increíble. Ni siquiera el olor del cuero conseguía camuflar el delicado balance entre su desodorante y su colonia, fresca y… ¿masculina? ¿Se podía decir así? Sonreí para mí misma ante la posibilidad de que se hubiera puesto así para mí y me sobrecogió descubrir cuánto me gustaba el resultado. De hecho, me sorprendí a mí misma pegando mi nariz un poco más a su cuerpo y cerrando los ojos. Me sentía a gusto, como en casa. Ese olor me tranquilizaba y, de repente, me resultó mucho más relajante y bonito que el espectáculo del cielo.

—Ya hemos llegado. —Su voz vibró en mi oído sobre su hombro.

Me aparté un poco, confundida. ¿Ya? ¿Tan pronto? ¿En qué momento me había teletransportado?

Le solté con cuidado y me incorporé un poco mientras él bajaba y me tendía una mano.

—¿Me permite ayudarla, *madmoiselle*?

Sonreí, aún un poco confundida, y acepté su ayuda.

—Vamos.

Ambos entramos en el edificio. Era tarde y apostaría a que ya apenas quedaba gente ahí dentro. Yo misma me había quedado ahí sola en infinidad de ocasiones y me encantaba. Sin embargo, una vez en el interior, en lugar de dirigirse al aula, torció hacia el lado izquierdo. Yo le detuve.

—No. Es por aquí —le dije, tirando hacia las escaleras de la derecha.

—Shhh. Tú hazme caso.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior. Yo me resigné y dejé que me llevara, aunque un par de segundos más tarde sabía perfectamente a dónde nos dirigíamos.

Él se paró delante de la puerta y me miró.

—No deberíamos, Marcus…

—Oh, ya lo creo que sí —se burló.

Tiró de los enormes picaportes dorados y me obligó a penetrar en la oscuridad de la sala. Las puertas se cerraron justo detrás de nosotros con un ruido sordo que retumbó por todo el espacio, incluso en mi pecho. Dentro, no se veía nada. Sentía un extraño calor y un silencio sepulcral y grandioso, acompañado de un fuerte olor a barniz y pintura.

—Vamos. —Volvió a tirar de mí, más emocionado aún que yo.

Atravesamos el inmenso patio de butacas en medio de la oscuridad. Nuestros pasos se ahogaban en la inmaculada moqueta esmeralda. Me sobrecogió pensar que nunca antes había sido pisada, que nadie más había acariciado la suave tela de las butacas ni olido aquel barniz… Marcus me llevó hasta el escenario y se subió con un único impulso. Ahí, se giró, extendiendo los brazos haca un público invisible y el pecho hinchado.

—Mira esto. —Su sonrisa y su mirada resplandecían más que aquel lugar—. Vas a tener el inmenso honor de ser la primera persona en bailar sobre estas tablas, señorita Green.

No sabía qué decir. La emoción me embargaba de tal manera que sentía ganas de gritar, saltar o, incluso, de hacer la croqueta por el pasillo. Sin embargo, la Olivia responsable intentaba hacerse cargo de la situación para aplacar cualquier posibilidad de un plumazo.

—No deberíamos estar aquí, Marcus.

—Está todo controlado. —Extendió una mano hacia mí y esta vez dejé que me ayudara subir, en lugar de utilizar los escalones.

—¿Te han dejado?

—Algo así. Soy un chico encantador, educado y extremadamente convincente.

—¿Y qué más?

—Al parecer, el hijo del conserje sigue mi canal. Solo había que convencerle a él, y la verdad es que fue muy fácil.

—Entonces… —Sonreí tanto que sentí que se me iban a contracturar las mejillas—. ¿Es en serio?

Analicé el espacio a mi alrededor. El silencio de aquel lugar era sobrecogedor. Le confería una solemnidad imponente y mágica. Había estado allí antes, claro, en decenas de ocasiones antes de la renovación, pero nunca sola y, desde luego, jamás en aquel silencio. Tan vacío… El escenario parecía desnudo sin decorados ni luces. Ni siquiera habían terminado de colocar los pesadísimos telones de terciopelo. Parecía que aún les faltaban los últimos detalles para la inauguración, pero nada podía eclipsar la belleza y majestuosidad que contemplaban mis ojos. Mi corazón golpeaba con fuerza contra mis costillas, emocionada. ¿Cómo podía meter un sentimiento tan grande dentro de mi pecho?

En ese momento, consiguió encender un par de luces de obra que consistían en dos bombillas amarillas que iluminaban a duras penas el escenario.

—Prepárate —me dijo, con una enorme sonrisa.

Capítulo 23

Mis dedos tamborileaban sin descanso contra mis piernas. Llevaba haciendo *ballet* desde los tres años. Las medias, las puntas y el maillot eran a esas alturas como mi segunda piel. Sin embargo, en aquel momento, plantada delante del espejo del vestuario, frente al lavabo, aún en obras, miraba mi reflejo, inquieta. Nunca, jamás, me había puesto nerviosa que alguien me viera así. Eso era de principiantes. Sin embargo, lo sentía. Ahí, instantes antes de salir a su encuentro, sentía vergüenza. Igual que si fuera a desnudarme, insegura… y vulnerable. Esa era yo y, de pronto, me daba miedo mostrarlo.

Pasé mis dedos por la superficie rosa, delicada y suave del maillot. Las bailarinas no somos voluptuosas. No tenemos curvas esculturales. De hecho, más bien, suele ser al contrario. Era la primera vez que era consciente de mi delgadez y la primera que no me gustó tener el aspecto que tanto trabajo me costaba mantener.

Recordé las veces que me había peleado con mis padres, incluso el año que coqueteé seriamente con el retrete después de cada comida… Y en ese momento, no me pareció bonito. Saltar más alto, o parecer más delicada no eran, de repente, tan importantes…

—¿Todo bien? —Escuché tras la puerta.

Aparté la mirada del reflejo, sobresaltada.

—Sí —me apresuré a decir—. En seguida salgo.

Apreté los puños con fuerza para obligarme a dejar de temblar y llené de aire los pulmones.

Al principio, me quedé un poco parada en la puerta. Mis manos seguían temblando. En el fondo, no quería hacerlo y no tenía ni idea de por qué. Algo en Marcus me imponía demasiado, de un modo que ni siquiera podía entender.

No sé cómo, pero avancé con más seguridad de la que sentía hacia la barra que se escondía en un lateral y empecé a calentar.

De inmediato, noté cómo sus ojos se clavaron en mí. No fue ese tipo de mirada que te recorre de arriba abajo. Fue… diferente. Diría que casi tierna, aunque tampoco quise fijarme mucho en él. Temía que descubriera que estaba alterada, muy alterada, pero, en especial, que el motivo era él. Marcus apartó sus ojos de mí y le oí trastear con varias cosas mientras yo calentaba estratégicamente situada a espaldas de él, fuera de su campo visual. Él, en cambio, no volvió a fijarse en mí hasta que terminé con la barra y decidí acercarme a su lado.

Entonces, sí, Marcus me miró y fue extraño. Bajó la mirada con una sonrisa vergonzosa y se volvió hacia su mochila. Parecía tan nervioso como yo. Me froté las manos, que habían empezado a sudar, contra las medias, hundí las puntas de mis zapatillas en el polvo de resina y me aclaré un poco la garganta.

—He traído un par de canciones —le dije.

Él alzó algo hacia mí mientras cruzaba hacia la esquina de mi derecha.

—No te preocupes. Conseguí la canción que estabas practicando —me dijo—. Harry parece un gran tipo.

—Parece que os estáis conociendo bien —comenté, impresionada.

—Más bien él quiso conocerme a mí —respondió, acuclillado sobre un altavoz—. Imagino que quería hacer una evaluación del terreno. Ya sabes, valorar si soy competencia o no.

Reí y la risa hizo más palpable la rigidez de mi cuerpo.

—Harry no está interesado en mí —le dije. Él se giró y clavó sus ojos en los míos, con una ceja ligeramente arqueada. Yo me quedé pensando en si lo que acababa de decir significaba algo. ¿Había insinuado qué Marcus sí lo estaba? ¿O había intentado insinuarlo él?

Él torció una sonrisa y volvió a centrarse en el altavoz.

—Listo —anunció. Se puso en pie, se colocó la cámara en el cuello y salió al escenario, conmigo—. Vale —dijo al llegar a mi lado—. Ahora necesito que confíes en mí. No estamos aquí solo para que bailes. Quiero que intentes algo. Mira ahí. —Ladeó mis hombros con suavidad hacia el patio de butacas y se inclinó un poco hacia mi oído—. No me lo digas, pero si pudieras elegir a una sola persona en el mundo para sentar al otro lado, ¿quién sería?

Dudé, pensando la respuesta. Entonces, me cubrió los ojos con un antifaz.

—¿Qué…?

—Confía en mí —insistió—. Quiero que imagines que esta sala está llena. Imagina todo, ¿de acuerdo? Las luces, el sonido, la gente…, pero sobre todo a esa persona, ahí sentada —susurró—. Y, lo más importante; graba en tu mente todos los detalles que veas y sientas. Todos, Olivia.

Dicho esto, sentí que se apartaba un poco de mí.

—¿Estás lista?

Aguardé, nerviosa y asentí con la cabeza. Mi corazón iba a mil por hora.

Con las primeras notas, me tranquilicé un poco. Era como si solo eso, automáticamente, me diese la confianza de saber lo que debía hacer, una que nunca sentía cuando Marcus merodeaba alrededor. Empecé a bailar, tal y como había hecho con Harry tantas veces antes de lesionarme. Mi tobillo respondía bien y, poco a poco, empecé a sentir más seguridad. Cada movimiento me hacía sentir mejor que el anterior. Incluso me olvidé de que él estaba ahí.

Entonces, de pronto, la música se apagó. Me detuve al instante, confundida. Mi pecho vibrara con fuerza.

—Fallo técnico. —Le oí decir.

Me quité con cuidado el antifaz. Efectivamente, todo se había apagado. Ni siquiera había luces de emergencia. Mis dedos temblaban otra vez. Odiaba y temía la oscuridad y a mi alrededor todo estaba sumido en una densa y profunda negrura.

—¿Qué…? —intenté balbucear. Mi cuerpo comenzó a agarrotarse por el miedo y un escalofrío serpenteó por toda mi espalda. Me estaba quedando fría.

—Parece que quieren echarnos.

—De acuerdo. Recogeré mis cosas.

Lo dije, pero me había quedado clavada en el sitio. Entonces, me alumbró con la linterna del móvil.

—¿Recoger tus cosas? —repitió él—. No hemos terminado.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Siendo creativos. —Se acercó a nuestras cosas y cogió su bolsa y la mía—. Espero que no te importe que hurgue entre tus cosas.

Justo a un lado, le vi dejar su móvil, aún con la linterna encendida. Luego, cruzó al otro lado del escenario y colocó mi teléfono, también con la luz puesta.

—Deberías ponerle una contraseña o algo. Lo sabes, ¿no? —rio.

Intenté sonreír, pero no pude. Algo revoloteaba de manera incómoda en mi interior.

Pasó a la otra esquina e hizo lo mismo con su *tableta*, de modo que, casi sin darme cuenta, el escenario entero parecía alumbrado con la fría luz blanquecina de toda aquella tecnología que, además, le confería un halo místico, misterioso y fantasmagórico.

—¿Ves? —Esbozó una sonrisa enorme—. Arreglado.

—¿También vas a poner la música?

—No. No me quedan datos, pero no te preocupes. Soy un tío del Renacimiento.

—¿Y eso qué significa, exactamente?

Él alzó ligeramente las cejas y respondió:

—Que aún tienes mucho que descubrir de mí.

Se dirigió al lateral opuesto, quitó varias cajas y la gran sábana que cubría el increíble piano de cola.

—¿Sabes tocar?

—¿Crees que van a sacarme un disco solo por hacer el idiota en YouTube? —De nuevo, me dirigió esa mirada punzante que tanto le caracterizaba.

Hizo crujir sus dedos y los aireó un poco para calentarlos. Dio un par de notas y sonrió.

—Está afinado. Estamos de suerte.

Entonces, empezó a tocar la canción. La línea de piano, al menos, aunque…

—No. Para, para —le dije.

—¿Qué ocurre?

Me dirigí hacia allí y me senté a su lado, incómoda, de pronto, por tenerle tan cerca. Era como si por mucho que aspirara mis pulmones no consiguieran llenarse por completo. Él me miró. El frescor aterciopelado de su respiración acariciaba la curva de mi cuello. Carraspeé y me coloqué mejor en la butaca.

—Es un 4/4, pero no lo estás llevando bien. Es así.

Empecé a tocar.

—¿Tú también tocas?

—¿Acaso crees que tú lo sabes todo de mí? —Le miré—. Necesito que lo marques bien porque yo me guío por el tempo.

Seguí tocando, despacio. Un minuto más tarde, él comenzó a imitarme una octava más abajo, con ambas manos, con una precisión perfecta. Yo me detuve, aún con las mías sobre las teclas, y le observé. Lo hacía genial. Quise indignarme, pero, cuando me disponía a abrir la boca para protestar, llegó a las notas más altas y su dedo meñique rozó el mío, que seguía en la misma posición, como hipnotizado. El roce desató un escalofrío que barrió cada centímetro de mi piel y cortó mi respiración. No sé si él sintió lo mismo o si notó la reacción de mi cuerpo, tan solo que se detuvo con una débil nota y dejó que el último acorde bailara en el silencio, entre ambos.

—¿Quieres decir, así? —musitó.

Ambos nos mantuvimos la mirada. Su dedo aún rozaba el mío, pero ninguno de los dos lo apartaba.

Entonces, me aclaré un poco la garganta y musité.

—Si sabes tocar tan bien, ¿por qué me has dejado corregirte?

—Me gusta cuando te pones mandona —respondió.

Rompí el contacto visual y me puse en pie para regresar a mi posición. Él me siguió con la mirada. Me agarré la cintura y cogí aire con fuerza. Sacudí un poco la cabeza y me obligué a concentrarme. ¿Por qué narices estaba reaccionando así?

—Estoy lista —le dije.

Necesitaba que dejara de clavarme esa mirada. Me estaba poniendo nerviosa. Él se recolocó en el piano y empezó a tocar con notas suaves.

Di un paso, luego otro y, un par de segundos más tarde, me desenvolvía en la coreografía. Sin embargo, mis ojos se desviaban constantemente hacia el piano y mi dedo aún ardía en la zona donde su piel había tocado la mía. No podía dejar de pensar en ese roce, en la forma en que me había estremecido su tacto, tan electrizante… Algo me encogía las tripas por dentro y presionaba mi pecho. Me faltaba incluso el aliento…

Él estaba allí y por algún motivo eso me importaba, pero intenté pensar en Eleonor, en que aquel fuera como en esos otros momentos en que bailaba para ella, aunque eso cobrase más significado ahora que nunca.

—Me gustaría intentar una cosa —me dijo, de pronto, parando la música—. ¿Te fías de mí?

Me giré hacia él, sin comprender.

—Vuelve a ponerte el antifaz. —Lo hice y esperé en el centro del escenario—. Muy bien…

Guardó silencio y, entonces, escuché las primeras notas de mi canción preferida en el mundo: *Rose´s Theme* de *Titanic*.

—Pero…

—Solo hazlo —susurró mientras continuaba tocando—. Cierra los ojos y haz lo que te pida el cuerpo.

Cogí aire. No era la primera vez que improvisaba. Solía hacerlo mucho. El caso era que esa canción removía todo dentro de mí. Derrumbaba mi coraza. Era, precisamente, de esa época, no muy lejana, en que creía que todo era posible. Ese era el significado que tenía para mí. La ilusión, la emoción, los sueños, el amor… Estiré un brazo a mi derecha, avancé un pie y, entonces, ocurrió. Empecé a bailar.

Notaba mi respiración entrecortada a través de mis labios y el mayor escalofrío y emoción que había sentido nunca recorriendo mis brazos y cada centímetro de mi piel mientras me movía. Un fuego invisible envolvía mi corazón y el calor arroyaba en una tormenta incandescente todo a su paso en el recorrido por mi cuerpo. Juro que algo enorme luchaba por abrirse camino a través de mi pecho. Y no me importó. Dejé que por primera vez no fuera mi mente quien decidiera cada movimiento. Cedí el control y me abandoné a aquella música con cada parte de mi ser incendiada en devoradoras llamas, consciente de que el único testigo de aquel atrevimiento era, precisamente, la única persona para la que podría hacerlo…

La música cesó con la última nota, pero yo me quedé ahí, inmóvil, clavada en el sitio. Me faltaba el aliento, pero no solo de una manera física, sino de algo mucho más grande, inmenso. Sollozaba. Cuando me quité la cinta, estaba empapada en lágrimas. Mi pecho se desbordaba, mi respiración ansiosa abría mis costillas con vehemencia en busca de todo el aire de la sala en cada bocanada sin que nada fuera suficiente. Pesaba, aire y el mundo entero pesaban como si se hubieran caído encima y a la vez me sentía más libre que nunca. Le miré a él, ansiosa y suplicante, con la esperanza de que él supiera qué me estaba ocurriendo. Centré toda la atención en esos ojos grises y rasgados, llorosa y terriblemente vulnerable, e hice la reverencia final, aquella que Filippa nos había inculcado en honor al arte compartido. Él me miraba a mí también, en el más absoluto de los silencios. No había rastro de su sonrisa, ni del Marcus que yo conocía, y yo no sabía si quería llorar o sonreír. Aguardé, inquieta y frágil, hasta que, por fin, se puso en pie, muy despacio. Avanzó pasando por delante del piano. Sus pasos penetraron el silencio y yo esperé impaciente a que le condujeran delante de mí. Cuando lo hizo, alcé los ojos hacia él y él fijó los suyos en los míos. Esa conexión creó un espacio entre nosotros y el mundo. Lo compartimos durante varios segundos, y el tiempo y el espacio se disolvieron como volutas de humo en el aire. Entonces, extendió un brazo hacia mí y con un solo movimiento atrajo mi cuerpo hacia el suyo para abrazarme de tal manera que no pude hacer otra cosa más que entregarme, estremecerme y deshacerme en lágrimas entre sus brazos.

—¿Cómo lo sabías? —balbuceé contra su hombro.

—Shhhh. —Él me meció con suavidad. El frescor de su aliento rozaba mi piel como una caricia tierna y suave.

—¿Qué más sabes de mí?

—¿Eso importa? —susurró a la altura de mi oído.

Cerré los párpados con fuerza y mis ojos derramaron nuevas lágrimas. Mi mente viajó al roce con su piel y dejé que su olor me envolviera. En ese momento, me sentía aún más vulnerable. Le había mostrado por completo cómo era yo. Se lo había enseñado todo, absolutamente todo y, de pronto, sentí un miedo irracional a que no le gustara, pero él solo me estrechó con ternura, como quien no sabe qué otra cosa hacer, de un modo sincero que me llegó al corazón.

—Lo siento, es que esta canción significa ta…

Su dedo índice selló mis labios antes de que pudiera terminar la frase.

Entonces, se apartó, pero con su frente muy pegada a la mía, los ojos cerrados y la voz increíblemente suave, susurró:

—Gracias. —Su voz, contra el silencio, sonó extraña y sobrecogedora. Entonces, esbozó una pequeña sonrisa nerviosa—. Acabas de destrozarme, Olivia, de la forma más apasionada y desgarradora en que pueda hacerse. —Abrió los ojos para penetrar en los míos—. Literalmente. Te lo juro. Eres absolutamente preciosa. Ni siquiera sé qué quiero decir o qué debes estar pensando ahora mismo de mí —rio, vacilante—. Mi cabeza no puede procesar todo esto. Creía que sabía, pero… —Me di cuenta de que sus ojos se habían empañado—. Acabo de darme cuenta de que no tenía ni idea.

—¿De qué? —musité, sin entender.

—Ahora voy a irme, Olivia. —Siguió en voz baja. Como si tuviera miedo de que si hablaba más alto aquella extraña magia se despertara y huyera lejos o, simplemente, se desvaneciera, igual de silenciosa que había aparecido.

—¿Irte? —tartamudeé.

Él abrió la mochila que ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba y sacó algo. Bajé la vista y vi la máquina de escribir entre sus manos. Volví a mirarle, extrañada.

Él la extendió hacia mí. La superficie tocó mi cuerpo y me estremecí.

—Todo lo que has sentido, escríbelo. Quiero que describas cómo has bailado, lo que has visto, oído, sentido. Sin luz, sin música… Y quiero que lo hagas aquí mismo. Sea lo que sea… Todo. Suéltalo.

Bajé de nuevo la mirada hacia la máquina de escribir. No sabía ni qué decir.

—Tú y tus pensamientos y sensaciones. Volveré en un par de horas.

Retrocedió un paso y le vi marcharse. Fui incapaz de decir ni una sola palabra para detenerle. Escuché la puerta cerrarse y, entonces, me quedé sola.

Miré el patio de butacas, oscuro e imponente. En cualquier otro momento habría sentido miedo, pero no en ese. En ese preciso instante sentía demasiadas cosas lo bastante colosales como para derribar todo lo demás.

Me senté ahí mismo, en medio del escenario y de las luces de los móviles, y coloqué un folio en blanco. Sin embargo, al cogerlo, vi que ya había una frase escrita:

«Escribir es liberar lo que el corazón no puede decir».

Entonces, de pronto, mis dedos empezaron a bailar sobre las teclas y, sorprendentemente, no teclearon ni una sola vez el nombre de Eleonor… No. Creí que ella sería la persona a la que colocaría en esa butaca, pero en ese momento me di cuenta de que no lo había hecho. No había podido poner a nadie ahí porque, precisamente, la persona para la que quería bailar acababa de verme hacerlo… Ese descubrimiento me sobrecogió y me asustó a partes iguales. Mi corazón seguía golpeando mi pecho con insistencia y mi cabeza intentaba encontrar alguna claridad dentro de la bruma que la invadía, así que solo pude empezar a teclear. Construir con mis dedos las palabras y pensamientos que cruzaban, fugaces, cada milímetro de lo que yo era en ese espacio y tiempo que su música había detenido.

Cuando separé la vista, llorosa y cansada, una extraña euforia y tristeza me sobrecogían. Quería saltar y dar vueltas, y a la vez llorar y gritar…, aunque lo que de verdad deseaba de un modo atroz era verle a él y volver a sentir sus brazos alrededor mi cuerpo. Sin embargo, Marcus no regresó.

Al mirar el reloj, descubrí que eran las tres de la mañana. Habían pasado varias horas desde que se había despedido, a pesar de que para mí el tiempo se hubiera evaporado, pero comprendí que no iba a volver, así que recogí las cosas y me escabullí por la puerta trasera.

Aquella noche, por primera vez, dormí tranquila.

Capítulo 24

La mañana siguiente desperté tarde, o eso parecía. El sol entraba a raudales por la ventana, bañando mi piel con su potente y cálida luz amarillenta.

El portátil seguía justo a un lado, todavía con la tapa subida. No recordaba haber usado el ordenador al llegar a casa. Lo encendí un instante y al momento apareció ante mí la página de imágenes de Google. Me quedé helada. En la pequeña barra de búsqueda, aún estaba tecleado:

«Mik Row novia».

Retrocedí en la cama, aterrada, con las manos cubriendo mi boca. Empezaba a recordarlo, pero no podía creer que hubiera hecho eso. Mis ojos recorrieron la página y, de pronto, se detuvieron en una foto. La abrí y, al agrandarla, reconocí una imagen de Marcus con Eleonor. Entré en el *link*. Al instante se desplegó un artículo que confirmaba un amorío entre la estrella literaria y el popular *youtuber*.

Cerré la tapa con un movimiento brusco y hundí la cabeza debajo de la almohada. Mi mirada se quedó clavada en los surcos oscuros que formaba la tela sobre mi cara mientras mi mente regresaba poco a poco a la noche anterior. Me sentía extraña, como desnuda, igual que cuando revelas por primera vez un gran secreto. Tenía esa forma de mirarme clavada en cada fibra de mi corazón y solo recordarla hacía que mi nerviosismo creciera de un modo imparable. Maldita sea, creo que nunca me había sentido así, pero tampoco me habían mirado de ese modo antes. ¿Qué estaba pasando conmigo? ¿Estaba empezando a enamorarme de él o ya había caído del todo? Hice un movimiento brusco con la cabeza, para mandar ese pensamiento lejos de mi mente.

Pero ¿por qué? ¿Por qué con Marcus había sido diferente que con Harry o con cualquier otro? ¿Por qué con él si había surgido ese… chispazo? Harry me conocía. Teníamos el mismo sueño y éramos amigos desde que podía recordar, además era guapo y atractivo. Todo habría sido mucho más fácil… Quizás fuera por la manera contagiosa que tenía de sonreír o por su forma de mirarme, que había adquirido el poder de paralizar el tiempo, o por el calor de su cuerpo en el que esa misma noche me había sentido tan protegida de todo… Eso nunca me había pasado con Harry. Solo Marcus había conseguido que quisiera hacer algo más que bailar, aunque solo fuera ver pelis malas o estar tirados en el césped de mi casa. Marcus, que sabía que pronto se marcharía…

Resoplé, eché la almohada hacia un lado y me levanté. No. Me negaba rotundamente a seguir pensando en eso. Necesitaba una ducha fría para aclarar mis ideas. Era lo único sensato, así que me deshice de la ropa y me metí bajo la enorme alcachofa que chorreaba agua con tanta fuerza que juraría que yo misma había encogido varios centímetros. Gemí por el contraste frío, pero no tardé mucho en empezar a notar el alivio. Aún sentía algo en el pecho, una extraña mezcla de euforia y miedo, además de unas incontrolables ganas de sonreír y llorar. Todo al mismo tiempo. Maldita sea, era sobrecogedor. Me duché casi sin pensar en lo que estaba haciendo y, cuando regresé a la habitación envuelta en una toalla y con el pelo goteando contra el

suelo, me detuve delante de la máquina de escribir. Las hojas que había escrito la noche anterior reposaban perfectamente apiladas a un lado. Me senté sobre el colchón, con los papeles en una mano, dispuesta a bucear en el mar de emociones que había sentido. Lo necesitaba…

Mis ojos recorrieron las nueve páginas como enganchados por un imán. No podía apartarme de esos pensamientos que habían salido de mí. Era extraño encontrar de un modo tan real, tan físico, esas sensaciones que había sentido tan adentro de mis entrañas, como si se tratara de un espejo que mostraba las cosas que no era capaz de admitir… Pero lo había hecho. En esas líneas me había sincerado conmigo misma, y sí, verlo en palabras me confirmó lo que llevaba temiendo desde que había abierto los ojos esa mañana. Estaba total e irremediablemente enamorada de él…

—Buenas tardes, señorita Green. —Oí de pronto.

—¡Eh! —Del susto rodé sobre la cama para tirarme al suelo. En ese momento, también le escuché gritar a él—. Estoy desnuda, Marcus. —Esperé, pero no oí nada. Preocupada, pregunté—: ¿Estás bien?

No le oí.

—¿Marcus?

Asomé la cabeza por encima del colchón, sujetando con fuerza la toalla.

—¿Puedes ayudarme? —Le oí, por fin.

A regañadientes, avancé y me asomé por la ventana. Al instante encontré una mano que se sujetaba con fuerza al alféizar.

—¡Marcus! —exclamé, apresurándome a cogerle del brazo.

—Ayúdame —pidió—. ¡No! ¡Mejor, vístete! ¡No, espera! ¡Joder! ¡Qué situación…!

—Intenta subir, yo te sujeto —le dije—. ¿Qué… qué estás haciendo aquí?

Él se balanceó un poco y consiguió subir la otra mano para impulsarse hacia arriba. Yo aún seguía sujetándole.

—Tienes mi móvil —jadeó—. Tenía que regresar —respondió entrecortadamente mientras levantaba su cuerpo con la fuerza de sus brazos y metía una pierna dentro de la habitación.

Le solté y me aparté. Mi vista se desvió hacia la mesilla, donde descansaba su teléfono.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Él alzó un brazo, cubriéndose los ojos.

—Lo siento, no quería asustarte. No imaginaba que estarías… Bueno… ¿Sabes la hora que es?

Cogí varias prendas de ropa y me dirigí hacia el baño a toda prisa.

—Ayer me acosté tarde —le dije desde allí.

—Ya, quería hablarte de eso…

Me vestí deprisa. Fui a recoger mi pelo en una coleta, pero, en ese momento, la idea de dejarlo suelto cruzó mi mente. Solo era algo inocente y sin importancia…, ¿verdad? De pronto, me detuve en seco. Si no me gustaba, ¿por qué narices dudaba si hacer caso a Harry o no? Alcé los ojos hacia el reflejo pensativo que escudriñaba desde la pulida superficie y me quedé mirando. Mierda…

Salí de nuevo a la habitación con ese pensamiento haciendo runrún en mi cabeza y me

acerqué a él. Aparté el brazo de su cara y le dije:

—Ya puedes abrir los ojos.

Abrió primero un ojo y luego el otro e hizo una mueca de decepción.

—Casi esperaba que en realidad estuvieras desnuda al hacer eso y quisieras darme una alegría.

En lugar de reírme, sentí que me ponía roja como un tomate, pero no fui la única que se sonrojó…

—Eres incorregible.

—Estoy un poco necesitado de amor, supongo —rio. Por algún motivo, su risa no me pareció sincera, sino más bien forzada.

Me senté sobre la cama, de nuevo, sin apartar la mirada de él. La camiseta blanca de cuello pico que llevaba y las bermudas le quedaban muy bien, aunque era el pelo, alborotado por la casi caída, lo que le daba ese aspecto tan… tan… mierda… Él me miró, pero yo aparté la vista de inmediato, incómoda. Estaba segura de que se había dado cuenta de cómo le miraba.

—Bueno, ¿qué tal fue ayer?

—Bien —reconocí—. Muy bien. Me gustó mucho, la verdad. Gracias.

—Fuiste tú quien decidió confiar en mí. ¿Escribiste algo?

—Nueve páginas y media —respondí con una sonrisa tímida.

¿Qué narices me estaba pasando?

—Vaya… —Alzó su palma hacia mí para que la chocara—. Y las has contado —sonrió—. Enhorabuena.

Yo la choqué.

—Un nuevo hito en mi vida.

—¿Y te sientes preparada para enfrentarte a Emma y Gabriel?

—No lo sé —reconocí—. Creo que me siento preparada para empezar a planteármelo. Quiero decir, que haya podido describir lo que sentí anoche no me convierte en escritora.

—Escritor es todo aquel que escribe, Olivia. Estoy deseando leerlo.

Fue a coger los folios, pero me apresuré a poner una mano encima, para evitarlo.

Él me miró y mis ojos se cruzaron con los suyos. No estábamos más cerca de lo que lo habíamos estado la noche anterior, pero, en ese momento, la distancia parecía muchísimo menor. De nuevo, fue como si le estuviera contemplando del mismo modo que en el escenario, a esos ojos que en ese instante me parecían aún más cautivadores de lo que recordaba. El los apartó de inmediato y yo lo agradecí. Estaba segura de que si seguía mirándome un segundo más se daría cuenta de que algo dentro de mí había comenzado a vacilar al verle.

—Preferiría que no —tartamudeé—, es muy personal.

Él se echó hacia atrás.

—De acuerdo —respondió.

—¿Te importa?

—No. Lo entiendo. Estás empezando a hacer esto. No quiero estropearte la experiencia. Cuando estés preparada o te apetezca que lo lea, solo dímelo.

—Gracias. Es solo que aún me siento un poco… insegura.

No era cierto. Él había leído mis fracasados intentos el día anterior, pero no quería que viera el contenido de lo que había escrito. A diferencia de Eleonor, su nombre sí que aparecía varias veces… Mejor dicho, varias decenas de veces.

—Me parece bien, de verdad.

No sabía si era cierto, pero preferí cambiar de tema.

—¿Qué hiciste tú? —le pregunté.

—De eso quería hablarte. Siento haberme ido así. Te dejé sola y en la ciudad.

—Has venido a reclamar tu moto, ¿verdad? —vacilé.

—Eso también, sí. —Apartó la mirada, como si estuviera incómodo—. El caso es que sentí un arrebato de… cosas —carraspeó—. Así que estuve trabajando en las canciones y se me hizo tarde.

—¿Me dejarás escuchar algo?

—Claro —sonrió—. En cuanto tú me dejes leer lo que escribas.

Aparté la mirada, sonriendo.

—Supongo que lo merezco.

Él se puso en pie, juraría que algo tenso.

—No es una venganza.

Se dirigió a la mesilla y cogió el móvil y las llaves. Le miré confundida.

—¿Te vas?

—Sí, no quiero interrumpirte ahora que estás inspirada. Solo venía a ver qué tal había ido y a por mis cosas.

¿Era yo o había algo raro en el ambiente?

—¿Te veo luego?

—Claro, pero se acabó el árbol por una temporada.

—Me parece bien —asentí.

—Escribe… —Fue lo último que dijo justo antes de desaparecer.

Me dejé caer contra la almohada, cubriéndome la cara con las manos. La froté con insistencia y me quedé ahí, con la mirada perdida en algún pequeño punto del techo, taciturna. ¿Qué narices estaba pasando? Aún no lo tenía claro pero, desde luego, escribir no era precisamente lo que deseaba en ese momento…

Capítulo 25

Mi móvil pitó por un mensaje.

Harry dice:
Hora de volver al trabajo. Te espero en cuarenta minutos en la sala de ensayo.

No era Marcus, pero el plan no podía parecer más apetecible. Necesitaba con desesperación ocupar mi tiempo y mi mente para no seguir pensando en él, así que tecleé deprisa:

Ahí nos vemos.

Suspiré, resignada, cogí la bolsa y las llaves, me despedí y salí a la calle a por mi moto.

Debo reconocer que sentí un subidón al volver a arrancarla. Adoraba mi pequeña Vespa y la sensación de libertad que provocaba, aunque, aún más, la emoción de volver a la rutina, a mi propia normalidad. Esa vida que me hacía sentir que aún controlaba algo.

La carretera estaba igual de vacía que la tarde anterior. El sol arrasaba con fuerza y calentaba mi cuello y mi espalda con ganas, pero no me importó. Llegué a la escuela de buen humor, deseando empezar de nuevo. Había perdido unas audiciones, pero no perdería las siguientes y estaba dispuesta a arrasar en ellas.

—Tienes buen aspecto. —Oí decir a Harry nada más entrar en la sala.

—Tú también —sonreí y le di un beso en la mejilla.

Estaba segura de que llevaba en la sala bastante tiempo, pero, aun así, calentó conmigo.

—Bueno… —Dio una palmada—. ¿Qué te parece si hoy damos un giro y nos entregamos a la música electrónica? —Señaló su aparato y al instante comenzó a sonar la música—. ¿Improvisación? —sugirió con fingida inocencia.

No pude evitar que en mis labios se dibujara una sonrisa.

—¿Hasta que uno de los dos caiga?

—Tú sí que sabes, preciosa.

Fue uno de los ensayos más divertidos del último año. Solté tanta adrenalina que acabé exhausta y, a la vez, completamente nueva. Amaba el *ballet,* pero era vibrante bailar de forma tan enérgica, tan diferente… Era como disfrazarte y sentirte otra persona radicalmente distinta. Me prometí a mí misma que debía obligarme a hacer más ensayos como ese. Cuando terminamos sentía que era capaz de luchar contra todo.

—No estás tan mal como esperaba. Ni siquiera cojeas.

—Me he portado bien —alegué, recuperando el ritmo normal de mi respiración—, aunque ahora tengo que entrenar duro… No queda mucho.

—No creo que debas preocuparte.

Le miré extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Te vi bailar ayer —reveló—. Supongo que Mik sabía lo que hacía —sonrió.

Yo seguía confundida.

—¿Por qué no me dijiste que estabas allí?

Él cogió aire, incómodo.

—La verdad es que me dio miedo interrumpir algo.

Vacilé. Quise decir algo que negase ese pensamiento, pero en lugar de eso…

—Parece un buen tío —siguió él—. Creía que tendría todo el tema de la popularidad muy subido, pero me dio la sensación de que no. Eso sí, tiene una preocupante obsesión por el azúcar.

—¿Cuándo has estado con él?

—Coincidimos hace unos días. Se sentía mal por no haber ido a la fiesta.

—¿Y te llevó a tomar un granizado? —adiviné.

—En cantidades industriales, Livi. Ese tío es adicto —bromeó—. Reí, aunque en realidad no podía pensar en granizados, sino en que Marcus tenía la sonrisa más increíble y perfecta que había visto nunca—. ¿Vas a reconocer ya que te gusta?

Vacilé, yo era un libro abierto para Harry.

—¿Tanto se me nota?

—Para mí, sí, pero te conocí en la Edad de Piedra, así que no puedo ser objetivo.

—Genial…

—¿Y tú? ¿Crees que le gustas?

—No lo sé. Creo que me trata como a una amiga prácticamente todo el tiempo, pero tiene cosas que me descolocan. A veces, sin venir a cuento, me mira de un modo que… Como si de verdad no hubiese nada más. No sé… —Doblé las rodillas y hundí la cabeza entre ellas—. Mierda. Esto era lo último que quería.

—Bueno, Livi. No es el fin del mundo. Diviértete un poco, llevas demasiado tiempo sin hacerlo.

—No, claro que no. —Alcé de nuevo la cabeza—. Si lo piensas bien, esto es normal. Es el primer contacto que tengo con un chico que me ha hecho algo de caso. Era imposible que no ocurriera.

—Gracias por la parte que me toca —soltó sarcásticamente.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tú y yo somos tú y yo, pero él apareció de pronto en mi vida, haciendo preguntas y con ese aire misterioso y, además, asociado Leo y… ¿Acaso podría no haberme quedado colgada de él? —Dejé un silencio a propósito, para conferir mayor fuerza o dramatismo a mis palabras—. Aunque eso no significa que sea… de verdad. Soy una chica madura, puedo con esto.

—¿Hablas de un chico o de un examen? —rio.

—Harry, esto es serio.

—Livi, por favor, deja de una vez de preocuparte. No tienes que casarte con él, ni siquiera tener sexo si no quieres, pero deja que te bese, diviértete… Solo recuerda no pillarte demasiado.

—¿Por su… popularidad? Ya estoy acostumbrada gracias a Eleonor.

—No, porque el verano está terminando, Olivia.

Le miré, confundida, como si una corriente helada acabara de atravesarme el esternón. Era cierto. Marcus se iría pronto. Yo me lo había repetido decenas de veces, pero escucharlo en boca de otro tuvo un efecto chocante.

—¿Estás bien? —Harry debió ver reflejado en mi cara el repentino pánico que me sacudía

por dentro.

Parpadeé varias veces para regresar a la realidad.

—Sí, claro. —Mentí, con algo pesado en el pecho.

—¿Te recojo mañana a las ocho para la inauguración del teatro?

—¿Mañana? —No era posible que hubiera pasado tan rápido el tiempo. Mis pensamientos viajaron violentamente hacia Marcus, de nuevo.

—Estás despistada. Deja de pensar tanto en él o volverás a lesionarte.

—Mañana a las ocho, vale. Hablamos luego, Harry.

Por primera vez, no me quedé más tiempo del necesario en la sala. Una arrolladora fuerza dentro de mí estaba deseando regresar a casa. Necesitaba pensar, recomponer el extraño rompecabezas que acababa de desmoronarse dentro de mí… Y verle. Sentía una necesidad repentina y voraz de volver a verle.

Sin embargo, pude comprobar que había habido tensión por la mañana cuando anocheció y Marcus no había regresado. No quise enviarle ningún mensaje porque yo misma estaba confusa. Había algo incómodo y repentino entre ambos y no tenía ni idea de qué era. Poco a poco la sensación de tristeza comenzó a abordarme, más aún cuando mi reloj marcó las once de la noche y entendí que no iba a volver. Me acosté sin cenar, sin leer y sin despedirme de mis padres.

Justo antes de quedarme dormida, sentí la almohada mojada contra mi mejilla.

Esa noche no dormí nada. Mi cuerpo entero le echaba de menos y mi mente no dejaba de proyectar cada dos por tres imágenes de nuestro encuentro en el teatro. Esa mirada que se le había escapado, su olor, ese simple roce con el dedo, su calor contra el mío en aquel abrazo que había significado tanto para mí… Ahora que había descubierto que estaba enamorada de él no podía dejar de pensar en ello. Sin embargo, recordaba la rigidez de su cuerpo cuando había ido a buscar su teléfono por la mañana o las palabras de Harry retumbando en mi cabeza y en mi corazón…, y el ardor de mi pecho se acentuaba. ¿Por qué lo había permitido? ¿Por qué narices había tenido que enamorarme de él?

Bajé la mirada hacia mi pie, que reposaba sobre varias almohadas con una bolsa de hielo pegada a mi calcetín por culpa de la hinchazón provocada por el esfuerzo de la noche anterior y del ensayo con Harry. Era mi primera lesión en los últimos años. Un aviso. Un adelanto del riesgo de permitirme una distracción.

Sin embargo, mis ojos pasaron de inmediato al móvil. Mirarlo cada dos por tres en busca de algún mensaje se había vuelto casi una obsesión.

Bufé, indignada, al darme cuenta y lo aparté, de golpe, hacia un lado, molesta. Me estaba distrayendo… Eso era lo que estaba ocurriendo. Marcus Fitzpatrick me estaba desconcentrando.

Apagué el teléfono y lo lancé al fondo de la mochila de ensayo. Quizás fuera mejor así. Si iba a marcharse al otro lado del mundo a grabar, ¿qué sentido tenía pillarse por él? No. No podía dejar que ocurriera. No podía gustarme. Había dedicado mucho tiempo a que mi técnica y mi concentración fueran perfectas. Era la única manera de tener el control. No podía permitir que ahora llegase él a descolocarlo todo. Habían sido muchos años de esfuerzo y sacrificio, no solo míos, sino también de mi familia. Se lo debía a ellos y a mí misma. Ese era el momento de centrarme en mis sueños. En cumplirlos. Todo lo demás debía esperar.

Capítulo 26

Nunca había tenido un baile de primavera o de fin de curso. Era la primera vez que me vestía de esa manera, pero, para ser justa, yo tenía razón. La «fiesta» consistió en una cena larguísima, seguida de un sinfín de conversaciones de cortesía en medio de una sala vacía mientras de fondo un pianista —increíble, eso sí—, interpretaba una partitura tras otra, todo ello colapsado por discursos improvisados de eminencias a quienes no conocía, al menos en su mayoría. Así que no, la experiencia no estaba siendo para nada como en las de las películas Disney, desgraciadamente. Los zapatos me estaban matando y después de la cena mi recatado maquillaje no resaltaba ya todo lo que debería. La magia había pasado o, al menos, la poca que podía haber tenido. Lo único especial era el vestido que me había puesto y, supongo, que el momento en que la persona para quien me lo había puesto me viera primera vez. Sin embargo, aunque Harry había conseguido ponerme nerviosa, no era precisamente el chico al que estaba deseando ver. Quizás debería haberle invitado. Dudé un poco… y miré el reloj. No era tarde. Puede que aún estuviese a tiempo de venir o, al menos, de fugarme con él, pero, justo cuando formulaba ese pensamiento en mi mente, recordé la decisión que había tomado y, volví a guardar el teléfono que mis dedos ya habían buscado con ansiedad en el interior del diminuto bolso. No, no debía hacerlo… Tenía que ser fuerte.

Entonces, mi móvil vibró.

Marcus dice:
Y yo que pensaba que me ibas a llamar…

No pude evitar sonreír.

Pensaba en ello ahora mismo, pero te aburrirías.

Marcus dice:
Así que, ¿pensabas en mí?

Y tú en mí, por lo que parece.

Marcus dice:
¿Cómo no iba a pensar en ti con ese vestido? El naranja es mi color preferido, ¿te lo había dicho?

Alcé la vista de inmediato y miré alrededor. ¿Acaso era posible que él estuviera ahí?

No te hablé de mi vestido.
¿O quizás sí?
Marcus, ¿estás aquí?

Marcus dice:
¿Te gustaría?

Entré en la sala contigua y barrí el lugar con la mirada.

Marcus dice:
:O Frío, frío…

¿Dónde estás?

Marcus dice:
¿Te gustaría?

Tal vez…

Pasé a la sala de al lado y me acerqué a Harry.

—Oye, ¿has visto a Marcus por aquí?

—¿A Marcus? —preguntó, confundido—. ¿Le has invitado?

—No.

—Pues deberías —sonrió.

—¿Qué…?

Harry ensanchó aún más su sonrisa. Mi móvil volvió a vibrar.

Marcus dice:
Harry me cae bien. Es buen tío…

¿Vas a decirme dónde estás?

Marcus dice:
Reconoce que te mueres de ganas de verme.

Impaciente, marqué su número y esperé a que diera tono, pero, de pronto, algo me cubrió los ojos.

—Solo quería que dijeras que debiste haberme invitado. —Oí junto a mi oído. Mi corazón dio un vuelco y algo tiró con fuerza de mi ombligo.

Sonreí y me di la vuelta.

—¿Qué haces aquí?

Marcus sonrió y la sensación en mi estómago se intensificó con fuerza. Estaba increíble, lo reconozco. Por primera vez se había desprendido de sus cascos y su cámara, se había puesto un traje de chaqueta oscuro con la pajarita más estridente que uno se pueda imaginar y llevaba el pelo perfectamente peinado. Pero lo que más increíble, con diferencia, eran sus ojos, que destilaban una extraña luz.

—Harry me invitó. Te conoce demasiado bien. —Respondió, sonriendo—. Mírate, estás… impresionante, Olivia. —Sentí que todo el calor se concentraba en mis mejillas—. Dame un segundo. —Sacó de sus pantalones el teléfono móvil y lo plantó delante de mi cara—. Esa sonrisa merece pasar a la posteridad.

Aparté la mirada, aún más avergonzada, mientras él hacía la foto.

—Me encanta la pajarita —le dije.

—Era de mi abuelo. Con ella conquistó a mi abuela, así que es algo así como un imán para las chicas.

Me giré un poco y vi a Harry entretenido con un par de hombres un poco más alejado.

—¿Tú no hablas con los señores trajeados? —me preguntó.

Arrugué un poco la nariz.

—Si te digo la verdad, no se me da bien. Lo de las relaciones públicas es para él.

—Si te aburres mucho, puedes enseñarme el edificio.

Fue una sugerencia inocente, pero sabía que estaba incómodo. Yo misma sentía cierta tensión y eso que era mi «mundillo». Él miraba alrededor inquieto, con el cuello y la espalda muy estirados y una mano metida en el bolsillo de su pantalón, bajo la chaqueta que, por cómo se movía a través de la tela, podría adivinar que tenía algún tipo de tic. Eso me conmovió. Que estuviera ahí, incómodo, nervioso y trajeado de los pies a las puntas del pelo me pareció lo más bonito que había hecho nadie por mí. Me hizo sentir… especial, de un modo tan precioso que encogió algo enorme en mi pecho.

—Tengo una idea mejor.

Le tomé de la mano sin darme cuenta. En cuanto fui consciente, me detuve y le miré, pero él

solo sonrió.

—¿A dónde vamos? —rio, supongo que aliviado por poder escabullirse de esa sala.

—Shhh. —Tiré de él, conduciéndole por diferentes salas hasta que, finalmente, me detuve frente a una puerta y me giré hacia él.

—Yo no tengo una cinta para cubrirte los ojos, así que necesito que prometas que no vas a abrirlos.

—¿Por qué? ¿Qué estás tramando?

—Tú solo ciérralos.

Sonrió.

—De acuerdo…

Lo hizo. Aguardé un par de instantes y, entonces, abrí la puerta, que chirrió de forma tan aguda que temí que alguien pudiera oírnos.

—Eso no ha sonado bien —comentó.

—Shhh. Ten cuidado ahora, hay unos escalones.

—Yo te habría llevado en brazos —comentó.

—No abras los ojos.

—Qué misteriosa —vaciló.

Sus manos se posaron en mi cintura y empezamos a descender. Tuve que tener cuidado para que no pisara mi vestido, pero su paso iba perfectamente acoplado al mío. El ambiente estaba un poco viciado por culpa del tiempo que había permanecido cerrado. El polvo podía olerse en el aire y la única luz con la que contaba para dirigir nuestro camino era la que proporcionaba la linterna de mi viejo móvil. Ninguna de esas cosas nos frenaron en nuestro descenso, las escaleras crujían con cada escalón, amenazando con venirse abajo. Me pregunté por qué no habían arreglado esa zona del teatro…

—Despacio. Por aquí… —Iba diciendo.

Acto seguido, noté una ligera corriente sobre mi cuello que me puso la piel de gallina. Era un aliento cálido y suave. La música se oía lejos, como amortiguada.

—Ábrelos.

Lo hizo y, por un momento, se quedó callado. Me acerqué a él para poder verle mejor. Por la expresión de su rostro, adiviné de inmediato que no entendía nada.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un tesoro —susurré, emocionada—. Ven. —Volví a coger su mano y le guie hacia el centro. Allí, tiré de la cadena que encendía una pequeña cortinilla de luces. Al instante, el lugar se impregnó de decenas de pequeñas lucecillas anaranjadas que corrían como una inmensa culebra por el techo y el suelo, entre cajas y objetos, materializando ante nuestros ojos el inmenso almacén del teatro—. Era el antiguo almacén. Harry y yo lo descubrimos cuando teníamos doce años. Nadie bajaba aquí desde hacía casi medio siglo —sonreí—. Todo estaba aquí deseando ser utilizado.

Él avanzó un paso por delante de mí y giró sobre sí mismo, admirando todo el lugar con los labios ligeramente abiertos. Estábamos en el centro y a nuestro alrededor nos rodeaba la colección más impresionante de vestuarios, atrezo y decorados que cualquiera pudiera imaginar.

—Vaya… Qué pasada…

Justo a un lado, había una pequeña carpa. Le hice pasar al interior y pude sentir su asombro. No era una carpa de circo, sino el fondo de uno de los decorados que representa un cielo nocturno, pero estaba colocado de tal manera que nos envolviera. Las luces del otro lado de la tela conseguían que las estrellas pintadas cobraran vida, de modo que, de pronto, era como si estuviésemos bajo un auténtico telón de estrellas que danzaban a nuestro alrededor por todo aquel cielo de colores.

—Esto lo colocamos nosotros así hace muchísimo tiempo —le expliqué—. Me encantaba venir aquí.

Bajó sus ojos hacia mí.

—¿Ya no lo haces?

—Hace tiempo que no. Supongo que crecí.

—¡Vaya! —Se agachó a por algo en el suelo. Yo sonreí, tremendamente emocionada por ver esa misma excitación en sus ojos.

—¿Quieres una capa? —Sacó una—. ¿Una corona? ¿Una boa de plumas? Hay de todo.

No pude evitar reír al verle tan emocionado. Algo se hinchaba cada vez más dentro de mi pecho. Me agaché junto a él y le ayudé a abrir baúles y cajas.

Revisar entre todas aquellas cosas era como abrir los regalos la mañana de Navidad. Cada dos segundos uno de los dos exclamaba «¡hala!», «¡mira!», «¿has visto esto?», «¿y esto de aquí?». Finalmente, él se plantó una enorme corona de rey en la cabeza y un gigantesco manto de terciopelo. Yo cogí una peluca blanca que debía medir unas dos cabezas de altura y unos guantes hasta el codo, además de un estrambótico abanico de plumas de colores. Todo olía a naftalina, ya estaba viejo y desgastado, pero no nos importó en absoluto.

—*Monsieur* —me burlé, haciéndole una enorme reverencia.

—*Mademoiselle*…

Entonces, se acercó, me tomó una mano y se la llevó a la boca para depositar un beso.

—¿Mejor que Leonardo DiCaprio? —preguntó, aún inclinado.

Le miré, pero me quedé sin palabras. Sus ojos tenían una luz especial, una mirada increíblemente intensa y profunda. Mi risa se perdió en el aire.

—Mejor… —balbucí.

El contacto había durado apenas unos segundos, pero bastó para conseguir que mis rodillas temblaran.

Me aclaré un poco la garganta, nerviosa, e interpuse el abanico entre ambos.

Él se enderezó con una sonrisa torcida.

—Fíjate en esto. —Retrocedió un par de pasos, se agachó y le vi mover la aguja de un viejo gramófono. —A lo mejor funciona. —Al instante, escuché un chirrido seguido de las primeras notas de una canción.

—Eso no lo había probado nunca —le dije, con algo en el estómago y una sonrisa.

—Ven —sonrió, se puso en pie de nuevo y me tendió una mano.

Yo vacilé, incómoda.

—Puede que suene difícil de creer, pero… no sé bailar.

—Apuesto a que tú sí que te lo crees, pero yo tampoco. —Cogió mis dedos para acercarme a él y ponerla en su cuello mientras posaba la suya en mi cintura—. Pero estamos en un sótano y nadie tiene ni idea de lo mal que lo hacemos.

Su aliento cosquilleó la piel de mi cuello. Me estremecí y mi sonrisa se congeló. Mientras, el aire que se ondeaba entre su cuerpo y el mío se evaporó igual que el espacio que nos separaba.

Marcus me mecía con suavidad y comenzó a tararear muy bajito, al son de la canción, de modo que su voz me llegaba tan cerca y estremecedora que erizó todo el vello de mi piel.

Algo apretaba con fuerza mi pecho. Él me daba vueltas, me giraba, pero mi mundo se había detenido desde que esa canción había empezado a sonar.

Sentí el roce de su mejilla contra la mía y su respiración, que rozó mi piel como si de una delicadísima caricia se tratara. Su aliento contra mi piel provocó un extraño escalofrío que recorrió mi cuerpo en cuestión de segundos. Entonces, muy bajito susurró:

—Voy a besarte, Olivia Green.

Cerró los ojos y, en ese instante, sentí sus labios suaves, húmedos y mullidos contra los míos. Al principio, no fue más que una leve caricia, un roce que despertó cada célula de mi piel. El roce dio paso al abrazo con el que sus labios envolvieron mi boca. Era evidente que él ya había besado antes, a diferencia de mí, porque no titubeó. Su beso fue suave y tierno pero completamente decidido. Una extraña sensación tiraba por debajo de mi ombligo, algo que nunca había sentido antes. Me pregunté si eso era deseo. Un fuerte llama crecía dentro mí. Le respondí. Acaricié su boca imitando sus movimientos y me sorprendió descubrir que era como si todo encajara como en un puzzle perfecto. Su aliento, cálido y dulce. Sus manos, que subieron hasta colocarse a ambos lados de mi cuello, cogiéndolo como si fuese lo más delicado de este mundo… Flotaba. Juro que mis pies se elevaron varios centímetros del suelo.

Entonces, sonrió con una pequeña risa nerviosa, y yo también, aún con nuestras bocas unidas.

—¿Qué ha sido eso? —susurré, mientras la música seguía sonando.

Él juntó su frente a la mía, nuestras bocas las separaba un ridículo y molesto velo invisible.

—Documentación. —Juntó de nuevo su boca con la mía—. Investigación. —Volvió a besarme—. Experimentación…

Sonreí mientras me daba un cuarto beso.

—Así que… ¿solo estamos siendo profesionales?

—Muy profesionales —murmuró.

—Me gusta —sonreí, nerviosa—. Es mucho mejor que las sesiones de películas. —Una potente llama ardía con fuerza dentro de mí, abrasando mi piel y mis entrañas. Apenas podía pensar con claridad.

En ese momento, pasó su mano por detrás de mi cuello, me atrajo hacia él con suavidad y volvió a juntar su boca con la mía.

La canción terminó. Habíamos dejado de girar varios minutos antes, pero nuestras bocas continuaron la danza, ajenas a todo lo demás hasta que el baile de nuestros labios se detuvo, con suavidad. Marcus mantuvo mi rostro entre sus manos durante unos segundos. Yo me negaba a abrir los párpados. Quería quedarme en ese instante, en ese lugar, para el resto de mi vida. La piel

de su pulgar acariciaba mi mejilla con un roce suave y electrizante y yo solo podía pensar que me iba a desmayar o que iba a explotar o desaparecer ahí mismo absorta por el agujero negro que estaba a punto de provocar mi pecho.

—Mi corazón va a mil —susurró.

Cerré los ojos e intenté sonreír, pero no pude. Me había besado y yo lo había permitido, había participado y reconocido con ese gesto lo que mis entrañas gritaban y mi mente acallaba, condenándome sin remedio. Aquello me atravesó el pecho con un vacío frío y afilado. Ni siquiera quería volver a abrir los ojos porque, si lo hacía, tendría que enfrentarme a la realidad y esa realidad no era buena. Él solo estaba de paso. Se marcharía. Enamorarme de él no era una opción. De hecho, la verdad de ese pensamiento se ciñó a mi garganta, aprisionándola y empañó mis ojos. Entonces, abrí los párpados. Fue solo un segundo antes de que él también lo hiciera. Nuestras miradas se enredaron. Creo que olvidé incluso cómo respirar. Nunca le había visto tan de cerca. Sus pupilas estaban muy dilatadas, sus iris pardos, más oscuros que de costumbre por las sombras del lugar, estaban moteados por montones de puntitos negros como de felina y brillaban de un modo casi antinatural. Esa luz, la misma con la que él me veía a mí y al mundo, me pareció lo más bonito que pudiera existir.

—Me gustas, Olivia. Me gustas de verdad.

Sus palabras retorcieron aún más el nudo de mi corazón.

—¿Eso forma parte de la documentación? —intenté bromear.

—No —susurró—. Se le llama declaración. Estoy colado por ti.

—No lo hagas. No digas eso, Marcus. No puedo gustarte.

—¿Por qué? —rio.

—Porque te vas a ir —susurré—. Somos amigos y eso podemos serlo en la distancia, así que es mejor no complicarlo más.

—Complicar las cosas es mi especialidad —sonrió.

—Hablo en serio, por favor.

Su sonrisa desapareció poco a poco.

—Tengo que hacerlo, Olivia, porque me voy ya.

Me aparté un poco de él y retrocedí.

—¿Qué quieres decir?

Él bajó por un segundo la mirada, incómodo.

—Que me marcho por la mañana. —Soltó, cortando mi respiración—. Me lo han dicho hace unas horas. Empezamos con la grabación en dos días y tengo que atravesar medio planeta así que… —Negué con la cabeza. El mundo se me caía encima…—. Pero no es para siempre. —Se apresuró a decir—. Después de la grabación y de la gira, volveré por aquí. Mientras, tú podrás terminar el libro y reventar el *top* ventas.

Ahora que nos habíamos detenido por completo, retrocedí un paso más.

—Olvídate del libro. No voy a hacerlo. —Su rostro se volvió extraño y mi voz perdió fuerza —. ¿No puedes retrasarlo un poco?

—¿Por qué no vas a hacerlo? —Ignoró mi pregunta.

—Lo hemos hablado muchas veces…

Él dio un paso hacia mí.

—Pero estabas avanzando…

—Ese no es el tema, Marcus.

—Entonces, dímelo.

—Te vas mañana… —La presión subía con fuerza por mi pecho, aplastándolo.

—¿Por qué, Olivia? —insistió él—. Dime por qué. No lo entiendo.

—¡Porque me estoy enamorando de ti, Marcus! —Solté, casi desesperada, como quien se deshace de una pesada carga. Dejé que las palabras flotaran en el aire entre él y yo antes de apartarme por completo de él—. Y cuanto más lo pienso, más imposible veo un final feliz porque tampoco soy capaz de encontrarlo para lo que siento por ti. Y… lo que acabas de soltarme es solo una prueba más.

Él se quedó sin habla. Yo bajé la mirada, incómoda, y me senté sobre un baúl.

—Al parecer no es el momento para ninguna de las dos cosas —seguí—. Ninguna saldría bien. Yo tengo que entrar en una compañía y me iré quién sabe dónde y si todo sale bien pasaré años fuera de aquí y tú vas a irte a grabar y… —Le miré, suplicante. Necesitaba que lo entendiera y que dejara de mirarme como si yo fuera un monstruo—. No tengo tiempo para el libro, solo hace unas semanas que te conozco y…

—¿Y?

El comentario pareció molestarle.

—No me hagas sentir como si fuera una persona horrible, Marcus. Simplemente, es así. No sé qué es lo que quieres tú, pero creo que es mejor dejarlo como está. Sin complicar nada más de lo que ya lo es. Antes o después terminaríamos haciéndonos daño y ninguno puede permitirse volver a pasarlo mal, ni desconcentrarse y…

—Espera. —Avanzó un paso hacia mí e intentó cogerme la mano, pero no se lo permití—. Escucha, yo también quisiera ignorar lo que ocurrió aquí mismo hace unas horas, ¿vale? Lo entiendo, pero no puedo. —De pronto, parecía nervioso—. Es precipitado y no digo que tenga sentido… Solo sé que cierro los ojos y te veo. A todas horas, Olivia. —Se detuvo, como si necesitara coger fuerzas—. Me encantas. Todos y cada uno de los segundos que paso contigo, me encantas. Es todo lo que sé y… no soy idiota. Sé que te da miedo porque estás rota, pero no quiero romperte más. No voy a hacerte daño. Solo quiero unir los pedazos. —Fui a decir algo, pero él se apresuró a sellar mis labios con un dedo—. Y no, no puedo prometerte que el resultado sea perfecto porque nunca volverás a ser la persona que eras. Nunca, ni yo tampoco, pero me da igual porque… ¡Joder, Olivia! Estoy enamorado de todos y cada uno de esos trozos.

Se me empañaban los ojos.

—¡Para ya de hacer eso! —exclamé, algo desesperada. No quería oírle. ¡No podía! ¡Iba a hacerme vacilar y no podía permitirlo!

—¿De hacer qué? —insistió él.

—De hablar como si estuviéramos en un libro o en una película. Esto no es así, Marcus. —Tuve que parar para conferir fuerza a mi voz—. Las cosas aquí no se arreglan marcándose un discurso que haga que me tiemblen las piernas o que se me encoja el corazón. No tienes que recordarme que siento algo por ti, ni convencerme. Lo hago, ¿vale? Siento… siento algo por ti.

Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es? ¿Quieres que me quede? ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! Es tu oportunidad. Estas cosas solo te pasan una vez en la vida, pero necesito que entiendas que yo tampoco puedo. Y… ya hemos hablado de esto antes, Marcus. Querer a alguien no debería ser nunca una decisión.

Él se echó a reír, casi de desesperación.

—¡Venga ya, Olivia! Mejor di que no quieres, no que no hay opciones. Puedes escribir ese libro y puedes tener algo más conmigo, pero ninguna de esas cosas las quieres porque es más fácil creer que no va a salir bien. Y podría aceptarlo si no supiera que la única razón de verdad es que quieres seguir triste, quieres seguir machacándote, sintiéndote culpable y castigándote porque Eleonor murió.

—Tú no lo entiendes.

Me dirigí hacia la puerta.

—¡Pues explícamelo! ¿Crees que no entiendo cómo te sientes? ¿Crees que no entiendo que te sientas culpable por intentar ser feliz? Lo hago. A mí también me dejó, Olivia. Te lo recuerdo, pero no me regodeo en ello ni me niego a vivir.

Iba a poner el pie sobre el primer escalón, pero me detuve y bajé la mirada. No quería que viera cómo las lágrimas se derramaban por mi cara. Me había prometido no llorar.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? —Insistió, siguiéndome. Le sentí justo detrás—. ¿Por qué no es lo mismo, Olivia? —Me tomó del brazo para girarme hacia él, al encuentro de esos ojos…—. Dime. Yo también la quería.

—Pero… tú…, tú lo sabías.

Su mirada se oscureció y su rostro se contorsionó en un gesto extraño.

—¿Qué? —Se dejó caer un escalón hacia atrás—. Dios, Olivia. ¿Acaso crees que eso lo hizo más fácil? Joder… —Me soltó, repentinamente afectado, y se llevó las manos a la cabeza, apretándola con fuerza. Durante un segundo me dio la espalda. Se agachó, de cuclillas, con los brazos sobre la cabeza en un gesto de auténtica desesperación. Luego, bajó las manos y se volvió hacia mí, con los ojos totalmente enrojecidos—. ¿Crees que era fácil verla o hablar con ella sabiendo… —en ese momento, comenzó a quebrársele la voz— sabiendo… que cualquier día podía morir? —Se puso en pie, muy despacio—. ¿De verdad crees que fue fácil quedarme toda la noche a su lado mientras lloraba desconsolada el día que le dijeron que el corazón que era para ella se había dañado, sin saber si tendría otro a tiempo? ¿De verdad, Olivia? Aún siento cómo clavaba sus dedos en mi piel mientras lloraba desconsolada. Aún recuerdo cómo se me contracturó toda la mandíbula mientras intentaba no llorar y mentirle diciéndole que aparecería otro. ¿Eso te parece más fácil? ¡Dímelo porque a mí me destrozó, joder! No te imaginas la impotencia y la rabia que sentía por no poder darle el mío. Por no saber cómo cojones consolarla y despedirme cada día sin saber si iba a volver a verla. Me hizo mierda, Olivia. Así que no, joder. Ella no solo era mi amiga, era mi vía de escape de toda mi propia mierda. A ti te ahorró eso y te niegas a ver lo afortunada que eres por ello. No eres la única que lo ha pasado mal. Ella se moría y sonreía todos los días, yo intento imitarla, pero tú, Olivia, tú eres la única que se niega a seguir

adelante y en eso no puedo ayudarte. —Me dio la espalda—. Pero es injusto, ¿sabes? Porque tú también la conocías. Ella no querría esto. No querría que te castigaras por algo que no tiene que ver contigo. Y aún te sorprende que no te lo contara… —Volvió a acercarse a mí, esta vez con voz suave, como si estuviera derrotado—. Ella se ha ido y nosotros estamos aquí. ¿No te das cuenta? Tenemos una responsabilidad, maldita sea. Hacer que merezca la pena…

Mis ojos no podían dejar de llorar. Las lágrimas empapaban mis mejillas. Quería gritar de dolor, soltar la fiera que había hincado sus dientes en mi corazón. Era un monstruo, así me sentía, porque tenía razón. Él me miraba, esperando una respuesta, pero yo solo sollozaba. Sus palabras habían sido afiladas y certeras. Su brutal sinceridad me había atravesado. Claro que me sentía culpable, pero esto no tenía que ver con eso. Tenía que ver conmigo.

—¿No vas a decir nada? —Me miró, herido, de un modo que se clavó en mis entrañas. Pero yo no podía, no podía pronunciar palabra. Solo quería llorar. Le había hecho daño, igual que ocurría con toda la gente a la que quería, últimamente. No podía hacer eso, no podía contaminarle de esa manera. Entonces, comprendió que no iba a responder nada—. De acuerdo. —Se enderezó un poco y retrocedió un paso—. Sigue tu sueño, Olivia. Visto cómo lo deseas, seguro que lo consigues.

Sus palabras retumbaron en aquella sala. El aire que levantó al pasar por mi lado movió la tela de mi vestido. Le oí subir por las escaleras y cerrar la puerta tras de sí. Yo me quedé ahí, inmóvil, hasta que la aguja del tocadiscos llegó al final y la música dejó de tocar. Marcus se había ido y mi mundo, de nuevo, volvió a quedarse vacío, aunque no fui consciente hasta que el último de sus pasos desapareció entre el ruido de la fiesta. Entonces, lloré, pero por primera vez no era por Eleonor, sino por mí, porque la única parte de mi corazón que había conseguido revivir acababa de desaparecer por esa puerta…

Capítulo 27

Regresé a casa en taxi. Algo muy pesado me sobrecogía el pecho y no me dejaba respirar. Deseaba que todo hubiese sido un sueño. Todo con tal de tener la certeza de que la sensación que me quemaba por dentro no era real. Pero lo era. El agujero que sentía dentro era auténtico, tanto que estaba segura de que podría meter los dedos entre mis costillas y encontrar el hueco vacío. Le quería… Hacía apenas unas horas que lo había descubierto y no podía soportarlo. Una parte de mí se arrepentía de todas y cada una de las palabras que habían salido de mi boca. De hecho, la tentación intentó tirar de mí para ir a buscarle y decirle lo imbécil que era por haber estropeado ese momento. Reconocer mi estupidez era mil veces mejor que perderle. Sin embargo, los motivos que me habían empujado a apartarle seguían ahí y regresaron para fulminar cualquier intento de un plumazo. Era lo correcto. Yo lo sabía y él también, aunque aún no se hubiera dado cuenta. Me habría encantado tener más tiempo, pero quizás fuera mejor así. Cada minuto que pasara a su lado lo haría más difícil. ¿Qué otra cosa podía hacer? No había nada, absolutamente nada. Quizás tuviera razón y el problema fuera el miedo, pero él se marcharía en unas horas y por mucho que la verdad de sus palabras golpearan mi cabeza y mi corazón sabía que no había otra alternativa posible.

Entré en la habitación y me apoyé contra la puerta, con los ojos cerrados y húmedos. ¿Por qué tenía que doler tanto si solo hacía unas horas que había descubierto lo que sentía? ¿Por qué tenía que ser tan grande?

Al abrirlos, mis ojos se quedaron un rato clavados en la pared. De hecho, tardé un par de minutos en percatarme de que ahí, en la oscuridad del punto que miraba fijamente, había algo que horas antes no estaba. Parpadeé y, entonces, empecé a distinguir nuevas formas. Me incorporé veloz para encender la luz y, al hacerlo, retrocedí hasta que mi espalda dio de nuevo contra la madera de la puerta. Me pellizqué para comprobar que aquello no era un sueño. No eran ni una ni dos fotografías. Avancé hasta el centro de la habitación y di una vuelta sobre mí misma. Todas, las cuatro pareces que me rodeaban estaban empapeladas con mi cara, sonriendo, en un montón de lugares diferentes: en el acantilado, en la cueva, en mi jardín… Mi propia cara me dirigía una expresión radiante y feliz… como si no sintiera la llama que ardía bajo mi piel en ese momento.

Algo empezó a abrirse paso con fuerza dentro de mí, como una enorme burbuja que se inflaba en mi pecho hasta llegar a mi garganta y, ahí, estalló y rompí a llorar. Aquello había atravesado mi corazón con una punzada directa y afilada. Me encogió cada víscera, cada entraña y, de pronto, fue como si mi muro se desvaneciera…

Entonces, encontré una foto que no estaba colgada. Reposaba en la mesilla, junto a la almohada. Me acerqué, la cogí, y encontré la única foto en la que no sonreía. Era yo, sentada en mitad del escenario, escribiendo. Le di la vuelta y ahí, con su caligrafía grande e irregular leí:

«Te regalo tu sonrisa, Olivia, para demostrarte que sigue ahí. Te dejo todas menos una, que recorrerá el mundo en mis vaqueros hasta que volvamos a vernos. Feliz cumpleaños»

Me llevé las manos a la boca y mi llanto se volvió incontrolable.

—Idiota. Idiota, pedazo de idiota. —Sollocé.

No perdí tiempo cambiándome, solo metí los pies en las deportivas a toda prisa, cogí la foto y salí de la habitación con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Olivia? —Escuché a mi madre al verme pasar como un huracán por delante de ella.

No respondí. Seguí corriendo. Sin descanso.

Atravesé la calle, empujada por una fuerza que no conocía. Doblé la esquina y enfilé la siguiente como si huyera de algo, como si una cuenta atrás imaginaria estuviera a punto de llegar a su fin, como si todo dependiera de ello…

Corrí, corrí con todas mis fuerzas. Ni siquiera sentí dolor en mi tobillo. Avanzaba deprisa, ágil, y, sin embargo, sentí que tardaba más que nunca en dar la vuelta a la manzana.

¿Qué iba a decirle? ¿Que me arrepentía? ¿Que se quedara? ¿Que me iría yo? Dios, ¡no tenía ni idea! ¡Ni puñetera idea! Tenía dieciséis años, no había mucho que pudiera hacer, pero ¿acaso importaba? Solo me estaba dejando llevar por mi instinto, por mis entrañas. Mi cuerpo había tomado las riendas y mi mente no podía entender qué ocurría, pero, llegados a ese punto, de pronto, no me importaba.

Me detuve al llegar a la casa. El corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho. Mi respiración entraba a trompicones entre mis costillas, a grandes bocanadas a través de mi boca. Subí despacio, con ganas de llorar y reír a la vez. Extendí una mano, y presioné el dedo índice contra el timbre.

Un intenso «ding dong» rompió el silencio de la noche. Iba a desmayarme.

Entonces, una mujer de color abrió la puerta. Por un momento, creí que me había equivocado de casa.

—¿Sí? —preguntó la mujer de rostro amable y bonachón. Debían ser las siete de la mañana, pero no parecía estar durmiendo.

—¿Está…? —Jadeé. Me faltaba la respiración y estaba horriblemente nerviosa, así que fingí entereza y apreté los puños con fuerza—. ¿Está Marcus?

—¿Marcus? —preguntó ella—. ¿Quién eres tú?

—Li… —Me detuve en seco—. Olivia —respondí de golpe.

—Oh… —Fue su respuesta. Esa ligera reacción confirmó que esa era la casa, pero por otro lado me abatió. Un mal presentimiento me recorrió en cuestión de segundos—. Verás. Marcus… Bueno, se ha ido ya.

—¿Qué… qué significa eso? ¿Va a volver más tarde?

—No, cielo, vino a buscarle su representante y fue a recogerle a una fiesta. —Sus ojos recorrieron disimuladamente mi vestido—. Se han marchado para coger un avión.

—¿Qué…? —Sus palabras arrancaron un trozo de mi corazón.

—¿No se ha despedido? Es un chico muy educado. No parece propio de él.

Retrocedí un poco, confundida. Se había ido… ¿Se había ido, de verdad?

—Dame un segundo, tengo el fuego encendido y…

La mujer desapareció un momento. Yo estaba en *shock* y, por algún motivo, seguí retrocediendo, apartándome de la puerta hasta que, de pronto, me encontré en plena calle. Miré

la casa, luego a mi alrededor y, entonces, emprendí de nuevo el camino a casa.

No entré al llegar. En lugar de eso, me quedé sentada en el porche de la entrada, mirando hacia la calle. Saqué el móvil, con la esperanza de encontrar algún rastro de él ahí, aunque solo fuera un «adiós». Algo…

De pronto parecía tan irreal… como si en realidad él nunca hubiera existido.

Pero no, sabía que no iba a encontrar nada. Había sido yo quien había tomado la decisión. Podría haberle llamado, pero ya se había ido. ¿Qué iba a conseguir con eso? Nada. No cambiaría el hecho de que se marchaba, ni el hecho de que yo no podía irme. Podría disculparme, pero le había herido, así que era preferible que me odiara. Así se olvidaría antes de mí. No tenía sentido que los dos tuviéramos que pasarlo mal. Él me había ayudado a mí, lo menos que podía hacer ahora era facilitarle las cosas para que se alejara.

Me quité las lágrimas que ya rodaban libres por mis mejillas con las yemas de mis dedos y hundí la cabeza entre mis manos, sobre mis rodillas, fijando la vista en las puntas de mis Converse. Entonces, ¿por qué me estaba doliendo tanto ahora?

Sentí que alguien se agachaba a mi lado. Alcé la vista, ansiosa, con la certeza de saber de quién se trataba. Lo primero que encontré ante mí fue un llamativo *cupcake* con una bengala brillando en el centro. Me volví hacia el recién llegado con el corazón en un puño.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

Sonreí, aunque no pude evitar que algo dentro de mí se desinflara con fuerza al encontrar el rostro sonriente de Harry y no de Marcus. Él me dio un beso en la mejilla y posó el dulce en mi mano.

—Gracias, Harry. ¿Qué haces aquí? —le pregunté. Aún llevaba el traje puesto y tenía los ojos cansados.

—Te fuiste de la fiesta, así que he venido a verte. Felicitar a una amiga merece cruzar al otro lado de Mordor, ¿no? —sonrió y, entonces, centró su atención en sus zapatos—. Vi a Marcus irse deprisa del teatro… y… —Volvió a mirar al frente, incómodo—. En fin, deduzco que no fue bien.

Di vueltas al *cupcake* entre mis dedos de manera nerviosa. No quería decirlo. No quería reconocerlo. Si lo hacía, sería real, pero…

—Se ha ido.

Me retorcí al pronunciarlo en voz alta. Sí, eso lo hacía real y… tremendamente insoportable, pero había sido mi decisión y debía aceptarlo. Era como quitarse un esparadrapo. Había que hacerlo de forma rápida y con convicción. El dolor era más intenso pero menos duradero de lo que tardaría en olvidarle poco a poco.

—Voy a hacerte una pregunta estúpida, pero… ¿estás bien?

Me froté la cara con ganas y le miré.

—Sí. Es lo mejor. Fue lo que yo le dije, no puedo enfadarme. Solo que… fue bonito. No sé. —Me encogí de hombros—. Estuvo bien sentirse así…

—Lo que tiene enamorarse es que también pueden partirte el corazón.

—Creo que preferiría no haberle conocido. Al menos, no me sentiría así…

Harry se levantó, de improvisto y se levantó la camiseta.

—Tócalo —me dijo. Tardé un par de segundos en darme cuenta de que se refería a su

tatuaje—. Hazlo, de verdad. —Vacilé, porque no sabía qué pretendía, pero pasé las yemas de mis dedos por la superficie suave y en relieve—. ¿Ves? Las cicatrices siguen ahí, Olivia. Pasan cosas y no podemos controlarlas y a veces esas cosas nos dejan una marca que no desaparecerá nunca. —Aparté los dedos y él volvió a bajar la camiseta—. Tú puedes decidir si quieres dejar que el mundo vea lo fea que es o si quieres hacer algo mejor. Quédate con lo que has aprendido. Él te ha ayudado a arrancar, ahora decide si sigues adelante o vuelves a quedarte atascada atrás.

—Le he echado de mi vida para seguir adelante, aunque suene contradictorio. No voy a quedarme atrás ahora. Marcus me ha enseñado mucho. Es solo que me duele que acabe así… Pero no se trata solo de mis sueños, sino de recuperar quién soy, y sé que si renunciase a esos sueños por él o por cualquier otra persona no podría considerarla mía. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, sé exactamente a qué te refieres, pero ¿hablas solo de Marcus o hay algo más?

En ese momento, decidí que debía sincerarme del todo.

—Hay algo que no te he contado —confesé.

—Soy todo oídos.

—Leo pidió que yo terminara su historia. Aquel día que me fui de la clase fue porque aquella mujer vino a contármelo. Era su editora.

Él cogió aire con fuerza y entrelazó las manos entre sus piernas, posando todo el peso de su cuerpo sobre sus codos.

—¿Quieres que te sea sincero yo también?

—¿Qué quieres decir?

—Que ya lo sabía, Livi —sonrió—. Se rumorea en Internet desde hace semanas y te vi leyendo los libros. En fin, no soy muy listo, pero tampoco soy idiota.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Esa misma pregunta he querido hacerte yo todo este tiempo. Yo no lo hice porque pensé que si no me lo habías dicho era por algo.

—No lo hice porque estaba segura de que me dirías que debía escribirlo y yo no sabía si podía.

—No sé si te habría dicho eso, la verdad, pero me intriga mucho saber lo que decidiste.

Bajé la mirada hacia la punta de mis zapatillas.

—En realidad, no lo decidí hasta ayer. No puedo hacerlo, Harry. Yo no. Me encantaría, pero no podría hacerlo como ella merece.

Él asintió.

—Es una decisión respetable.

Fruncí el ceño.

—¿No vas a decir que me equivoco?

—Has tardado un montón de tiempo en decidirte, así que deduzco que lo has pensado bien.

Le miré y sentí que mis ojos se encharcaban.

—Gracias. —Dejé caer mi cabeza sobre su hombro—. Gracias por estar aquí.

Él chascó la lengua y extendió un brazo hacia mí para estrecharme contra su cuerpo.

—¿Y dónde iba a estar sino, tonta? —respondió con una sonrisa.

Intenté alzar la comisura de mis labios y miré el *cupcake*. Hundí los pulgares en la parte esponjosa y lo partí por la mitad.

—¿Compartes calorías conmigo?

—Vamos a necesitarlas. Hay muchas horas de entrenamiento por delante.

Sonreí y me llevé un trozo a la boca. El azúcar me invadió el paladar de inmediato. Eso me hizo recordar a Marcus. Nuevas lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Amén a eso, amigo mío —respondí con la boca llena de *frosting*.

—¿A partir de mañana? —sugirió, robándome un trozo de chocolate de los restos de mi mitad, que aún se repartían por el papel de colorines.

Tragué con esfuerzo y me acomodé un poco más sobre su hombro.

—A partir de mañana —afirmé.

Harry se marchó diez minutos más tarde. En breve saldría el sol, pero yo no regresé al interior de casa. Me quedé ahí fuera un rato más. En aquel momento, sentía que debía hacer algo. Así que, finalmente, subí a mi cuarto, cogí la carta que descansaba en el cajón de mi mesilla, salí a la calle y recorrí la distancia que me separaba del acantilado en moto. Aparqué a un lado del camino, aún con el papel arrugado dentro de mi puño y avancé hasta llegar junto a la barandilla.

Allí, me recibió el amanecer. El lugar estaba tan solitario, tranquilo y precioso como esperaba. El mar se mecía en calma, los pájaros comenzaban a piar y ningún sonido ajeno a la naturaleza se atrevía a interrumpir aquella paz mientras la luz anaranjada despuntaba en el horizonte, confiriendo un tono especial, como mágico o de otro mundo, a cada pequeña pincelada de aquel paisaje.

Me quité las zapatillas y, una vez más, me subí a lo alto, con mis pies sobresaliendo a un lado y al otro. Había tantas cosas que quería gritarle a aquel amanecer… Pero en esa ocasión crucé al otro lado y con el vestido atado a mi cintura bajé por las piedras del acantilado hasta llegar a las rocas, en la playa. El viento me daba en la cara y, de algún modo, me confirió fuerza. Debía hacerlo, tarde o temprano tendría que enfrentarme a ello, así que avancé hasta que mis pies tocaron el agua fría. El mar los envolvió en cuestión de segundos. Me subí a una pequeña roca, me senté entre las olas y miré el puño que se cerraba sobre la carta.

Sería absurdo decir que no vacilé. No sabía si quería hacerlo, solo que había llegado el momento. Abrí los dedos para revelar el perfumado papelito que llevaba guardado en mi mesilla desde que la madre de Eleonor me lo había entregado. Sujeté mi pelo tras la oreja y le di vueltas entre los dedos. No era muy grande, más bien al contrario, y el papel era como de pergamino. Llevaba lacre y todo… Sonreí para mí misma. Eleonor era así de teatral para todo… Respiré hondo con pesadez. Era sobrecogedor pensar que lo que tenía entre los dedos lo había hecho ella misma, que ahí había un trocito de ella… Imaginarla haciéndolo, consciente de lo que podía pasar… Era demasiado intenso. No había sido muy justa con ella. Me había enfadado por ocultarlo en lugar de intentar pensar en cómo debía sentirse. Tuvo que ser abrumador. Quizás yo tampoco se lo hubiera contado si hubiera sido al revés. Miré el sobre de nuevo y una vez más cogí aire con fuerza. La echaba tanto de menos… No había abierto el lacre aún y las lágrimas ya corrían libres por mis mejillas, pero lo hice. Separé la cera roja y abrí el pequeño papel. Sin embargo, ahí no había ninguna carta. En lugar de eso, cuatro líneas cruzaban de lado a lado el

papel tostado. Cuatro líneas que decían:

Morir y vivir en el corazón de los que nos aman no es morir.

Olivia, te dejo esta frase de Thomas Campbell. Juntas para siempre y como siempre. Perdona por no darte todas las respuestas que necesitas. Espero que me entiendas y que no me odies.
Te quiero.

Leo.

Volví a doblar la carta y la guardé de nuevo en su sobre. Fría y confundida. No lo entendía. No sabía cómo sentirme. Miré hacia el mar, mientras las lágrimas seguían cayendo desde mis mejillas. Me quedé un rato más allí, frente al amanecer, con el corazón en un puño y la pena apretando contra mi pecho, hasta que la luz del sol me bañó por completo y, por fin, me decidí a regresar a casa.

Cuando llegué, me descolgué despacio las zapatillas del hombro y las dejé caer muy lentamente al suelo, como ida… Mi madre pasó por delante de mí y, al verme, se detuvo en seco.

—Hola, cielo —sonrió—. ¿Qué tal ha ido?

Alcé la mirada hacia ella, aún en ese mismo estado extraño, como atrapada en un limbo que empezaba a revolver todo por dentro. Me quedé helada. No tengo ni idea de qué ocurrió, pero, de pronto, mi vista se clavó en ella. Solo hice eso. Su sonrisa se congeló y me miró de la misma manera en que yo la observaba a ella, sabiendo que algo estaba a punto de estallar. Abrí la boca, aspiré aire con fuerza, lo contuve en los pulmones mientras sentía que mi pecho y mis labios empezaban a temblar y, de pronto, grité de forma desgarradora, resbalé con la espalda por la puerta hasta quedar sentada en el suelo y rompí a llorar…

Mi madre corrió a abrazarme.

—No puedo hacerlo —balbuceé entre enormes sollozos. Sentía que me quemaba. El dolor me ardía por dentro y no podía dejar de gritar—. No… no puedo.

—¿Qué no puedes hacer, cielo?

Me aparté un poco de ella y le entregué la carta. Sus ojos recorrieron las escasas líneas en cuestión de segundos. Su rostro mostró la misma incomprensión que yo había sentido al enterarme por primera vez.

—Cielo… —musitó.

—No puedo. —Hipé—. Mamá…, no…, de verdad… —Seguí sollozando. Me cubrí con los brazos y mi madre me estrechó contra ella—. Llevo… todo el… verano in… intentándolo y…

—Cariño. —Me apartó un poco para mirarme. Acariciaba mi cara con sus manos, quitando mis lágrimas—. Cálmate y háblame.

Alcé los ojos hacia ella, totalmente encharcados.

—Yo… yo no era así. Lo he estropeado todo y la echo de menos, pero… ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Qué debería hacer?

—No todas las preguntas tienen respuesta, cielo. A veces lo único que puedes hacer es dejarte llevar.

—¿Cómo voy a hacer eso? —Lloré.

—En primer lugar, dejando de tener miedo a decepcionar a nadie. —Alzó una mano hacia

mí y me pellizcó un poco la mejilla, con cariño.

—Yo… yo solo quiero que vuelva. —La abracé con más fuerza y lloré como si eso pudiera hacer salir todo el dolor que me comía por dentro—. Por favor, haz que vuelva…

—Cariño… —Se dejó caer para sentarse en el suelo en lugar de en los tobillos y se echó un poco hacia atrás, acunando mi cabeza en su regazo—. Mi niña…

TRES MESES DESPUÉS

Capítulo 28

Habían pasado tres meses desde la última vez que había visto a Marcus y yo había continuado con mi vida. Harry y yo seguíamos ensayando y las clases con Filippa volvían a cubrir el noventa por ciento del tiempo restante. Aún pensaba en él, sí, aunque no me había atrevido a buscar noticias o a ver sus vídeos. Prefería recordarle como algo bonito antes que pensar en lo que había perdido…

—Aquí tienes —dijo Harry dejando una bandeja delante de mí.

—Qué amable —sonreí—. Muchas gracias.

—La caballerosidad no ha muerto, amiga mía.

—Eso o no pierdes la ocasión de pasar un microsegundo más con tu nueva novia. —Vacilé y miré hacia la barra para saludar a Elena con la mano.

—Soy un tío enamorado —rio y atacó su sándwich de pollo.

—Me gusta —le dije—. Tienes mucha suerte de que te aguante.

—Soy un partidazo. Solo era cuestión de tiempo que las chicas normales se dieran cuenta de ello, y yo soy mucho más feliz desde que no salgo con bailarinas.

Reí.

—Somos mala gente… —vacilé.

—Podría darte varios argumentos para esa afirmación —comentó con la boca llena. De pronto, se quedó callado, mirando a algún punto por encima de mi cabeza—. Espera, ese… ¿no es tu amigo?

Algo se encogió con fuerza dentro de mí. Me giré de inmediato, pero no vi a nadie parecido a él. Entonces, alcé la mirada de forma distraída hacia el televisor y, entonces, le encontré. Era él, Marcus Fitzpatrick, aunque diferente. Se había hecho algo en el pelo. Ya no tenía la melena cobriza que le caracterizaba, sino que la llevaba casi metalizada, de un rubio que juraría que era más blanco que amarillo. Su ropa también parecía más moderna, incluso sus dientes resaltaban más de lo normal. Sin embargo, no había ni rastro de ninguna de sus cámaras. No, ese no era Marcus, era Mik Row…

—Diles que suban el volumen —le pedí a Harry, acercándome más al televisor para verle mejor.

Entonces, el audio fue elevándose sobre el ruido del lugar.

Estaba en un estudio de grabación, aunque no podía oír de qué hablaban porque la cafetería estaba llena de bailarines que aprovechaban el descanso para comer. Con la entrada del otoño el ajetreo habitual había regresado a cada esquina de la escuela. Así que, por más que lo intenté, solo alcancé a oír las últimas palabras del reportaje, que ni siquiera pronunciaba Marcus, sino el locutor. Por lo que pude entender, parecía que se encontraba inmerso en la grabación de su primer disco y que todo iba viento en popa. La noticia terminó y el telediario dio paso a los deportes. Sin embargo, yo me quedé ahí clavada un poco más. Se le veía bien, contento, cumpliendo con su sueño. Así debía ser y así se lo había dicho yo misma, lo que no entendía era

por qué me había encogido el estómago de ese modo verle tan contento. No es que no quisiera que fuera feliz. Me alegraba muchísimo. Era más bien que, de pronto, un pequeño miedo fue haciéndose grande en mi corazón y cayó a plomo sobre mi pecho, ¿y si ya se había olvidado de mí? Una amarga sensación acompañó a ese pensamiento, y tuve que sentarme en uno de los taburetes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harry, apareciendo a mi lado.

—Parece que todo le va bien —respondí yo, taciturna—. Aunque no he podido oír de qué iba.

—Seguro que no decía nada que tú no supieras ya.

—No he hablado con él desde la inauguración del teatro —reconocí. Era cierto. No habíamos cruzado ni un pequeño mensaje. Al principio, solía ver la foto de su perfil, que tenía asociado a su teléfono en mi agenda, hasta que dejó de actualizarla. Hacía prácticamente dos semanas que tenía la foto de un piano, solo un piano. Lo único que tenía de él era la primera foto que me había dado aquella vez que me escribió su dirección, pero no me había atrevido a sacarla, igual que tampoco me había atrevido a mirar su canal de YouTube. Teníamos vidas y caminos diferentes, así que no tenía sentido seguir manteniendo la herida abierta. Soy masoquista para algunas cosas, pero no tanto.

—Creía que…

—Solo te dije eso para que dejaras de preocuparte —le respondí—. Lo que no entiendo es qué hace en esa ciudad. Me dijo que se iba a la otra esquina del mundo, pero está a cinco o seis horas en coche.

—Lo entendería de otra persona, pero no tienes más que preguntarle a Google. —Sacó su móvil y tecleó algo—. A ver… —Se acercó un poco más la pantalla a los ojos—. La grabación es entre dos países. Lleva aquí dos semanas.

—¿Dos semanas? —Algo se retorció en mi estómago.

—Te lo podría haber buscado antes si no me hubieses mentido. Deberías dejar de fingir con la gente que te quiere. Creí que ya habías entendido eso. No es malo aceptar un hombro sobre el que llorar.

—No empieces, Harry.

Me levanté, molesta, y regresé a mi sitio. Teníamos poco tiempo para terminar de comer, aunque se me había quitado el apetito por completo.

—Deberías ir a verle —siguió él, sentándose de nuevo en su sitio, frente a mí.

Alcé la mirada hacia su rostro serio.

—¿Para qué?

—Pues, por cómo acabasteis, está claro que es importante para ti. No deberías dejar que ese sea el último recuerdo. Ahora que parece que ambos estáis encaminados hacia lo que queréis hacer, deberíais hablar. Seguro que ni siquiera sabe que has escrito el libro.

—Eso solo lo sabes tú. Nadie más, porque nadie lo verá.

—Es un inmenso honor, ya lo sabes, pero creo que a él le gustaría saberlo, Livi. —Colocó su mano sobre la mía, sobre la mesa—. Hazme caso, ¿vale? No tienes que ir a decirle que le quieres, seguro que ya lo sabe, sino a dejar un recuerdo por el que no te arrepientas en el futuro. La Olivia

Green de sesenta años se acordará de esa superestrella que conoció un verano y se arrepentirá de que su último recuerdo con él fuera cabreándose, en tacones y fastidiando la mejor fiesta a la que habías acudido en años.

—La fiesta era infumable, Harry.

—Yo no la recuerdo así…

—Porque te liaste con Helena —le recordé.

—Puede ser, ahora que lo dices…

Cogí aire, lentamente, y lo solté de golpe.

—De todos modos, ni siquiera sé dónde está. Hay centenares de estudios y esto podría haber sido grabado hace semanas…

—Eso es cierto, sí.

—Él sabe dónde estoy. Si quiere hablar conmigo, volverá. Es el único que puede hacerlo.

Sin decir nada más, Harry extendió un brazo hacia mí y rodeó mis hombros, reconfortándome.

—Vámonos. Aún queda mucho trabajo.

Ambos regresamos al estudio para mostrarle a Filippa el resultado de nuestros ensayos. Mentiría si dijera que ver a Marcus en la televisión no me había afectado. Lo hizo, del modo en que llevaba temiendo desde el mismo día en que le había pedido que se fuera. Sin embargo, durante la coreografía, conseguí concentrarme por suerte para mí y para Harry, que no tenía la culpa de nada de lo que había pasado entre Marcus y yo.

—*Pegfecto* —felicitó ella, una hora más tarde—. Sois *hegmosos*. —Sonrió—. No me cabe duda de que, en unas semanas, *estaguéis* haciendo la maleta.

Miré a Harry, con una sonrisa, aún agitada, y él me abrazó por la cintura.

—*Siempge* es *magavilloso contemplag* cómo os *tgansfogmáis*. Es como si *pasaga* una *pagte* de mí a cada uno de ustedes. —Entonces, vi algo que nunca había visto, los ojos de Filippa, encharcados—. Jamás *cgeí* que algo me *hiciega* más ilusión que *bailag*.

Dicho esto, nos abrazó a ambos.

—Mis chicos… Van a *teneg* una *magavillosa caguega*.

Sí, esas palabras eran exactamente lo que había deseado escuchar durante tanto tiempo, más aún durante los últimos meses en los que parecía que todo mi mundo se había venido abajo y, sin embargo, aunque me alegraron, no sentí ningún alivio.

Harry me dio un pequeño estrechón de hombro y se fue directo al vestuario, pero yo me quedé ahí, en la sala, mirando mi reflejo en el espejo.

—Creí que *estagías* contenta —me dijo Filippa desde el otro lado de la sala, mientras ponía talco en una esquina.

—Lo estoy. Es solo que ahora mismo me siento en una especie de limbo. —Jugueteé con mis dedos, nerviosa—. Solo intento pensar en qué haré si no paso la prueba.

—Hay más *pguebas*.

—Sí, lo sé, pero ¿y si no pasase ninguna de las que de verdad quiero? ¿Y si no soy lo bastante buena y he sacrificado todo… para nada?

—Olivia, ¿*cgees* que tienes talento?

Alcé la mirada hacia ella a mi pesar.

—Sí.

—Entonces baila *paga enamogag*, no como única *fogma* de *estag* de este *lugag*.

—¿Por qué dice eso?

—*Pogque* te he visto *cgeceg* y soy vieja ya. Con esas dos excusas no puedes *engañagme*. Todos *queguemos volag* o *huig* en algún momento de *nuestgas* vidas, Olivia. Ahoga que vas a *volag* te *dagué* un consejo: si tu miedo es *fgacasag*, tu lucha ha de *seg* más *fiega*, si tu miedo es *vivig*, debes *vivig* con más intensidad… El destino es *capgichoso* y *siempge* te *movegá* de un lado a otro, como el viento. Hay muy pocas ocasiones en las que tú *podgás decidig* en qué *diguección* sopla ese viento y esa es tu *guesponsabilidad.* —Rodeó mi barbilla con sus largos dedos—. No *fgacasagáas*, hagas lo que hagas, si lo haces con el *cogazón*. —Alzó las cejas para clavar bien sus ojos en mis míos—. *Difgútalo*, *queguida*. —Me dio una palmadita en el brazo antes de girarse para enfilar el camino por el largo pasillo.

Dejé que mi hombro se apoyara contra la pared mientras mi vista se quedaba clavada en ella, que se alejaba con andar elegante hacia su despacho. Hinché los pulmones lentamente y cerré los ojos. Había algo que debía hacer…

Capítulo 29

La casa estaba vacía. Imaginaba que ya se habían ido porque ni siquiera seguían las cajas. Usé la llave y subí al piso superior, igual que había hecho un millón de veces.

Cuando entré, la sensación fue como si una fuerte corriente de aire hiciera un agujero en mi pecho. No había nada. Solo una cama, con el colchón cubierto por una colcha blanca y una mesa vacía. Todo lo demás había desaparecido… Poco o nada quedaba de Eleonor allí, excepto su olor. Cerré los párpados un segundo y cogí aire para conferirme la fuerza que necesitaba. Acto seguido, me acerqué a la mesa y, con cuidado, dejé el taco de folios unidos por un gusanillo negro sobre la superficie lisa de madera y retrocedí un paso, observándolo.

Había tardado mucho en formar la primera frase, pero aún más en sentirme parte de ello. La primera vez que las musas decidieron acordarse de mí estaba paseando con mi madre por el centro. Fue algo inesperado y extraño: una escena llegó de forma tan nítida a mi mente que tuve que parar de golpe. Sin embargo, al llegar a casa, la había olvidado por completo, así que empecé a llevar siempre una libreta en la mano. Pasaron varios días hasta que algo así volvió a pasar, esta vez en un sueño. Lo apunté, aunque por la mañana ya no me parecía tan buena idea. No fue hasta que, de pronto y sin venir a cuento, una pequeña vocecilla surgió en mi cabeza. Algo hizo clic dentro de mi mente y los pensamientos de Emma empezaron a inundar los míos, apoderándose por completo de ellos. No me estaba volviendo loca, o eso creo. Fue diferente…, como conectar emocionalmente con ella. Entonces, empezaron a brotar escenas, diálogos y pensamientos como si en verdad fueran recuerdos cada vez más intensos de una vida pasada o algo así hasta que llegó un punto en el que Emma estaba conmigo incluso en mis sueños, desconcentrándome. Ese fue verdaderamente el momento en que decidí que debía poner todo los que estaba pasando por escrito. No hubo orden, ni una estructura. Nada de lo que me había enseñado Marcus. Al principio solo fue una conversación detrás de otra y otra hasta que empecé a entrelazarlas con los pensamientos y a su vez con las escenas. El día que conecté dos capítulos seguidos me sentí invencible, lo juro. Experimenté una extraña euforia, un poder nuevo y fascinante entre los dedos y, entonces, se convirtió en una droga, en una especie de obsesión. Escribí en cada minuto libre, recluida en mi habitación, sin poder dejarlo hasta que hube vomitado hasta el último sentimiento.

Después de eso llegó algo con lo que no había contado: el vacío y la desazón mezclados con una estrambótica sensación de añoranza, ímpetu y libertad…

Así que sí, había escrito el final… Un final que jamás creí que yo fuera capaz de narrar, muy contrario a lo que la persona que yo solía ser habría apoyado. Pero a veces creemos que somos de un modo porque no conocemos otra manera de ser.

Amaba el *ballet* con todas mis fuerzas. Llevaba dedicándome a él en cuerpo y alma desde que podía recordar. Había sido mi tabla de salvación durante los últimos meses, mi refugio para ignorar lo horrible que era el mundo. Toda mi felicidad la había depositado en la consecución de ese sueño y, de pronto, en ese preciso instante en que de nuevo volvía a ser lo único que tenía me

di cuenta de lo frágil que era. Había estado cerca de perderlo. Un ángulo de caída un poco más pronunciado y todo se habría esfumado. Nada garantizada que no pudiera volver a ocurrir y, ¿qué me quedaría, entonces?

No podía dejar de pensar que, precisamente, esas tres semanas en las que no había podido bailar habían sido las únicas en las que había vuelto a sentirme viva. No había sido la música ni la sensación de las puntas contra mis dedos, sino Marcus; su mirada afilada, su enorme sonrisa y ese empeño por hacerme volver a reír. Bailar frente a él había sido el clímax, la caída del telón tras el que me había escondido, el momento en el que había desnudado mi alma y mi cuerpo frente a la única persona que había sido capaz de ver a través de él. Bailar frente a Marcus había cobrado un significado totalmente nuevo. Eso era lo que le hacía diferente. Con él, la música tenía más tonos, el baile, más emoción, la luz más color… Todo cobraba más fuerza con él porque tenía la habilidad de hacer que todas las cosas fueran bonitas, incluso las tristes, como yo… Él ya sabía lo que era haber madurado de golpe mientras, por fuera, seguías pareciendo un adolescente despreocupado. Me había devuelto a mi vida como quien se empeña en cuidar una planta seca hasta que vuelve a retoñar. Con la misma paciencia y esmero. Y estaba segura de que él, que también estaba herido, había visto en hacerme florecer la esperanza para sí mismo.

Pero le había echado…

Y, en ese preciso instante, la carta de Eleonor cobró sentido. Por fin entendí por qué me lo había pedido a mí. Ella había visto antes que yo mi obsesión. Sabía cómo reaccionaría a su pérdida. Obligarme a buscar un final para Emma era obligarme a descubrir cómo de grande era ese deseo, ese sueño. Qué sacrificios tendría que hacer y forzarme a decidir hasta qué punto quería llegar. Ella, que según Marcus había vivido obsesionada por que se la recordara, se había dado cuenta de que el recuerdo no existía en esas metas alcanzadas. Ni siquiera cuando era conocida en casi todo el mundo. Leo había descubierto que la auténtica inmortalidad, la auténtica felicidad reside en las huellas que dejamos en otras personas. En nuestras relaciones con ellas, en los momentos que creamos…

Abrí los ojos y me quedé pensando en ello…

Entonces, me levanté, como impulsada por una fuerza invisible. Hice una rápida búsqueda en Internet y lo decidí. Salté los escalones de dos en dos y corrí hacia la carretera. Mientras me ponía el casco, saqué el móvil y marqué un número. No respondió, pero eso no me frenó. Guardé el teléfono en mi bolsillo trasero y arranqué la moto rumbo a la autopista.

Al cabo de una hora, mientras descansaba cerca de una gasolinera, volví a intentarlo. Esta vez, tardó solo un tono en descolgar.

—¡Harry! —solté antes de que él pudiera decir nada—. ¡No te lo vas a creer!

—¿Va todo bien? —Oí desde el otro lado del teléfono.

—Estoy de camino. Voy a ir a hablar con él.

—Espera, Livi, ¿qué estás haciendo? Voy contigo.

—¡No, no, Harry! Debo hacerlo yo. Ahora estoy en un bar de carretera a 100 km de casa. —Moví la pajita de mi zumo con insistencia.

—¿Estás bien?

—Sí. Quiero decir, no lo sé, pero tenías razón. No quiero arrepentirme.

—Livi, tenemos la audición en dos días. —Su voz sonaba cautelosa, como si quisiera recordármelo sin ponerme nerviosa o hacerme vacilar en la decisión.

—¿Puedes decirles a mis padres que estoy contigo? Les he dejado un mensaje, pero estoy segura de que te llamarán.

—Afirmativo.

—Vuelvo a la carretera —le dije. En realidad, no había aguantado ni diez minutos en aquel sitio. Estaba ansiosa—. Llegaré, te lo prometo.

—Te creo. Dale duro, preciosa.

Capítulo 30

Llegué a la ciudad sobre las cinco de la mañana. Dormité de mala manera sobre una de las mesitas de una cafetería abierta las 24 horas frente a un doble *caffè latte* hasta que el bullicio de los primeros madrugadores me hizo despertar.

Desayuné un poco de pan tostado con tomate, todo bastante rancio, mientras intentaba despertarme. Compré un desodorante y un cepillo de dientes e hice lo que pude por mi aspecto en el baño de aquel cuchitril. Presa del cansancio, mi ímpetu inicial parecía haber menguado y, de pronto, no se me antojaba como una idea tan brillante. Haber cruzado medio país en una vieja Vespa tampoco era aval suficiente para lanzarme a aquello, pero, entonces, recordé que era él, Marcus, el chico con el que había compartido tantas risas y, de pronto, el miedo empezó a mitigarse un poco. O eso creía, porque, a los dos segundos, algo en el estómago, digamos que nervios en estado puro, me obligó a doblarme sobre el retrete y a vomitar todo el desayuno.

Entonces, noté que el móvil vibraba.

Harry dice:
Mira tu correo y dime cuánto me amas.

Extrañada, hice lo que me pedía. Entré en mi email y encontré un mensaje nuevo. Venía de él, claro, y no tenía asunto. Lo abrí, dudando, y encontré una dirección y una hora. Sentí que mi corazón se hinchaba a punto de explotar.

Abrí el chat y escribí deprisa.

¿Es lo que creo que es?

Harry dice:
Puede ser. ¿Sabías que tiene club de fans? Dios… Ahora tengo una camiseta con su nombre y trescientas notificaciones por minuto…

Sonreí, con ganas.

Juro que te compensaré.

Harry dice:
Mucha suerte, Olivia. Dile todo, ¿vale? No te quedes con nada dentro.

Eso haré.

Harry dice:
Genial. Entonces, corre, que llegas tarde.

Miré el reloj y casi se me escurre de la mano. Faltaban poco más de veinte minutos, puede que menos si él llegaba mucho antes.

Volví a cepillarme los dientes lo más deprisa que pude y corrí hacia la calle. Había memorizado el camino, no estaba lejos, aunque la voz aguda de mi GPS del móvil me recordaba todo el tiempo cuándo debía cambiar de dirección.

Llovía, por cierto, y yo no tenía paraguas. Solo la capucha de mi sudadera. Tiré de los cordones para ceñirla con fuerza a mi cabeza y seguí avanzando. Era pronto, pero la calle estaba atestada de gente y, la carretera, llena de vehículos que me empapaban al pasar por los charcos. Que iba a llegar calada ya era un hecho, pero sabía que a él no le importaba eso. Lo que no esperaba era que, cuando por fin llegué, no me dejaran entrar o que ni siquiera tuvieran una cornisa bajo la que guarecerme. Resignada, me coloqué contra la pared bajo un pequeño balcón

que chorreaba agua por mis cuatro costados. Saqué el móvil y miré el reloj. Faltaban cinco minutos para la hora que me había dicho Harry, pero desconocía si esa era la hora a la que empezaban con las grabaciones o la hora a la que él solía llegar. Si era la primera opción, él podía llevar dentro, perfectamente, más de media hora, ¿no? Sí, mi plan tenía lagunas, lagunas tan grandes como las que se habían formado en la carretera frente a mí. Estaba improvisando, pero tampoco tenía otra opción más que esperar. Era eso o llamarle y no me sentía con la fuerza suficiente para acudir al comodín de la llamada. ¿Qué iba a decirle?: «¿He investigado tu club de fans para venir a acosarte?». O peor: «¿He hecho que mi mejor amigo seduzca a la presidenta de tu club de fans para, igualmente, acosarte?». ¿Por qué narices no podía ser natural? ¿Por qué no podía llamarle sin más y decirle que le echaba de menos? ¿Por qué me empeñaba en complicarlo tanto?

De repente, una figura llamó mi atención. No sé qué fue, seguramente su forma de caminar porque no podía reconocer nada más, pero ahí estaba. Era él. Estaba segura. Iba enfundado en un abrigo negro y se alejaba calle abajo. No iba en dirección al lugar en el que yo estaba, sino en otra opuesta, pero no me cabía duda de que era Marcus. Sí, quizás fuera a hacer el ridículo más importante de mi vida, pero, en ese momento, algo me empujó, y, sin pensarlo, como si fuera arrastrada por un ancla hacia el fondo del mar, corrí hacia él.

—¡Marcus! —grité. El ruido de la lluvia y de los coches era demasiado alto. Apenas podía verle a través de los paraguas de la gente. ¡Iba a perderle!—. ¡MARCUS!

Entonces se detuvo. Supe de inmediato que me había escuchado porque ladeó ligeramente la cabeza hacia un lado.

Yo seguí corriendo hasta que pude acercarme un poco más a él.

—¿Olivia? —preguntó.

Yo me detuve y sentí que todo el mundo a mi alrededor también se detenía. Esos ojos, tan extraños y preciosos, volvían a mirarme a mí, solo a mí, después de tanto tiempo y, de pronto, no sabía ni qué decir.

—Vaya —balbuceé—. Estás muy… cambiado.

En realidad, precisamente sus ojos eran lo único que seguía como siempre. En persona, el cambio de estilo al que le habían sometido era aún más evidente que verlo en la televisión.

—¿Te gusta?

—No pareces tú.

Él rio de forma extraña y miró hacia un lado, claramente incómodo.

—Creo que esa es la idea.

—Se te ve bien —intenté sonreír.

—No puedo quejarme, pero ¿qué haces aquí? Quiero decir, no me has dicho que venías.

—Es una buena pregunta —vacilé.

—¿Estás bien? Pareces… nerviosa.

—El caso es que… acabo de ver un Smoothie State justo a un par de metros de aquí y de pronto me han dado unas ganas enormes de uno. ¿Te apetece si…?

—Oh… Verás… —Se llevó una mano a la nuca y miró distraídamente hacia atrás—. El caso es que justo tengo que ir a…

—Está bien. —Me apresuré a decir—. No pasa nada.

—No, ¿sabes qué? No importa. Vayamos. Siempre tengo un hueco para ti, Olivia.

Oírle pronunciar de nuevo mi nombre hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Por un momento, sentí que me quedaba como ida, pero él empezó a andar y yo también.

—¿Qué tal te va? —preguntó después de un buen rato, tamborileando con los dedos sobre la mesa en medio de un silencio tremendamente incómodo mientras esperábamos que nos trajeran las bebidas—. ¿Qué tal las audiciones?

—Las tengo en dos días.

—¡Vaya! Eso es genial. —Me felicitó, aunque su sonrisa no llegaba a sus ojos—. Estarás histérica.

—Lo estoy, sí, lo estoy. —Cogí aire, incómoda. En ese momento, el camarero apareció con el pedido—. ¿Y tú?

—No puedo quejarme. Esto está bastante bien. Aún queda mucho trabajo y muchos puntos sobre los que llegar a un acuerdo, pero es un sueño.

—Me alegro. —Intenté sonreír sinceramente, sin éxito, así que bajé la mirada hacia mi vaso para intentar disimularlo.

Entonces, ambos nos quedamos en silencio. Fuera, la lluvia se oía con fuerza.

—Fui a buscarte, ¿lo sabías? El día de mi cumpleaños. Después de ver tu regalo —le dije.

—Sí, bueno. —Desvió la vista hacia sus dedos, que jugueteaban con la pajita de forma casi compulsiva, como si estuviese incómodo—. Me llamaron y tuve que irme, ya sabes.

—Quería agradecértelo. Fue muy bonito.

—No hay de qué. —Soltó la pajita y se echó un poco hacia atrás con el ceño ligeramente marcado—. ¿Para eso has cruzado medio país?

Mi sonrisa vacilante se congeló y, poco a poco, desapareció. ¿Cómo era posible? Solo habían pasado tres meses. ¡Tres! ¿De dónde salía esa tensión?

—Quiero decir que podrías haberme llamado en algún momento de estos meses en lugar de venir hasta aquí, y tú nunca tomas uno de estos, así que supongo que debe haber una buena razón para ello —continuó.

Fijé la mirada en el vaso.

—Recordar viejos tiempo, supongo.

Su móvil empezó a vibrar. Él le dirigió una fugaz mirada y se aclaró ligeramente la garganta.

—Joder… Tengo que irme, Olivia.

Se puso en pie. Yo le imité.

—¡Oh! Claro… —solté, nerviosa—. Estarás muy ocupado.

Él se inclinó sobre mí y depositó un beso en la mejilla. Sentir su olor tan cerca y el contacto con su piel hizo que, durante un segundo, todo mi mundo diera vueltas.

—Me ha gustado verte. Te deseo suerte con esas audiciones, aunque estoy seguro de que no hará falta.

Forcé una sonrisa.

—Gracias…

—Bueno. —Volvió a aclararse la garganta—. Nos vemos.

—Sí…

Él hizo un ademán con la mano y se alejó hacia la puerta. Yo me quedé mirándole. Vi su figura en la entrada, poniéndose la capucha y saliendo bajo la lluvia mientras yo seguía ahí, plantada como un pasmarote. ¿Qué narices había pasado?

Entonces, algo tiró de mi pecho. Esa extraña vibración. Avancé y corrí hacia la salida. La lluvia me empapó al instante. Ahí, no muy lejos, su figura se alejaba con andar tranquilo.

—¡Marcus! —grité—. ¡MARCUS!

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo mientras echaba a correr hacia él.

—Me has cambiado la vida —confesé a pocos pasos de él, calada hasta los huesos—. Eso es lo que quería decirte —balbuceé.

Ahora, sí, se detuvo y se giró hacia mí. Bajó el brazo que sujetaba su capucha. Al instante, él también empezó a calarse. Me miró y, después de un segundo, alzó ligeramente la comisura de sus labios.

—Eso espero.

A pesar de ese frágil intento de sonrisa, sus ojos destilaban tristeza y eso me conmovió. Yo sentía un nudo enorme y pesado instalado con fuerza en mi garganta. Las palabras se agolpaban en mi cabeza. No tenía ni idea de qué hacer o decir. Me sentí idiota, indefensa, vulnerable y total y absolutamente desesperada. No podía perderle.

—Pero yo no soy como tú —empecé—. Tú estás tan… lleno de cosas buenas que siento que te contamino solo por estar cerca y eso no está bien. No… —Cogí aire con dificultad—. No me parece justo y yo… —Dios, ¿por qué era tan difícil hablar?—. Me he vuelto miedosa. Temo perderte y volver a pasar por eso y…

—Te he visto conducir a casi 200 kilómetros por hora y bailar sobre un precipicio. No puedes decirme que tienes miedo, Olivia.

—Pero es precisamente por eso por lo que lo hago. Por miedo a perder el control.

—Eso no tiene mucho sentido. Lo sabes, ¿no?

—Nunca he dicho que esté muy cuerda. El caso… el caso es que tenías razón. A ti también te dejó. También te duele. No fui justa. Estás tan roto como yo. Leo era de esas personas que llegan a tu vida para arrasarlo todo. —Me detuve unos segundos—. Y ha muerto. —Guardé silencio. Aquellas palabras pesaron en el ambiente durante varios segundos. Él clavaba sus ojos en mí. Era la primera vez que me miraba de nuevo de ese modo. La primera también que pronunciaba ese hecho en alto… De hecho, tuve que coger otra enorme bocanada de aire y forzarme a alzar un poco más la voz porque mis ojos ya se habían encharcado—. El caso es que no volverá, nunca, y ahora nos toca continuar sabiendo eso, pero no sé hacerlo sin ti. Te necesito a mi lado porque tú también has arrasado todo y no quiero perderte. Quiero seguir aprendiendo de ti. Necesito tu forma de verme a mí y de ver al mundo… y…

—Estoy enamorado de ti, Olivia —soltó, de pronto. Yo enmudecí de inmediato—. Pero no he dejado de pensar en tus palabras ni un solo día desde que me fui y me he convencido de que tenías razón. Pensaste claro cuando yo no lo podía hacer. No cambia lo que siento, pero… —miró hacia otro lado—, quizás querer a alguien no sirva siempre para acabar juntos —volvió a centrar su atención en mí—, sino para cambiar algo, ¿no? Tú lo has hecho conmigo.

—Entonces… No, no sé qué quieres decir, Marcus.

—Te digo que estoy de acuerdo, que querer a alguien significa desear sacrificar todo porque sea feliz y precisamente porque estoy enamorado de ti sé que no lo serás abandonando tu sueño, ni yo lo sería pidiéndotelo. Y sé que es igual para ti. —Retrocedí. ¿Qué estaba pasando? No parecía el Marcus de siempre, ahora incluso menos que cuando le había visto en la televisión. No era el chico optimista que siempre tenía una solución para todo, sino una versión adulta y apagada de sí mismo. Él avanzó un paso hacia mí—. Olivia, prefiero verte sobre un escenario, a distancia, sonreír y saber que hice lo correcto antes que ver cada día cómo una parte tan importante de ti misma muere un poco más por haber seguido un sentimiento que ninguno de los dos sabe cuánto va a durar.

Di otro paso hacia atrás.

—¿Qué te pasa, Marcus?

—Odiaría que un día te arrepintieras por haber cedido todo por mí o culparme por haberlo hecho yo. Hay pocas cosas que nos dejan elegir a nosotros ahora mismo, Olivia, pero esto podría afectar a toda nuestra vida.

Bajé la mirada. Mis ojos no podían dejar de llorar…

—Quieres decir que el amor no lo puede todo —musité—, ¿verdad? Que este no es uno de esos finales que la gente quiere leer, tal y como me dijiste.

—El amor ha hecho por ti y por mí más que muchísima otra gente.

La lluvia caía a nuestro alrededor. La gente, los coches… Todo seguía su curso, menos nosotros. De pronto, no éramos él y yo. No éramos los momentos que habíamos compartido, ni tampoco el final que yo había pensado. De repente, solo éramos dos figuras solitarias, mojándose en mitad de la calle mientras cientos de personas pasaban corriendo a nuestro alrededor.

Entonces, avanzó un paso y me abrazó.

—Siempre serás para mí la estrella que más brilla, Olivia —susurró a la altura de mi oído—, la más resplandeciente y preciosa y nunca me cansaré de mirarte, aunque sea en la distancia.

Aparté la mirada, pero él me tomó la cara entre las manos y siguió:

—Sé que cuando estés ahí arriba, en tu escenario, delante de miles de personas, sonreirás como no lo has hecho nunca y que este momento habrá merecido la pena…

—¿Eso crees? —musité.

—Estoy seguro, Olivia.

Tenía los ojos ligeramente entornados a causa del agua que chorreaba por su preciosa cara. Él apartó sus manos de mi rostro, me colocó la capucha sobre la cabeza con cuidado mientras mi pobre corazón se iba encogiendo cada vez más y me besó la mejilla con el beso más triste que había sentido nunca.

Luego, se giró y echó a andar, despacio.

Si quedaba algo vivo en mi corazón, lo arrancó de cuajo al darse la vuelta y lo arrastró tras él por la calle mojada, hasta perderse entre el mar de gente y pisadas extrañas.

Capítulo 31

Fuera llovía a cántaros de un modo horrible y triste que se había apostado en mi corazón. Llevaba así desde que había hablado con él. En el fondo, por raro que parezca, a pesar de la tristeza, había asumido sus palabras. Era cierto. Todo lo que Marcus dijo lo era. Una parte de mí estaba convencida de ello, pero… dolía tanto… Apoyé la cabeza contra el cristal y cerré los ojos. Verle otra vez había demolido mi corazón. Necesita verle de nuevo, abrazarle con fuerza. No dejar que se fuera nunca…

—¿Estás lista?

Abrí los ojos y me giré hacia Harry. Él ya se había preparado. Había calentado y parecía sereno. Confiaba en ambos, supongo, igual que yo. Él esperaba que me derrumbara después de las palabras de Marcus, pero lo cierto es que había sido un justo punto y final y ahora solo me faltaba aceptarlo, así que le miré y sonreí.

—Sí. Va a ser perfecto. Lo sé.

—Ven aquí. —Me abrazó—. Pase lo que pase, el camino ha merecido la pena. —Se separó de mí y volvió a mirar al frente, hacia el escenario—. Vamos a petarlo.

Las manos me sudaban un poco, el maillot me picaba, y, aun así, estaba más tranquila de lo que habría esperado. Había perseguido ese momento, pero ahora era extraño. Tras esa puerta estaba el camino hacia todo lo que había soñado y no sentía miedo…

—Vamos a disfrutarlo.

Y era cierto. Quería bailar de forma especial. Tal vez por la canción o por todo lo que había pasado, pero recordaba haberle dicho a Marcus que había ocasiones en las que perdía la diversión y no estaba dispuesta a ello. Iba a hacerlo, iba a bailar con el alma y con todo mi ser y si a ellos no les gustaba volvería a intentarlo las veces que hiciera falta. Quizás no necesitaba ser primera bailarina. Quizás con bailar fuera suficiente. Ese día, pensaba ser Emma.

Nos presentamos a la clase técnica a media punta y a puntas, a la coreografía que montaron en ese momento, a la improvisación en grupo y, entonces, llegó la hora de la coreografía que habíamos preparado.

Cogí aire. Harry me dirigió una última mirada y avanzó a mi lado.

En ese instante, pasé junto a un espejo y me crucé con mi reflejo. Me fijé en mi rostro y, sin darme cuenta, me detuve. Luego desvié la cara hacia el patio de butacas que se vislumbraba entre los telones. Harry dio un paso al frente y, en ese pequeño microsegundo, lo supe.

Y retrocedí.

—¿Qué ocurre? —me preguntó él, girándose, sin comprender.

Le miré y volví a retroceder. Lo deseaba. Deseaba estar sobre esas tablas con todo mi cuerpo y todo mi alma, pero no así. Eso no estaba bien. Se suponía que debía estar feliz y no lo estaba. Siempre me había imaginado ese momento con las entrañas encogidas. Con ganas de llorar por la mezcla de nervios y felicidad… Pero mi corazón parecía muerto y yo ya había aprendido que no tenía por qué ser así…

—Buena suerte, Harry.

Pronuncié aquellas palabras casi sin darme cuenta justo antes de girarme y dar un paso en dirección contraria, seguido de otro, y así hasta llegar al pasillo, alejándome cada vez más de lo que siempre había sido mi sueño.

De camino hacia la salida cogí la sudadera de mi chándal y salí a la calle. Aún llevaba el maillot, las medias, las zapatillas de punta…, pero eché a andar sin un rumbo fijo. Ni yo misma entendía lo que estaba pasando. La gente me miraba…

—Livi —escuché, de pronto, detrás de mí—. ¡Olivia!

Harry me detuvo por el brazo y me obligó a girarme hacia él.

—¿Qué es lo que ocurre? Vas a bordarlo. No dejes que el pánico t…

—No es miedo, Harry —le interrumpí—. O sí… No lo sé.

—¿Qué…?

—No sé qué ha sido, pero no me estoy equivocando. No puedo explicarlo, pero… Esa chica de ahí arriba no era yo y no podía hacerlo. Yo…

—Eso solo son los nervios.

—No. Sé que es raro, pero estoy segura.

—¿Y qué hay de lo que has luchado? ¿De lo que hemos luchado? —recalcó.

—Tú debes ir, Harry. Puedes hacer la coreografía sin mí. No me necesitas. Es tu momento, no el mío.

Él ladeó la cabeza hacia atrás, impaciente.

—Ve —insistí—, y bórdalo. Ya me has esperado demasiadas veces.

Él vaciló, incómodo e impaciente, pero, finalmente, cedió.

—Te quiero, Livi.

Dicho esto, regresó corriendo al edificio.

Yo respiré hondo y volví a caminar.

Debía hacerlo. Debía dar un paso atrás y descubrir la parte de mí que me estaba perdiendo.

El *ballet* había sido mi vida entera, pero también mi excusa para impedirme ser joven y disfrutar. ¿Y si un día me arrepentía de ello? ¿Y si un día me levantaba y descubría que ya no había diversión? Leo había vivido poco, pero se aseguró de llenar sus días con tantas cosas que había muy poco que le había faltado por experimentar. ¿De qué me serviría a mí tener una vida larga con solo una cosa especial sin saber qué más podía ofrecerme el mundo? ¿Qué más iba a perder por miedo?

Me detuve, me quité las zapatillas de punta y continué descalza…

Ese día anduve más que en toda mi vida. Mis medias se engancharon con infinidad de piedrecitas hasta que llegué justo a donde quería.

Me subí a la barandilla, con la vista clavada en el horizonte y, entonces, lo vi. El atardecer más precioso del mundo entero, brillando, solo para mí.

Sonreí. Quizás fuera absurdo, quizás me hubiese vuelto loca, pero aquella luz anaranjada me confirió esperanza y un sentimiento en lo más profundo de mi pecho que encogió cada célula de mi cuerpo.

Estuve ahí de pie, admirando al sol en su huida hasta que la noche me cubrió por completo.

En ese momento, regresé a casa y tomé una decisión.

Tres meses más tarde…

—Creo que con esto hemos terminado, Olivia. Estoy muy satisfecha.

Suspiré, aliviada y sonreí.

—Me alegro.

—Eleonor estaría muy contenta. No sé si habría elegido este final, pero no me cabe duda de que estaría feliz.

Ahora que la conocía más de cerca, Jo era una alguien con una personalidad muy apasionada y vibrante. No la mujer seria que me había imaginado el día que la conocí.

—Eso significa mucho.

—Si te animas a escribir otra cosa, me gustará leerlo.

Reí para mí misma y chasqué la lengua.

—Creo que no, pero gracias.

—¿Y qué harás ahora? —Recogió los papeles y los colocó a un lado—. La verdad es que creí que estarías lejos, bailando en algún teatro.

—Sí, yo también, pero no me presenté a las audiciones. Necesitaba asegurarme de que aún había diversión, supongo.

—¿Y la hay?

—Sí, la verdad es que sí. Supongo que es lo que soy. La conclusión es la misma, pero al menos me he dado el tiempo de admitirlo, de reconciliarme conmigo y con mi familia y, bueno, he escrito el libro… Ahora empezaré otra vez a presentarme.

En ese momento, sonó la puerta.

Me giré, pero no había nadie.

—No te entretengo más, Jo. Hablamos.

—Mantenme al tanto. Iré a verte en tu estreno.

—Por supuesto —reí.

Salí del despacho y entré en el ascensor. En ese momento, me fijé en el anuncio que colgaba justo al lado de los botones. Era un póster con el lanzamiento de «Mik Row: de 0 a 100 millones».

Algo extraño se apostó en mi estómago, pero sonreí. Eché la cabeza hacia atrás, para apoyarla contra la pared y cerré los ojos hasta que el pitido del ascensor me anunció que ya estaba en la planta baja.

Así que salí.

Marcus se había convertido en un recuerdo, un precioso recuerdo. Le quería, más de lo que nunca me había atrevido a reconocer. Teníamos vidas muy diferentes y cada vez lo serían más. Todo cuanto le había dicho era cierto, pero aún más todo lo que no me había atrevido a decir. Las mil y una cosas que me había callado… ¿Me arrepentía? Mentiría si dijera que no. Mi lado emocional siempre competiría con el racional en una lucha encarnizada, pero era algo con lo que había aprendido a vivir en esos meses. Le echaba de menos, pero había dejado de ver solo el lado malo del mundo, de modo que ahora le atesoraba en mi mente y en mi corazón como un

increíble regalo que el destino puso en mi camino para enseñarme a vivir, y eso era mucho más de lo que habría esperado del mundo en aquel momento.

Subí a mi moto. Un papel se había quedado enganchado en el manillar. Reconocí los colorines al instante. Al girarlo, encontré un pequeño y colorido *flyer* del sitio de granizados al que Marcus y yo habíamos ido la primera vez. Lo miré un momento. Hacía tres meses que me había ido de ese lugar para empezar de cero. Solo había regresado para cerrar con Jo la última corrección, después de que Harry le enviara el manuscrito a escondidas y ella decidiera que le encantaba. Y, sí, había aceptado que volver a la ciudad en la que le había conocido traería consigo muchos recuerdos, pero lo que no esperaba era que me persiguieran. Sin embargo, reconozco que ir a por uno de esos granizados me pareció una gran idea.

Tardé apenas quince minutos en aparcar de nuevo en el aparcamiento de mi antigua escuela y subir la calle hasta llegar al cuchitril de grandes ventanas.

—Uno de arándanos, por favor —pedí al chico del mostrador.

Esperé mientras lo servía, mirando alrededor. Todo parecía diferente, como si fuese otro lugar o yo otra persona. Más mayor o algo así, ¿tiene sentido? Es extraño que cuando quieres que el tiempo pase rápido, se haga eterno y que, en cambio, cuando quieras congelarlo, se escape entre tus dedos. Tres meses no era mucho tiempo, pero todo había cambiado tanto…

Pagué el granizado y salí a la calle. Quería ver a Filippa y comprobar que había dejado de odiarme, pero, entonces, me detuve frente al escaparate de la librería.

Ya no estaba Eleonor, observando con aquella enorme sonrisa, pero también conocía a la persona que sonreía desde lo alto de la torre. No parecía exactamente él, pero lo reconocí de inmediato, en especial aquellos ojos rasgados que me habían refugiado tantas veces y la sonrisa que había conseguido hacerme temblar…

—Sí. —Oí de pronto—. Definitivamente, también te recomendaría ese.

Reconocí al instante la voz y su reflejo en el cristal. Mis rodillas temblaban cuando me giré con un movimiento torpe y veloz y me quedé plantada frente a él. El Marcus de carne y hueso que, ahora sí, parecía el mismo que yo había conocido.

—¿Típico *youtuber* bromista? —intenté vacilar, con algo rugiendo dentro de mi pecho, aunque solo conseguí un leve balbuceo.

—Más bien los pensamientos lastimeros de un baladista miedica —sonrió.

—¿Baladista?

—Sí. —Avanzó un paso hacia mí—. Resultó que era demasiado sensiblón y cagado para ser roquero, o eso le dijeron. —Ensanchó aún más su sonrisa.

—¿Eso le dijeron?

—También le dijeron una vez que los monólogos de películas en los que el chico le dice a la chica cuánto le ha echado de menos no funcionan en la vida real.

Tenía un nudo enorme en la garganta…

—¿Y qué opinas de eso?

Él avanzó otro paso y se detuvo, con las manos en los bolsillos.

—Que tenía razón. A veces hablar no es el mejor modo de usar las palabras.

Se refería al libro. Lo supe al instante. El nudo se agrandó y atrapó por completo mi

garganta.

—¿Lo has leído?

Él me observó un interminable espacio de tiempo antes de pronunciar, despacio:

—Lo he hecho.

Le miré y él a mí. Pasaron varios segundos en los que solo pude quedarme perdida en sus ojos, intentando ver en su alma y que él penetrara en la mía para hacerle saber las cosas que nunca me había atrevido a decirle. Sin embargo, antes de poder pronunciar una palabra más, él arrugó el ceño y soltó.

—Estoy indignado. ¿De verdad ese es el final?

—¿No te gusta?

Alzó las cejas con dramatismo.

—Para nada. A él le secuestran cuando está regresando hacia ella, ella lo deja todo para intentar rescatarle y, justo cuando se encuentran, ¿mueren los dos? —Resumió, de manera precipitada—. Espera, me lo apunté en el móvil y todo. —Sacó su teléfono y leyó—: «Y, ahí, en las ásperas e infernales arenas ambos descubrieron, quizá demasiado tarde, que más vale un instante de felicidad plena que toda una vida anhelándola». —Alzó las cejas y me miró.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. Se van juntos a la próxima vida. Y al menos se dan cuenta.

—Pero tarde. Es decir, para ellos está bien, pero ¿qué intentas decirme a mí?

Parpadeé varias veces, confundida.

—¿Decirte?

—¡Me has matado! ¿Acaso creías que no me daría cuenta de que ese final somos tú y yo?

—¿Lo es?

—Claro que sí.

—¿Y qué crees que significa?

—Dímelo tú. —Acortó un paso la distancia que nos separaba—. ¿Ya lo has enterrado todo? ¿Has hecho que explote como ellos?

Me mordí el labio y aparté la mirada hacia un lado, incómoda.

—Fui a buscarte…

—Tampoco he dicho que yo sea muy listo, pero creí que una chica que empieza los libros por el final habría descubierto cómo acaba la historia de Mik Row.

—¿Viviendo aventuras por el mundo?

—No. Supongo que es un digno final de la señorita Green porque, lo creas o no, él también muere.

Le miré sin comprender.

—¿Cómo…?

—Voy a hacerte el mayor *spoiler* de la historia, pero digamos que un chico llamado Marcus y de apellido impronunciable decide cargárselo a tres meses de lanzar el primer disco. Es una tragedia, claro, y una putada para la discográfica. —Avanzó un paso hacia mí—. Verás, esto ya no aparece en el libro, pero la gente se cabrea mucho con él, AUNQUE —enfatizó—, por sorprendente que parezca, ese chico, que es muy listo, consigue que el productor de Mik le

escuche tocar una canción de verdad. —Alzó un dedo delante de mí—. Solo una, Olivia, y, finalmente... —dejó las palabras en el aire un momento para dotarles de mayor dramatismo— consigue un contrato. Sin prisas, sin canciones impuestas. Sin seguidores… Solo un chico que toca un piano y sus doce canciones inspiradas por la chica que solo baila.

Mis pulmones expulsaron de un golpe todo el aire que llevaban minutos aguantando. Al hacerlo, mis ojos se encharcaron sin que pudiera hacer nada por evitarlo y mi pecho se hinchó con fuerza para dejar hueco a algo más, algo mucho más grande que de pronto crecía por momentos.

Entonces, él ladeó la más increíble de sus sonrisas, avanzó un paso, deslizó su mano por detrás de mi cuello y me atrajo hacia él para darme el beso más increíble del mundo entero. Un beso muy por encima de cualquiera de los emocionantes besos de las películas que habíamos compartido. Un beso tan real que amenazó con hacerme explotar.

Cuando nos separamos, me abracé a él con fuerza y él me devolvió el abrazo con la misma intensidad. Inhalé su aroma y cerré los ojos para grabarlo a fuego en mi memoria.

—¿Cómo… cómo sabías que…?

—Me lo dijo Jo. Ahora que compartimos editor, te diré que lleva meses intentando que coincidamos.

—Marcus, yo…

—Shhh. —Alzó sus manos y me separó con delicadeza. Aún con su frente pegada a la mía, susurró—: Hablas demasiado, señorita Green. Ahora me toca a mí. Aunque no nos gusten esos monólogos de películas voy a decirte algo importante. A los diecisiete años nadie debería escribir ningún final. Basta ya de comportarnos como adultos. Es hora de ser irresponsables. —Sonrió—. Así que no vamos a preguntarnos cómo va a funcionar, porque cuando las cosas son tan obvias no tiene sentido perder tiempo en cuestionarlo. Quiero estar contigo, Olivia. Solo contigo. Es todo lo que sé. Quiero registrar recuerdos, y que tú estés en todos ellos, pero, sobre todo, encontrar el modo en que todo encaje.

—Pero… tú dijiste que nos haríamos daño.

—Sí y digamos que, a los dos segundos, descubrí que era un imbécil.

Volví a besarle y, a continuación, me abrazó con fuerza. Hundí mi cabeza en el hueco de su cuello y devolví su abrazo con todas mis fuerzas, como si pudiera volver a perderle si le soltaba.

—¿De verdad has hecho eso? —pregunté contra su chaqueta.

—Tenía que hacerlo. Está claro que los finales no son lo tuyo. Creo que aún necesitas algo de inspiración.

Entonces, reí, y mis ojos lloraron, solo que, por primera vez en mucho tiempo, no era por miedo o por dolor, sino por la certeza de saber que aún había esperanza, que mi corazón podía volver a vibrar de felicidad y, sobre todo, por la perspectiva de un mañana de luz y no de sombras…

Hay ocasiones en las que la vida real supera de muchas formas la ficción. Hay ocasiones en las que personas reales llegan a tu mundo para descolocarlo y obligarte a dar un giro de tresientos sesenta grados. Hay días en los que amaneces sin saber que, de pronto, todo irá a mejor.

Entonces, sucede. De repente, descubres que aún puedes sonreír, incluso soñar, sin sentirte culpable por ello.

La persona que yo era estaba dividida cuando le conocí. Dividida entre lo que mi mente sabía y lo que mi corazón gritaba. Me había hecho pequeña, miedosa y vulnerable hasta que él había irrumpido en mi oscura realidad con un mazo enorme y la única intención de hacer esa realidad añicos, rompiendo mi refugio y obligándome a salir de nuevo a un sol que creía apagado.

No podemos evitar que la gente a la que queremos nos deje. Tampoco huir del dolor o retroceder en el tiempo.

No existe una fórmula mágica para superarlo o para entender por qué razón seguimos aquí. Pero estamos. Existimos y es nuestra responsabilidad hacer que merezca la pena. Vivir cada momento en lugar de lamentarnos por el tiempo que los que hemos perdido ya no tendrán.

Ni la vida ni el tiempo nos pertenecen. Lo único que en realidad poseemos es este instante. Este, ni siquiera el siguiente. Este pequeño segundo y lo que decidimos hacer con él.

Quizás, después de todo, sea más bonito brillar de forma fugaz para una sola persona que perderse en el resplandor del firmamento compitiendo por ser la estrella que más brilla. Al fin y al cabo, lo mejor de las estrellas fugaces es que no son estáticas. Se mueven sin saber cuándo volverás a verlas o quién las verá la próxima vez. Eso las hace mágicas y especiales. Así recuerdo yo a los que he perdido. Estrellas fugaces guardadas a fuego en el corazón por montones de otras personas, y mientras sigamos existiendo tenemos la posibilidad de mantenerlos con vida, a esa parte de ellos que dejaron en nosotros. Transmitirla de modo que perdure…

Eso también es inmortalidad.

Y mi gran sueño ahora…

Agradecimientos

Nadie puede decirte cuánto duele o no perder a alguien. No importa quién sea. Perder a alguien a quien queremos es perder un trozo de nosotros mismos.

Al igual que Olivia, yo también recuerdo perfectamente el momento en que mi corazón entró en hibernación. También los días en los que dejé de sentir. Aún hoy, hay veces que tengo la sensación de que hay cosas que deberían dolerme más de lo que lo hacen, o hacerme sentir una ilusión que a ciencia cierta sé que habría sentido antes. Es extraño saber que no debería ser de la manera en que lo es y aún más desear con todas tus fuerzas quitarte esa coraza y no tener ni idea de cómo hacerlo.

Para mí, dejar que dos personas que han sufrido hablen en estas páginas convenciéndose de que no está mal volver a sonreír ha sido un primer paso. He sonreído con sus momentos juntos como hacía siglos que no hacía.

Por eso, en primer lugar debo dar gracias a las musas o a quien fuera que provocó que una pequeña línea se me colara en otra historia hace ya más de un año y diera lugar a esta novela.

Aunque si estas líneas son ahora una realidad se debe también a muchas personas.

Mi familia. Mamá, aun en los momentos difíciles encontramos la manera de hacer el tonto. Doy gracias por la relación que tenemos. Tengo suerte, muchísima, por tenerte a mi lado y llevarnos tan bien como lo hacemos. Te quiero. No hay nada que pueda decirte aquí que no te diga a menudo, así que gracias por todo, por absolutamente todo lo que habéis hecho por nosotras. Cuanto hemos conseguido es gracias a vuestro esfuerzo. A Inés y Blanca, porque somos un equipo y espero que lo seamos siempre. Gracias por compartir los viajes, los buenos y los malos. Os quiero.

A Joaquín. Gracias por creer en mí siempre, por esa fe ciega que tienes en lo que escribo. Por leerme cuando no escribo sobre batallas y por querer compartir tu vida conmigo. Tú me diste las letras, esas que ahora forman parte de mí. Espero que nuestra vida juntos pueda inspirar muchas más historias bonitas.

A ti, papá. Ojalá te hubiera dicho más veces que te quiero. Guardo en el corazón aquellas charlas que tuvimos. Esas sobre querer a alguien, o aquellas en las que divagamos sobre nada en particular. Ojalá hubiese aprovechado más esa última que tuvimos. No te olvido.

A Sandra, además de una gran amiga, eres mi Pepito Grillo literario. Siempre sabes qué decirme para hacerme reaccionar. Gracias por forzarme a dejarla leer. Es genial tener cerca a alguien que entiende tus miedos, tus sueños y que es tan friki, eternamente joven y «llorona» como tú.

A Inés, para mí tú eres una grandísima valiente. No sé cómo narices lo hiciste, pero en nuestra primera charla telefónica conseguiste que te abriera mi corazón y dijera en alto cosas que ni siquiera me había atrevido a pensar. Me haces sonreír, mucho, y tu fuerza inspira.

A las increíbles Hadas, las Hadas de la Lectura. Sí, vosotras. Creo que no os podéis hacer una idea de cuánto significó en aquel momento esa tarde genial con todas vosotras. Esa noche,

recordé por qué me gusta tanto escribir y salí convencida de querer compartir esta novela. Llevo acordándome del grupo Happy Ending desde que terminé la última página de este libro, je, je. Ojalá os guste, de corazón.

A todos los que habéis estado ahí, en los momentos más difíciles y también en los buenos. Gracias por los viajes, las risas, los momentos frikis y las confesiones. Gracias por todo lo que se me olvida y lo que no.

A Teresa y al equipo de Ediciones Kiwi. Gracias. Gracias. Gracias por hacer este sueño realidad.

A todos los que me habéis acompañado desde que empecé *Éxodo*. Sois el mayor regalo que un autor puede tener. Hacéis que surja la magia, magia de la buena.

A ti, que lees esta línea. Gracias por darme esta oportunidad. Gracias por estar ahí. Lo mejor de escribir es poder compartirlo.

Gracias, de corazón.